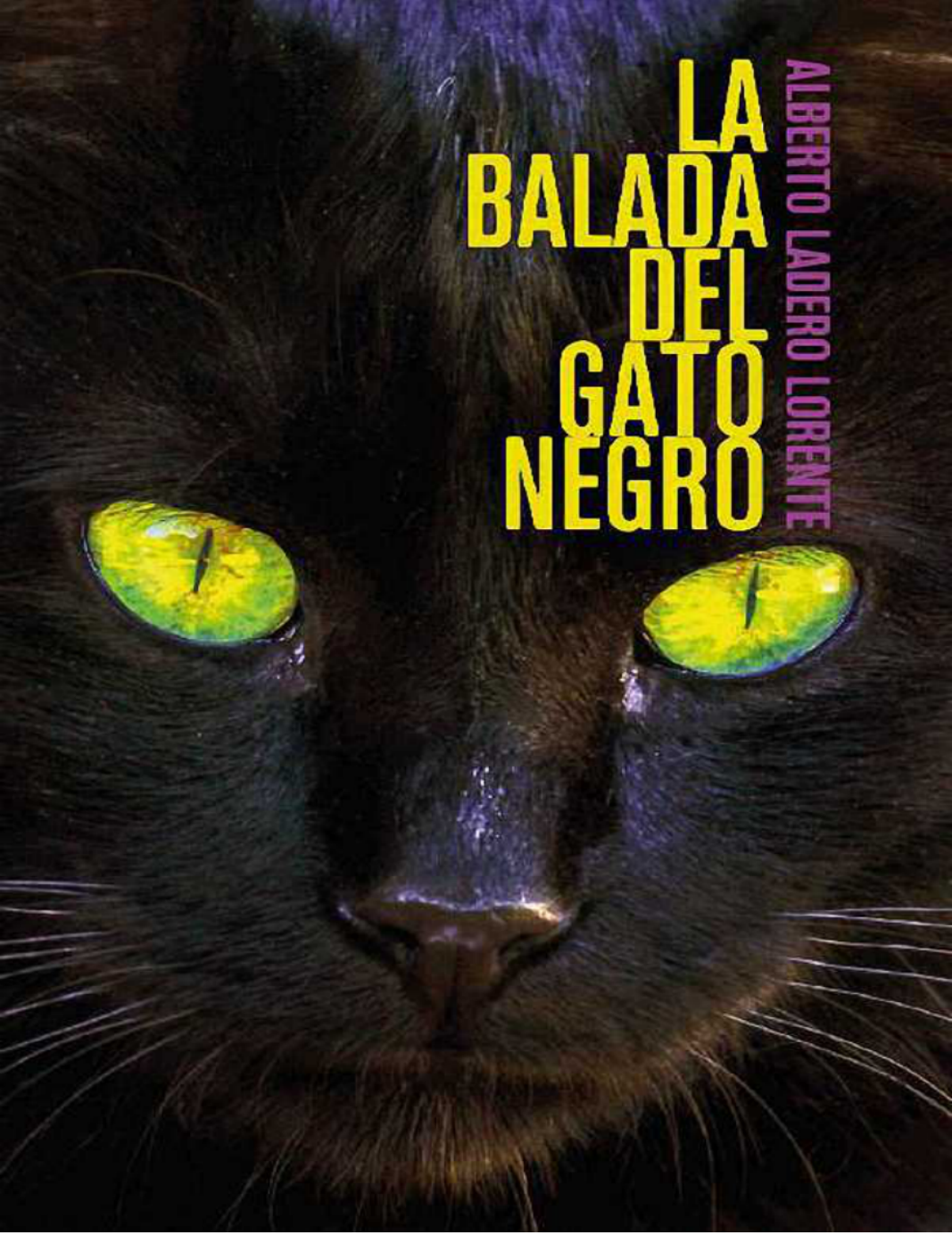
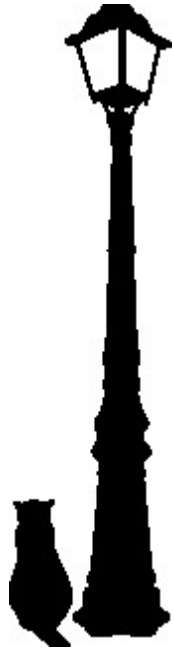


LA BALADA DEL GATO NEGRO

ALBERTO LADERO LORENTE

La balada del gato negro



Alberto Ladero Lorente

Título del libro: La balada del gato negro
Autor: Alberto Ladero Lorente

Copyright © 2016 por Alberto Ladero Lorente

1ª edición, 2016 Todos los derechos reservados.

Edición: Alberto Ladero Lorente
Diseño y fotografía de portada: Alberto Ladero Lorente
Ilustración: Diseñado por Freepik
Maquetado: Alberto Ladero Lorente

Todos los derechos reservados. Este libro ha sido publicado en modalidad de auto publicación por el autor oficiando también como editor. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autor. Esto incluye pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción. Para mayor información por favor contactar con el autor vía correo electrónico.

Publicado en España por Alberto Ladero Lorente

A todos aquellos que hacen que mi sueño se haga realidad.

1

—¡Sal de aquí maldito gato! –grité—, ¡sal por donde has entrado! –continué gritando al tiempo que daba unas palmadas al aire para espantarlo.

El animal salió corriendo, dio un brinco encaramándose sobre el alféizar de la ventana, por un momento se paró y se giró para mirarme desafiante.

—¡Vamos! ¡Fuera he dicho! –Le volví a gritar.

De otro salto bajó de la ventana y salió corriendo por el jardín hasta perderse entre unos matorrales.

—Debería decirle al nuevo propietario que hace falta arreglar un poco el jardín –pensé–, ¿qué estoy diciendo? Si la casa ya no será cosa mía. ¡Que haga con el jardín lo que le venga en gana!

Mañana se cumplirá un año del accidente que se lo llevó de mi lado. Aún no me hago a la idea de que él no esté, bueno, quizá sea algo que no supere en la vida.

En cada rincón de esta casa siento su presencia, sus gritos, sus primeros pasos, sus risas, sus llantos, sus incómodas preguntas sobre la vida, sus…

No puedo continuar sin que un nudo atenace mi garganta.

Ahí está de nuevo sobre el alféizar de la ventana, ¡dichoso gato! Negro como la profundidad de la noche y con esos ojos verdes de mirada tan intensa que me recuerdan a… De nuevo este nudo que atenaza mi garganta.

—¡Maldito seas, gato del demonio! —le volví a gritar antes de que intentase saltar de nuevo al interior de la vivienda. Dejaré de abrir las ventanas de la planta inferior para ventilar la casa y evitar que esa fiera vuelva a colarse dentro.

No piensen que no me gustan los animales. Lo que ocurre es que no soporto a los gatos desde aquel día; mañana hará un año. A menudo pienso que no debimos salir a montar en bicicleta sin encontrar los cascos, pero Diego insistió tanto que no supe cómo resistirme.

Cae la tarde y sigo deambulando por la casa, no consigo centrarme en lo que he venido a hacer. El día languidece hacia la noche y salgo al jardín para airear mis pensamientos. Ahí está de nuevo. Me observa desde las últimas sombras del día fijando sus

ojos en los míos, inmóvil, desafiante pero parece triste al mismo tiempo.

Le mantengo la mirada con la intención de que me rehúya sin éxito. Allí está, impertérrito, como si el tiempo no fuese con él. Desisto de enfrentarme con el maldito animal y entro en casa cerrando tras de mí el ventanal corredero de acceso al salón con tal virulencia que a punto de estuvo de desencajarse de su guía.

Me encuentro muy cansado, mas anímica que físicamente, y melancólico. No sé cuánto tiempo podré aguantar esta situación. Debería acabar con todo esto cuanto antes.

Me dirigí a la cocina con el propósito de prepararme algo de cenar, no había gran cosa. Unos huevos y un poco de fiambre en la nevera, y en la alacena algunas latas de atún y mejillones en escabeche. Tomé una cerveza fresca de la que di buena cuenta mientras me preparaba una tortilla de atún. Una vez terminada, ya con otra cerveza en la mano, me encaminé de nuevo al salón.

—Está tan desangelado como hace un año –pensé en alto, con la intención de dejar mi mente en blanco mientras abría una cerveza. No dejé nada de la tortilla al tiempo que hacia desaparecer el contenido de otra lata.

—¿Cuántas llevo ya? ¿Cinco? ¿Seis? –había perdido la cuenta y por momentos la lucidez. Ni siquiera el alcohol conseguía deshacer el nudo de mi garganta.

Allí estaba de nuevo, con su hocico pegado al cristal del ventanal, levantando de vez en cuando su patita, llamando a la puerta y soltando un imperceptible maullido de lamento. Por un momento volví a ver sus ojos verdes entre los efluvios etílicos de mi mente.

—¡Vete! –exclamé.

Estoy ebrio y cansado, muy cansado. Últimamente me siento así muchas noches, será mejor que me acueste y mañana será otro día. No hay rastro del animal, se ha debido cansar de retarme.

Tambaleándome me dirijo a las escaleras que conducen a la planta superior, por un instante me parece oír las risas de Diego y de su madre, debe ser una alucinación producida por el alcohol, últimamente demasiadas, aunque en mi estado ya no sé lo que es real y lo que es producto de mi imaginación.

En la pared de la escalera aún están colgados todos los recuerdos de lo que hasta hace un año era una familia normal. Está claro que Ana tampoco fue capaz de llevarse nada, tan sólo falta un cuadro. El tiempo ha teñido el hueco que ocupaba con una sombra.

Aún en mi estado, no muy lúcido, me paro a contemplarlas. Es

curioso, en ninguna estamos los tres juntos, prácticamente son todas de Diego con uno de nosotros dos o con sus abuelos maternos.

El nudo de mi garganta cada vez es más grande.

Creo que escogeré alguna de estas fotografías y empacaré el resto. No las quiero, pero tampoco soportaría que acabasen en un contenedor de basura.

Me ha parecido oír de nuevo el maullido del gato.

—¡No puede ser! ¿Por qué coinciden los lamentos de ese animal con mis pensamientos más oscuros?

Cierro con llave la puerta principal, temeroso de que esa fiera pueda colarse en la casa otra vez.

He bebido demasiado, debería acostarme ya.

2

—Papá, por un día que no llevemos los cascos no nos va a ocurrir nada, además vamos a la recta del polígono abandonado, hoy es domingo y no habrá tráfico… —me dijo. Aún retumban estas palabras en mi cerebro.

—Diego, sabes qué opino sobre circular sin casco aunque sea domingo, aunque no haya tráfico, aunque…

—Venga papá —me interrumpió—, por un día no pasará nada, solamente rodaremos un poco; que yo necesito desentumecer los músculos y tú tienes que moverte un poco, que estas echando una buena barriga —sonrió.

Con esa irresistible sonrisa me rompía todas las defensas. Me sorprendía el desparpajo con el que se expresaba a pesar de tener sólo once años. Nada que ver con su padre, afortunadamente.

—Salir sin casco es correr un riesgo innecesario Diego, mejor lo dejamos para otra ocasión, ¿te parece? Y tu entrenador… ¿Qué opinaría de esto…?

—Papá, no es un entrenamiento. Además como tardemos más tiempo en salir será hora de comer y ya sabes que a mami no le gusta que la hagamos esperar. —Poco me importaba lo que pensase Ana, pero el crío seguía en su obcecación sin contestar mis preguntas y finalmente me di por vencido.

—Está bien, pero sólo por esta vez. Prométeme que esta tarde buscarás los cascos.

—Prometido, pero prométeme tú que me ayudarás a buscarlos —chocamos las manos sellando el trato.

—Prometido —dije yo también.

Entre risas y bromas cargamos las bicicletas en el portabicicletas del coche. Diego estaba tan feliz de que saliésemos juntos a montar y yo… la verdad, estaba encantado porque apenas tenía oportunidades de estar a solas con él.

—Mira papá, podemos dejar el coche ahí —me dijo señalando una zona entre dos edificios medio derruidos.

—Tienes razón, y cuando tienes razón… —contesté aunque ya me había percatado de ello antes que él—, es perfecto.

Aparqué entre los dos edificios, a la entrada de una vieja nave industrial abandonada. Seguro que allí no habría peligro alguno de que algún camionero despistado accediese a esa zona.

Diego no dejaba de nombrarme a tal o cual ciclista de los que yo en la vida había oído hablar mientras descargábamos las bicicletas del coche. Incluso me contó un chiste, que ahora no puedo recordar, del que nos reímos un buen rato hasta que se nos saltaron las lágrimas. Las últimas que he podido derramar.

Nos subimos a las bicicletas y durante unos minutos pedaleamos en silencio. Aun así, sentía la felicidad de Diego paseando junto a mí.

La mañana discurría entre nubes y algún rayo de sol que pretendía calentar el día sin demasiado éxito. Hacía un frío que no era normal en esa época del año.

Nunca me he aclarado con el tema del cambio de marchas en las bicicletas y siempre me sorprendió el sentido común que tenía Diego para explicármelo de forma sencilla; bueno este y cualquier tema que tratase.

Le dábamos a los pedales con la única pretensión de sentir el aire en nuestros rostros, de mover las piernas y gozar de nuestra compañía.

—¡Diego, ve con cuidado…!

—Que sí papá, que voy con cuidado —me respondía entre suspiros, los de alguien que sabía exactamente como debía comportarse en cada momento sin necesidad de que se lo recordasen continuamente.

Durante casi tres cuartos de hora continuamos pedaleando por la interminable recta de aquel polígono industrial. Charlábamos, bueno, hablaba él y yo escuchaba al tiempo que me quedaba sin resuello y entre jadeos trataba de contestarle. Me ponía al tanto de sus progresos en el equipo; de las próximas competiciones, de lo mucho que deseaba que yo asistiese a alguna carrera; de las veces que yo le había dicho que lo intentaría, pero que mi trabajo no me permitía en la mayoría de los casos, compaginar mis actuaciones con sus competiciones. No lo había dicho, soy músico, toco la batería en un famoso grupo de rock.

Me invadió un sentimiento de culpabilidad al darme cuenta del poco tiempo que pasaba últimamente con Diego, pero sobre todo por el tacto con el que el niño había sacado el tema. Él comprendía perfectamente la situación, no así su madre, siempre reprochándome lo poco que me implicaba en su educación y cuidado. ¿Qué podía hacer? Mi banda y yo teníamos que aprovechar el tirón de nuestro último trabajo. En este mundillo nunca sabes cuándo se volverá a repetir. Aunque ya no tenía tan claro si me compensaba a costa de no ver crecer a mi hijo.

—Diego, si por mí fuese pasaríamos más tiempo juntos, lo sabes ¿verdad? —me justifiqué torpemente tratando de que no sonase a excusa, aunque entre los jadeos de mi respiración ya no sé muy bien como sonaba.

—Lo sé papi —respondió con esa enorme sonrisa cómplice—, pero ya sabes, he de intentarlo.

—¿Intentar qué? —le pregunté entre resuellos un tanto intrigado.

—Que te olvides de tu trabajo por una temporada y estemos más tiempo juntos.

Y no sé si él aceleró la marcha o fui yo quien aflojó el pedaleo, el caso es que por un momento me quedé rezagado. Aquellas palabras

no me parecían propias de él, más bien parecía que las hubiese pronunciado su madre más que mi hijo. Regresé a su lado y le pregunté:

—¿Te ha dicho mamá que me digas eso? ¿Eres tú o tu madre quien habla? — inquirí

—Hablo yo, papá —respondió—, tengo criterio propio, y sí, Ramiro y mamá opinan lo mismo que yo, aunque ella hace tiempo que no te dice nada…

Aflojé de nuevo el ritmo, me quedé atrás pensando en sus últimas palabras.

— ¡Diego! ¿qué has dicho? —le grité entre jadeos. Ya no podía pedalear más.

—¡Nada! —respondió gritando.

—¡Creo que es hora de que regresemos! —volví a gritarle.

—Vale papá —me contestó—, pero ¿qué te parece si echamos una carrera hasta el coche? ¡El último paga el cine esta tarde!

— ¿Qué cine? —pregunté.

Riéndose, comenzó a pedalear con fuerza. Traté de darle alcance pero sin éxito. Quería demostrarme los avances del último año de entrenamientos, En seguida se distanció de mí.

—Vale Diego, ¡tú ganas! —le grité para que parase pero parecía no escuchar, una gran distancia nos separaba, ya había empezado la carrera.

Casi en la meta de este pequeño desafío, noté, me pareció, a pesar de la distancia, que reducía la velocidad y se incorporaba sobre la bicicleta, mirando hacia atrás para comprobar donde me había quedado.

— ¡Diegooooo! —grité—, ¡Cuidado con ese… —no pude acabar la frase hasta pasados unos segundos— …gato!

3

No pudo reaccionar tras mi advertencia. Un enorme gato negro se había cruzado en su trayectoria, trató de frenar de golpe para no chocar con él, pero cuando se dio cuenta se encontraba literalmente volando por encima de la bicicleta. Cayó al suelo golpeándose brutalmente la cabeza contra el pavimento, todo el peso del cuerpo recayó en el cuello que se dobló de forma antinatural. De su boca no salió ni un quejido. Por un instante se hizo un silencio tan intenso que me costó reaccionar.

—¡Diego! —grité—, ¿estás bien? No intentes moverte.

Salté de la bicicleta arrojándola sobre el pavimento para socorrerle lo antes posible, aunque bien sabía que la caída había sido muy grave.

Intentaba controlar mis nervios, en ese momento tenía que ser resolutivo, no podía perder ni un segundo a pesar de que el corazón se me salía por la boca. Me arrodillé sobre el cuerpo inerte de Diego, me temí lo peor.

—Diego ¿puedes oírme?

—Papá, no siento nada —me dijo sin abrir los ojos—, ¿qué ha pasado?

Una falsa euforia me invadió, «al menos puede hablar», pensé, seguro que todo quedaría en un gran susto.

—Papá, no puedo moverme —susurró casi sin fuerzas.

—Tranquilo Diego, no pasa nada. Te has dado un golpe en la cabeza, es mejor que no intentes moverte —trataba de parecer

tranquilo sin conseguirlo—, ahora mismo llamo a una ambulancia.

—Tengo mucho frío, papi —su voz parecía apagarse por momentos— no me dejes solo…

—No te voy a dejar solo hijo, estoy aquí a tu lado.

Rápidamente me levanté y me dirigí al coche, allí tenía una manta con la que podría taparle mientras llegaba la ayuda. Al mismo tiempo marcaba el número de emergencia en el móvil.

—Uno, uno, dos, emergencias ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi hijo… accidente… bicicleta, necesito ayuda —contesté nervioso intentando dar toda la información posible.

—Ante todo debe calmarse para que pueda ayudarle —respondió la operadora con voz amable y tranquila.

—¡Cómo quiere que me calme! Mi hijo no puede moverse. ¡Ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza!

—Dígame exactamente qué estado presenta el niño y dónde se encuentran —preguntó la mujer al otro lado de la línea telefónica —, habrá que decidir si enviamos una ambulancia o un helicóptero para su traslado más urgente.

Me calmé como pude y le expliqué a la operadora de emergencias la situación lo más rápido que fui capaz. No quería que Diego me escuchase y tenía que volver a su lado lo antes posible. La situación no pintaba bien.

Le tapé con la manta que tenía en el coche y me senté a su lado, le apretaba la mano suavemente para que sintiese mi presencia. A pesar del frío que decía sentir no temblaba ni se movía lo más mínimo.

No quería moverlo tal y como me había dicho el médico de emergencias. Sus indicaciones habían sido muy claras:

—No lo mueva bajo ningún concepto, procure que no se trague la lengua, no tardaremos en llegar.

Puse mi mano sobre su mejilla, en su rostro se dibujaba una paz como nunca había visto antes. Él pareció girar levemente la cabeza buscando el calor de mi palma, un lazo que le uniese a mí.

—No te preocupes Diego —acerté a decir—, la ayuda ya está en camino, te pondrás bien, ya lo verás.

—Papi, siento mucho frío —su voz era cada vez más débil—, tengo mucho miedo.

—Yo también lo tengo, cariño, pero siempre hemos sido valientes ¿verdad? Recuerdas cuando te clavaste aquella astilla en el pie y no querías que te la quitase porque decías que te haría mucho daño y luego no fue para tanto ¿te acuerdas? — intentaba mantenerlo despierto dándole conversación. Un hilillo de sangre salía de entre su frondoso cabello.

Diego no consiguió contestar, su respiración entrecortada no le dejaba fuerzas para hacerlo.

Por un instante levanté la vista al cielo suplicando ayuda divina, aunque nunca he sido muy creyente. No quería llorar delante de él, pero verlo así sin fuerzas, sin vida apenas, me rompía el corazón.

En la lejanía oía el sonido de un helicóptero que se acercaba por el norte. Recé para que fuese el que venía en nuestra ayuda. Me incorporé para hacerle señales que le indicaran mi posición, levantando los dos brazos, formando una Y griega.

—¿Oyes Diego? ya está aquí la ayuda —le dije entre lágrimas.

El aparato de un color amarillo muy intenso, se posó suavemente sobre una pequeña explanada al lado de donde nos encontrábamos Diego y yo, apenas a unos cincuenta metros.

—La que hemos liado para subir en helicóptero —traté de bromear, pero Diego no respondía.

4

Comprobé como tres personas descendían del helicóptero. Me cambié de posición para que el aire y el polvo que levantaban las aspas no afectasen a Diego. Al girarme pude verlo. Parecía más una pantera que un enorme gato negro, se encontraba muy cerca de nosotros, nos contemplaba y parecía especialmente interesado en Diego. Se acercó lentamente a pesar del ruido producido por el aparato. No salía de mi asombro, nunca había visto un animal tan osado. Se acercó hasta que su hocico rozo la mejilla del niño, como si de un beso se tratase y le dio un par de lametones en la nariz. Si no fuese por lo crítico de la situación hubiese despertado mi ternura. Parecía pedirnos perdón por lo que había sucedido y por un momento tuve la impresión de que me hacía un guiño mientras fijaba sus enormes ojos verdes en mí. Giró sobre sí mismo y salió corriendo sin demasiada prisa para esconderse detrás del coche.

—¿Papi? —Diego entreabrió los ojos.

—¡Aquí estoy a tu lado!

—¿Le dirás a mamá que la quiero mucho?

—Tranquilo, cariño, ya verás cómo en un par de horas se lo podrás decir tú.

—Papi, te quiero mucho —me dijo al tiempo que una lágrima se deslizaba por su sien.

—Lo sé, cariño; ahora no te esfuerces y guarda todas tus fuerzas, todo va a salir bien… somos valientes, ¿recuerdas? —pero parecía no escucharme—. Yo también te quiero.

El personal del helicóptero parecía moverse a cámara lenta, los segundos se convertían en interminables minutos. Me solicitaron que me retirase para poder actuar con celeridad, cada segundo era vital.

—No se preocupe señor —me dijo el que parecía el jefe de equipo—, haremos todo lo que esté en nuestras manos, pero necesitamos que colabore con nosotros. ¡Déjenos espacio para trabajar!

Me retiré un par de metros, mientras comprobaban sus constantes vitales. Trabajaban rápidamente mientras yo trataba de leer en sus caras cúal era el alcance de la situación de Diego, pero no conseguía averiguar nada, sus rostros no me decían nada.

En menos de cinco minutos, aunque a mí me pareció una eternidad, el niño estaba monitorizado y con un collarín en el cuello sobre una camilla que los tres sanitarios empujaban rápidamente hacia el helicóptero. Les seguí de cerca hasta el pie del aparato, tratando de hacer alguna pregunta pero no era capaz de articular ni una sola palabra.

Mientras introducían a Diego en el helicóptero, el hombre que se había dirigido desde un principio a mí se volvió para hacerme una indicación.

—Lo llevamos al Hospital Provincial…

—Pero, ¿no puedo acompañarle? —le interrumpí.

El hombre continuó hablando como si yo no hubiese dicho nada:

—…Llegaremos en diez minutos —me indicó—. Por motivos de seguridad no puede acompañarnos. De camino estaremos en contacto con el equipo que le atenderá en el hospital, ya están esperándonos a pie de pista. Está en las mejores manos, no se preocupe.

—¿No puedo ir con él? —volví a suplicar.

—No, no puede, y es mejor así, créame —respondió—. Usted diríjase al hospital y espere noticias.

— ¡Diego! —grité para que me pudiese oír por encima del sonido del rotor—, ¡nos vemos en un rato! ¡no tengas miedo! ¡Somos valientes, no lo olvides!

En ese momento las caras de los tres sanitarios me revelaron que la posibilidad de volver a ver a mi hijo con vida era escasa, pero yo no podía perder la esperanza. El hombre hizo una señal al piloto, mientras se subía, para que despegase.

Me quedé allí solo, contemplando cómo se elevaba el aparato y se perdía en la lejanía dirección al hospital.

Hacía un buen rato que el helicóptero ya no se distinguía entre las copas de los árboles. No reaccionaba, no sabría decir durante cuánto tiempo estuve así, intentando comprender lo sucedido.

Me parecía estar viviendo una mala película de serie B, pero no ¡Todo era real!

Tras ese momento de duda me dirigí rápidamente al coche para llamar a Ana, pero siempre me salta el buzón de voz. Tenía tanta rabia en mi interior que cogí la bicicleta de Diego y la arrojé contra la pared de la nave industrial con toda la fuerza que fui capaz, algunas piezas se desprendieron al impactar, pero no aliviaba mi rabia lo más mínimo. Asustado, el gato salió corriendo de debajo del coche perdiéndose en el interior de la nave metiéndose por un hueco de la pared.

Subí al coche y marqué de nuevo pero obtuve la misma respuesta

—Este es el buzón de voz del número…

Corté, no creía que fuese buena idea dejarle un mensaje, además, nunca los escuchaba. Ya lo intentaría más tarde. Sería mejor llamar a su hermana.

—Dime Víctor —su voz sonaba como siempre, denotaba las pocas ganas que tenía de hablar conmigo, aunque a decir verdad el sentimiento era mutuo.

—¿Me lo puedes poner fácil por una vez? —le recriminé.

—Lo intentaré, dime —respondió sin el más mínimo cambio en el tono de su voz.

—¿Está Ana contigo?

—No, acaba de marcharse —dijo—, ¿por qué no la llamas a ella?

—¿Crees que si no lo hubiese intentado te llamaría a ti? —le dije subiendo ya el tono—. ¡Me salta siempre su buzón de voz!

—Pues siento no poder ayudarte.

«Cómo odio ese sarcasmo despectivo hacia mí», pensé.

—En realidad sí que puedes —atajé—. Necesito que la localices, que salgas tras de ella si es preciso, es muy importante.

—Para ti todo es importante…

—¡Cállate de una puta vez y escúchame! —interrumpí muy exaltado—, Diego ha tenido un grave accidente con la bicicleta. Se lo acaban de llevar al Hospital Provincial en helicóptero. Está muy mal. No tengo tiempo para darte más explicaciones. Yo voy para allá.

—Lo siento Víctor, yo no tenía ni idea…

—¡Ese es tu problema, Silvia! ¡Qué nunca tienes ni puta idea, pero crees saberlo todo! —le espeté con amargura, la acumulada en tantos años y que ahora salía desbordada. Quizá no era el mejor momento, pero hacía tiempo que quería decírselo.

—Víctor…

—¡Ni Víctor ni hostias! —continué gritando—, localiza a Ana y que me llame en cuanto pueda.

Sin dejar que me contestase corté la comunicación, respiré hondo y arranqué el coche. Ya había perdido demasiado tiempo.

5

El trayecto al hospital, a pesar de ser domingo, se me hizo eterno, el tráfico era muy denso. Pronto vi la causa del atasco en la autovía. Un camión había envestido a un coche y solamente estaba habilitado un carril para la circulación. No conseguía centrarme en la conducción y a punto estuve de empotrarme con el coche que iba delante cuando este frenó de repente. El sonido de una bocina me sacó de mi trance.

—Era lo que me faltaba —me recriminé—, tener un accidente.

En ese preciso instante sonó el móvil. Miré la pantalla de reojo, era Ana. A pesar de disponer de manos libres, ahora era yo quien no quería hablar con ella. Aun así contesté.

—Víctor, ¿qué ha ocurrido? —gritó alterada.

—Ana, voy de camino al hospital, ahora no puedo hablar —me disculpé—. Nos vemos allí —corté la comunicación bruscamente.

Su voz sonaba a reproche, como siempre ¿Sería capaz de echarme la culpa de lo sucedido? No pensé en ello en aquel momento.

Al llegar al aparcamiento del hospital ni me molesté en buscar un sitio para dejar el coche. Lo subí a una jardinera donde pensé que no estorbaría. Sin ni siquiera cerrarlo, salí corriendo al interior del hospital. De camino me percaté de que el helicóptero estaba posado sobre una pequeña pista en un lateral del edificio principal, justo al lado de la entrada de urgencias. Podía ver como limpiaban el interior del mismo. Allí estaban, al pie del aparato, el piloto y dos de los sanitarios que habían atendido a Diego, parecían despreocupados, supongo que acostumbrados a este tipo de situaciones. Antes de entrar me crucé con el tercero de los sanitarios, el que parecía ser el jefe del equipo.

—Hola ¿se acuerda de mí? —le pregunté.

—Sí, claro, el padre de Diego —me respondió—, es un chico muy fuerte y valiente.

—¿Cómo se encuentra?

—No lo sé —me contestó con calma—, cuando lo ingresamos estaba estable, aunque he de ser sincero —su semblante se ensombreció por un instante—, no pintaba bien, ha sufrido un traumatismo muy fuerte en la cabeza, además... —no dejé que

terminase de hablar.

—¿Dónde puedo verle? —las palabras se ahogaban en mi garganta.

—Le acompañaré, no se preocupe —me respondió—, pero es muy probable que ahora no pueda verlo. Lo estarán preparando para llevarlo al quirófano.

—¿Al quirófano? —acerté a preguntar sin obtener respuesta.

Seguí a aquel hombre a través del vestíbulo. Un bullicio más propio de un mercado que de un hospital inundaba aquellos interminables pasillos. La gente gritaba, reía, lloraba en un tono impropio de un lugar como ese, en el que supone que el silencio es lo que debe imperar.

—Tendrá que esperar en esa sala —me indicó—, avisaré que está usted aquí para que alguien le informe en cuanto sea posible.

El hombre desapareció tras una puerta con el cartel de «Urgencias. Sólo personal autorizado». Me senté en un banco de lo que parecía una improvisada sala de espera. No podía controlar mis nervios, que hacían que mis talones rebotasen en el suelo sin apenas tocarlo, en un movimiento involuntario de mis piernas. Tras diez interminables minutos, salió por la misma puerta el sanitario que había atendido a Diego.

—He avisado que está usted aquí —me dijo—, no puedo quedarme, he recibido una llamada de urgencia ¡Qué día de locos! —Me dijo al tiempo que salía corriendo—, ¡qué todo vaya bien!

—Gracias… —pero mi agradecimiento se perdió en el bullicio del vestíbulo del hospital.

La espera se hacía eterna. El enorme reloj que presidía el vestíbulo del hospital parecía parado e incluso por momentos tenía la sensación que retrocedía. Abstraído en mis pensamientos no me percaté de que el móvil sonó repetidas veces. La extraña algarabía se hacía ensordecedora por momentos. Tenía ganas de gritar.

—¡Hagan el favor de callarse! —grité a la multitud sin ser consciente de ello—. ¡Esto es un hospital! ¡un respeto!

Por un instante se hizo el silencio. Prácticamente todo el mundo se quedó mirándome como si fuese un loco para a continuación continuar de nuevo con su parloteo.

Caminaba de un lado a otro de la puerta, me senté de nuevo pero no aguantaba ni un segundo, enseguida mis pies comenzaron a botar contra el suelo de nuevo. Volví a levantarme y a caminar en círculos repasando mentalmente lo ocurrido, una vez más.

—¿Es que no hay nadie que me informe de nada?

Me asomé por el pequeño cristal de la puerta de urgencias. No vi

a nadie, era desesperante. Mi nerviosismo iba creciendo convirtiéndose en angustia por la falta de noticias.

Miré de nuevo el reloj.

—¡Sólo han pasado cuatro minutos! ¡No puede ser!

Recorrí la estancia con la mirada, necesitaba encontrar algo que me tranquilizase. Me dirigí a una máquina expendedora para coger una botella de agua. Tenía la garganta muy seca y dolorida. Introduje una moneda y marqué las teclas correspondientes a la botella que deseaba, pero esta no se movió. Golpeé la máquina pero seguía sin responder lo que me puso más colérico. Esta vez la pateé con tanta fuerza que me lastimé, pero no obtuve lo que quería.

—Un mal día ¿eh? —me dijo una mujer que se acercó donde me encontraba peleando con la máquina.

—Sí, muy malo —respondí indiferente—. No se puede hacer idea de lo malo que está resultando este día de mierda.

—Déjame que te ayude —se ofreció—, estas máquinas se empeñan en fastidiarte cuando más se las necesita.

Me retiré un par de pasos a la vez que le dije—: toda tuya —extendí los brazos como si se la estuviese regalando.

Metió los dedos en la ranura por donde la máquina expulsa el cambio y recogió la moneda para introducirla de nuevo con un golpe seco de muñeca. Pulsó las teclas correspondientes y la máquina escupió la botella con un estrépito audible por encima del bullicio del vestíbulo. Ella recogió la botella y me la ofreció.

—Aquí tienes.

—Gracias —le dije—, siento haber sido tan brusco pero estoy muy nervioso.

—No te preocupes, Víctor —me sonrió—, le ocurre a mucha gente pero aquí estoy para ayudarte.

— ¿Nos conocemos? —le pregunté sorprendido.

—Tú a mi seguramente no —me dijo sin dejar de sonreír—, mi nombre es Susana, aunque mis amigos me llaman Nita.

—Y tú a mí me conoces… ¿De qué?

—Eres Víctor de la Hera ¿no? Y yo, por así decirlo, fan de tu grupo —dijo haciendo la señal de las comillas al pronunciar esa palabra.

—Ya…—dije poniéndome un poco tenso.

—Tranquilo, no se lo diré a nadie —me dijo con un guiño cómplice—, no parece que tengas ganas de firmar autógrafos ahora, pero deberías pasar un poco más desapercibido si no quieres que alguien más se dé cuenta de quién eres.

—No —respondí—, no es el mejor momento para eso.

Una extraña sensación, mezcla de complicidad y paz, llenó mi cuerpo de repente, como si conociese a esa mujer de toda la vida. Me acerqué a ella para abrazarla y ella no pareció sorprendida de mi gesto y me devolvió el abrazo. Necesitaba sentir el calor de un amigo en ese momento de soledad.

—Tranquilo —me susurró al oído—, todo irá bien.

Quería llorar pero era incapaz de derramar ni una sola lágrima.

—¡Familiares de Diego! —oigo de repente y repiten—, ¡familiares de Diego de la Hera!

Una enfermera salió por la puerta de urgencias para dar el aviso, me solté de aquella mujer y levanté el brazo.

—¡Aquí! Soy su padre.

Mientras me dirigía hacía la enfermera, me giré para dar las gracias a aquella mujer, pero había desaparecido, no la vi por ningún lado.

—Yo soy el padre de Diego —le repetí a la enfermera.

6

La enfermera no me dio muchos datos sobre el estado de Diego, tan sólo me dijo que estaba a punto de entrar en quirófano. Necesitaba que firmase el consentimiento para la intervención.

—El escáner que le han practicado —me explicaba—, solamente revela la presencia de un coágulo interno en la cabeza…

—Pero ¿se pondrá bien? —interrumpí.

—El cirujano no puede hacer un pronóstico mientras no realice la operación y compruebe si hay daños neurológicos causados por el coágulo.

—¿Puedo verle? —insistí, mi desesperación iba en aumento.

—En este momento está entrando en quirófano. Por favor, necesito que firme usted el consentimiento.

Me tendió una carpeta y un bolígrafo. Firmé el documento sin tan siquiera leerlo.

—Gracias, ya le informaremos en cuanto sepamos algo…

Desapareció por donde había salido. Ahora que no estaba las preguntas se agolpaban en mi cabeza. Por un instante me quedé de pie frente a la puerta sin saber qué hacer. Me sentía terriblemente solo.

De pronto caí en la cuenta de que no había vuelto a hablar con Ana y al coger el móvil ví que tenía tres llamadas perdidas, dos eran de ella y la tercera de su hermana. Marqué su número y de nuevo:

—Este es el buzón del número seis, uno,…

Corté la comunicación, «¿alguna vez podré hablar con ella al primer intento?», pensé enfadado.

—¿Es usted el padre de Diego? —una mujer se dirigió a mí, no sé de dónde salió.

—Sí, soy yo —contesté.

—Necesito hablar con usted —me explicó—. Sé que no es el mejor momento, pero es un asunto muy importante y requiere una pronta respuesta.

La mujer, vestía como una azafata, puso su mano en mi hombro buscando una complicidad inexistente.

—Mi nombre es Rosa —Se presentó con voz neutra— soy la coordinadora de la unidad de trasplantes de este hospital…

Una sensación de miedo y flacidez inundó mi cuerpo, como si

me hubiesen abofeteado con tal fuerza que no era capaz de reaccionar.

—¡Dios mío! ¡No! —grité al cabo de un rato desesperado y llevando las mano a los labios.

—Tranquilo —trató de calmarme—, todavía está en quirófano, pero desgraciadamente tenemos que ponernos en lo peor, es parte de nuestro trabajo, lamentablemente, y cada minuto que pasa es crucial en estos casos. Si su hijo Diego no consiguiese salir adelante, quisiéramos tener su autorización para la donación de sus órganos…

Sentí como si me hablase desde el otro lado del vestíbulo a través de un túnel, apenas entendía lo que me estaba diciendo.

—…Sepa que en caso de aceptar podría salvar la vida de otros niños que están en situación terminal de no ser por los órganos de un donante…

Veía como movía los labios pero el sonido de su voz parecía que no estaba sincronizado. Apenas podía respirar, me atenazaba el nudo que tenía en mi garganta.

—Lo siento —dije ahogándome en la palabras—, no entiendo nada de lo que me dice. —Bebí un gran trago de agua.

—Venga usted aquí, sentémonos y se lo explicaré de nuevo —actuaba con resolución—no se preocupe, es normal en estas situaciones. Lamento que no haya un sitio más discreto donde podamos hablar de este tema.

Nos acomodamos en los bancos de lo que parecía la sala de espera, y la mujer comenzó nuevamente la explicación. Yo buscaba entre el bullicio del vestíbulo una cara conocida, y allí estaba Nita, nuestros ojos se cruzaron por un instante. Ella tenía pintada en los labios una triste sonrisa y una lágrima resbalaba por su mejilla. Con la mirada le pregunté, y ella asintió.

— ¿Donde he de firmar?

Los minutos de espera se me hacían interminables. La soledad entre tanto bullicio me abrumaba, deseaba salir de allí, tomar un poco el aire. Pero lo que más deseaba era ver a Diego cuanto antes. Marqué otra vez el número de Ana pero la respuesta seguía siendo la misma, otra vez ese maldito buzón de voz. Empezaba a estar harto de la situación tan rocambolesca, pero debía mantener la calma dentro de lo posible.

Seguía vestido con la camiseta y el pantalón de ciclista y empezaba a sentir frío. En el coche tenía ropa para cambiarme pero no quería abandonar la sala de espera ni un segundo. Me frotaba las piernas para intentar entrar en calor, es ese momento se acercó Nita

y se sentó a mi lado.

—Parece mentira —comenzó a decir—, que haga este frío en un hospital.

—Tampoco es muy habitual venir disfrazado de ciclista —contesté con una mueca.

Una sonrisa llena de melancolía que ya me había mostrado anteriormente apareció en su rostro.

—Tengo ropa en el coche, pero no me quiero mover de aquí —continué—, ya sabes, basta que desaparezcas un segundo para que te llamen.

—Si te fías de mí, puedo ir a buscarla —se ofreció tímidamente.

Hay personas que sin apenas conocerte o comunicarte con ellas parece que tienen conexión directa con tus pensamientos. No sabía cómo interpretar su confianza, nunca he tenido mucha en el ser humano, salvo en contados casos, más bien todo lo contrario, demasiadas heridas en mi alma, pero con Nita no sabría decir por qué, me sentía seguro.

—No quisiera abusar de tu confianza —respondí.

—Tranquilo —contestó—, llevo varias horas aquí dentro y aún me quedan otras tantas, así aprovecharé para que me dé un poco el aire.

Metí la mano en la pequeña mochila y saqué las llaves del coche.

—Ten —le ofrecí—, no sé exactamente donde lo aparqué. Sólo recuerdo que viniendo hacia aquí podía ver la pista del helipuerto. Pero no creo que te cueste trabajo encontrarlo, es un Ford Explorer rojo con un portabicicletas en el portón trasero. Si no lo encontrases aprieta este botón y en seguida se encenderán las luces y escucharas un sonido muy particular.

—Lo buscaré, seguro que doy con él —dijo sonriendo al tiempo que apretaba mi mano levemente al recoger el llavero.

—Ya lo verás —le dije, agradeciendo su gesto reteniendo su mano unos instantes al entregarle las llaves. Por un momento había aliviado mi angustia.

Cogió las llaves y con grácil paso se dirigió a la salida del hospital, lo que me dio la oportunidad de fijarme en ella mientras atravesaba el vestíbulo. Observé como vestía de forma informal, discreta pero con cierta elegancia sport. No era muy alta pero tenía su encanto y atractivo. Quizás en otra situación no me habría fijado en ella, quizás en otra situación ella no se habría acercado a ofrecerme su ayuda.

«¡Pero en qué estoy pensando…! mi hijo debatiéndose entre la

vida y la muerte… y yo…»

De pronto me di cuenta que no le había dicho dónde estaba la ropa.

«Supongo que no tendrá problema en dar con ella, si es que encuentra el coche», pensé.

Caminaba de un lado a otro y de cuando en cuando me asomaba por el cristal de la puerta, e incluso llegué a abrirla, pero no se veía nada ni a nadie. La tregua a mi nerviosismo había terminado cuando Nita desapareció por la entrada principal.

Esperaba que no tardase demasiado, no deseaba estar solo en ese trance, quería volver a sentir el sosiego que ella me transmitía. Pocas veces nos paramos a observar a quienes nos rodean perdiéndonos el poder conocer gente que merece la pena ser parte de nuestra vida.

Después de veinte interminables minutos, es curioso como perdemos la noción del tiempo en ciertas situaciones, entró Nita por la puerta principal del vestíbulo, en la mano izquierda portaba una bolsa de deportes que me resultaba familiar.

—Toma tus llaves y tu ropa —me dijo—. Me costó trabajo encontrar el coche, pero Nita Demaría siempre encuentra lo que busca; aunque… —Dejó la frase sin concluir y la tristeza se dibujó en su rostro otra vez.

Un silencio espeso llenaba la sala, y yo no sabía cómo reaccionar.

—Así que ¿finalmente has encontrado el coche? —le pregunté torpemente—, no te dije dónde estaba la ropa.

—Sí, y además lo he aparcado bien. Ya tenías a dos municipales intentando llevárselo con una grúa y he tenido que sobornarles.

—¿Cómo? —exclamé.

—Sí hombre —sonrió levemente—, he usado mi encanto natural con ellos a cambio de que me dejasen mover el coche para aparcarlo bien y retirasen la multa.

Yo no salía de mi asombro.

—Es broma —continuó sonriendo—, aquí tienes la multa, mi encanto solo me ha valido para que no se llevasen el coche.

—Estás un poco loca ¿lo sabías? —mis propias palabras me sonaban como un piropo, «¿estaba coqueteando con ella?»

—Sonríe, Víctor de la Hera —me dijo—, verás cómo te sienta bien.

Durante un buen rato hablamos y bromeamos sobre banalidades, matando el tiempo, haciendo más soportable la espera. Me sentía muy a gusto en su compañía, como hacía mucho que no me sentía

en compañía de una mujer y aunque suene algo vanidoso, creo que ella también lo estaba en la mía.

—¿Te puedo pedir otro favor, Nita? —le pregunté en confianza

—¡Por supuesto! Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Podrías esperar aquí mientras voy a cambiarme de ropa —le pedí—. Si no puedes no pasa na…

—Venga, ve a cambiarte —me interrumpió—. Mira, allí tienes los aseos. No te preocupes, en caso de que haya alguna novedad te aviso en seguida.

Me encaminé a los aseos con la bolsa de deportes en el hombro. Pasé el pestillo de la puerta, no tenía ganas de que nadie me interrumpiese mientras me aseaba un poco y me cambiaba de ropa. Al acabar me quedé un rato observándome en el espejo, tenía un aspecto horrible con unas ojeras y unas arrugas tan marcadas que no me reconocía. Me refresqué la cara varias veces intentando despejarme un poco.

— ¡Qué puta mierda es esta vida! —le dije al reflejo del espejo.

Recogí la ropa que me había quitado y la metí en la bolsa de deportes. Ya me había entretenido más de la cuenta.

7

Nita seguía haciendo guardia frente a la puerta de urgencias. Me acerqué a su lado, su cara parecía desencajada, sus manos cubrían parcialmente su rostro dejando a la vista sus ojos vidriosos, a punto de romper a llorar. Me miró a los ojos.

—¡Se muere! —sollozaba angustiada—. Mi niña se muere.

Pasé el brazo por los hombros y la besé en la sien.

—El doctor dice que se apaga como una vela —prosiguió desahogándose—. Si no ocurre un milagro en las próximas horas, ya no habrá solución posible.

No me sentía capaz de consolarla, no sabía qué decir ni qué hacer. La abracé más fuerte tratando de que sintiese que no estaba sola.

—Lo siento, lo siento mucho, de verdad —acerté a decir torpemente.

—No te preocupes, haces más de lo que crees, acompañándome en estos momentos tan duros, créeme, es bastante. Además, las palabras en estos momentos no calman la impotencia que siento por no poder hacer nada…

—Tienes razón —afirmé casi en un susurro.

—…Son los gestos los que hablan por ti y por mí.

—Sí, eso lo estoy aprendiendo hoy de toda una maestra.

—Gracias —contestó lacónicamente—, ahora soy yo quien te lo agradece.

—No hay nada que agradecer…

Continuamos abrazados durante unos intensos instantes. A pesar de las circunstancias, nunca había sentido tanto en tan poco tiempo. Dos breves abrazos que encerraban tantos sentimientos en sí mismos. Pero sobre todo el de la necesidad de compañía en esos momentos tan duros.

Yo aún albergaba la esperanza de que Diego saldría adelante ¡Qué injusta es la vida!

Nos sentamos de nuevo en el banco de la sala de espera, parecía que había pasado una eternidad, pero en el gran reloj del vestíbulo apenas habían pasado cuarenta minutos. Nos quedamos en silencio durante unos instantes mientras ella enjugaba sus lágrimas con la manga de su sudadera. Le ofrecí un pañuelo de papel que aceptó

agradeciéndomelo con la mirada. Hasta ese día no supe lo que una mirada sincera puede expresar, mucho más que las palabras.

—¿Quieres un poco de agua? —le pregunté—, puedo pelearme de nuevo con la máquina si lo necesitas —intenté bromear.

Ella esbozó una triste sonrisa.

—Te lo agradecería mucho —contestó—, pero te acompaño, no sea que arremetas de nuevo contra ella.

Sonreímos ambos con tristeza, y nos dirigimos a la máquina.

—Por cierto —dijo—, mientras estabas en el aseo, llamo una tal Ana a tu móvil. Creo que no le hizo mucha gracia que contestase yo, lo siento, pensé que podría ser importante.

—No te preocupes —tranquilicé a Nita mientras nos dirigíamos a la máquina de refrescos—, esa tal Ana, es mi compañera. Ya se me ocurrirá algo que decirle.

—¿Y qué tal si le dices la verdad? —me respondió.

—Sí, le diré que una mujer que acabo de conocer ha contestado mi móvil mientras yo me cambiaba de ropa —pronuncié con un agrio tono de sarcasmo, como si estuviese hablando con Ana… ¡Qué complicado es todo!—. Como se nota que no la conoces.

—Dicho así, la verdad es que no suena muy convincente —contestó—, pero aun así, trata de explicarle la situación.

—Hace tiempo que no escucha mis explicaciones —le aclaré—. En estos momentos, créeme, no hay justificación que le valga —la melancolía me invadió después de pronunciar estas palabras.

Llegamos a la máquina en silencio mientras mentalmente hacía un recorrido fugaz de mi relación con Ana y como se había ido deteriorando en el último año. Un año lleno de desconfianza, prejuicios y discusiones siempre relacionadas con el dinero que ella gastaba a manos llenas sin ningún reparo, aunque cualquier motivo valía para iniciar una bronca. Yo por mi parte, había llegado un momento en el que intentaba rehuir de cualquier tipo de enfrentamiento, estaba harto de la situación, pero no siempre lo conseguía.

Nita me observaba en silencio, mi pensamiento debía ser transparente.

—No le des más vueltas —me dijo consoladora—, aunque ahora me siento culpable de este malentendido.

—No es tan fácil —respondí—, se ha vuelto muy celosa, egoísta y egocéntrica tanto sentimental como económicamente. Quiere que mi mundo gire a su alrededor. No soporta que hable con otras mujeres. Imagínate lo que debe estar pensando en este momento después de que una completa desconocida haya contestado mi

teléfono.

—Lo siento.

—Más lo siento yo —intenté tranquilizarla—. No entiende que no pertenecemos a nadie, que no vivimos solos en este mundo. Además no tienes ninguna culpa, cogiste el teléfono con la mejor intención, como todo lo que has hecho por mí desde que nos conocemos.

Nos miramos a los ojos durante un instante y pude ver el brillo de su mirada, algo se estremeció en mí ser, sentimientos que hacía mucho tiempo que no sentía. Sonreímos amargamente, abrumados, incluso con un leve sentimiento de culpa. No estábamos en situación para preocuparnos del amor, pero ¿cuándo lo es?

—Puedo contarte mi historia, si quieres —se ofreció tímidamente—. Así no seré una completa desconocida y me puedes presentar como a una amiga de toda la vida.

—No quisiera que te sintieses obligada —le contesté.

—¿Obligada? No me siento obligada a nada a estas alturas de mi vida —me atajó—, siento que puedo confiar en ti como hacía tiempo que no confiaba en nadie…

Sus palabras me sorprendieron tanto que no daba crédito a lo que escuchaba. Era exactamente como me sentía yo con ella.

—…Y a juzgar por tu expresión, creo que tú sientes algo parecido.

No sabía que contestar. Disimulé como pude tratando inútilmente de ocultar lo que estaba pensando.

—¿Qué tomas? —le pregunté apartando mi mirada de la suya e introduciendo unas monedas en la máquina.

Marqué las teclas correspondientes a una lata de té helado, como si en mi cabeza ya hubiese respondido a mi pregunta. El sonido del bote metálico cayendo, rompió el angustioso silencio que se había producido en el vestíbulo de aquel hospital en ese momento. De seguido introduje otra moneda y volví a teclear, esta vez para obtener un botellín de agua fresca, aunque en ese momento preferiría una copa de whisky o vodka; siempre sentía esa necesidad cuando una situación me abrumaba.

El silencio se había instalado entre nosotros. Recogí ambos envases y le ofrecí la lata a Nita que aceptó agradecida. Sin mediar palabra alguna nos dirigimos de vuelta a la sala de espera de urgencias. Aunque yo no había quitado ojo de la puerta, no quería permanecer alejado de aquel lugar ni un minuto más de lo preciso. Nuestros pasos eran cada vez más lentos y la distancia parecía cada vez más larga. Por un momento sentí que las piernas no me

sostenían, el cansancio físico y mental ya estaban haciendo mella en mí. Nita se percató de ello y me rodeó por la espalda a la altura de los riñones y me sujetó con fuerza.

—No te dejaré caer —me dijo—, déjate llevar, confía en mí. Y si te caes te ayudaré a levantarte.

Como si estuviésemos bailando, recorrimos la distancia que nos separaba de la puerta de urgencias. Otra vez ese sentimiento de culpabilidad que por momentos me llevaba a olvidarme de Diego para dedicar todos mis sentimientos a Nita.

Nos dejamos caer uno al lado del otro en los asientos, callados, sumergidos ambos en los mismos pensamientos. Necesitaba romper ese silencio ensordecedor que nos envolvía.

—No creas que hago esto habitualmente —me dijo—, pero siento que me puedo fiar de ti.

—¿A qué te refieres?

Abrió el bolso, del interior extrajo una pequeña tarjeta sujetándola con dos dedos me la ofreció. Sin cogerla comprobé que sólo estaba escrito su nombre y un número de teléfono, supuse que sería el suyo.

—No sé cómo acabará esto pero si alguna vez necesitas hablar con alguien que te escuche sin más, llámame.

Por un momento dudé si cogerla. Finalmente la tomé y la deslicé en el bolsillo de mi pantalón, no quería ser descortés con aquella mujer. Mis sentimientos estaban muy confundidos, me sentía como un adolescente que salía a la vorágine de la vida por primera vez. Sabía, de alguna manera lo sabía, que podría necesitar su ayuda.

—Cuéntame tu historia, Nita —le dije mirándole a los ojos, unos ojos negros y profundos como una noche sin luna.

—¿Estás seguro? —me preguntó con la melancolía que tienen esas personas que no gozan de muchas oportunidades para desahogarse en compañía.

—Si he de buscar una excusa para justificar tu compañía, no quiero que sea inventada —le dije buscando su mirada de complicidad—. Aunque de todas formas, no me creerá.

—Está bien, pero ahora soy yo quien te dice que no te sientas obligado…

—Sshhh —le puse el dedo índice cerca de sus labios. Me sorprendí al notar lo que parecía un beso leve y suave, tal vez mi mente, agotada a estas alturas del día, me estaba jugando una mala pasada. Continué— empieza a contar antes de que me arrepienta.

Nita se quedó mirándome unos instantes; fue la mirada más dulce y melancólica que puedo recordar. Respiró hondo y comenzó

a hablar de forma pausada:

— ¿Sabes que es la llamada de la maternidad? —me preguntó.

—Creo que sí, más o menos. Yo también la sufrí —contesté.

—Nunca había sentido esa necesidad —continuó hablando—, es más, nunca me han entusiasmado los niños, ni renunciaría a mi libertad por la maternidad, o así lo pensaba. Esa libertad que te hace disfrutar de la vida, de tener un trabajo y alguien a tu lado que piensas que te quiere tanto como tú a él…

—Sé muy bien de lo que hablas —interrumpí.

—Podría decirse que tenía una vida normal —con esta última palabra hizo el gesto de entrecomillarla—, disfrutaba todo lo que podía, era feliz pero cuando menos me lo esperaba y sin saber exactamente por qué, sentí la necesidad de tener entre mis brazos una pequeña criatura a la que ofrecer todo mi amor.

Yo seguía atentamente su relato, sin quitar ojo de la puerta de urgencias. Hablando con ella sentía una paz interior, paz que agradecía en esas circunstancias.

Nita iba a proseguir con su relato, cuando de pronto se abrió la puerta. Una enfermera salió apresuradamente, parecía querer pasar sin detenerse a hablar conmigo. Me incorporé como un resorte y le corté el paso.

—Soy el padre de Diego, Diego de la Hera ¿se sabe algo? —pregunté.

—No, nada aún, discúlpeme pero tengo prisa —se zafó de mí y se alejó con paso rápido.

Me quedé de nuevo allí, de pie y desolado, observado por Nita unos pasos detrás de mí.

—No siempre son así de secos —trató de defenderla.

Regresé de nuevo, me senté, y escondí la cara entre las manos, respirando profundamente un par de veces, tratando de recomponerme. Tenía sentimientos encontrados que hacían mella en el físico, pero también mi estado mental.

—Perdona Nita —dije sin mucho convencimiento—, continúa.

—¿Estás seguro?

—Si no lo estuviese —respondí—, te aseguro que no te lo pediría.

Nita continuó con su relato, tomándose su tiempo, sabiendo que la espera sería larga.

—Tal era la necesidad que tenía de ser madre —continuó— que se convirtió en una obsesión. Imagínate, en lo único que pensaba era en «echar un polvo» —se sonrojó nada más pronunciar la expresión—, perdona la vulgaridad —dijo avergonzada.

—Tranquila, no es una vulgaridad —repuse intentado que se sintiese cómoda.

—Obsesionada en «hacerlo» a todas horas —volvió a hacer el gesto del entrecomillado—, mi compañero empezó a sentirse bastante agobiado. Me evitaba, o simplemente me llamaba y me decía que tenía una reunión de trabajo muy importante hasta muy tarde, que no le esperase despierta, pero sabía que me mentía, ¿qué reuniones tan importantes puede tener un administrativo de una notaría?

Paró un instante y sonrió.

—No sé por qué te cuento todo esto.

—¿Será porque te estoy escuchando?

Volvió a mirarme a los ojos y descubrí en su mirada algo de lo que tanto había oído hablar, pero que nunca antes lo había visto. Ese brillo que había descrito en tantas canciones pero que nunca había experimentado, ni siquiera con Ana.

—Te ahorraré los detalles —prosiguió—. El problema era yo. No había forma de quedarme embarazada —se detuvo un instante pensativa—. No sé por qué tengo la sensación de que sabes muy bien de que estoy hablando.

—Más de lo que crees —dije—, pero en mi caso, después de dos años de obsesión, nació Diego.

—Puedes imaginarte como me sentí después de la noticia…

—Y… —no estaba muy seguro si debía preguntarle, pero al final me sorprendí formulando la pregunta— … ¿Sentiste que tu compañero se sentía aliviado?

—Exactamente —me interrumpió—, eso fue lo que más me dolió. Poco a poco la relación se fue diluyendo como un azucarillo en un vaso de leche caliente. Me sentía deprimida, despreciada, llegué a pensar que no era una mujer completa. Fueron unos meses de auténtico infierno.

Calló por unos instantes, con la mirada perdida en el infinito de aquella fría sala de hospital. Amargos recuerdos inundaban su pensamiento y en su rostro se reflejaban los hechos que le habían dejado algunas arrugas, finas en torno a sus ojos, algo más profundas en las comisuras de sus labios. Desde hacía rato me había fijado que a pesar de ello poseía unas facciones muy bellas.

—Un día sin venir a cuento —prosiguió— JC me ofreció la posibilidad de iniciar los trámites para adoptar una niña china —sonrió sarcásticamente y continuó—. Nunca podré olvidar sus palabras llenas de «tacto» —de nuevo el gesto de las comillas—. «No sé si te valdrá», me dijo, «ni es lo mismo, pero podrías adoptar

una niña china; yo te ayudaría». ¡Como lo oyes! Como si fuese una cosa sólo mía. «¡Él me ayudaría!» Valiente hijo de puta —masculló entre dientes. Su rostro se tornó más duro, y sus ojos mostraban el dolor de la herida abierta por los recuerdos que le provocaron aquellas palabras.

De nuevo se detuvo, respiró profundamente y echó un trago de la lata. Yo no quería, ni debía intervenir mostrando mi opinión, no era eso lo que ella necesitaba. Además no me parecía correcto hacerlo sin que ella me lo pidiese. Notaba que se sentía cómoda relatándome su historia.

—Después de casi dos años de papeleo, burocracia, entrevistas, cuestionarios, de mirar el buzón varias veces al día, por fin llego el gran día en el que recibimos una carta convocándonos a una reunión. Allí nos enseñaron la documentación que había enviado el gobierno chino, fotos de la niña, de que orfanato era, el informe médico, parte de su historia, y la carta de invitación para poder viajar al país, que era lo más importante. Nos dijeron que podíamos iniciar los trámites para el viaje, lo teníamos que hacer por nuestra cuenta, nos recomendaron una agencia especializada para este tipo de viajes, por fin iría a buscar a la niña.

—Puedo hacerme idea de lo que fue —dije tímidamente, aunque no podía ni imaginármelo, me parecía admirable, conocer su historia me había emocionado, sus palabras transmitían tantos sentimientos…

—Ya por aquel entonces nuestra relación hacía aguas por todos lados y temí que finalmente no pudiésemos ir a por ella. Pero eso no me importaba, lo único que me preocupaba era tener a mi niña en mis brazos lo antes posible.

—Presiento que el viaje no fue fácil.

—¿Fácil? —exclamó—, fue un auténtico suplicio por culpa de ese malnacido. Todo eran problemas, ya casi a punto de viajar no localizaba los visados, que si el pasaporte y no sé cuántas trabas más por su parte. Pero finalmente llegamos, o más bien llegué yo, porqué él parecía que iba de turismo; y desaparecía en cuanto sabía que teníamos que ir a solucionar algún trámite ya que no todo el papeleo lo llevábamos preparado. Pero ¿sabes?

—Dime.

—Lo peor fue en el centro de adopciones, justo cuando nos llamaron para entregarnos a la niña, no lo encontraba por ningún lado, y yo sola no podía. Finalmente apareció por aquel pasillo, desaliñado, parecía venir de una juerga, pero no me importó, hice de tripas corazón y mostrando la mejor de mis sonrisas le dije que

se diese prisa, que nos habían llamado. No te creas que se apuró; casi tuve que negociar con él para entrar juntos. ¡Maldito cabrón! ¡Lo que me hizo sufrir! Pero una vez con mi niña ya me importaba poco que la viese o no, casi lo prefería así; poco me importó que no apareciese en el embarque del avión de vuelta, si venía o no a ver a la niña.

—Entiendo —dije convencido de que así era. No sabía que decir —. Tuvo que ser una odisea…

—Desafortunadamente no acabó ahí —me interrumpió—, y por eso estoy aquí.

—No entiendo —dije extrañado, frunciendo el ceño.

—¿Seguro que quieres conocer toda la historia? Aún estás a tiempo de salir corriendo —me guiñó un ojo. Me encantaban todos esos tics que tenía.

No sabía bien por qué, pero de algún modo sentía que su historia estaba conectada con la mía. Como dos vidas que discurren paralelas y llegado un momento dejan de serlo para confluir en un punto común de nuestra existencia.

—Voy a ver si hay noticias de Diego —le dije aprovechando que había hecho una pausa— y continúas.

—Claro —respondió poniéndome la mano en el brazo como gesto de complicidad.

Me acerqué hasta la puerta y la empujé, pero allí no había nadie que me pudiese informar. Crecía mi desasosiego y me hacía buscar las palabras de Nita y su reconfortante voz. Volví a sentarme a su lado, ella esperó a que estuviese acomodado y continuó hablando.

—Lí se puso malísima durante el vuelo de regreso. Le costaba mucho respirar, por un momento creí que se moría, llegó a ponerse casi azul —describía cada palabra con gestos de manos muy expresivos—. Por fortuna, había un médico a bordo y pudo reanimarla. En ese momento me di cuenta de que era una niña muy fuerte pero necesitaría toda la ayuda que pudiese prestarle.

De nuevo se detuvo para tomar otro sorbo del refresco y respirar hondo. Notaba como ahora le costaba más contarme el resto de la historia, pero al mismo tiempo, sentía como tenía la necesidad de contármela y yo de escucharla. Hacía mitigar la angustia que ambos sentíamos en ese tiempo de espera.

—Cuando aterrizamos en el Aeropuerto de Madrid había una ambulancia esperándonos a pie de pista, el doctor que la había atendido durante el vuelo así lo había solicitado. No me comentó nada. Luego me dijo que era para que yo no me angustiase y se la transmitiese a la niña.

—Todo un detalle por su parte —intervine brevemente.

—Eso pensé yo también, incluso nos acompañó a Alicia y a mí al hospital.

—Una vez ya en España, se acercaba el momento del seguimiento y el muy cabrón no había vuelto a dar señales de vida. Lo busqué por todos lados, parecía que se lo había tragado la tierra. Después de darle muchas vueltas contraté a un detective privado.

Al ver que la miraba sorprendido añadió:

—Sí, existen de verdad, no solo en las películas —y continuó su relato—. No fue fácil dar con su paradero, ya no vivía aquí y una vez que le encontré no había forma de convencerlo para que asistiera con la niña y conmigo al seguimiento. Si no íbamos los tres, presentía que tendría problemas y no me quería arriesgar; no, no le podía hacer eso a Alicia, y menos ahora que sus problemas de salud eran mayores. Así que lo soborné, le dije que le pagaría el viaje en avión hasta aquí y le daría dinero. Y no es que a mí me sobrase, te lo puedo asegurar. Se detuvo unos instantes y asomando una amarga sonrisa continuó. Ahí creo que hice diana; llevaba una vida de excesos, juergas, juego y no sé cuántos vicios más, ni me importaba y un dinero extra no le venía nada mal. Estuve en vilo los días antes de la citación, no estaba muy segura de que pasáramos la prueba. Es curioso que con todo lo que habíamos tenido en común, no quedara nada de aquello. Al salir del edificio se despidió de mí diciendo «llámame, pero te advierto que la próxima vez subiré el sueldo».

—¡Qué cabrón! —dije.

—¡Maldito cabrón! —recalcó ella—. Si no fuera porque lo necesitaba para que no me separaran de mi niña, le hubiera dado una patada para mandarlo al mismo infierno. Ni la miró siquiera, ni tan siquiera una caricia un gesto de cariño. Menos mal que Alicia era muy pequeña para darse cuenta de la situación. Desapareció del mapa, y llegaba el momento de la segunda citación. Quince días antes recibí un mensaje algo extraño, pero bien sabía yo de quién venía. Decía así: «¿Todavía necesitas mi presencia? Ya sabes que esta vez te costará el doble». Sabía que era él, pero ¿cómo había conseguido mi móvil? Si había cambiado de número para evitar que me siguiera chantajeando.

Respiró profundamente y con suspiro continuó hablando.

—Estuve dos noches sin dormir, dándole vueltas a todo. ¿Sería necesaria su presencia? ¿Me quitarían a Lí por culpa de ese capullo? ¿Debería haber dicho a la inspectora que me había separado? No encontraba ninguna respuesta, lo único que tenía claro es que haría

todo cuanto fuese necesario por no perder a Alicia. No tenía otra salida y le devolví el mensaje con un escueto «de acuerdo».

Quedamos en la puerta del edificio, se presentó tarde y bastante desaliñado. Me dieron ganas de mandarlo a la mierda, pero su presencia era necesaria, así que estaba decidida a pasar la prueba. «Llegas tarde», le dije como saludo mientras nos introducíamos en el interior del edificio.

De nuevo suspiró, sabía que le costaba mucho rememorar aquellos días.

—Creo que el psicólogo notó algo; sólo hablaba yo, y cuando le preguntaban a él contestaba con monosílabos y frases cortas. Finalmente firmó el papel y nos dijo que el proceso de adopción había concluido y nos deseó suerte. Disimulé lo mejor que pude, pero ya en la calle le dije: «A partir de ahora muérete si quieres, para mí ya estás muerto», y me di media vuelta. Cuando me alejaba de él llena de rabia escuché a mi espalda… «sabrás de mí…». Pero afortunadamente no he vuelto a saber de él.

—Después de todo esto mi vida se ha desarrollado entre estas historias y muchas idas y venidas al hospital.

—Sólo una pregunta —dije extrañado—, ¿quién es Alicia?

Sonrió y me respondió.

—Otra historia más —respondió—, podría escribir un libro con todas ellas ¿no crees? —bromeó—. No era mi intención cambiarle el nombre a Lí, pero cuando esperaba los resultados de las pruebas, una amiga me dijo: «¿Por qué no la llamas Alicia? Significa, «la que se defiende» y nadie mejor que ella con esas ganas de vivir puede representarlo. Y además contiene su nombre original, Lí».

Tomó un pequeño sorbo de la lata y continuó.

—Sí, ya sé, es un poco enrevesado, pero créeme, es lo más sencillo de toda la historia.

—No te estoy juzgando —respondí.

Sin mediar otra palabra posó sus labios sobre mi mejilla con un leve roce que apenas duró un segundo. Me quedé tan sorprendido que no supe que decir, no estaba acostumbrado a esas muestras de afecto.

—Gracias —me dijo en un susurro—, gracias por escucharme.

Le di un abrazo y la atraje levemente contra mí sellando la complicidad que había surgido entre nosotros.

—El resto —continuó—, ya es historia de médicos, hospitales, crisis, urgencias, pero también de momentos intensos y felices; y otros también muy amargos, como hoy. No es la primera vez que me dicen «de hoy no creo que pase» pero no termino de

acostumbrarme a ello. Es una luchadora y sé que aguantará hasta que consigamos un corazón que le ayude a seguir adelante.

—¿Qué tiene? —pregunté.

—No te voy a aburrir con tecnicismos, pero básicamente tiene el corazón de una niña de cuatro años incapaz de bombear con la suficiente fuerza. Además de estar dañado por el tremendo esfuerzo que eso supone en cada latido.

Esta vez fue ella la que me abrazó fuertemente, colocando su mejilla en mi hombro. Ambos nos sentíamos, con los ojos cerrados, muy intensamente.

En ese momento al abrirse la puerta de entrada se rompió el silencio del vestíbulo del hospital, dando paso al taconeo producido por los vertiginosos zapatos de una mujer que caminaba con paso firme y decidido hacia donde nos encontrábamos. Ana acababa de llegar al hospital.

8

Levanté la cabeza del hombro de Nita y pude ver como Ana se dirigía hacia nosotros marcando cada paso, clavando los afilados tacones cargados de ira en el suelo. En su cara se reflejaba la cólera que sentía, ni siquiera el maquillaje podía disimularlo. Me parecía alucinante verla vestida como si fuese a una fiesta con un vestido muy ceñido totalmente fuera de lugar.

Con un leve ademán advertí a Nita de su presencia. Nos separamos de inmediato, noté mi corazón acelerado como si estuviésemos haciendo algo malo. Sabía que no era así pero en esos momentos seguramente era lo pasaba por el pensamiento de Ana.

Nos pusimos de pie, Ana pasó a mi lado con un gesto de desprecio e ignorándome se dirigió directamente a la puerta de urgencias sin detenerse, buscando noticias de Diego. Me acerqué a ella por detrás.

—No hay noticias, sólo sé que sigue en el quirófano desde hace unos cuarenta minutos —le dije, pero parecía no escucharme.

Continuó ignorándome como si no hubiese dicho nada, abrió la puerta de urgencias fingiendo desesperación y gritó:

—¿Alguien puede decirme cómo está mi hijo?

Nadie respondió. Le puse la mano en el hombro pero con un gesto brusco la apartó y se giró violentamente con un gesto más de asco que de indignación.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —escupió cargada de rabia—, ¿qué le has hecho a mi hijo? ¡maldito cabrón!

—Ana… —traté de calmarla sin éxito—, ha sido un accidente.

—No me cuentes historias, Víctor —continuó fuera de sí—. Nunca estás con él y tuviste que salir precisamente hoy para hacerte el buen padre que nunca has sido. Sus palabras se clavaban en mi pecho como afilados cuchillos desgarrando la poca entereza que me quedaba.

—Sé que es tu rabia contra mí la que habla, y no te escucharé hasta que te calmes —contesté.

Ana estaba totalmente fuera de sí, parecía perder los papeles por un momento. Hacía tiempo que no reconocía a la Ana con la que había compartido los sueños de juventud. La actual posición desahogada que ahora disfrutábamos nos había cambiado. Supongo

que cuando la incertidumbre desaparece todos cambiamos. Yo disfrutaba con mi trabajo y ella se beneficiaba de lo que le proporcionaba, pero irreversiblemente nos había ido alejando, abriendo un abismo entre los dos.

La situación era bastante tensa y se podía romper en cualquier momento. El hecho de que estuviese abrazado a Nita no hizo más que empeorar las cosas. Yo trataba de mantener la calma a duras penas.

—¿Que habla mi rabia? —gritó. Sus palabras retumbaban en el silencio del hospital, la poca gente que ahora estaba en hall se volvió alertada por las voces para contemplar la escena—. Hace mucho tiempo que no tengo rabia, Víctor y la culpa es tuya.

En ese momento ya no pude contenerme más y perdí la compostura.

—¿Eres capaz de dejarme tranquilo, irte a la mierda y dejar de culparme por todo? —le dije en voz baja para no llamar más la atención de los desconocidos—. Y puedes hacerlo en el orden que te plazca —sentencié.

Me sorprendí pronunciando estas palabras. Estaba tan harto que no contuve mi ira hacia ella, estallé echando todo lo que llevaba dentro desde hacía mucho tiempo.

—¿Te das cuenta de lo que está sucediendo? —continué—, no sé cómo acabará nuestro hijo —hice una pausa provocada por el nudo que sentía en la garganta—, y tú solo te preocupas de echarme en cara tus frustraciones.

—¿Que yo te echo en cara qué? —exclamó fuera de sí—. Te llamo al móvil y me contesta una mujer que no sé ni quien es, llego aquí y te encuentro abrazado a una desconocida y sin saber nada de mi hijo…

—Nuestro hijo —atajé.

—¡No me vengas con esas, Víctor…!

Nita intentó mediar en la discusión para calmar los ánimos, pero Ana le dirigió una mirada con los ojos inyectados en ira.

—¡Mira bonita! —dijo con acritud dirigiéndose a Nita—, no te creas con derecho a meterte en mi vida por haber contestado el móvil de mi marido.

—Perdona —contesto pausadamente—, sólo pretendía ayudar.

—Pues ya ves que no ayudas nada —la voz de Ana crecía en intensidad, el vigilante de seguridad ajeno hasta el momento se giró para controlar el alboroto.

Nita, desconcertada, se quedó paralizada sin saber cómo actuar, iba a darse la vuelta cuando la tomé por el brazo suavemente y le

dije:

—Lo siento, está muy nerviosa, no sabe lo que está diciendo.

— ¿Que lo sientes? ¿Que no sé lo qué estoy diciendo? —gritó Ana fuera de sí—, ¿y qué hay de lo que yo siento?

—Ana —respondí dirigiéndole una triste mirada—, hace tiempo que no sé lo que sientes, y ¿sabes?, creo que tampoco me interesa averiguarlo.

No podía creer lo que acababa de decir, y menos en estas circunstancias. Era algo que guardaba dentro de mi hacía mucho tiempo, mi corazón, cansado de tanta culpa, dolido de tanto desdén, había dicho basta. No era el mejor momento para dejar de fingir, pero no podía aguantar sus reproches ni un minuto más.

Di dos pasos hacia atrás en silencio. Ana me observaba entre sorprendida y extrañada. No solía reaccionar de aquella manera, pero ya me tenía harto, quizá me había acostumbrado a dejarme llevar en mi relación con ella. En ese preciso momento sentí que había puesto un punto y aparte en mi vida.

Me giré bajo su atenta mirada, se había quedado sin palabras. Su mundo parecía tambalearse por primera vez pensando que yo no hablaba en serio y que como de costumbre volvería para pedirle perdón. Se equivocaba si pensaba así. Ya no había nada por lo que pedir perdón.

Caminé en dirección a la puerta de salida sin volver la vista atrás. Sentía su mirada clavada en mi espalda. De alguna forma me sentía muy aliviado y poco me importaba lo que sintiese.

Oía los pasos de Nita caminando tras de mí.

—¿Estás bien? —me preguntó desde una distancia prudencial.

Sentía rabia, impotencia por todo lo que estaba sucediendo. Me detuve antes de atravesar la puerta de salida.

—No deberías irte —insistió—, Diego te necesita aquí, sintiendo que estás cerca de él.

Agaché la cabeza, quería llorar, gritar, pero no era capaz de derramar ni una sola lágrima y apenas podía hablar.

—Tienes razón, debo ser fuerte. Por mí, por Diego Por lo demás, ¿quién sabe qué ocurrirá?

Nita puso su mano en mi hombro en un gesto de tímido consuelo.

—¡Mírale! —se oía gritar a Ana—, el padre destrozado ligándose a esa zorra —los gritos desesperadamente crueles de Ana cortaban el intenso silencio que desde hacía buen rato reinaba en el lugar.

Sentía vergüenza por su comportamiento, me dirigía hacia ella, pero Nita agarrándome del brazo con la mirada me dijo que no

importaba.

De la puerta de urgencias salió una enfermera para llamar la atención a Ana.

—Señora, haga el favor de guardar un mínimo de silencio; ¡Por Dios! ¡Estamos en las urgencias de un hospital! —dijo—, si quiere arreglar sus asuntos personales, hágalo en la calle.

—No sabe usted con quién está hablando… —gritó Ana de nuevo.

—Ni lo sé ni me importa —respondió la enfermera—, y si no se calma, llamaré a seguridad para que la echen a la calle ¿lo ha entendido?

Nunca unas palabras, prácticamente susurradas, habían tenido ese efecto devastador en Ana, se quedó perpleja ante el desplante de la enfermera. Esta volvió a desaparecer tras la puerta de urgencias sin darle la oportunidad a Ana de preguntarle por la evolución de Diego.

Después de contemplar la escena me acerqué de nuevo a Ana con paso firme, al tiempo que la mujer que antes me había explicado y traído los impresos para la donación de órganos salía de la misma puerta y se dirigía a Ana, posiblemente alertada por la enfermera.

—¿Es usted la madre de Diego de la Hera? —le preguntó.

—Sí, soy yo —contestó, mientras yo me acercaba.

—¿Le han explicado el tema de la donación de órganos? —esta vez la mujer carecía del tacto que había tenido conmigo.

Ana puso cara de sorpresa que fue transformando en indignación y encogió los hombros clavándome otra vez su fría mirada.

—Perdone, pero no he tenido tiempo de explicárselo —repliqué.

¿No has tenido tiempo de explicarme, qué? —preguntó Ana más airada.

La cogí por el brazo mientras le indicaba a aquella mujer que no se preocupase. Intentaría ponerle al tanto de la situación. Como bien me había explicado la responsable de donaciones, no era imprescindible su firma, pero si aconsejable.

—¿Puedes tranquilizarte? —trataba de mantener la calma ante ella, pero en mi interior no podía más, la situación me sobrepasaba.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Si no haces más que contarme mentiras y más mentiras —contestó entre dientes indignada, tratando de no levantar más la voz.

—Ana, estás desquiciada —mi voz se quebraba por momentos—. No voy a justificar nada más de lo que hice, hago o haré. Creo que no merece la pena el esfuerzo, si todo cuanto hago, a tus ojos, está

mal. Y por cierto, si de vez en cuando atendieses el teléfono y no dejases saltar el buzón de voz…

—¿Qué?

—…Estarías más informada —concluí.

—¡A mí no hables así!

—Te hablo de la única manera que entiendes —hice una pausa para coger aire y continué—. He firmado el consentimiento para que Diego sea donante de órganos en el peor de los casos.

—¿Cómo? ¿Que has hecho qué? —su voz de nuevo resonó en todo el hospital, y su cuerpo tambaleante perdería el equilibrio de un momento a otro.

La enfermera asomó por la puerta de urgencias de nuevo. Antes que dijese nada le pedí disculpas con un gesto para que se tranquilizase y no llamase al guardia de seguridad. Ana me miraba fijamente llena de odio.

—¿Puedes bajar la voz? ¡o quieres que nos echen!

—¿Cómo has podido hacerlo sin consultarme?

—Estas cosas no se consultan, Ana. Se hacen o no se hacen, y he decidido dar el consentimiento, sólo espero que no haga falta —respondí casi sin aliento, conseguía agotarme física y mentalmente —. No podía esperar por ti.

—Tenías que haberme consultado —dijo apretando más los dientes, como si eso fuese lo único que le preocupaba—. Es mi hijo.

—Nuestro hijo —aclaré—, es también mi hijo, y aunque no me creas, no ha sido fácil tomar la decisión. Te agradecería que simplemente firmes el formulario y hagas lo correcto.

—No permitiré que me hagas quedar como la mala de esta historia —dijo.

—¿Historia? esto no es una historia, es la vida real Ana —respondí—. Aquí no hay ni buenos ni malos, sólo una decisión que tomé sobre nuestro hijo que se debate entre la vida y la muerte y, en el peor de los casos, espero que sirva para algo. Si te queda algo de corazón bajo esa coraza de mujer perfecta, ¡firma el puto impreso de una vez!

9

Allí nos encontrábamos los dos frente a frente, reflejándose en nuestras caras la tensión del momento, la indignación que sentíamos por la situación que acabábamos de protagonizar. La carpeta con los formularios que debía firmar Ana seguían en mis manos. Se la ofrecí para que hiciese lo que considerase oportuno. Juro por Dios que traté de cambiar mi semblante enojado pero que difícil me resultaba ante su actitud.

El tiempo transcurría con una calma desesperante, podía escuchar cada segundo marcado en el reloj que presidia el vestíbulo del hospital. No quedaba nada por decir, todo estaba claro, al menos para mí. Ese punto y aparte que había escrito minutos antes cada vez se marcaba más. Y el silencio que se abría entre nosotros con el paso del tiempo así me lo confirmaba.

Ella seguía de pie, con los brazos cruzados por debajo de sus pechos, realzándolos, provocándome. Su rostro reflejaba una mezcla de indignación, desesperación y estupor. ¿Acaso esperaba que diese el siguiente paso? Se apoyó sobre la pierna derecha como si quisiese clavar su afilado tacón en el suelo y comenzó a dar pequeños golpes en el piso con el izquierdo, mostrando su impaciencia conmigo. Su rostro me reclamaba una disculpa.

—Ana, no esperes que te pida perdón por lo que hice —le dije pausadamente—, no creo que deba hacerlo. Quizá debería habértelo consultado… pero cada vez que te llamaba saltaba el maldito buzón de voz.

—¿Quizás? —me interrumpió—, ¡quizás, no! ¡deberías haberlo hecho!

—No empieces otra vez, te lo pido por favor. Si no lo haces

porque yo te lo pida, hazlo al menos por respeto…

—¡No me hables de respeto! —volvió a la carga—, sencillamente no me hables, y te juro que si puedo revocaré tu firma en esos formularios.

Levanté la mirada del suelo para cruzarme con la suya para comprobar que no hablaba en serio.

—¡No puedes estar hablando en serio! —le recriminaba desesperado—. Pero ¿tú te estás escuchando? ¿Realmente has pensado en lo que quieres hacer?

—¡Qué sabrás tú lo que yo pienso!

Tenía la sensación de un «dejá-vu», que ya habíamos tenido esta conversación y no quería darle más vueltas al tema, no merecía la pena, no podíamos perder más tiempo. La vida no te prepara para situaciones de este tipo, es de lo único que estaba seguro.

—No Ana, ya te lo dije —respondí—, ni lo sé, ni me importa lo más mínimo.

Le tendí la carpeta con los impresos que debía firmar y la muy… se giró dándome la espalda, ignorándome por completo. Me resultaba increíble su comportamiento en un asunto tan delicado, sólo por ese resentimiento hacia mí. Habíamos tocado fondo, en ese instante supe que ya no habría manera de reflotar nuestra relación. Ante su desplante, deposité la carpeta sobre uno de los asientos de la sala de espera.

—Aquí te la dejo, tú verás lo que haces, pero si decides hacer lo que acabas de decir, sólo me corroborarás que te has convertido en un ser despreciable.

Ana no parecía escucharme, no conseguía ver su rostro pero por sus gestos me confirmaban que no cambiaría de opinión. Cuando ya me alejaba de su lado, me volví para darle una última oportunidad, por si atisbaba algún cambio en su actitud, pero nada había cambiado. No me sentía culpable por la decisión tomada a pesar de que Ana así me había hecho sentir y nunca había estado tan seguro de tomar una decisión así.

Los minutos transcurrían con lentitud exasperante. Volví a la zona de las máquinas expendedoras. Pasé al lado de Nita que se había sentado en otra parte del vestíbulo. Nuestras miradas se cruzaron, yo le expresé un «lo siento» mientras que ella me devolvió un gesto de «no te preocupes, no pasa nada».

Pero sí pasaba. Pasaba que me quería ir de allí, despertar de aquella pesadilla; reírme de aquel absurdo sueño. La vida puede cambiar en un instante, por pequeño que este sea. Cuando lo hace pone tu existencia del revés con gran rapidez sin pedirte permiso.

Me acerqué hasta la puerta de entrada para ver como agonizaba el día, aun así la luz que entraba por los cristales era muy brillante, casi cegadora. Me dolían los ojos, un extraño dolor que las lágrimas que no brotaban hubieran aliviado. Era incapaz de llorar.

Siempre he pensado que todo ocurre por algún motivo pero no siempre nos gusta, ni tampoco el instante en que ocurre. Me gustaba haber conocido a Nita; haber conseguido liberarme de gran parte de los sentimientos que oprimían mi corazón discutiendo con Ana; haber dado un giro a mi vida en un instante, pero cuando pensaba en la causa que lo había provocado no dejaba de sentirme culpable. De cualquier forma, pasara lo que pasase mi vida había cambiado por completo.

Apoyé mi frente contra el frío cristal y cerré los ojos. Observaba a Diego viendo la luz por primera vez; dando sus primeros pasos; caminando de mi mano por el bosque; preguntándome como tocar la guitarra; riéndonos de una ocurrencia ingeniosa; lo vi en mis brazos con su mirada brillante, aún viva pidiéndome que lo protegiese del frío; lo vi mientras en sus ojos sentía como la vida se le escapaba.

Abrí de nuevo los ojos, la luz del día se había extinguido. Del exterior sólo podía distinguir la tenue luz de las farolas que iluminaban extrañamente una calle desierta. Todo parecía una alucinación, me di la vuelta, allí seguía Ana, de pie junto a la puerta de urgencias esperando alguna noticia de Diego, hablando por el móvil, o acaso buscando la manera de revocar mi firma en los impresos de la donación como me había amenazado. Nita, sentada con la cabeza escondida entre las manos, parecía aislarse de todo el

entorno; sólo de vez en cuando levantaba la mirada buscando la mía, tratando de encontrar algún tipo de consuelo que yo apenas podía ofrecerle.

Intentaba mantenerme sereno y transmitirle a Diego toda la energía que fuese capaz, a pesar de presentir que se me iba, había perdido la esperanza de ver a mi hijo con vida.

Sentía la soledad atrapando mi corazón, vencido por la melancolía que anidaba en él. Llegaba para quedarse y regir mi vida de aquí en adelante. Mi corazón latía al compás de los segundos que transcurrían lentamente. Ahora era yo quien buscaba consuelo en la mirada de Nita. Nunca había necesitado pensar en el pasado como ahora; almacenaba los recuerdos sin necesidad de repasarlos. Pensaba, quizás, que nada malo nos puede pasar cuando aún tenemos toda la vida por delante, pero en ese momento y allí, en aquella desangelada y fría sala de hospital necesitaba recordar cada minuto de mi existencia, lo bueno y lo malo para sentir que aún estaba vivo.

El egoísmo nos hace buscar refugio de nuestros males pensando que son los únicos; que no hay nada peor que lo que nos ocurre a nosotros. Buscaba en Nita, a cierta distancia, la complicidad de las horas anteriores, pero cada vez que la miraba, la encontraba ensimismada en sus problemas, que no eran ni peores ni más banales que los míos, sencillamente eran distintos, eran sus problemas. Esto hacía que la soledad que sentía en esos momentos siguiese enraizando hasta el punto de cuestionarme todo, incluso mi culpabilidad en el accidente de Diego. Llegué a cuestionarme mi derecho a vivir si Diego no salía adelante.

Busqué la mirada de Ana, en vano, esperando que hubiese recapacitado en sus intenciones, pero ahora se encontraba de espaldas, continuaba hablando por el móvil, parecía muy contrariada e indignada mientras proseguía la conversación.

Me levanté de mi asiento y comencé a pasear por el vestíbulo del hospital, siguiendo las líneas que marcaban las juntas de las baldosas del suelo, sin rumbo fijo evitando pasar cerca de Ana, prefería no enterarme de lo que estaba hablando con su interlocutor, aunque escuchaba el murmullo de su voz junto con el repiquetear sus tacones en el pavimento al caminar.

Observé como se despedía y guardaba el móvil en su bolso, me dirigió una mirada furibunda, y se giró para recoger la carpeta con los formularios del asiento donde la deposité un rato antes. Rebuscó en su bolso y extrajo un bolígrafo, garabateó en el impreso lo que parecía una firma. De nuevo me dirigió una mirada cargada de ira, diciéndome: «esta vez te has salido con la tuya». Tiró la carpeta sobre los asientos, rompiendo el silencio con un gran estruendo y guardando el bolígrafo en el bolso se giró dándome la espalda.

Eran las ocho y veintisiete minutos, siempre recordaré esa hora. Fue la hora exacta en que el cirujano apareció por la puerta con el semblante muy serio. No hacía falta que pronunciase ninguna palabra, la expresión de su cara decía bastante. Me acerqué apresuradamente con la vana esperanza de estar equivocado.

—¿Familiares de Diego? —preguntó dirigiéndose directamente a Ana mientras yo me acercaba.

—Sí, soy su madre —respondió ella—, ¿cómo se encuentra?

Llegué donde estaban pero no fui capaz de articular ni una palabra.

—Lo siento mucho —dijo muy serio—, hemos hecho todo cuanto estaba en nuestras manos, pero lo hemos perdido en la mesa de operaciones —bajó un instante la mirada—. Parecía que todo iba bien; él luchaba por vivir, pero se nos ha ido en cuestión de segundos y no hemos podido reanimarlo —hablaba pausadamente —. Lo siento mucho.

Puede que fuese cierto, es tan fácil sentirlo ¿no es cierto? Sentirlo es fácil para los demás.

Aquel hombre parecía realmente apenado por lo ocurrido, dándome el pésame dio por concluido su trabajo, se dio media vuelta desapareciendo por la misma puerta por la que había salido un par de minutos antes, volviendo a su aséptico mundo sin más explicaciones. La verdad es que no quería saber más detalles de lo sucedido allí dentro, tenía suficiente ¿Qué podría importarme lo ocurrido, ahora? ¿me devolverían a Diego? La respuesta siempre era no.

El mundo se abrió bajo mis pies, sentí que saltaba al vacío. Por un momento pensé que caería inconsciente, mi vida se derrumbaba definitivamente, no asimilaba lo que acababa de escuchar ni lo que ocurría a mí alrededor. Sentí como unos fuertes brazos me sujetaban y me ayudaban a sentarme, pensé que era Nita, pero me equivocaba.

Ana gritaba fuera de sí; yo no comprendía nada de lo que decía, apenas unas palabras inconexas. Sólo tengo el vago recuerdo de un hombre con bata blanca sujetándola, intentando hablar con ella.

Mi acompañante, también con bata blanca, era una mujer joven pero fuerte, trataba de hablar conmigo, pero yo no era capaz de articular palabra alguna. ¡No quería hablar! ¡sólo gritar de rabia! Un dolor profundo invadía todo mi ser.

Traté de gritar pero el sonido se ahogaba en mi garganta, atenazada por un enorme nudo que me resultaba asfixiante.

—Desahóguese —me dijo la mujer de bata blanca—, deje fluir su rabia, no la reprima.

La escuchaba como al final de un túnel, todo me parecía tan surrealista. Allí estaba yo, mi hijo acababa de morir y una desconocida con una impoluta bata blanca trataba de ¿Consolarme?, de… ¿ayudarme?

—¡Déjeme tranquilo! —dije con acritud—, no necesito su ayuda —le clavé la mirada, se retiró unos pasos hacia atrás levemente dándose por aludida.

Miraba a todos lados incapaz de controlarme. La ira, la desesperación, la amargura, sentimientos negativos afloraban en mis palabras, en mis actos, se instalaban en mi corazón; pero sobre todo me sentía terriblemente solo. Esa soledad insalvable a pesar de estar rodeado de una multitud; esa soledad que te hunde en un pozo y no te deja respirar.

Ana continuaba gritando, tratando de zafarse del psicólogo que intentaba ayudarla. Sólo conseguía distinguir mi nombre entre sus gritos mientras se dirigía a mí. Me sentía fuera de mi cuerpo;

incapaz de sincronizar la voz de Ana con el movimiento de sus labios, pero sabía que me gritaba a mí ¿a quién si no? Mientras, yo sólo conseguía ver imágenes dispersas de Diego que mi cerebro proyectaba en su rostro.

El primer bofetón me sacó del trance en el que estaba sumido.

—¡Hijo de puta! —me gritaba—, ¡lo has matado! ¡tú tienes toda la culpa, cabrón!

Aturdido por lo sucedido no conseguí reaccionar hasta que recibí la segunda bofetada, más fuerte y más directa que la primera. Un estallido de dolor recorría mi mejilla, de forma mecánica levante el brazo y la agarré por la muñeca antes de recibir el tercer impacto de su mano. Traté de abrazarla y consolarla, pero de un empujón separó su cuerpo del mío, golpeando mí pecho con los puños cerrados sin demasiada fuerza. Las lágrimas, llenas de odio y de ira hacia mí, asomaban de sus ojos. Nunca la había visto tan desamparada y sola como ese día.

—¡Tú tienes la culpa! —sollozó remarcando el «tú» llena de cólera. Continuó pero su voz era apenas un susurro—. Tú tienes la culpa —repetía una y otra vez su sentencia como si de un juez implacable se tratase.

Me aparté de ella dando unos pasos hacia atrás, girando la cabeza a un lado y otro buscando ayuda. No encontré a nadie, Nita ya no estaba allí.

Decidí huir de allí tan rápido como pude, tropezándome al paso con todas las personas con las que me cruzaba. En mi cabeza aún resonaban las palabras de Ana. Tenía miedo, un miedo irracional que no me dejaba pensar; sólo se me ocurría huir, huir sin mirar atrás, huir hacia ninguna parte y a todas a la vez. Atropelladamente llegué al aparcamiento, no conseguía encontrar el coche. No recordaba donde me dijo Nita que lo había estacionado. El aparcamiento, apenas iluminado, se erigía frente a mí como un monstruo lleno de amenazantes vehículos que parecían fieras dispuestas a devorarme. Caminaba entre ellos sin saber dónde buscar. No lo encontraba, tenía que marchar de allí antes de que el miedo ofuscase mis sentidos, el miedo a vivir sin Diego.

10

Nita estaba ajena a la situación, absorta en sus problemas, rezaba, no sabía muy bien a quien pero pedía que se obrase un milagro; que Alicia consiguiese salir adelante, que la desgracia ajena fuese la esperanza de su niña, que luchara por su vida como había hecho hasta ahora. Ya no dependía de sus fuerzas casi extintas, de sus ganas de vivir intactas. Necesitaba un milagro.

De cuando en cuando levantaba la cabeza para buscar a Víctor, tratando de encontrar una mirada de consuelo que la ayudase a no sentirse sola. No era la primera vez que pasaba por esa situación, sin embargo, si era la primera vez que sentía tanta soledad; tan sólo con su propia ayuda.

Vio que Víctor pasaba a su lado después de discutir con su mujer, ella le hizo un leve gesto de que no se preocupase por lo sucedido; contempló cómo se dirigía hacia la puerta y allí se detenía. Sintió el impulso de salir tras él, abrazarle, consolarle y al mismo tiempo consolarse ella misma con él. Se sorprendía ante ese sentimiento nuevo para ella, nunca había sentido nada parecido con persona alguna, temía no volver a verlo.

Continuó observándolo durante un rato mientras apoyaba su frente en el frío cristal de la puerta de salida. Era capaz de sentir su sufrimiento pero también percibía como pensaba en ella ¿Era eso posible? ¿era posible que Víctor pensase en ella en esos momentos tan duros para él?

Ella notó como renacía de la muerte que sentía en vida durante el tiempo que se abrazaron. Quería a su hija Alicia con locura. Haría cualquier cosa por ella pero había instantes en su vida en los que necesitaba sentir el calor humano de una relación, aunque fuese efímera, y hoy con Víctor lo había logrado sin buscarlo.

Escondió de nuevo la cabeza entre las manos, cerrando los ojos, se imaginó caminando de la mano de Víctor, junto a Alicia y Diego, a pesar de no conocer a este último. En el tiempo de espera, su padre había hablado tanto de él que se imaginaba como era el rostro del niño. ¡Parecía todo tan real!

Levantó la cabeza y se cruzaron sus miradas. Notaba que rompería a llorar en cualquier momento, aun así adivinaba la calidez de sus sentimientos hacia ella, no era capaz de explicárselo.

Miró su reloj, eran las ocho y diecisiete minutos, llevaba allí más de diez horas sin apenas descansar. Había pasado más de una hora desde la última vez que el doctor que atendía a Alicia había hablado con ella. No le dio buenas noticias, aunque mantenía esperanza mientras su corazón latiese.

De nuevo consultó su reloj, las ocho y dieciocho minutos, la sobresaltó una voz a pesar de hablar casi entre susurros.

—Nita, venga conmigo, por favor —le susurró el médico de Alicia.

Nita alarmada se levantó y lo siguió hasta una sala contigua al vestíbulo del hospital. El doctor tenía un rostro muy serio, ella se temía lo peor.

—Tengo noticias esperanzadoras —comenzó a hablar de forma pausada—. Tenemos un corazón para Alicia. Acabamos de recibir la noticia, afortunadamente el donante está en este hospital y es totalmente compatible con la niña.

Nita estalló en un llanto de alegría, apenas podía creérselo, el milagro que tanto ansiaba se había producido. Se abrazó al doctor en un acto reflejo que el hombre no pudo más que decirle:

—Por favor, suélteme antes de que no pueda respirar.

—Lo siento —respondió Nita sonrojada soltándolo—, Entiéndame, llevo tanto tiempo esperando este momento… —no pudo continuar hablando de lo emocionada que estaba.

—Lo sé Nita —continuó el médico—, pero hay que ser muy cautos, y usted la primera. Tenemos lo principal, un corazón sano, pero el proceso es muy complicado y aunque todo vaya bien, insisto, tenemos que andar con mucha cautela. El donante es cien por cien compatible con Alicia pero esto no quiere decir que no surjan complicaciones, ya lo sabe.

A pesar de todo se sentía esperanzada. Había sufrido tanto por ambas, que nada podía empañar la alegría que sentía en ese momento.

—Ya nos estamos preparando para la intervención —El doctor continuaba hablando, pero Nita apenas le prestaba atención—. Puede verla antes de que la bajemos al quirófano, será una noche muy larga.

—¡Claro que quiero verla antes! —exclamó Nita impaciente por ver a su niña—, pero, ¿me da un minuto? He de decirle algo a un amigo que espera fuera…

—Bueno, pero dese prisa, el tiempo apremia.

Nita salió de nuevo al vestíbulo, buscaba a Víctor para darle la gran noticia, pero no lo encontró. Allí sólo seguía su mujer fuera de

sí, gritando e insultando no sabía bien a quien, ni que podría haber ocurrido. Se giró hacia la salida y vio como Víctor corría hasta alcanzarla arrollando a todos cuantos estaban en su camino, sin mirar atrás, huyendo de aquel lugar.

—¡Víctor! —gritó en vano. Él ya había traspasado el umbral de la salida. ¿Qué habría ocurrido para que Víctor huyese como alma que lleva el diablo? Se imaginó lo peor.

Desconcertada se giró de nuevo hacia donde se encontraba Ana, esta caminaba con paso furioso hacia ella, el maquillaje se le había desdibujado, estaba patética. Gritaba apretando las mandíbulas palabras que no tenían sentido para ella.

—¡Otra vez tú! ¡Maldita zorra! ¿Qué es lo que buscas en mi marido? —continuaba gritando fuera de sí mientras se acercaba a Nita, le seguía muy de cerca un hombre que parecía ser un enfermero—. ¡Te voy a partir la cara, puta malnacida! —balbuceaba totalmente enajenada.

Nita no entendía nada ¿Qué le ocurría a aquella mujer? ¿Por qué la había tomado con ella de esa manera?

Ana llegó donde se encontraba y levantó el brazo con la intención de soltarle un bofetón. Afortunadamente lo esquivó echándose hacia atrás. De nuevo intentó golpearla pero esta vez el hombre de la bata blanca que la seguía, consiguió agarrarla de la muñeca evitando que descargase su frustración en el rostro de Nita.

—¡Señora, cálmese! —le gritó el hombre de la bata blanca—, ¿qué es lo que pretende?

Ambos forcejeaban mientras Nita retrocedía atónita, tratando de no tropezar ni de perder de vista a aquella enloquecida mujer por si intentaba atacarle de nuevo. Se giró rápidamente y se fue por la misma puerta por la que había salido mientras la escuchaba gritar fuera de sí.

—¡Darle una hostia a esa zorra…!

La puerta se cerró tras de ella con un golpe seco.

—¿Todo bien? —Preguntó curioso el doctor—, ¿qué ocurre?

—A decir verdad no lo sé —contestó Nita–, estoy desconcertada, una mujer se ha echado literalmente encima de mí, insultándome, y si no me aparto, me da un golpe en la cara.

—Sí que es extraño ¡Vamos! No hay tiempo que perder —sentenció el doctor.

Ambos se dirigieron rápidamente al ascensor que los conduciría a la séptima planta, donde se encontraba la habitación 721, allí descansaba Alicia.

El doctor Morata, que así se llamaba, pulsó el botón de llamada;

el ascensor parecía atascado en la planta quinta.

—Nita —comenzó a hablar el doctor—, Alicia todavía no sabe nada. Hemos pensado que sería mejor que se lo dijese usted. Está muy débil y no debe alterarse más de lo imprescindible; usted sabrá hacerlo con naturalidad.

Oía al doctor pero no le prestaba atención absorta en sus pensamientos; en lo que acababa de ocurrir en el vestíbulo hacía un minuto ¿Por qué la mujer de Víctor la emprendió de esa manera con ella? No tenía respuesta para esa pregunta, ni se la imaginaba. Sin embargo… de pronto creyó entenderlo todo.

—¿A quién pertenece el corazón que le van a trasplantar a mi hija? —le preguntó a bocajarro.

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor. Del interior salió una enfermera empujando una silla de ruedas con un niño de la edad de Alicia, llevaba la cabeza sin pelo, «Será efecto de la quimio», pensó Nita sin dejar de recordar a su niña y la operación que tenía por delante. Ambos se apartaron para dejarles salir.

—No puedo decírselo, Nita —respondió el doctor Morata—, esa información es confidencial y así debe permanecer para evitar conflictos. No debe preocuparse más por ello.

Sin dejarlo terminar y elevando el tono de su voz le preguntó:

—¿Cómo está el hijo de Víctor de la Hera?

—¿Quién? —parecía realmente sorprendido.

Ambos entraron en el ascensor, Nita pulsó el botón de la séptima planta y se apoyó en la barra lateral de la cabina. Continuaba cavilando. Las puertas se cerraban cuando un chico interpuso la pierna entre ambas para evitar que se cerrasen, las puertas volvieron a abrirse y entró en el ascensor.

—Disculpen ¿Podrían pulsar el botón de la cuarta planta? —solicitó el chico.

Sin ni siquiera dirigirle la mirada, Nita pulsó también el botón de la planta tercera por equivocación, las puertas se cerraron lentamente, el ascensor renqueó antes de comenzar el ascenso. Nita permanecía pensando, seguía apoyada sobre la barra lateral, levantó la mirada y observó como el chico consultaba la pantalla de su enorme móvil y de nuevo se dirigió al doctor Morata.

—¿Qué probabilidad existe de que aparezca un corazón para Alicia en el mismo hospital en el que está ingresada, y que además sea totalmente compatible con ella? —lo dijo casi sin respirar.

En ese momento sintió en su corazón una profunda tristeza que se apoderaba de ella, a pesar de ir junto de su hija para darle la buena noticia.

—Y ¿qué probabilidad hay de que al mismo tiempo —continuó preguntando— en el otro extremo del hospital muera un niño de la misma edad que mi hija?

El doctor Morata intentaba no prestarle atención, miraba impaciente la pequeña pantalla, casi empujando los números que marcaban el piso en el que se encontraban, aún estaban en la segunda planta.

—No lo sé, Nita —respondió sin ni siquiera mirarla—, no debería preocuparse por ello, hablo en serio, no es bueno ni para usted, ni para Alicia.

—Doctor, usted no es consciente, pero para mí sería muy importante, incluso para Alicia. ¿Cómo no voy a preocuparme? —argumentó Nita tratando de que entendiese su desasosiego.

El ascensor ascendía lentamente, llegó a la planta tercera, se detuvo y las puertas se abrieron pausadamente, ninguno de los tres ocupantes se movió. El chico continuaba consultando el móvil, Nita apoyada sobre la barra lateral y el médico sin responder las cuestiones planteadas por Nita. Nadie entró en el ascensor, pero tampoco hicieron nada para que las puertas se cerrasen antes. Parecía que habían desaparecido todas las urgencias.

El ascensor, reanudó la marcha para detenerse unos segundos después en la siguiente planta. Las puertas se abrieron pero el chico, absorto en la pantalla del móvil, no se percató de ello.

—¿No te bajas en esta planta? —le preguntó Nita.

El chico levantó la cabeza, miró el piso en el que se encontraban, sin decir palabra y antes de que las puertas se cerrasen por completo se coló entre ellas con un hábil serpenteo que no evitó que las puertas se abriesen de nuevo.

—Gracias ¿eh? —gritó Nita irónicamente.

Pulsó repetidamente el botón de la séptima planta tratando de acelerar el cierre de las puertas. Estaba muy nerviosa por la lentitud con la que subía. De nuevo, el ascensor renqueó antes de ponerse en marcha.

—¿Seguro que el corazón no es de Diego de la Hera? —insistía porque no era capaz de desechar ese pensamiento de su cabeza, tratando de sonsacarle la información al doctor.

—No insista, Nita —respondió apartando la mirada—, preocúpese por Alicia, es lo que importa en este momento.

—Disculpe mi insistencia, pero no puedo apartar esa idea de mi cabeza —trató de suavizar la situación sincerándose con el doctor; le explicó que sabía del accidente del niño porque había conocido a su padre en el vestíbulo del hospital, mientras esperaban noticias—.

No sé cómo decírselo a Alicia para no alterarla.

—No, no debe usted alterarla, dígaselo con sencillez y sobre todo transmítale calma —dijo el doctor aliviado viendo que Nita cambiaba de tema—. Está muy débil, su situación es muy delicada.

Por fin el ascensor llegó a la séptima planta, se detuvo y las puertas parecieron vacilar antes de abrirse y dejarles salir.

Nita salió apresuradamente, seguida unos pasos por detrás del doctor Morata. A punto estuvo de chocar con una enfermera que portaba en las manos una bandeja con instrumental médico y algunas medicinas. Con un ágil movimiento de cintura giró sobre sí misma como si se tratase de una bailarina, la esquivó y ofreciéndole una enorme sonrisa le dijo:

— ¡Tenemos un corazón para Alicia! ¿No es maravilloso?

Sin aguardar la contestación de la enfermera, se giró de nuevo en otro paso de baile improvisado para dirigirse a la habitación de Alicia. A pesar de ello, la enfermera había conseguido mantener el equilibrio de lo que llevaba en las manos, le brindó también una generosa sonrisa, aunque Nita ya se había marchado.

—Enhorabuena Nita —le dijo alegre—, dale un beso de mi parte a la niña más valiente y guapa de la séptima planta.

Nita siguió su camino, deseando llegar cuanto antes a la habitación para dar la noticia a su hija. Levantó el brazo con una señal de agradecimiento con el pulgar arriba para a continuación levantar el otro brazo como si hubiese marcado un tanto en el partido más importante de su vida.

—Se lo daré de tu parte, Julia —dijo en voz alta, aún más contenta sin detener el paso—. Pero ya verás, mañana se lo podrás dar tú.

El doctor Morata, a duras penas podía seguir su apresurada marcha por el corredor de la planta. Sólo se escuchaban los pasos de Nita en un pasillo desierto después de haber recogido las bandejas de las cenas del resto de los pacientes que descansaban en las habitaciones a esas horas de la noche. No paró hasta llegar a la puerta de la habitación 721, se detuvo un instante frente a la puerta, respiró muy hondo antes de asir la manilla, giró la cabeza para observar como llegaba junto a ella el doctor Morata. Con la mirada le preguntaba cómo decirle a Alicia lo que iba a suceder.

Este se encogió de hombros mientras trataba de recuperar el aliento tras la carrera, a pesar de su buena forma le había costado seguirla. Hizo un gesto para que entrase.

—Recuerde, Nita —dijo al fin—, sencillez, trate de no alterarla más de lo imprescindible. Yo estaré a su lado.

Ella asintió, de nuevo respiró profundamente y antes de empujar la puerta expiró con un fuerte soplido; giró la manilla y abrió la puerta de la habitación. Encontró a Alicia en un estado de duermevela, los sedantes que le administraban no la dormían totalmente, pero al menos mitigaban los dolores que padecía. Una enfermera cambiaba la bolsa del suero, la estaba esperando para comenzar los preparativos antes de bajar a Alicia al quirófano.

La niña se encontraba acostada, hoy ni tan siquiera se había levantado para dar uno de sus habituales paseos por la planta, Nita prefirió preservarla, se encontraba muy débil y agotada, lo mejor sería reservar la poca energía que le quedaba.

—Mañana será otro día —le había dicho—, no te preocupes, tú descansa.

Parecía tan indefensa conectada a todos esos aparatos, que al verla de esa manera cada vez que entraba en la habitación se le caía el alma a los pies y perdía toda su fortaleza, la que la había logrado guiarla hasta ese momento. Pero su suerte parecía cambiar al fin.

—La esperábamos —le dijo la enfermera—, Alicia quería darle las buenas noches antes de dormirse.

La niña entreabrió sus profundos ojos negros y vio cómo su madre se acercaba cogiéndole la mano con suavidad. Nita mantuvo la entereza delante de ella para que no se alterase. Tantas veces habían hablado de cómo sería el momento de recibir un corazón, para que finalmente tuviese la oportunidad de disfrutar de una nueva vida. Cuando las miradas de madre e hija se cruzaron, no hicieron falta las palabras para comunicarse entre ellas.

—Mami —con un hilo de voz apenas perceptible le preguntó—, ¿se ha producido nuestro milagro?

La niña apenas tenía fuerzas para pronunciar aquellas palabras. Una lágrima asomaba por el rabillo de su ojo rasgado y comenzó a deslizarse por su sien hasta caer sobre la almohada.

—No hables cariño —dijo Nita, apenas podía hablar por la emoción—, debes guardar todas tus fuerzas para las próximas horas.

—He tenido una extraña sensación, mami —continuó hablando la niña con un débil hilo de voz desoyendo el consejo de su madre — he visto a un niño darme la mano. Entrelazaba sus dedos con los míos y con el pulgar acariciaba la palma de mi mano haciéndome cosquillas. Al final me daba un beso muy suave en los labios, como los que tú me das cuando me acuesto por las noches.

Nita no salía de su asombro. Creía todo lo que Alicia le contaba, en su corazón sabía que era más que un sueño, más que una

sensación, más que un sentimiento.

—No digas nada más, mi amor —consiguió decir—. Todo saldrá bien. Ya hablaremos cuando estés recuperada.

Afirmó con la cabeza, y con una voz casi imperceptible le dijo:

–No dejes de cogerme la mano, tengo mucho miedo.

—No te la soltaré ni un segundo —las palabras se ahogaban en su garganta, sus ojos vidriosos eran incapaces de controlar las lágrimas de emoción. Tenía sentimientos encontrados; por un lado sentía una alegría desbordante, pero por otro lado había algo impreciso que empañaba su alma sin saber muy bien que era.

—Yo también tengo mucho miedo, mi vida. Pero somos fuertes ¿verdad? Somos luchadoras incansables, no te olvides.

—Sí que lo somos —respondió Alicia tranquilamente, cerrando los ojos, exhausta por el esfuerzo.

Nita se inclinó sobre ella para besarle en la frente con un suave roce de sus labios resecos en su inocente piel a la vez que cerraba los ojos tratando de contener las lágrimas que desbordaban sus ojos.

—No estés triste, mamá —Dijo la niña sin abrir los ojos—. Todo saldrá bien —una lágrima de Nita acababa de resbalar por la frente de su hija; esta esbozó un sonrisa.

El doctor Morata se acercó por detrás de Nita y le susurró al oído:

—Es la hora, no debemos demorarnos más.

Lentamente separó los labios de la frente de la niña mientras recorría con la mirada sus bellas facciones asiáticas, esta abrió ligeramente los ojos para cruzarse con los de su madre.

—No tengas miedo, mamá —susurró de nuevo—, siempre hemos sido luchadoras incansables —cerró los ojos. Levantó el puño ofreciéndoselo a su madre para que esta chocase el suyo con él, haciendo un saludo secreto que solo ellas conocían.

—Hasta el infinito y más allá —dijo Nita conteniendo el llanto —, siempre luchadoras incansables.

Nita se apartó a una esquina de la habitación mientras el doctor Morata comprobaba una vez más las constantes vitales de la niña. La enfermera había salido de la habitación un momento antes, y ahora regresaba seguida de un séquito de enfermeros y médicos que sin perder un minuto más comenzaron a preparar a la niña para la intervención.

Nita se sentía extraña en aquel lugar, se sentía completamente inútil. Una médica y una enfermera se acercaron a ella, comenzó a hablar la doctora.

—Soy la anestesista que asistirá en la intervención de Alicia —su

voz profundamente grave sorprendió a Nita—. Ya sé que está debidamente informada de todos los pormenores y riesgos de la operación, pero el protocolo de intervención me exige que hable con usted una vez más antes de que la niña entre en el quirófano.

—Está bien, no se preocupe —respondió Nita distraída sin apartar los ojos de su hija.

No prestaba atención a lo que aquella mujer le decía. Simplemente asentía a cada palabra de la doctora mientras observaba como la preparaban para llevarla al quirófano.

Durante veinte interminables minutos el ir y venir de personal médico en la habitación era incesante. Todos parecían muy concentrados en su labor en aquella situación. Nita confiaba plenamente en que todo iría bien.

—Todo listo —El doctor Morata, coordinador de todo el dispositivo se dirigió a Nita–. Vamos a bajar a Alicia al quirófano. Puede acompañarla hasta la entrada, así se sentirá más tranquila.

Un enfermero empujaba la cama sacándola de la habitación de forma muy hábil, sin golpearla ni una sola vez. Una vez en el pasillo, Nita se pegó al lateral de la cama para asir la mano de Alicia, apretándola firme pero con suavidad.

Todo el séquito se dirigió hacia el ascensor que comunicaba con la zona de quirófanos situada en la planta baja del edificio principal.

El enfermero pulsó el botón, a Nita todo le parecía exasperadamente lento, excepto el instante que había pasado con su hija. El personal médico parecía no percatarse de ello, sólo se preocupaban de hacer bien y rápido su trabajo para que todo estuviese dispuesto antes de entrar en quirófano. Nita se adelantó y pulsó de nuevo el botón repetidas veces tratando de acelerar la llegada del ascensor.

El resto del equipo que antes había llenado la habitación de Alicia desapareció como por arte de magia, permaneciendo sólo con ella el enfermero que de forma tan diestra manejaba la cama como si fuese una prolongación de su cuerpo.

—Tranquila —le dijo amablemente tratando de calmarla sin éxito.

Nita estaba muy nerviosa, nadie le decía nada ahora que necesitaba las palabras más que nunca, aunque fuesen de fingido aliento.

Finalmente el ascensor abrió sus puertas y el enfermero introdujo la cama en la cabina iniciando el descenso hacia los quirófanos.

Cuando las puertas se abrieron, de nuevo una multitud de personal médico les aguardaba, sacaron la cama del ascensor, Nita continuaba agarrada a la mano de Alicia, se dejaba llevar, se sentía muy confusa y sola. Todo el mundo realizaba su trabajo, nadie se ocupaba de ella. Se encontró con el doctor Morata en la puerta de entrada de la zona de quirófanos. Un enorme cartel con llamativas letras rojas que invitaba a todo el personal no autorizado a no traspasar la puerta sacó a Nita de su trance. ¡Cuánto había deseado ese momento! Pero ahora, todo lo que había reflexionado sobre cuando llegase, era muy diferente vivirlo. Hasta ese instante, no pensó que si algo saliese mal, sería la última vez que vería a su niña viva. La vida no te avisa de estas contingencias, aprendes a base de los palos que te da, Nita lo sabía muy bien; había aprendido a sacar partido a los instantes en los que le había dado un respiro quedándose siempre con el lado bueno de las cosas. Tenía que luchar por salir adelante, costase lo que costase, pasase lo que pasase.

Las puertas de acceso a quirófanos se abrieron, el doctor Morata se acercó a ella.

—Lo siento, tiene que quedarse aquí; le iremos informando. Tenga paciencia, está en buenas manos –Decía con tensa calma, expectante por la reacción de Nita.

No sabía cómo despedirse de la niña, reflexionaba apresuradamente sobre lo que acababa de pensar, no quería despedirse de ella, aun siendo consciente de que podría ser la última vez.

Apretó la mano de Alicia, se inclinó sobre ella y besó su frente de nuevo.

—Buenas noches, mi niña —le susurró al oído—, que tengas dulces sueños. Y ya sabes, mañana puede ser un día especial.

Una lágrima brotó de sus ojos, deslizándose por su mejilla mientras el enfermero empujaba de nuevo la cama para introducirse por la puerta de los quirófanos. Alicia, a duras penas podía sujetar la mano de su madre que se separaba de la suya en una última caricia entre ambas.

El doctor Morata volvió a dirigirse a ella, ahora más relajado:

—Nita, yo estaré por aquí mientras dure la operación, no dude en llamarme para cualquier cosa, si necesita alguien con quien hablar no vacile en decírmelo.

Al oír el ofrecimiento del médico lo primero que se le vino a la mente fue la imagen de Víctor, no sabía bien por qué, pero le necesitaba; necesitaba hablar con él, sentir su cálido abrazo o

simplemente su compañía, pero no sabía cómo contactar con él.

—Doctor.

—¿Sí, Nita?

—¿Usted podría conseguirme el número de teléfono de Víctor de la Hera?

—¿Quién?

—Víctor de la Hera, el padre de Diego, el que ha donado el corazón para Alicia.

Lo había dicho inconscientemente, pero cuando se dio cuenta de lo que había preguntado pensó que era una buena manera de conseguir toda la información que necesitaba.

—Sabe que no puedo hacer nada, le repito que eso es confidencial.

Dicho lo cual, desapareció por una puerta que daba a un pequeño despacho.

Nita se sentía desorientada, no sabía dónde ir. La espera hasta que acabase la operación sería muy pesada. Tenía por delante interminables horas de espera para poder pensar, la noche sería muy larga.

Deambulaba por el pasillo, no sabía la de veces que lo había cruzado en todas direcciones; tenía la sensación de hambre en el estómago, pero no quería abandonar la puerta de quirófanos, por si salían a darle algún tipo de información. De pronto se acordó que había dejado el bolso con el móvil dentro de la habitación. «¿Y si me llama alguien?» Pensó de nuevo en Víctor. Debería volver a la habitación a por él. Un sudor frío le recorría todo el cuerpo.

Llegó a la habitación, exhausta por el trajín, llena de sentimientos encontrados, totalmente desorientada. Estaba segura que todo iría bien, Alicia saldría adelante con su nuevo corazón, pero una pregunta asaltaba su pensamiento ¿a quién pertenecía? Creía conocer la respuesta a tenor de los hechos ocurridos en el vestíbulo, pero se preguntaba ¿por qué huía Víctor? ¿por qué aquella mujer la había tomado con ella? Aunque esto era lo que menos le importaba.

Cerró la puerta de la habitación cuidadosamente para no hacer ruido, se apoyó sobre ella un instante, suspirando sonoramente al abrigo de la soledad de aquella estancia vacía. Exhaló una mezcla alivio y relajación desprendiéndose de toda tensión acumulada, sólo quedaba esperar.

Mientras recorría con la mirada todos los rincones de la habitación, se fijó en una carpeta depositada sobre la cama, alguien

parecía haberla olvidado allí. Aparentemente no contenía muchos papeles pero sobre la portada lograba leer el nombre de su hija.

«Expediente de trasplante de corazón de Alicia Demaría»

Sintió como se aceleraban los latidos de su corazón y como le pulsaban la sien. Se acercó con cautela a la cama sin dejar de mirar hacia la puerta, temiendo que alguien entrase a por la carpeta de la que ella no debería leer su contenido. El sello marcando un «CONFIDENCIAL» en grandes letras rojas así se lo indicaba; quizás encontrase allí las respuestas que estaba buscando. Dudó por un momento entre abrirla y ojear su contenido o, por el contrario, llevársela sin abrirla al personal de planta y olvidarse del tema.

La curiosidad pudo más que la razón, además ¿la habría dejado el doctor Morata olvidada allí a propósito? ¿Finalmente accedió a darle los datos que le pidió, pero su ética le impedía dárselos directamente? ¿Qué mal podría hacer si echaba una ojeada? Nita se hacía todas estas preguntas a velocidad de vértigo.

No estaba muy segura de lo que iba a hacer, pero arrastró el sillón que había en la habitación hasta la puerta; antes de apoyarlo contra ella se asomó al pasillo. Estaba desierto salvo por una enfermera que revisaba unos papeles frente al mostrador de control de enfermería. Había tal silencio que le permitía escuchar como la enfermera pasaba las páginas a pesar de estar a gran distancia de donde ella se encontraba.

No tenía intención de atrancar la puerta, sólo que le sirviese de aviso por si alguien entraba mientras repasaba el expediente. Así que entornó la puerta, dejando una pequeña rendija que le permitiese escuchar si se acercaban por el pasillo. Lo colocó de tal manera que le diese tiempo a cerrar el expediente en el caso de que una enfermera o el mismo doctor Morata entrasen a buscarlo.

Estaba muy nerviosa, pero a pesar de todo, no pensaba que estuviese haciendo algo malo, sólo quería saber a quién pertenecía el nuevo corazón de su hija, ¿acaso era eso un delito? y en cierta manera creía saber de quién era.

Se acercó a la cama y tomó la carpeta, repasó el título con el dedo índice, aún dudaba si abrirla. La incertidumbre invadía su mente ¿y si pertenecía a quien ella creía? ¿en qué cambiaría? ¿cómo le afectaría? ¿y a Alicia? ¿no sería bueno saberlo como le había comentado el doctor Morata? ¿se sentiría en deuda con Víctor?

No se lo pensó otra vez y abrió la carpeta, leyó detenidamente cada palabra del informe con premura, su corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Todo lo que leía ya era conocido por ella, el

historial clínico de Alicia al completo; comenzó a saltarse páginas, no necesitaba repasar todo aquello, ya lo había vivido en primera persona. Qué triste le resultaba ver en pocas páginas todas las penurias que había sufrido su niña, visto así era tan frío.

Continuó pasando páginas, sólo estaban los datos de Alicia, nada más, ni una referencia al posible origen del corazón. Las manos le temblaban mientras pasaba más rápido las hojas del dossier. Finalmente no encontró ningún dato relevante sobre lo que ella buscaba, se sintió descorazonada al no encontrar nada ¿cómo podría averiguar lo que quería saber?

Cerrando la carpeta, se dio cuenta de que en la solapa de la misma había un sobre. Era un sobre blanco, sin ninguna marca externa, parecía cerrado como si sólo faltase la dirección del destinatario, lo sacó de la solapa, en una esquina escrito a mano, en letra muy pequeñita decía: «Donante».

Nita se puso muy nerviosa al leerlo, rápidamente lo abrió y saco de su interior lo que parecía una copia de un formulario. Allí estaban todos los datos del donante y de sus parientes. Se quedó paralizada, se le produjo un nudo en la garganta que le impedía respirar, cuando confirmó sus sospechas y comprobó de quien se trataba, una lágrima de emoción brotó de sus ojos, mirando hacia arriba, más allá del techo, exclamó casi con rabia:

— ¡Dios! ¿Por qué es tan injusta la vida?

Dobló el papel para meterlo de nuevo en el sobre, le temblaban tanto las manos que se le resbaló entre los dedos cayendo al suelo. Lo recogió y decidió desplegarlo de nuevo, lo depositó abierto sobre la cama, sacó el móvil del bolso y tomó una foto del impreso, no conseguía enfocar bien las letras, las manos le seguían temblando por los nervios. Después de cuatro intentos consiguió su propósito aunque no estaba muy clara al menos se podía leer los datos que le interesaban, así luego podría revisar con más calma el impreso y anotar el teléfono de Víctor. Guardó todo de nuevo en la carpeta con premura, parecía escuchar movimiento en el pasillo. Dejó la carpeta sobre la cama, más o menos como la había encontrado, estaba muy inquieta, se acercó al sillón y tiró de él arrastrándolo sin preocuparse del ruido que producía, hasta su posición habitual en una esquina de la habitación como si nada raro hubiese sucedido. No se creía lo que acababa de hacer.

11

Busqué la llave en todos los bolsillos, incluso en los de la cazadora, no la encontraba, ni el coche. Si en ese momento lo hubiese encontrado, lo abriría rompiendo el cristal de la ventanilla de un puñetazo, llevaba dentro tanta rabia que necesitaba golpear algo.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón una vez más, como si no hubiese buscado en él. Allí estaban, ¿Cómo podía ser tan estúpido de no encontrarlas antes? Mis sentimiento, rotos, desgarrados por lo ocurrido nublaban mis sentidos. Saqué el llavero de forma tan brusca, que todo lo que contenía el bolsillo se esparció por el asfalto del aparcamiento, monedas, algún billete de diez euros, el paquete de chicles que Nita me dio y… una tarjeta; la tarjeta que ella me había dado con su teléfono. Recogí la llave del coche y la tarjeta, temía perderla; perder la oportunidad de llamarla. ¿Cómo era capaz de pensar en ella en ese momento?

Ahora no encontraba el coche, levanté el mando con la llave y apreté el botón de apertura para ver si podía localizarlo. ¡Hubo suerte!, se encontraba aparcado entre dos ambulancias, con los intermitentes parpadeando como si fuesen las luces de una verbena, rompiendo la oscuridad de la noche en aquel frío aparcamiento del hospital. No me encontraba en condiciones de conducir, un temblor incontrolable recorría todo mi cuerpo. Me acerqué al coche, abrí a duras penas la puerta del todoterreno porque no atinaba a dar con la cerradura. Una vez dentro, agarrando con fuerza el volante traté de calmarme, y respirando hondo intenté ponerlo en marcha; no acertaba a introducir la llave en el contacto, se me escabulló entre los dedos cayendo al suelo. En mi otra mano, sudorosa por la tensión y el miedo, sostenía aún la tarjeta de Nita; por un momento tuve el impulso de llamarla, pero ¿para qué? ¿por qué sentía el deseo de hablar con ella? Mis sentidos, confusos, no me permitían reaccionar con coherencia ante lo ocurrido.

Me incliné hacia delante, buscando la llave, palpando el suelo a ciegas tratando de encontrarla. No lo logré, apoyé la cabeza sobre el volante tratando de agacharme más, pero sólo conseguí hacer sonar la bocina rompiendo el silencio imperante en el aparcamiento, asustándome por lo inesperado del sonido. Por un momento desistí

de mi empeño y apoyé de nuevo la frente sobre el volante, traté de respirar hondo pero tenía la sensación de estar asfixiándome. Quería llorar, desahogar el nudo que atenazaba mi garganta, liberar toda la tensión de mis cuerdas vocales y gritar pero me resultaba imposible, incluso respirar me costaba. Debía calmarme, pero era incapaz ¿Cómo hacerlo?

Permanecí en esa posición un buen rato, sin reaccionar, pensando que debía o mejor dicho que podía hacer. Por un momento recapacité, pensé en la situación, debía volver junto a Ana, afrontar lo ocurrido y tratar de llevarlo con entereza. Sus palabras se repetían en mi cabeza tropezando con mis sentimientos hacia ella. Todos los fantasmas del pasado volvían a envolverme para atormentarme. No me dejarían vivir en paz conmigo ni con nadie, debía olvidarme de todo, sin mirar atrás. ¿Qué objeto tenía para mí ahora echar la mirada al pasado?

Escapar de todo, de todos, eso es lo que debía hacer, eso es lo que me pedía el cuerpo, pero por otro lado sabía que los remordimientos atormentarían mi existencia.

Abrí la puerta y me bajé del coche, me agaché tratando de encontrar la llave a pesar de la absoluta oscuridad que reinaba a mi alrededor bajo la débil iluminación del aparcamiento. Palpé el suelo de la parte del conductor intentando localizarla, parecía que se había esfumado; estaba tan desesperado y aturdido que descargué el puño contra el cristal de la puerta trasera haciéndolo pedazos. Un grito de dolor atropellado salió de mi garganta; miré los nudillos ensangrentados de mi mano sin entender lo que acababa de hacer, sólo sentía una absoluta impotencia que fluía por todo mi ser.

Eché el asiento hacia atrás y seguí buscando, la tenue luz de la farola penetraba tímidamente en el habitáculo. Finalmente la encontré, estaba escondida tras las guías del asiento, ¿cómo era posible que hubiesen acabado ahí? La recogí, me incorporé y cerré la puerta. Me quedé un instante observando los restos de la ventanilla destrozada, mi imagen aparecía rota, reflejo del estado de mi alma astillada en mil pedazos ¿Qué importaba eso ahora?

Me volví al hospital, sentía como palpitaban ardientes los nudillos. Debía afrontar lo sucedido, no debía escapar aunque fuese lo único que deseaba.

Llegué a la puerta, podía ver el interior a través de los cristales, de nuevo me asaltaron las dudas; podía ver a Ana, totalmente desencajada, allí sentada con el maquillaje desdibujado en su cara, completamente sola, desamparada. Mi aspecto no era mucho mejor, entré tratando de pasar desapercibido, casi como un fantasma.

Notaba como mi mano se hinchaba.

Con paso confuso me acerqué a ella, no se había percatado de mi presencia. Ahora con la cara escondida entre las manos, lloraba desconsoladamente, difuminando aún más la sombra de ojos. Me planté frente a ella sin decir nada esperando que se diese cuenta de que estaba allí. En realidad no sabía que decir, ni siquiera si quería consolarla. Sus palabras martilleaban mi sien.

—Ana —dije casi en un susurro, con la esperanza de que hubiese recapacitado después de lo ocurrido.

Levantó la cabeza y como si mi voz hubiese activado un resorte en su interior, rezumando por sus ojos un odio infinito cambió la desvalida expresión de su rostro. Me observó de arriba abajo.

—¿A qué has vuelto, cabrón? —escupió sin más—, ¿no te quedó claro que no quiero saber más de ti?

No eran sus palabras las que me alejaban de ella, sino como las pronunciaba. Con aquella mirada cargada de los sentimientos más sucios y con la inquina que mi sola presencia le provocaba.

—Pensé que podríamos hablar —dije entre dientes.

—¿Que pensaste qué? ¡matas a mi hijo y ahora quieres hablar! ¿de qué quieres hablar? —me espetó gritando.

—De nada, tranquilízate, no quiero hablar de nada. Por lo que veo no se puede hablar de nada contigo y no continúes por ese camino. No creo que nadie merezca esas palabras que escupes por la boca.

Me di media vuelta y comencé a caminar, escapando de nuevo de sus airadas palabras.

—¡Anda, lárgate, maldito cabrón! —sus gritos resonaban en las paredes rompiendo la quietud del lugar—, ¡no eres más que un puto cobarde! siempre lo has sido, no cambiarás nunca. Anda ve a abrazar a esa putita que tanto te gusta, ¡consuélate con ella hijo de puta…!

Continuó gritando mientras me encaminaba hacia la salida, ya no escuchaba lo que decía. Sólo sus palabras «¡Mataste a mi hijo!», se repetían en mi cabeza como un vinilo rayado a propósito para repetir la misma frase una y otra vez.

Salí del hospital sin mirar atrás, con la rabia contenida oprimiendo mi pecho de tal manera que casi no podía respirar. Quería correr pero apenas podía andar; quería volar pero tenía la sensación de que me arrastraba por el suelo; trataba de respirar hondo para aliviar la opresión pero el aire apenas llegaba a los pulmones.

Al abrir la puerta del coche se quedó medio cerrada

golpeándome en la frente con el canto de la misma. Un dolor lacerante envolvió mi cabeza. De inmediato sentí como la sangre se deslizaba tibia por mi cara. La escena parecía sacada de una película de serie B, con el puño en carne viva y el rostro ensangrentado; un hombre que pasaba cerca de donde me encontraba se acercó.

— ¿Se encuentra bien? —preguntó preocupado.

Lo ignoré introduciéndome en el coche sin mediar una palabra, no me apetecía explicarle a un desconocido como me encontraba realmente en ese momento. El hombre se acercó a la ventanilla, golpeándola con los nudillos mientras me preguntaba:

—¿Necesita ayuda? —conseguí oír mientras arrancaba el motor.

—Déjeme en paz —farfullé entre dientes sin importarme si me oía o no.

Metí la marcha atrás y sin colocarme el cinturón de seguridad arranqué el coche sacándolo del aparcamiento, estuve a punto de llevarme por delante a aquel individuo. Puse primera y aceleré a fondo, los neumáticos resbalaban sobre el asfalto chirriando al tiempo que el hombre salía corriendo tras de mí.

—¡Será capullo el tío! —acerté a oírle gritar.

Me aferré al volante con tal fuerza que hubiese podido arrancarlo de cuajo.

El camino parecía estrecharse por momentos. Salí precipitadamente a la calle, ni me había percatado que me salté la barrera de salida del aparcamiento partiéndola en pedazos; no conseguía ver hacia donde me dirigía, sólo escuchaba los chirridos de los neumáticos sobre el asfalto, me abrí camino esquivando todos los vehículos que me salían al paso. Sólo pensaba en pisar a fondo para alejarme cuanto antes de aquel maldito lugar mientras las misma palabras martilleaban una y otra vez mi mente: «¡Mataste a mi hijo!»

Conducía totalmente descontrolado, pisando el acelerador y dando volantazos en cada cambio de sentido, haciendo gritar a los neumáticos cada vez que adelantaba a otro vehículo. Apenas conseguía ver las luces rojas traseras de los mismos. Una gasa parecía cubrir mis ojos dejándome tan sólo intuir el tráfico entre el que circulaba tratando de abrirme paso ¿Acaso las lágrimas comenzaban a aflorar en mis ojos?

Sin saber cómo, me incorporé a la autovía que conducía a la ciudad, acercándome peligrosamente al coche que me precedía haciéndole ráfagas con las luces para apremiarlo en la maniobra de incorporación a la vía; estaba completamente desquiciado; hacía

sonar al mismo tiempo la bocina. Por un momento vi brillar sus luces de freno como si su conductor me hiciese señas para que me calmase. Lejos de frenar estuve a punto de embestirlo por detrás. No dejé de pisar el acelerador, y en seguida se percató de mis intenciones, apartándose a un lado para dejarme pasar; pisé a fondo y por un momento el vehículo se encabritó fuera de control. Me asusté y reduje quitando de golpe el pie del pedal, recuperando el control del coche. Afortunadamente apenas había tráfico a esas horas.

Me abría paso entre los últimos automovilistas del día conduciendo hacia la nada, atormentado por los acontecimientos tenía la sensación de precipitarme al vacío más profundo.

Es posible que no lo intentase con todas mis fuerzas, pero después de lo ocurrido ¿cómo podía luchar? Buscaba todo tipo de excusas en mi interior para justificar mi reacción, si algo tenía claro era que Ana no me quería a su lado, quizá cambiasen sus sentimientos pero ya era demasiado tarde porque yo no estaría para comprobarlo.

Continuaba arrastrándome a gran velocidad entre el tráfico de la ciudad, dejando tras de mí una estela de bocinazos, destellos de luces y algún que otro insulto pero lo único que alcazaba a escuchar eran los gritos difuminados por el sonido del motor reprobando mi comportamiento.

Frené bruscamente ante un semáforo en rojo que no vi hasta encontrarme encima de él. Mientras esperaba que cambiase, traté de recapacitar sobre lo que estaba haciendo; miré a mí alrededor y solo vi oscuridad, los rostros de los otros conductores no tenían facciones, me encontraba en un túnel sin salida.

A unos metros de donde estaba parado, vi una tienda con servicio veinticuatro horas. Arranqué súbitamente antes de que el disco se pusiese en verde, avancé hasta la mismísima entrada del establecimiento y aparqué el todoterreno encima de la acera invadiendo la plaza de minusválido que había frente a la misma.

No sabía muy bien lo que quería, improvisaba sobre la marcha. Me bajé del vehículo y me arrastré al interior de la tienda, vi mi cara cubierta de sangre seca cuando pasé frente a un espejo, la herida parecía taponada pero la notaba palpitante.

—¡No puede aparcar ahí! —me recriminó una mujer que caminaba por la acera paseando un pequeño perro negro.

Con dificultad me giré y al hacerlo estuve a punto de dar con mis huesos en el suelo; me acerqué a ella amenazándola con el dedo índice.

—¡No se atreva a decirme lo que puedo o no puedo hacer! ¿entendido? —escupí con rabia.

—¡Será capullo! —respondió sin parecer demasiado amedrentada por mi aspecto—, ¡a saber que habrá hecho y de donde viene con esa pinta! ¡a ver si es tan gallito con un policía!

—¡Váyase a la mierda, bruja! —la increpé cerrando el puño de mi mano—. Créame, la policía sería el menor de mis problemas en estos momentos.

—¡Grosero! —me espetó mientras su diminuto perro me taladraba los oídos con el sonido agudo y desagradable de sus ladridos.

No sé si llamó a la policía, pero no me quedé para comprobarlo, quizás hubiese debido esperar por ella y nada de lo que luego ocurrió hubiese sucedido, pero estaba totalmente fuera de mí; entré en la tienda haciendo caso omiso de sus advertencias y con unas ganas tremendas de patear a aquel odioso animal.

Busqué a la dependienta, una joven de cuerpo menudo, con el pelo recogido en una cola de caballo. Mascaba un chicle y escuchaba música despreocupada. Ajena a lo que acababa de ocurrir fuera de la tienda ojeaba una revista. Al escuchar mis pasos, levantó la vista de la publicación, me miró con desgana y con un gesto me preguntó si quería algo.

—Licores —inquirí—, ¿tienes whisky o ron? ginebra también me puede valer.

Cuando me vio la frente, me miró extrañada, quizá por mi aspecto desesperado. Señaló el fondo de la tienda sin decir media palabra.

Tropecé con todo cuanto había por el camino hasta llegar a la vitrina de las bebidas. No había mucho donde escoger, aunque no me importaba demasiado. Cogí cuatro botellas de whisky, una de ginebra y seis botellines de cerveza. Regresé al mostrador, la joven dependienta no me quitaba ojo ahora alarmada por mi actitud.

—Señor… ¿necesita ayuda? —preguntó tímidamente.

—¿Te parece que tengo aspecto de necesitarla? —contesté airado cortándola en seco casi sin dejarle terminar la frase.

—Esas heridas no tiene buen aspecto…

—¿Por qué hoy todo el mundo se empeña en tocarme los cojones? —pregunté entre dientes—. ¿Cuánto te debo?

Con parsimonia, pasó las botellas por el lector, instante que se me hizo interminable y cada vez me ponía más nervioso el pitido que daba la máquina cuando pasaba otra botella.

—Setenta y cinco euros con sesenta céntimos.

Saqué mi cartera, deposité mis dos últimos billetes de cincuenta euros, cogí las bolsas con las botellas, y sin esperar el cambio me marchaba ya.

—¡Señor! ¡olvida su cambio! —me llamó la joven.

—Quédatelo, por las molestias —respondí arrepentido de mi comportamiento.

—Gracias, pero no me permiten aceptar propinas.

Estaba casi en la calle cuando me volví por última vez.

—Haz lo que quieras, no voy a discutir por eso.

Me encaminé hacia el coche, allí seguía protestando la mujer que me increpó antes de entrar en el establecimiento, y allí seguía su estúpido perro, ladrando todavía no sé muy bien a qué.

—Sepa usted que he avisado a la policía y tienen la matrícula del coche —me dijo con voz atiplada.

—Me parece perfecto, ojalá hubiese más ciudadanos como usted que pusiesen a tipos como yo en su sitio —respondí con agrio sarcasmo—, ahora si no le importa, tengo que emborracharme y brindar por la muerte de mi hijo…

En seguida me arrepentí de mis palabras pero ya estaban dichas y aunque fuesen con una desconocida, necesitaba desahogarme. Tenía una angustia tremenda en el corazón y una rabia contenida que me nublaba la razón.

Subí al coche, sin mirar salí marcha atrás, metí primera y aceleré a fondo huyendo hacia delante sin preocuparme por los frenazos que escuchaba tras de mí. Eché un vistazo por el retrovisor, a lo lejos pude vislumbrar las luces azules de un coche de policía, pero me importaba un carajo que me siguiesen en ese momento.

Atravesaba las avenidas alejándome de las entrañas de la ciudad sin fijarme en lo que me rodeaba, quizás pasé dos o tres semáforos en rojo, puede que alguno más; no era consciente de lo que hacía, ni del peligro que conllevaban mis actos. Esquivaba los escasos coches que se interponían en mi camino a ningún lugar. Sólo pisaba el acelerador, era de lo único que era consciente.

Me palpitaba la sien provocándome un terebrante dolor de cabeza, con los sentidos embotados por los acontecimientos, me dirigía inconscientemente a la casita que tenía cerca de la playa, refugio de mis anteriores depresiones, espacio donde daba rienda suelta a mis frustraciones cuando me abandonaba la creatividad.

Rodaba por la carretera de la costa fuera ya de la ciudad, tan solitaria como siempre, y más aún en esta época del año, recordaría aquel triste otoño toda mi vida. Mi pie casi traspasaba el acelerador,

los volantazos en las curvas eran constantes, incapaz de controlar mis reflejos, mi pensamiento estaba atrapado en una tela de araña incapaz de poner en orden todo lo sucedido era misión casi imposible. De manera fugaz aparecían como fotografías, imágenes de Diego, de Ana, de Nita… Tenía la sensación de estar montado en una montaña rusa, pero sobre todo las últimas palabras de Ana martilleaban mi cabeza sin compasión. Su aspecto, su mirada, su actitud… dolían más que mis heridas.

Frené bruscamente donde comenzaba el camino que conducía hasta la casa, dando un tremendo volantazo que hizo despegar dos ruedas del suelo; estuve a punto de volcar el todoterreno, pero de nuevo se posó pesadamente en el suelo. Traté de acelerar pero lo que conseguí fue calarlo. Intenté arrancarlo pero no respondía. Después del cuarto intento se encendió con un tremendo rugido, como una fiera herida; pisé a fondo y las ruedas chirriaron con la violenta puesta en marcha.

Me adentré por el camino de acceso a la casa. Estaba muy oscuro y no veía más allá de la luna delantera del vehículo. Se levantó una siniestra niebla que me atenazaba por momentos como si fuese a extraer mi alma del cuerpo. Todo parecía irreal, me sentía atrapado en un mal sueño.

Que apenas hubiese iluminación en el camino nunca me molestó, hoy tampoco; continué avanzando en la oscuridad, los faros del coche parecían alumbrar menos que de costumbre. Cuando me di cuenta ya había sobrepasado el final del camino y las ruedas del todo terreno se habían enterrado en la fina arena de la playa, poco me importó que se calara allí mismo. Cogí la linterna que llevaba siempre en la puerta del coche para las emergencias y descendí del vehículo. En ningún momento pensé sacar el coche de allí, ya nada merecía la pena, ni tan siquiera mi propia vida ahora que todo carecía de sentido.

Rodeé el coche, abrí la puerta del acompañante, y recogí las bolsas del suelo. Se habían caído cuando di el frenazo, se rompieron dos botellas de cerveza y habían empapado la moqueta.

Con la linterna encendida, me encaminé a la entrada de la finca. Las palabras de Ana seguían martilleando mi cabeza, quería llorar, y a pesar de que las lágrimas se agolpaban en mis ojos, era incapaz de derramar ninguna. Rabia, ira, desesperación, impotencia, todo se amontonaba y me atormentaba a partes iguales, todos los sentimientos acumulados nublaban mi razón martirizando mi patética existencia.

Me sentía la persona más miserable, ruin y cobarde del mundo,

incapaz de enfrentarme a la realidad de lo ocurrido. A duras penas llegué al portal iluminado por la tenue luz que daba el farolillo de la entrada, siempre encendida como vigía que espera en la noche, me apoyé contra la puerta de entrada, y con el puño cerrado golpeé las piedras del cierre.

—¿Por qué? ¡Dios mío! —traté de gritar—, ¿por qué a mí?

Entré en la finca casi arrastrándome, me flaqueaban las piernas, la bolsa de las bebidas me pesaba cada vez más, me sentía tan débil física y mentalmente, como si me hubiese atropellado un camión. Necesitaba descansar, desconectarme del mundo, aislarme, esconderme en un agujero para que nadie me encontrase.

Después de un gran esfuerzo alcancé la entrada de la casa. Busqué las llaves en los bolsillos de mi pantalón y abrí la puerta, me invadió una húmeda y absoluta oscuridad. El olor a salitre impregnaba la vivienda. Solté la bolsa de las bebidas dejándola caer al suelo de forma estrepitosa; el sonido del cristal chocando entre sí rompió el silencio que envolvía la vivienda.

—¡Maldita sea! —grité—, ¡maldita sea mi vida!

Iluminé levemente la entrada con la linterna, empezó a fallar, y busqué apresuradamente el cuadro eléctrico. Lo abrí, todos los interruptores estaban bajados, uno por uno fui activándolos hasta que la entrada quedó iluminada.

El móvil comenzó a sonar, era Ana otra vez. No me interesaba saber que quería, ni oír su voz, ni nada que viniera de ella. En un arranque de ira lo lancé contra la ventana del salón que daba al porche de la vivienda. Con el impacto el teléfono se destrozó en mil pedazos y el cristal quedó astillado saltando algunos pequeños cristales.

Un grito de odio se ahogó en mi garganta.

—¡Deja que me ahogue en mi miseria! ¡déjame en paz! —grité—, ¡no te necesito! ¡no necesito a nadie! —mis palabras resonaban huecas, me sentía tan vacío por dentro.

Regresé a la entrada, recogí la bolsa con las botellas y me dirigí a la cocina arrojándola encima de la mesa. Con la mano temblorosa tomé un vaso de uno de los armarios, cogí la primera botella de whisky, la abrí y comencé a verter su contenido en el vaso; lo apuré hasta el final de un solo trago. El alcohol quemaba mi garganta con ese sabor dulzón e intenso que tan poco me gustaba pero que acompañaba siempre mis evasiones de la realidad. Un intenso calor invadió mi estómago para luego recorrer el resto de mi cuerpo. Llené de nuevo el vaso, volví a apurarlo, y así en cinco ocasiones más, dando cuenta de la primera botella; la cogí y la arrojé contra

la pared, estalló en pedazos dejando una enorme marca en la pintura, las gotas de whisky resbalaban por el muro como las lágrimas por la mejilla. No era capaz de pensar nada más que en las palabras de Ana. Abrí la primera cerveza, la bebí de un solo trago directamente de la botella, al acabarla la arrojé también contra la pared, impactando muy cerca de la señal que había dejado la botella de whisky. Una arcada sacudió mi cuerpo, traté de alcanzar el baño, pero no pude contener el vómito que salió a borbotones salpicando el suelo y las paredes del pasillo.

—¡Mierda! —mascullé.

Inclinado hacia delante, apoyando los puños contra la pared, vacié mi estómago del alcohol que instantes antes había ingerido; un dolor fuerte y seco atravesó mi abdomen, escupí los restos hasta no quedar nada. Me limpié con la mano y con la manga de la camiseta el líquido viscoso que asomaba por mi nariz.

No me importaba lo más mínimo lo que había sucedido, regresé a la cocina. Abrí la segunda botella de whisky y tomé un largo trago directamente de ella, necesitaba enjuagar el mal sabor que había dejado el vómito; notaba el alcohol quemando mi garganta, deslizándose por el esófago, cayendo como una piedra en mi estómago.

No me importaba nada, cogí otra botella de whisky y junto con la de ginebra me dirigí al salón, las dejé sobre el sofá. Me descalcé dejando los pies totalmente desnudos. Subí la persiana y abrí los ventanales de par en par, dejé que entrase el rumor del mar, su sonido invadió la estancia junto con el aroma salado a mar. Sin darme cuenta pisé los cristales que había en el suelo clavándomelos en el pie, pero apenas los sentía, mi cuerpo se alejaba de la realidad y se adormecía por la cantidad descontrolada de alcohol que había tomado.

Me senté en el sofá, contemplando la oscuridad salpicada por el murmullo del mar, a lo lejos podía ver iluminarse el cielo de vez en cuando, y escuchar a los pocos segundos el sonido de un trueno, la misma tormenta que se acercaba a tierra asolaba mi alma.

Encendí un cigarrillo, me sentó fatal, hacía tiempo que no probaba el tabaco, pero ahí estaba la cajetilla, olvidada sobre la mesa; enseguida lo aplasté contra el cenicero. Me levanté y me marché hacia el dormitorio, en la mesilla de noche siempre guardaba una caja de somníferos, no quería volver a despertar sin la posibilidad de ver a Diego

Cogí la caja de pastillas y con otra botella en la mano volví al salón arrastrando el pie herido, dejando huellas de sangre por todo

el pasillo y me senté en el sofá. La tormenta se echaba encima del lugar; podía contemplar los rayos caer, aún en la lejanía.

Di un nuevo trago a la botella de whiskey, mis sentidos ya no respondían, las arcadas de nuevo sacudían mi estómago. Dejé la caja de pastillas sobre la mesa del salón, encendí otro cigarrillo que fui incapaz de fumarme sin que me produjese más arcadas. Lo dejé consumirse en el cenicero hasta que quedó hecho ceniza; encendí otro cigarrillo que se consumió entre mis dedos hasta quemarlos, los tragos de whisky y de ginebra se sucedían, bebía como un autómata, sentía en mi estómago un incontrolado centrifugado. Abrí una nueva botella, completamente borracho, sin control, no fui capaz de levantarme y me oriné encima, apenas noté su calidez en mi pierna adormecida por el alcohol.

Semiinconsciente cogí la caja de pastillas y las fui sacando una a una depositándolas sobre la mesa de cristal. Cuando las saqué todas, traté de cogerlas en mi mano, algunas cayeron al suelo, apenas podía ver en rededor; tenía la tormenta encima sonando como la banda sonora de mi apocalíptico descenso a los infiernos, los truenos retumbaban por toda la casa uno tras otro, iluminando y distorsionando las formas de los objetos, yo sólo escuchaba las palabras de Ana…

«¡Has matado a mi hijo!», repetía una y otra vez su voz en mi mente. Esa era mi particular tormenta.

Primero me tomé una píldora, seguida de un trago de ginebra, luego otra y por último un puñado; y de un trago vacié la botella casi por completo. Recosté la cabeza contra el respaldo del sofá dejándome llevar, lancé la botella al exterior rompiéndose contra la baranda del porche.

Poco a poco mi consciencia se fue diluyendo en la borrachera que me hacía compañía en una noche de tormenta. Ojalá me partiese un rayo en dos, así dejaría de sufrir al escuchar la letanía a la que Ana prestaba su voz. Me fui apagando hasta sumirme en una enorme oscuridad. Se apoderó de mí ese vacío irrecuperable, incluso borracho y semiinconsciente me sentía el ser más desgraciado del planeta.

12

—¡Papá! ¿papá? ¿estás ahí?

—Diego, ¿eres tú?

—Sí.

—¿Dónde estás? no te veo.

—Deja de buscarme con los ojos.

—¿Cómo? no comprendo.

—¿Recuerdas cuando me decías que cerrase los ojos y que buscase los sentimiento con los ojos del corazón? Me lo explicaste una vez cuando escribías tus canciones, cómo se veían los sentimientos.

—Sí, lo recuerdo bien pero, continúo sin verte.

—No me buscas con el corazón ¿no te das cuenta que desde tu posición no me puedes ver con los ojos?

—¿Por qué? ¿qué me ocurre? ¡sigo sin verte!

—No me verás hasta que no me busques con los ojos del corazón, yo a ti sí te veo. ¿Te encuentras mal, papi? ¿qué te duele?

—Me duele mucho el corazón, lo tengo destrozado, igual por eso no te puedo ver.

—Yo lo sanaré, ¿sientes mis manos sobre él?

—Siento un calor reconfortante, pero el dolor continúa y cada vez es más fuerte.

—No sufras por mí, papi. Estaré bien y siempre que sientas ese calor en tu corazón, sabrás que soy yo que velo por ti.

—¡Cada vez duele más!

—Papi, yo no hago milagros, aún no sé hacerlos, pero me han dicho que pronto aprenderé, ¿sabes que le pusieron mi corazón a una niña? ¿crees que podré sentir emociones a través de ella? ¿por qué no la buscas?.

—¡Duele mucho! —grité.

—No tengas miedo papi. ¡Somos valiente! ¿recuerdas? tienes que ser fuerte.

—No puedo ser fuerte si no estás conmigo.

—Tienes que vivir para recordarme, para que nadie me olvide papi.

—¡No puedo! Quiero irme contigo, no puedo ni quiero quedarme aquí.

—Si puedes, papi, además tiene que acabar mi canción para que nadie me olvide…

Entreabrí los ojos pero me pesaban demasiado como para tenerlos abiertos y volvía a cerrarlos. No me podía mover, estaba entumecido. Creí ver a Diego por un momento, creí revivir; también vi a Nita acercándose a mí tendiéndome la mano.

—¿Víctor? —me pareció escuchar a una voz lejana.

Poco a poco mi consciencia se fue apagando hasta que todo a mi alrededor quedó fundido en negro.

13

Vencida por el cansancio Nita se recostó sobre la cama, no quería quedarse dormida pero los ojos se le cerraban, los abría tratando de luchar contra el sueño y el cansancio apenas sin fuerzas para mantenerlos abiertos; al final cayó en un agitado duermevela.

La puerta de la habitación se abrió lentamente, asomó la cabeza la enfermera de planta y entró en silencio. Nita se despertó sobresaltada.

—Disculpe, Nita —dijo en voz baja—, no sabía que estaba usted aquí.

—Tranquila Clara, intentaba descansar un rato —respondió Nita, mientras estiraba los brazos.

—Sólo venía a por esta carpeta —dijo mientras la recogía.

Nita sintió como sus mejillas se encendían mientras la enfermera revisaba el contenido de la carpeta, le dirigió una mirada de complicidad. Ambas sabían que la carpeta no había quedado encima de la cama por casualidad.

—¿Qué carpeta? Ni me había dado cuenta —mintió Nita sin saber por qué.

La enfermera salió de la habitación con la carpeta bajo el brazo dándole las buenas noches.

—Buenas noches, Nita.

—Buenas noches Clara —respondió cuando ya se había cerrado la puerta.

Se volvió a recostar sobre la cama, no dejaba de darle vueltas al asunto de la carpeta. ¿Por qué había sido tan condescendiente con la enfermera, si realmente era ella quien había dejado la carpeta en la cama? y ¿qué problema había en reconocer que la había revisado? Quizás el cansancio y las emociones de la jornada le hacían ver fantasmas donde no los había.

Es curioso como el ser humano siempre vive tratando de guardar las apariencias. Mientras se cuestionaba todos estos asuntos e intentaba pensar en otras cosas para soportar mejor la espera, lentamente le fue venciendo el sueño hasta quedarse dormida de nuevo, ahora un poco más relajada.

Caminaba por una playa de arena blanca muy fina, con los pies descalzos, mojados de cuando en cuando por una ola que los cubría

hasta los tobillos, su pelo suelto jugueteaba con el viento. Andaba despreocupada, disfrutando de la soledad a cada paso que daba, hundiendo sus pies en la arena mojada, respirando la brisa marina que batía suavemente contra su rostro.

La playa estaba desierta, de fondo tan sólo se oía el oleaje envolviéndolo todo. Nita se detuvo un instante, cerró los ojos, mientras escuchaba como se acercaba la tormenta; en la distancia resonaban los truenos y los rayos iluminando la noche reflejando su frágil silueta en el agua para un segundo después, desaparecer y dejarlo todo en la más absoluta oscuridad. Una cálida brisa acariciaba ahora su rostro, disfrutaba de ese maravilloso momento de paz interior; el océano acariciaba sus pies con el vaivén de las olas. Abrió los ojos y a lo lejos pudo ver a un hombre sentado sobre la arena, lo acompañaba un niño que tiraba de él tratando de que se levantase.

Comenzó a caminar hacia ellos, no parecían percatarse de su presencia, a cada paso que daba se alejaban a pesar de permanecer quietos. No entendía bien por qué, pero la silueta del hombre le resultaba familiar, incluso la ropa que vestía. También creía saber quién era el niño. Apuró el paso en un nuevo intento de acercarse a ellos, pero sus pies se hundían en la arena mojada de la playa, trataba de salir pero cuando estaba a punto de conseguirlo las olas le invadían atrapando sus pies; era incapaz de avanzar por más que lo intentaba. La tormenta, cada vez más próxima, atronaba sus oídos, los rayos se sucedían uno tras otro sin apenas intervalos entre ellos.

Desesperadamente el niño trataba de levantar al hombre, Nita estiraba su brazo en dirección a ellos tratando de alcanzarlos sin éxito.

—¿Necesitas ayuda? —gritó, pero el sonido de su voz se diluyó entre los truenos.

Ninguno de los dos se percataba de su presencia, el niño continuaba tirando del hombre para que se pusiese en pie. Ahora podía verlo de frente, tenía el rostro muy pálido. Toda su piel mostraba un tono casi blanco, carente de vida, el único color lo ponía la camiseta de ciclista que vestía. Giró su cabeza hacia Nita.

—Ya he hablado con Alicia —dijo tranquilamente—. Ya le dije que todo saldrá bien, de todo corazón se lo dije. Es una niña muy especial. No dejes de cuidarla. Todos te necesitamos, mi padre también te necesita.

Nita se detuvo en seco sin saber que decir. Había perdido toda noción de tiempo y de espacio, estaba muy confusa, tenía la

sensación de que la tierra temblaba bajo sus pies; llegó a pensar que el destino le estaba jugando una mala pasada. Se encontraba ahora tras el niño que seguía empeñado en hacer levantarse al adulto.

—Diego, ¿eres tú? —preguntó tímidamente.

—Sí, mamá, es Diego —respondió Alicia, tras ella mientras le ponía la mano en el hombro—. Todo está bien.

El niño no reaccionó ante la presencia de ambas, tiraba cada vez más fuerte del adulto. La tormenta arreciaba sobre ellos; se sucedían los rayos y los truenos sin cesar; la lluvia comenzó a golpearle la cara con violencia, las gotas de agua se clavaban en su piel como alfileres. El hombre levantó la cabeza.

—¿Víctor? —preguntó impresionada.

En el mismo instante que cogió su mano, ambos desaparecieron. No quedaba rastro de la tormenta, ni parecía que hubiese llovido; podía ver como asomaba tímidamente el sol por el este dando paso a un maravilloso espectáculo de vida. Era la primera vez que veía un amanecer completo en todo su apogeo.

—Nita, ¡despierte! —gritaba el doctor Morata zarandeándola por los brazos—. ¡Despierte! ¡ya han terminado! ¡todo ha salido bien!

14

Un vecino alertó a Ana de que el todoterreno de Víctor llevaba varios días aparcado en la arena a la entrada de la playa, también le contó que tenía una ventanilla rota.

—No quiero meterme donde no me llaman —le dijo el señor Antonio, un vecino de la casa de la playa, aunque lo de vecino era relativo pues vivía a kilómetro y medio de la vivienda—. Hace días que el todoterreno de Víctor está varado en la arena.

—Tiene razón, no debe meterse donde no le llaman —le replicó Ana de forma cortante.

—No queríamos llamar a la policía sin hablar antes con usted —continuó hablando el anciano—. Pero ya veo que me equivoqué.

—Disculpe, últimamente estoy muy nerviosa —reculó Ana pensando en lo grosera que había sido su contestación—. Hizo bien en llamarme, me pasaré por allí esta misma tarde a ver qué ocurre. Buenos días —cortó bruscamente la comunicación.

Antonio se quedó un tanto perplejo sin separar el móvil de su oreja.

—«Hay que ver que estirada es esta mujer. ¡Qué se creerá la pretenciosa esta!» —pensó en alto.

Ese mismo día por la tarde Ana llegó a la casa y pudo comprobar lo que el señor Antonio le había comentado por teléfono. Se apeó del coche, un flamante deportivo rojo. Llevaba un vestido negro muy ceñido a su esbelta figura a juego con el color del vehículo, unos tacones de vértigo negros también, disimulaba su triste mirada escondida tras unas enormes gafas de sol.

Se encaminó hacia el todoterreno y comprobó que estaba muy enterrado en la arena, como si hubiesen tratado de sacarlo de allí sin demasiado éxito.

Rodeó el coche enterrando sus tacones al pasar por la arena, cosa que la contrarió bastante, siempre le había molestado el tacto de la arena en la piel. Se descalzó cogiendo los zapatos por los talones para vaciar la fina arena que se había colado en ellos. Después, en un acto de ira incontrolada cogió uno de los zapatos

por la puntera y golpeó repetidamente la chapa del vehículo con el afilado tacón.

—¡Maldito cabrón!, maldito seas por siempre hijo de perra, me has arrebatado lo que más quería en este mundo —gritó como si lo tuviese delante, respiró hondo, por un momento se sintió aliviada después de contener tanta tensión.

Comprobó el estado del vehículo anotando mentalmente los daños: «Miles de euros atascados en la arena con la ventanilla rota y la puerta del acompañante mal cerrada, y por último los golpes que ella misma le acababa de propinar en la chapa. Seguramente que en cualquier otro lugar ya lo habrían desvalijado», pensó, menos mal que aquel paraje era bastante tranquilo; era lo único que le gustaba de aquella casa, donde lo extraño era que pasase alguien aun siendo uno de los lugares más hermosos de la comarca.

—Seguro que ese mal nacido estará durmiendo la mona —pensó en voz alta—. Como si lo viese, ¡el muy cabrón…!

Dio por terminada la inspección del coche y se dirigió a la entrada de la finca. Antes de llegar se paró y apoyándose en el muro de cierre sacudió la arena que se había pegado a uno de sus pies, volvió a calzarse y se encaminó hacia el portal de entrada.

Tenía muy claro lo que había venido a decirle a Víctor, poco le importaba el estado en el que se encontrase. Estaba harta de él, del entorno en el que se movía en el que ella apenas encajaba; harta de que la hubiese dejado de lado siempre en segundo plano; harta de no saber nada de lo que hacía cuando desaparecía las temporadas que le suponía de gira con su estúpido grupo de inmaduros, como él. Estaba tan harta que el hecho de pensar que había sido el causante de la muerte de Diego había colmado el vaso de su inexistente convivencia. Iba dispuesta a pedirle el divorcio, ya no aguantaba más.

Llegó al portal, vio que estaba mal cerrado y lo empujó. Algo impedía que la puerta se abriese del todo. Finalmente cedió y entró; una botella de cerveza vacía era lo que atrancaba la puerta.

Se dirigió hacia la entrada de la vivienda, el crujir de sus pasos por el pavimento rompían la quietud de la tarde. Empujó la puerta, pero se encontraba completamente cerrada.

—¿Víctor? —farfulló tímidamente—, ¡Víctor! ¿estás ahí? ¡ábreme!

Nadie respondió, en el silencio espeso de la tarde tan sólo se oía el lejano rumor de las olas del mar batiendo contra la orilla de la playa. De nuevo empujó la puerta pensando que esta vez se abriría como por arte de magia; pero fue en vano, la puerta estaba cerrada

a cal y canto. Buscó las llaves en su bolso, pero recordó que nunca las llevaba encima. Soltó un suspiro de desesperación, como si el mundo tuviese la culpa de todo lo que le sucedía. Sabía que en el coche siempre llevaba un juego con todas las llaves, pero no quería volver, le dolían los pies y no quería caminar más de lo imprescindible.

—¡Víctor! —volvió a gritar esta vez de forma más enérgica mientras golpeaba con los puños la puerta. No obtuvo respuesta alguna.

Salió del porche de la entrada, se encaminó a la acera que rodeaba la casa tratando de encontrar alguna ventana o puerta por la que asomarse al interior de la vivienda. Sabía que no sería capaz de encaramarse si encontraba alguna abierta pero al menos podría gritar dentro para que ese malnacido la escuchase.

Todas las contraventanas estaban cerradas, como si no hubiese nadie en el interior, la casa parecía estar deshabitada. Por unos momentos dudó de que Víctor estuviese allí, «aunque dónde iba a estar ese maldito capullo», pensó. «No será capaz de hacerme bajar a la playa»

Dobló la esquina, subió al porche trasero de la casa y vio que los ventanales estaban abiertos de par en par. Eso sí que le resultó extraño. Tuvo el presentimiento de algo malo pasaba.

Cruzó el porche y se introdujo en el salón. Sobre la mesa un cenicero rebosante de restos y colillas de cigarrillos consumidos por si mismos; sobre la misma mesa unas revistas mojadas, seguramente en alcohol a juzgar por la botella de whisky que reposaba junto a ellas. Ana se acercó, mojó las yemas de los dedos llevándoselos a la boca. Efectivamente, era whisky. Se giró y pudo ver en el suelo los restos de dos botellas más que amenazaban a quien se le ocurriese pasar por allí, y en la pared los restos de los impactos de las botellas.

—¡Vaya mierda! —masculló entre dientes—. ¿Víctor?

Percibió entonces otro olor que le era muy familiar. El olor de las repetidas depresiones de Víctor; un intenso hedor a vómito. Cruzó el salón saliendo al pequeño pasillo que comunicaba las distintas habitaciones de la casa. Allí se encontró con un espectáculo asqueroso. Vómito y alcohol mezclados en el suelo salpicándolo todo incluso las paredes, huellas de pies de un rojo sangre resecas en el suelo; más sangre en las paredes junto con otras manchas que no tenía ni idea de que podían ser.

Ana se sentía desconcertada, cruzó apresuradamente el pasillo, tapándose la nariz con la mano, el hedor era tan insoportable que

estuvo a punto de vomitar ella también. Esquivó las manchas del suelo tratando de no pisarlas, no quería manchar sus caros zapatos con la mierda de Víctor.

Había dos puertas enfrentadas, la del dormitorio de la planta baja que siempre usaba Víctor para descansar y la que llevaba a un pequeño estudio donde daba rienda suelta a su creatividad; ambas estaban cerradas, no así la puerta del baño al final del pasillo. La fría luz que emitía el fluorescente mostraba manchones de vómito en la tapa del váter, también sobre las baldosas del suelo; más manchas de sangre resecas en el plato de ducha; un frasco de somníferos destapado junto a la jabonera del lavabo, y algunas píldoras caídas sobre la pileta del mismo.

—¿Víctor? —volvió a gritar desesperada al no encontrarle—. ¿Dónde demonios estás?

Se dirigió inmediatamente al dormitorio y abrió la puerta de golpe. Allí estaba, tumbado de lado sobre la cama medio desecha, vestido con unos viejos vaqueros y el torso desnudo, parecía no respirar. La piel de su cuerpo tenía un color macilento. «¡Vaya mierda!», pensó, «¿serás capaz de haberte muerto?».

De repente soltó un ronquido entrecortado expulsando el aire con un sonoro jadeo. Su pecho permaneció inmóvil durante diez interminables segundos, sacudiéndose con otro gañido discontinuo, era evidente que le costaba respirar, pareciendo los estertores de la muerte a pesar de estar tumbado de medio lado. Ana se quedó paralizada sin saber qué hacer, nunca lo había visto en un estado tan lamentable.

Sobre la mesita de noche otro cenicero repleto de colillas. Dos paquetes de tabaco descansaban sobre el cristal al lado de las cenizas, uno de ellos chamuscado en un extremo por una colilla mal apagada que reposaba sobre el cenicero. Junto a este, un vaso medio vacío y otro volcado con su contenido esparcido por toda la superficie, aún goteando en el suelo; una botella de whisky casi vacía completaba el patético bodegón que había sobre el mueble.

La bebida no era lo que le preocupaba a Ana, sino las pastillas que podría haber ingerido. No sería la primera vez que tomaba una sobredosis de somníferos, pero sí era la primera que lo encontraba en tan deplorable estado. Al lado de su cuerpo un sobre del que sobresalían unas fotografías esparcidas por la cama. Ana no reparó en ellas, todas eran de Diego.

Se inclinó sobre su cuerpo inerte, lo rodeó con sus brazos tratando de incorporarlo en vano, era demasiado pesado para ella y de nuevo se desplomó sobre el colchón. Víctor apenas presentaba

señales de vida si no fuese por su respiración entrecortada pero sonora. Emitió otro ronquido.

—¡Víctor, despierta! —gritó Ana mientras abofeteaba su cara—. ¿Qué demonios has hecho?, por el amor de Dios, ¿cuántas pastillas de estas has tomado maldito canalla?

Agarró de nuevo a Víctor por los hombros tratando de incorporarlo y apoyarlo sobre el cabecero de la cama, no pudo sujetarlo y cayó como un peso muerto sobre la pared, golpeándose la cabeza.

—¡Víctor, despierta! —le gritaba Ana—. ¡Ayúdame un poco! ¡no puedo contigo, tienes que poner algo de tu parte!

—«Ejamenpaz»—farfulló Víctor, las palabras se encadenaban resbalando entre sus labios.

—¡Despierta hombre! ¡tienes que despertarte! ¿Has visto en qué estado te encuentras? ¡Reacciona jodido cabrón! —le gritó de nuevo zarandeándolo.

Volvió a abofetear su rostro descargando toda la rabia contenida pero no lograba que abriese los ojos. Víctor como un autómata levantó su brazo pesadamente tratando de apartarla de sí.

—¡Despierta, maldita sea! —le volvió a gritar dándose casi por vencida.

Logré abrir los ojos pero no reconocía a quien me hablaba y volví a cerrarlos pesadamente. Una arcada sacudió mi cuerpo, me incliné hacia delante y vomité una vez más sobre la colcha de la cama, sólo era bilis, su sabor quemaba mi esófago y la boca por igual.

—¿Quién coño eres? —acerté a preguntar con gran esfuerzo para ordenar la frase en mi cabeza.

Ana se dirigió al baño, volvió con un vaso lleno de agua para arrojármelo sobre la cara y abofetearme de nuevo pero mis ojos, cansados, volvían a cerrarse otra vez.

— ¡Larga… te! —bramé como un animal herido de muerte mientras otra arcada sacudía mi cuerpo—. «¡Dejamenpaz!»

—No me largaré, es más, lo que voy a hacer es llamar a una ambulancia— me espetó Ana, ahora en tono amenazante—. ¿No te parece que ya tienes bastantes problemas? ¿Es eso lo que quieres? ¿otro escándalo? ¡Cabrón! —sus palabras martilleaban mis sienes—. No estoy dispuesta a pasar por otro, ¡eso sí que no! Así que pon algo de tu parte, ¡ayúdame un poco!

Traté de incorporarme pero el cuerpo me pesaba demasiado, Ana me sirvió de apoyo para levantarme.

—¿Dónde vamos? —pregunté como si tuviese la boca llena de gominolas.

—Vamos al baño para que te refresques y te asees un poco que menuda facha tienes —respondió ella—. ¿En qué estabas pensando, maldito estúpido?

Nos dirigimos al baño, yo apoyado en ella; al entrar traté de sentarme en la taza del váter pero ella me lo impidió empujándome dentro de la ducha. Antes de que me diese cuenta abrió el grifo del agua fría. Al primer contacto con mi piel me estremecí, todos los músculos de mi cuerpo se tensionaron, parecía revivir.

Después de la improvisada y necesaria ducha volvimos al dormitorio, me dejé caer sobre la cama como un saco sin percatarme de que estaba llena de vómitos, pero seguía sin fuerzas a pesar de que el chorro de agua fría me había espabilado algo. Ana me desabrochó el pantalón y tiró de él llevándose incluso la ropa interior, después se fue a buscar unas toallas para secar mi cuerpo desnudo que yacía sobre la cama.

—¡No te vuelvas a dormir! —gritó enfadada.

Dedicó un buen rato a secarme, después rebuscó en los cajones del armario intentando encontrar algo de ropa limpia con la que vestirme, yo era incapaz de ayudarle, no quería ir a ningún lado, solo quería dormirme.

—¡Déjame! sólo quiero dormir —gimoteé—. Sólo quiero ver a Diego una vez más.

—¿Qué estás diciendo? —replicó fuera de sí—. Por si no te has dado cuenta trato de ayudarte. ¿No te basta con haberlo matado? ¡Maldito cabrón!

—Anoche hablé con él —mascullé entre dientes.

—¡Cállate maldito hijo de puta! ¡No quiero escucharte ni una palabra más!

Intentó levantarme de nuevo sin éxito en el primer intento. En el segundo tiró con tal fuerza de mis brazos que a punto estuvimos de caer ambos al suelo, a duras penas me incorporó. Me apoyé sobre sus hombros rodeándola con uno de mis brazos sintiendo mi ardiente mano introduciéndose bajo su vestido por el escote y apretando uno de sus pechos. Ana no podía creerse lo que estaba haciendo.

—No se te ocurra meterme mano en este momento, ¡Cabrón! —me espetó mientras apartaba mi mano de su pecho.

Yo no me daba cuenta de nada, los efecto de la ducha fría habían desaparecido, sentía como caía de nuevo al vacío, traspasando la barrera de la realidad para evadirme en un mundo

onírico en el que todo es posible. Llegamos a la puerta de la casa, allí me apoyó contra la pared del porche de entrada.

—No te muevas, voy a por el coche —me dijo muy airada—. ¡No se te ocurra sentarte! —me vociferó amenazándome con el dedo índice.

Se dirigió hacia el portal de la finca, lo abrió de par en par para poder entrar el coche. Andaba liviana como si se deslizase por el aire, se dirigió al coche y se introdujo en él, un deportivo de color rojo eléctrico.

Traté de permanecer en pie mientras tanto, pero era incapaz de mantener los ojos abiertos, la luz me hería la retina de forma lacerante.

Ana paró el coche a un palmo de mí, se apeó, lo rodeó para abrir la puerta del acompañante, yo estaba aturdido y sorprendido, apenas era capaz de expresarme.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté. De pronto había recuperado parte de la lucidez que me habían arrebatado el alcohol y las pastillas.

—No es asunto tuyo —me contestó mientras me ayudaba a introducirme en el coche.

Con gran dificultad conseguí ponerme el cinturón de seguridad sin su ayuda. Tenía ganas de vomitar. Ana cerró la puerta de un golpe seco, pasó por delante del coche como si quisiese exhibirse delante de mí.

—No se te ocurra vomitar dentro del coche, ¡por lo que más quieras! —me amenazó mientras se sentaba al volante y abrochaba su cinturón.

—Gracias por ayudarme —mustié.

—No me las des aún —respondió, arrancó el motor y aceleró bruscamente.

Durante el trayecto no nos dirigimos la palabra, no sabía dónde me llevaba. No podía aguantar las ganas de vomitar y su forma de conducir tampoco me ayudaba mucho. Al final averigüé nuestro destino cuando entró en la finca de la clínica psiquiátrica «Pinar Viejo».

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté desasosegado recuperando de golpe parte de mi cordura.

—Tú necesitas ayuda y yo no quiero más escándalos —respondió con convicción.

Nos detuvimos en la puerta de la clínica, se apeó del coche para desaparecer en el interior. Conseguí abrir la puerta del coche, saque la cabeza para que me diese el aire. Otra arcada sacudió mi cuerpo

sin poder contener el vómito, la acidez de la bilis quemaba mi garganta, escupí los restos, necesitaba una copa urgentemente.

Ana salió acompañada por un fornido enfermero. «No me resultaría fácil zafarme de él», pensé.

—Ahí tiene los despojos que quedan de un hombre —expresó de forma despectiva.

El corpulento sanitario me ayudó a salir del coche sin pisar el vómito, mis piernas apenas me podían sostener y me apoyé en él para no caer al suelo. No tenía ni fuerzas ni demasiada consciencia para luchar. Mis pies se arrastraban sobre el suelo sin controlar mis movimientos.

Ana, tras de mí, cerró la puerta del coche con cuidado. Se giró, lo rodeó y mientras se introducía en él, ladró de forma escueta:

—Volveré cuando estés mejor.

Sin despedirse arrancó el coche de forma brusca haciendo chillar los neumáticos sobre el asfalto. No volví a verla hasta unos días más tarde.

15

Pasé seis días en la clínica antes de recibir la visita de Ana. No esperaba nada bueno de ella, sobre todo después de abandonarme aquí de la forma que lo hizo.

Seis días en los que trataron de desintoxicarme y dejarme limpio. Reconozco que no fui un paciente ejemplar aunque no me quedó más remedio que pasar por el aro y acceder a todas las pruebas a las que me sometieron. No sentía los pinchazos para extraerme la sangre, pero sí una dolorosa colonoscopia que me practicaron para comprobar que no había daños en el intestino, aunque personalmente creo que la hicieron para hacerme sufrir y humillarme por petición de Ana, poco me importó todo ello. Estaba totalmente hundido, deprimido, no quería vivir después de lo que había hecho.

Pasaba las horas acostado en la soledad de mi habitación, recibiendo el tratamiento para la tristeza más profunda que sentía. Siempre muy controlado para que no hiciese ninguna tontería más, aunque la medicación que me suministraban, una cápsula de prozac o de fluoxetina, como queráis llamarlo, es lo mismo, no era la primera vez que la tomaba, así que ya sabía cómo actuaba. Estaría unos días sumido en la tristeza para después despertarme eufórico, con ganas de comerme el mundo de nuevo.

Esta vez era diferente, me obligaban a tomarlo y yo no quería hacerlo, no quería su ayuda, sólo quería dormir y no despertar; dormir y volver junto a Diego, hablar con él, pasear por nuestra playa mojándonos los pies, enfadándonos de broma cuando nos salpicábamos la ropa. Pero la medicación no me dejaba soñar, ni pensar, ni coordinar mis sentimientos. Seguía sin poder derramar una sola lágrima, la tristeza enraizaba en mi alma.

Caí tan bajo que me creía las palabras de Ana, la culpa de todo lo sucedido era mía, sólo mía y de nadie más. Las sesiones con el psicólogo tampoco me ayudaban gran cosa, se limitaban a un monólogo por su parte contestado con algún monosílabo por la mía, era yo quien no me dejaba ayudar. No quería hablar con nadie ni hacer nada, sólo a veces aparecía entre mis pensamientos el recuerdo de Nita sin saber que sentía por ella, eran los únicos que apaciguaban mis tormentas interiores.

A pesar de no hablar nada terminaba mis sesiones tremendamente agotado, si no me dejaban ir a la habitación cualquier rincón me valía para cerrar los ojos y dejarme llevar, apenas conseguía dormir pero simplemente descansarlos me bastaba para evadirme aunque no pudiese escapar del pesimismo que invadía mis pensamientos.

Las reuniones en grupo aún eran peores, querían que hablase de mis problemas delante de unos completos desconocidos y escuchase los de ellos. Me pasaba las sesiones sin decir nada con la mirada perdida en las tetas operadas de una mujer que hacía todo lo posible por sentarse frente a mí y hacerme todo tipo de insinuaciones para provocarme. Tras las sesiones intentaba hablar conmigo pero yo me escabullía fuera de la sala, no me interesaba nada de ella aparte de perderme con la mirada entre sus grandes pechos artificiales.

Así pasé los primeros días en la clínica, acostado en la cama la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados sin querer hacer nada. Aquella noche el insomnio acrecentaba mi melancolía y la oscuridad de la noche se impregnaba de mi tristeza haciéndola más profunda aún.

El frío y el calor estremecían mi cuerpo al mismo tiempo. Me secaba la nuca con una toalla, el sudor me caía a chorros por la espalda. A mi alrededor todo daba vueltas, sólo recuerdo caerme de la cama y golpearme la cabeza; después una impenetrable oscuridad.

Poco a poco se hizo la luz, alguien me hablaba, su voz me resultaba familiar, creo que era Ana pero no entendía lo que me decía, parecía pedir auxilio. Noté como alguien me ayudaba a incorporarme y me refrescaba la cara. Intenté abrir los ojos pero era

incapaz de hacerlo, al menos de inmediato. Seguía escuchando la voz de Ana, lejana e incomprensible aun sintiendo su aliento en mi rostro. Hice un esfuerzo sobrehumano por elevar los párpados, pero se me cerraron de nuevo. Me invadió un sueño profundo y espeso, Ana tendría que esperar a otro día.

Me encontraba acostado en la cama, tumbado de lado, dando la espalda a la puerta y observando el exterior a través del gran ventanal de la habitación sin mirar nada en concreto. Unos tenues rayos de sol iluminaban la estancia. En la lejanía del corredor podía escuchar cómo se acercaba alguien, seguramente una mujer, a juzgar por ese sonido de tacones sobre el pavimento que me resultaba tan familiar. De repente cesaron, notaba su presencia en el quicio de la puerta de mi habitación. No me giré, ni siquiera hice intención de volverme para comprobar quien era, envuelto en mi melancolía observaba como caían las últimas hojas del árbol situado frente a mi ventana.

Un suspiro de impaciencia reconocible, me sacó de mis oscuros pensamientos; cerré los ojos tratando de imaginarme que me encontraba lejos de allí. Un segundo suspiro seguido de un carraspeo me hizo abrir los ojos pero continuaba inmóvil tumbado en la cama. Esperaba que se diese por vencida creyéndome dormido y me dejase en paz, no quería hablar con ella, intuía lo que quería a pesar de tener ofuscado el pensamiento. No me parecía el momento más oportuno, nunca habría un momento oportuno.

—¿Estás despierto? —preguntó al fin en tono muy bajo—. ¿Víctor?

Esperaba que con mi silencio y mi quietud se diese por vencida y se marchase pero ocurrió justo lo contrario. Escuché el sonido de sus tacones en el suelo de la habitación acercándose a la cama, contundentes para que me percatase de su presencia.

Cerré de nuevo los ojos, ¡No quería verla! Traté de parecer dormido.

—Víctor —susurró, en tono conciliador; para nada tenía que ver con nuestros últimos encuentros—. ¿Estás despierto? —preguntó suavemente.

—¿Qué quieres? —respondí sin abrir los ojos.

—Saber cómo te encuentras, sólo eso.

—Pregúntale a los loqueros estos —repliqué con la mirada sumida en la oscuridad—, ellos lo saben todo, no me cuentan nada. Aunque poco importa cómo me encuentre yo ahora.

—Ya hablé con ellos —contestó—, pero quiero que me digas cómo te sientes.

Continué con los ojos cerrados.

—¡Quiero, quiero, siempre quiero! ¿A qué viene de repente tanto interés por mi estado?

—Sólo quiero saber cómo te encuentras… —hizo una pausa—. Sólo es eso.

No podía soportar su cinismo, mis sentidos lo amplificaban. Bien sabía yo lo que quería.

—Sé muy bien a qué has venido —le atajé cortante—. Te importa una mierda como me encuentro. Bueno, quizá sí te importe porque sabes que muerto o impedido no valgo nada para ti.

En seguida me arrepentí de atacarla por ahí, había desatado la caja de los truenos y no estaba preparado para capear el temporal, pero con todo lo que había pasado en tan poco tiempo no fui capaz de controlarme.

—Veo que todavía estás de bajón —replicó en tono irónico—, pero tengo que hablar contigo y no quiero demorarlo más, ni andarme con paños calientes.

—¿Me vas a contar que ha pasado en mis días de ausencia? —traté de cambiar el tema de conversación.

—¿Que quieres que te cuente qué? —respondió airada—. Escapaste, ¡te escondiste después de matar a mi hijo! ¿recuerdas?, como un puto cobarde, como lo que eres.

—¡No sigas por ahí! —respondí mientras me incorporaba con dificultad para sentarme al borde de la cama—. No sigas por ahí si no quieres que te eche de aquí y no volvamos a vernos —recalqué visiblemente enfadado y con sus últimas palabras taladrándome el cráneo.

—¿Me vas a echar? ¿Tú? —soltó una risotada.

Como si se tratase de una ceremonia y con toda la parsimonia que pude, estiré los músculos de la espalda arqueándola mientras echaba la cabeza hacia atrás, crujiendo todas y cada una de las vértebras; tenía el cuerpo entumecido como si me hubiesen dado una paliza con saña. Giré varias veces la cabeza sobre el cuello tratando de sacarlo de su letargo, me dolía cada giro, las cervicales crujían de tal forma que parecía que se romperían en cualquier momento.

Abrí los ojos y pude verla al pie del ventanal con los brazos cruzados, con su vestido negro muy ceñido realzando su figura, calzando esos zapatos de tacón imposibles. Me sorprendió encontrarla tan atractiva ¿Cómo podía pensar en eso? Aunque en ese momento ya no era nada deseable para mí.

—Te veo muy bien —comencé a hablar con lentitud—, cualquiera diría que has perdido a tu hijo hace unos días.

Definitivamente quería apartarla de mi vida. A pesar de que no tenía la mente clara, en parte por la medicación y en mayor medida por mis sentimientos desencontrados. En esos momentos tan agrios siempre me acordaba de Nita, no sabía bien porqué; tenía todo muy confuso, pero pensar en ella aliviaba el dolor que sentía dentro de mí.

—¡Serás cabrón! —soltó acercándose a mí, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿No tienes otro nombre para mí? —la atajé con ironía—, empiezas a repetirte ¿Por qué no me dices… déjame que piense… asesino, por ejemplo? Total, ya puestos.

—Mira Víctor —respondió con ira contenida—, no tengo ganas de

seguir con esto más tiempo.

—No, últimamente conmigo no tienes ganas de nada ¿recuerdas?

—¿Qué tal si te vas a la mierda? —respondió con la mayor acidez que pudo recalcando cada sílaba—. ¡No te soporto! —me espetó estallando su ira golpeándome el pecho con los puños.

—Bienvenida al club de los que odian a Víctor de la Hera —respondí con calma apartándola de mí—. Ya sois muchos los que no me soportáis, pero creo que tú tienes el carnet de honor.

—Creo que será mejor que me vaya —sentenció recomponiéndose.

—Sí, creo que será lo mejor. No vuelvas y déjame en paz ya de una puta vez —respondí como despedida.

Cuando se iba, se giró de nuevo hacia mí, yo no quería ni verla y dirigí la vista hacia el exterior de la habitación.

—Por cierto —comenzó a hablar—, quiero el divorcio, tendrás noticias de mi abogado.

—Espero que sea pronto —respondí con acritud sin mirarla.

—Ya te pondrá al corriente de todo Ramiro Saldaña.

—¿Ramiro?, pero… —le interrumpí antes de que siguiese hablando—, Ramiro es mi abogado, dudo que mi amigo se preste a tu juego.

—Ya no lo es —contestó triunfal—, sabe muy bien lo que puede obtener de mí… Y de ti, anoche me lo dijo en la cama —remarcó lascivamente cada una de sus palabras.

—¿A qué te refieres? —me invadía una sensación de mareo y no entendía nada de lo que me estaba diciendo. De repente caí en la cuenta.

—Piensa en ello, es muy sencillo de entender.

—Te ha faltado tiempo, ¿Eh?

—¿Y tú? ¿No tenías a tus putitas? Mientras yo era la abnegada esposa cuidando de Diego y tú te pasabas fuera de casa tanto tiempo.

No podía creer que tuviésemos esta conversación una vez más, excepto por el detalle de que ahora uno de mis mejores amigos y mi abogado desde hacía no recuerdo cuantos años, me la hubiese jugado de esa manera.

—Eres muy injusta —alegué en defensa propia—, sabes muy bien que nunca he estado con nadie a pesar de haber tenido muchas ocasiones para ello.

—Eso es lo que tú dices —replicó mientras caminaba alrededor de la cama con los brazos cruzados—, pero ya no te creo. El día de la muerte de Diego ¿Qué hacías abrazado a aquella mujer en el hospital? ¿o eso también me lo estoy inventando?

—No sabes de qué estás hablando.

—Yo nunca sé de lo que hablo, soy la tonta de esta historia —sentenció irónica—, pero eso ya se acabó.

—Valiente justificación, ahora viene esa parte en la que eres la victima ¿no?

—Es lo que hay Víctor, donde las dan las toman. Sembraste vientos en nuestra relación y ahora no eres capaz de capear el temporal.

—¡Qué profundo! ¿ahora eres filósofa? ¿has aprendido a leer? ¿o te ha preparado el discursito Ramiro? —le dije aplaudiendo lentamente. Las afirmaciones y preguntas salían de mi boca sin dejarle espacio para que me diese una respuesta—. ¿Que hice qué? ¿y tú? «¡doña perfecta siempre que hubiese dinero para gastar!» —repliqué haciendo el gesto del entrecomillado.

—Me parece que esta conversación no me aporta nada.

—Sí, claro, nunca lo hace cuando tus argumentos son tan

peregrinos. Si tantas ganas tenías de divorciarte, ¿Por qué has esperado tanto?

Se encaminó hacia la puerta y se volvió para sentenciar:

—Adiós Víctor, lo dicho, ya tendrás noticias mías por mi abogado y amante…

—Que te vaya bonito, maldita zorra —dije entre dientes, pero Ana ya no me escuchaba, ya había salido de la habitación.

Me sentí aliviado tras su marcha. Me recosté de nuevo en la cama oyendo como sus pasos se perdían en el pasillo.

Abrazándome las rodillas hecho un ovillo poco a poco me quedé profundamente dormido como hacía mucho tiempo; mientras mis sueños se entremezclaban con el recuerdo de Nita.

16

Cuando desperté al día siguiente de la visita de Ana me sentía eufórico, con ganas de comerme el mundo, un montón de planes para realizar, algunos realmente disparatados. Sabía que en un par de días se disiparía esa euforia, no era la primera vez que pasaba por ello y aunque no quería darle importancia me sentía tan bien que traté de apuntar todo lo que se me venía a la cabeza.

Me levanté como un resorte y fui a buscar a la enfermera para pedirle un bolígrafo y un cuaderno. Sabía que algunas de esas ideas podrían ser buenas para desarrollarlas más tarde con calma, la mayoría acabarían en la papelera por incongruentes, pero ¿Cuántas buenas ideas habían surgido de un «se me ha ocurrido una estupidez»?

Salí al pasillo vestido sólo con el pantalón de chándal que durante la última semana había sido mi única vestimenta. Iba descalzo a pesar de lo frío estaba el suelo, no tenía tiempo que perder.

Me acerqué al control de enfermeras casi volando, no encontraba a nadie que me pudiese ayudar, desesperado pues las ideas se agolpaban en mi mente, y algunas se iban tan pronto como llegaban. No quería perder ninguna, sobre todo las que se me ocurrían como letras o melodías para canciones.

—¡Enfermera! —exclamé—. ¿Alguien me puede ayudar?

Una enfermera menuda pero de fuerte complexión salió por la puerta tras el mostrador a juzgar por su aspecto parecía estar descansando.

—¿Qué le ocurre, Víctor? —preguntó alterada por mis gritos—, ¿se encuentra bien? ¿le ocurre algo?

—No, no me ocurre nada, tranquila —respondí ansioso—. ¡Me encuentro mejor que nunca! ¡Me voy a comer el mundo!

—Necesita tranquilizarse Víctor —me dijo dándose cuenta de lo que me ocurría—, tiene que calmarse.

—Me calmaré cuando tenga algo con que escribir, un boli y un cuaderno, entonces me calmaré. Tengo que anotar todas estas ideas que fluyen en mi cabeza o me volveré loco.

La enfermera los buscó con desesperante parsimonia tras el mostrador, tras dos interminables minutos me ofreció un bolígrafo y

un cuaderno de notas, los cogí y me dirigí de vuelta a la habitación corriendo por el pasillo.

—¡Gracias Irene! —le dije mientras recorría volando el pasillo.

Escribí sin parar las cuatro horas siguientes, algunas ideas brillantes, otras muy atropelladas, unas sin coherencia aparente y otras que al releerlas no tenían ni pies ni cabeza. Aún las conservo. Sentía mi mano dolorida ahora que había conseguido plasmar sobre el papel todo lo que se me había pasado por la mente, miré hacia el ventanal de la habitación. La deprimente escena del día anterior con ese árbol prácticamente desnudo de follaje, hoy me parecía de lo más esperanzador, con las últimas hojas que poblaban sus ramas brillando con suaves tonos dorados con los últimos rayos de sol. Llegué a pensar que este sí que sería el primer día de mi nueva existencia. Me sentía fuerte pero exhausto, lleno de vida y a la vez agotado.

Por la tarde recibí la visita de uno de los médicos de la clínica. Creo que lo alertó la enfermera que me había proporcionado el bolígrafo y el cuaderno, trataba de averiguar cómo me encontraba.

—¿Cómo se encuentra Víctor? Parece que mejor.

—En el periodo de euforia, ¿no lo ve? —le respondí mostrándole todos los escritos que había anotado hasta ese momento—, ¡tengo la mente funcionando a mil por hora!

—Debe calmarse, voy a tomarle la tensión.

Sin levantarme alcé el brazo para que introdujese el medidor de tensión arterial, mientras yo continuaba escribiendo sin cesar. Sentí como apretaba mi brazo prácticamente sin dejar circular la sangre por él de forma muy dolorosa, finalmente el aparato pitó.

—Diecisiete/once —dijo el doctor—, está muy alta, Víctor, debe descansar un poco.

—Tú debes de ser novato ¿No? —respondí con toda la calma aunque mi cuerpo bullía.

—¿A qué se refiere?

—Estoy en mi momento eufórico del tratamiento, es normal que tenga la tensión así ¿Qué te contaron en la facultad?

—Yo…Esto…Lo siento.

—Te estoy faltando al respeto y me estás pidiendo disculpas. Tienes mucho que aprender chaval.

Intimidado por mis continuos borderíos el joven médico recogió el medidor de tensión guardándolo en su funda. Yo continuaba escribiendo de manera frenética. Cuando ya abandonaba la habitación, sin levantar la mirada de mis papeles, me despedí diciéndole:

—Y mañana quiero tener el alta para irme de aquí cuanto antes.

—No está aquí retenido, es libre de irse cuando quiera, debería usted saberlo ya que es tan listo. —dijo con retintín lleno de razón.

—Otra vez chaval. Has respondido a mi solicitud airada con un tono sarcástico. ¿No sabes cómo tratar esta situación? ¿Eh? Te queda mucho por aprender…

—Ya veo que diga lo que diga, usted siempre tendrá la respuesta exacta…

—Ahora complaciente, ¡no das una, chaval! —continué pinchándole disfrutando de la situación.

—Trate de descansar ¿Vale? —estaba ansioso por concluir la conversación.

—Claro que lo haré, ahora creo que podré —le guiñé un ojo de falsa complicidad esperando que se encontrase mejor.

El médico salió de la habitación, yo me incliné de nuevo sobre el escritorio para continuar con mi trabajo durante el resto de la tarde. Alrededor de las siete cuando ya empezaba a anochecer decidí que ya había escrito suficiente. Me vestí, ahora necesitaba respirar un poco de aire fresco, aclarar mi mente, así que me enfundé una camiseta negra, complemento de mi eternos pantalones de chándal y descalzo me dirigí a los jardines de la clínica tras el edificio principal, allí podría pasear tranquilo, dejar mi mente en blanco o al menos tratar de hacerlo.

Caminé un rato por el césped recién regado sintiendo una agradable humedad envolviendo mis pies, me sentía tan vivo, pero lo más importante sobre todo, con ganas de vivir, de luchar para que la memoria de Diego no cayese en el olvido mientras yo pudiese hacerlo. Aunque él no era mi único pensamiento, Nita también ocupaba buena parte de él. Ambos habían regresado a mi existencia aunque no fuesen más que recuerdos.

El paseo por el jardín depuraba mis sentimientos cargando mi alma de energía positiva a cada bocanada de aire que inspiraba con ansia. Conseguí calmar mis pensamientos, ordenar mis ideas; las había plasmado todas sobre el papel. Dejaría pasar unos días para ver si alguna merecía la pena, no era la primera vez que algo así me ocurría, lo único que cambiaba es que ahora sabía cómo protegerme de situaciones como esta y conocía sus consecuencias, aun sabiéndolo unos días más tarde dejaría la medicación contraviniendo las indicaciones del médico.

Se hacía tarde, el sol ya se había ocultado en el horizonte montañoso, agonizaba la luz del sol y en pocos minutos sería de noche y la temperatura bajaría. Me dirigí de nuevo a mi habitación,

antes me detuve en la cafetería donde charlaban animadamente tres pacientes con la mujer que atendía la barra. No parecían muy trastornados, su conversación era muy coherente como puede ser en cualquier cafetería de cualquier sitio que no fuese una clínica psiquiátrica.

—¿Qué quieres encanto? —me dijo la mujer con amable picardía

—Hola Pepa, necesito comer algo —respondí—, ¿tienes algún bocadillo?

—Preparados no, pero no tardo más de cinco minutos en prepárate alguno.

—Si fueses tan amable —le rogué—, tengo un hambre voraz. Me da igual de qué, pero que sean grandes.

Me mostró esa amplia sonrisa de la que siempre hacía gala y tuviese el día que tuviese nunca abandonaba su rostro.

—Encanto ¿quieres dos?

—Sí, por favor. —Me quedé observando a los tres hombres que se habían callado en cuanto entré en la cafetería.

—¿De qué los quieres?

—Da igual, con tal de que tengan fundamento —respondí haciendo un gesto con las manos como si estuviese agarrando un bocadillo de tres pisos—, y ¿me pones dos cervezas?

—Sabes bien que aquí no servimos alcohol, encanto —me recriminó—, no está permitido, y a ti no te conviene.

Me sentía tan bien que a pesar de que su recriminación no me sentó muy bien, no me apetecía discutir, y menos con ella, no era culpa suya.

—Bien, pero tenía que intentarlo —bromeé—. Dame dos refrescos, por favor.

—Lo que tú quieras, encanto —me guiñó el ojo y desapareció tras la puerta de la cocina.

—Pero yo quiero una cerveza —dije jocosamente, pero ya no me respondió.

Me apoyé en la barra y me dediqué a observar a aquellos hombres que ahora hablaban casi entre susurros convencido de que lo hacían sobre mí, poco me importaba, nada podía estropear mi estado en ese momento, salvo que Ana apareciese de nuevo.

Pasados unos diez minutos apareció Pepa con dos grandes bocadillos envueltos en papel de aluminio, los dos refrescos en lata y una preciosa sonrisa.

—Va por cuenta de la casa —dijo alegremente—. Dicen las malas lenguas que te dan el alta mañana.

—Así es, mañana me voy a casa, bueno, o lo que queda de ella antes de que se desmoronase mi vida, que no sé muy bien donde está mi hogar.

—¿Y eso? —preguntó Pepa sin desdibujar su sonrisa.

—Es una larga y compleja historia —respondí un tanto desconcertado—, mejor te la cuento otro día —rematé con ironía.

Salió de detrás de la barra para darme los bocadillos y las bebidas, al hacerlo sentí una leve caricia en mi mano, me dio un abrazo muy fuerte, de esos que no se olvidan, durante un interminable minuto tras el cual separó su cuerpo para darme dos sonoros besos en las mejillas, sentenció:

—Cuídate artista ¿Vale? Cuídate mucho y vuelve a la música. Hay mucha gente que te echa de menos, incluida yo.

Por un instante bajé la mirada, reflexioné durante dos segundos para contestarle mirándole a los ojos con tono ceremonioso.

—Lo haré, descuida.

Me di media vuelta y me marché a mi habitación para dar buena cuenta de los bocadillos y las bebidas. Antes de acostarme, una vez acabada la cena, me senté en el sillón frente al ventanal que daba al exterior. Traté de dejar mi mente en blanco pero me resultaba imposible sacar de mi pensamiento a Diego. En mi triste realidad todo parecía un mal sueño.

Nita y yo paseábamos por la playa, cogidos de la mano con los dedos entrelazados, caminábamos por la arena y el agua acariciaba nuestros pies con cada ola. Observábamos en silencio como Diego y Alicia jugaban ajenos a cualquier problema como si nada malo pudiese ocurrirles. El accidente de Diego y la grave cardiopatía de Alicia no habían sido más que oscuras pesadillas. No dejaba de ser un sueño que volvería de tener de manera recurrente.

Desperté con los primeros rayos del sol, con la luz que iluminaba y llenaba de optimismo el nuevo día, el primer día de mi nueva vida, del resto de mi vida. Sólo lo ensombrecía un fuerte dolor de cabeza que me oprimía el cerebro como nunca había sentido.

A pesar del sueño, había dormido bien. Supuse que todos los síntomas eran el preámbulo de una jaqueca. En ese momento no lo sabía pues nunca había padecido ninguna, otro síntoma que se convertiría en recurrente en el futuro. La tenue luz que entraba por la ventana me producía un dolor sordo y enfermizo en los ojos prolongándose desde la nuca hasta la base de los senos nasales. Me levanté todo lo suave que fui capaz, pero incluso así el dolor era insoportable. Fui al baño, abrí el grifo para refrescarme la cara y la nuca, notaba como las gotas de agua resbalaban por mi piel

abrasándola. Me tomé un ibuprofeno, uno de mis mejores amigos; tardó en hacerme efecto, mientras aguardaba cerré los ojos hasta que poco a poco fue mitigándose la sensación de opresión. Volví al baño de nuevo, me afeité con calma, fijándome en como mi rostro reflejaba en el espejo los años que me había echado encima en esos últimos días y como habían cambiado, no sólo mi aspecto, sino también mi forma de ser. Me metí bajo la ducha, ahora disfrutaba de cada gota de agua acariciando ferozmente mi cuerpo.

Me vestí con calma, por lo visto Ana había tenido la deferencia de traerme algo de ropa uno de los primeros días de mi estancia en la clínica, cuando la melancolía y la tristeza, agitadas con un poco de locura, me tenían aislado del mundo.

Unos vaqueros raídos y una camiseta sin mangas que mostraba la maltrecha musculatura de mis brazos, me calcé las botas en mis pies desnudos. En ese momento me di cuenta de que no tenía nada más, ni cartera, ni móvil, ni dinero, ni llaves de casa, ¡nada!

No quería hablar con Ana, seguro que estaría encantada de que le pidiese ayuda para salir de allí. No le daría ese gusto. No quería nada de ella, ni creo que me diese nada sin que me arrastrase por el fango delante de ella para conseguirlo.

Doblé la ropa que había llevado los días de mi internamiento y la deposité sobre la cama, no tenía intención de llevármela. Cogí todos los papeles que había sobre el pequeño escritorio, los doblé introduciéndolos cuidadosamente en el cuaderno, como el más preciado de los tesoros sin saber bien lo que había escrito; pero tenía la intuición de que algo hermoso saldría de aquellas ruinas.

Salí de la habitación, por un momento sentí la duda de estar haciendo lo correcto al irme tan pronto, un ligero mareo me invadió al salir al pasillo, me detuve dubitativo, pero ya no había vuelta atrás, tenía que salir de allí antes de que Ana volviese a visitarme con más sorpresas, no podría soportar su presencia.

Me dirigí a la salida con paso lento pero decidido, me detuve en el puesto de enfermería dispuesto a despedirme de ellas, esperaba no encontrarme con el joven médico del día anterior, le escribí una nota de disculpa que le dejé a la enfermera para que se la hiciese llegar, apenas unas palabras de agradecimiento y me despedí.

—Cuídese —me dijo.

—Lo haré —respondí ansioso por salir de allí, estaba harto de que todo el mundo me repitiese la misma letanía, harto de ser tan correcto, pero ya faltaba poco, estaba a punto de poner un pie en la calle y por ende recobrar mi libertad. Todo lo demás ya sonaba a mentira.

—Hasta la próxima —se despidió.

—Espero que no haya próxima vez —dije con acritud.

—Lo siento, no era mi intención molestarle —se disculpó la señorita algo ruborizada.

—No se preocupe, me acostumbraré a escuchar esas palabras, seguro que me las dirán en muchas ocasiones.

Salí del edificio, la luz del día impactó en mis ojos como miles alfileres clavándose en mi retina, por un momento el dolor de cabeza amenazó con repuntar de nuevo tras las cuencas de los ojos, me detuve, los cerré tratando de acostumbrarme a esa claridad, respiré hondo. La primera imagen que se coló en mi mente fue la de Nita, tendría que llamarla en cuanto me fuese posible, los recuerdos empezaban a hacerse más nítidos después de tan borroso periodo. Recordaba la tarjeta que me dio con su número de teléfono pero ¿dónde la había dejado? Recordaba vagamente la noche en que ocurrió todo. Era posible que la hubiese dejado en el todoterreno o en la casa de la playa, allí es donde me dirigía a recoger los pedazos de mi vida que aún mereciese la pena rescatar.

No tenía nada, regresé al interior de la clínica para pedirle al celador que llamase a un taxi. Mientras tanto lo esperaría en el exterior refugiado bajo un árbol de la potente luz del mediodía que quemaba mi blanquecina piel.

En cada minuto de espera se amplificaba en mi cabeza todo lo ocurrido. Lo referente a Diego era todo muy confuso: el accidente; la espera en el hospital; el desenlace; las discusiones con Ana, pero sus hirientes palabras aún retumbaban en mi cabeza.

El taxi no tardó en llegar.

—¿Dónde vamos jefe? —me preguntó el rechoncho taxista con amabilidad.

—Usted arranque, daremos primero un paseo y luego ya le diré dónde ir.

—Cómo usted mande —hizo una pequeña pausa para reforzar sus palabras—, el cliente manda.

Cerré la puerta y abrí la ventanilla, necesitaba respirar el aire fresco del exterior, ya pensaría más tarde como pagar la carrera.

Durante media hora, el taxista se sumergió suavemente entre el tráfico de la ciudad mientras yo contemplaba el paisaje urbano de forma ausente, enfrascado en mis pensamientos concentrados en Nita.

—¿Qué día es hoy? —le pregunté distraído al taxista, no sabía ni en qué día vivía.

—Sábado, jefe. Hoy es sábado.

17

Después del largo paseo por la ciudad le indiqué al taxista la dirección de la casita de la playa. Tardó más de veinte minutos en llegar a la altura del portal de entrada. Todo estaba tal cual lo habíamos dejado Ana y yo, más bien Ana, yo no recordaba gran cosa de aquel fatídico día en el que me había llevado a la clínica. El portal estaba semiabierto, el todoterreno seguía como lo había dejado la noche en que llegué, aunque no recordaba aparcarlo tan metido en la arena al final del camino.

El taxi paró bruscamente.

—¡Ya estamos, jefe! Creo que esta es la dirección que me dio.

—Sí, aquí es, ¿qué le debo?

Apretó un botón del taxímetro— son cincuenta y tres euros.

—¡Caramba! —exclamé—, ¿no me habré quedado dormido?

—Llevamos casi una hora dando vueltas y esta casa está fuera de límites.

—¿Puede esperar aquí un momento? He de ir a la casa a por el dinero.

El taxista cambió su semblante bonachón por una expresión más seria, no pudo disimular su molestia, pero ni siquiera tenía mi reloj para dejarle en prenda.

—Sólo será un instante —intenté justificarme—; además le aseguro que no tengo forma de escapar… —mis excusas sonaban cada vez menos convincentes.

—Está bien jefe, pero dese prisa, es muy tarde y aún he de regresar.

Salí del coche con rapidez y me dirigí a la casa. Afortunadamente la puerta estaba cerrada. Me dirigí al porche trasero y entré por el ventanal que había quedado abierto, pude comprobar cómo había dejado todo. Me fui directamente al estudio, siempre guardaba dinero en una pequeña caja de caudales que tenía dentro del escritorio, «para las emergencias» me gustaba decir; esperaba que nadie hubiese tenido la mala conciencia de entrar en la casa para robar. A excepción de las manchas del pasillo, todo parecía estar en su sitio aunque bastante desordenado. Tendría mucho trabajo hasta que todo quedase como antes del incidente.

Abrí la caja, cogí el dinero sin contarlo y me dirigí junto al taxista que esperaba fuera del coche, inspeccionando el estado del todoterreno.

—Aquí tiene, quédese el cambio, por las molestias.

—¿Molestias? Ninguna, mientras me pague —respondió el hombre—. Gracias de todos modos. Menuda curda debía llevar el conductor de ese trasto —continuó hablando mientras señalaba el todoterreno.

No me molesté en contestarle, no quería hablar del tema, sólo quería que se fuese lo antes posible.

—Que tenga usted un buen día —me despedí fríamente y volví hacia la casa mientras le oía introducirse en su coche y ponerlo en marcha. Por el rabillo del ojo lo vi maniobrar para dar la vuelta y perderse por el camino por donde habíamos venido, el único camino que llegaba a la casa.

Entré y busqué las llaves, tanto las de la casa como la del coche, tenía que encontrar la tarjeta con el número de Nita. Quería llamarla cuanto antes, necesitaba hablar con ella, era la única persona con la que quería estar. Con ella, expresar mis sentimientos era muy sencillo. Siempre parecía escuchar, incluso hasta cuando daba la impresión de no estar prestando atención. Era curioso cómo podía llegar a depender de ella sin apenas conocerla, pero así era.

Todas las llaves estaban sobre la mesa del salón. No recordaba haber dejado aquello así; tanto los manojos de llaves de la casa, como la del coche; ni la cartera con toda mi documentación y los restos del móvil que estrellara contra la pared, todo perfectamente ordenado. Era obvio que Ana se había pasado otra vez por allí para buscar algo mientras estuve ingresado en la clínica. Aunque para ser sincero no me cuadraba que no hubiese limpiado todos los restos de vómito y sangre que yo había esparcido por doquier, ni que tampoco hubiese retirado las botellas de alcohol rotas, aunque si había desaparecido todo el alcohol de la casa, incluso el del botiquín, se dibujó una sarcástica sonrisa en mi rostro. Tenía que haber sido ella; si quería evitar sorpresas desagradables debería arreglar el ventanal y cambiar también la cerradura de la puerta de entrada.

Más tarde buscaría la documentación de la casa, lo mismo había desaparecido también con las bebidas alcohólicas, ya no me fiaba para nada de Ana y tenía que estar preparado para cualquier cosa, ahora que estaba tan cabreada podía ser muy despiadada conmigo. Lo que me preocupaba era encontrar el número de teléfono de Nita, necesitaba oír su voz, sus pensamientos, sus silencios.

Cogí la llave del coche, mi primer propósito fue buscar la tarjeta, pero también sacar el todoterreno de la arena. Salí hacia donde se encontraba el vehículo, hice un análisis rápido de la situación. Las ruedas delanteras estaban muy enterradas, era evidente que había intentado sacarlo de allí cuando llegué, pero lo recordaba remotamente, por más que intentaba rememorar ese momento, tenía muchas lagunas en la memoria desde el mismo instante en que cogí el coche esa noche. Pude comprobar que se encontraba tal cual lo había dejado; la puerta del acompañante mal cerrada, la ventanilla trasera izquierda hecha añicos. Pude abrirlo sin llave, me introduje por la puerta del acompañante y me senté para comenzar a buscar, no fue nada complicado, a pesar de no recordar donde la había dejado. Para ciertas cosas soy animal de costumbres y las hago de forma inconsciente. Bajé el parasol del conductor, allí la encontré junto con otras tarjetas, estaba la primera al ser la última que había guardado. La cogí inmediatamente aliviado por haberla encontrado tan rápido. Me la guardé en el bolsillo del pantalón. Me relajé un rato, sentado dentro del coche, cerré los ojos pensando como iniciaría la conversación, qué diría, qué me contaría ella.

En ese momento, lo que me ayudaba a continuar era pensar en Nita. No sabría decir que sentía por ella, ni siquiera si mis sentimientos eran correspondidos. Sólo esperaba no haberlo echado todo a perder al escapar de aquella forma del hospital, sin despedirme ni cruzar tan siquiera una mirada con ella. Lo único que recordaba era la tremenda angustia por la pérdida, el desasosiego en mi alma y la ira que producía Ana en mi corazón con sus malditos reproches y sus hirientes palabras.

Abrí los ojos y me fijé en la chapa del coche. Me bajé y comprobé que estaba lleno de señales realizadas con algún objeto puntiagudo a lo largo de la aleta delantera y del capó.

Nunca me importó demasiado este tipo de cosas, hoy menos aún. Me imaginaba la autoría, pero si quería verme cabreado por cosas como esta, se equivocaba. Necesitaba arreglar la ventanilla por razones obvias, los golpes en la chapa poco me importaban, pero sus golpes en mi corazón y sobre todo en mi alma, esos sí que me dolían.

Me subí de nuevo al coche, puse la llave en el contacto y lo arranqué; trataba de sacarlo de la arena. Metí la marcha atrás y poco a poco comencé a soltar el embrague pisando el acelerador soltándolo rápidamente repetidas veces con el objeto de que el vehículo se balancease antes de tratar de sacarlo definitivamente, pero estaba tan enterrado que la arena comenzó a salir disparada por encima del coche enterrándose más aún. Movía la dirección de derecha a izquierda tratando de abrir espacio a las ruedas enterradas, a punto estuve de lograrlo pero se caló el motor. Al segundo intento no fui capaz de que se moviese ni un milímetro. Tendría que pedirle ayuda al señor Antonio, era el único vecino que tenía. Entre ambos y sus herramientas lograríamos sacarlo, pero no sería ese día, era tarde y me sentía muy cansado, además parecía que el dolor de cabeza quería instalarse de nuevo en mí. Cerré bien el coche, «cómo si alguien pudiera llevárselo de allí», pensé, dibujando en la cara una boba sonrisa regresé a lo que ahora era mi refugio.

No me había percatado, pero un olor muy denso y desagradable impregnaba el aire en todas las estancias, un olor nauseabundo que me taladraba la pituitaria. A pesar de que era tarde y necesitaba

descansar abrí todas las ventanas para tratar de ventilarla y que mitigase el intenso hedor. A la mañana siguiente me tendría que emplear a fondo para limpiar el desastre.

Cogí la cartera junto con los restos del móvil, me fui al estudio, allí tranquilamente intenté ver si había alguna posibilidad de que funcionase. La pantalla estaba rota por varios sitios y faltaba algún pedazo de la misma, realmente estaba destrozada. Sin esperanza de que funcionase, monté todo el dispositivo, conteniendo la respiración, como si eso ayudara, apreté el botón de encendido pero no respondía. Repetí la operación varias veces como si eso fuese a arreglarlo.

Con gran sorpresa comprobé que tanta insistencia tuvo su premio, finalmente encendí el aparato, ahora sólo esperaba que la pantalla rota funcionase. Terminó de arrancar después de introducir el pin con gran dificultad, no funcionaba muy bien y la batería estaba baja pero estimé que sería suficiente para hacer las dos llamadas que tenía planeadas.

Primero llamaría a Nita, trataría de quedar con ella y después llamaría a Ana, no sabía bien porqué pero quería decirle que ya no estaba en la clínica.

Cogí la tarjeta, mis manos comenzaron a temblar, de repente me encontraba muy nervioso como un adolescente que llama por primera vez a una chica. Esa mujer… algo había cambiado en mí.

En las condiciones que se encontraba la pantalla táctil me costó mucho trabajo marcar el número.

—El número marcado no se encuentra disponible en este momento. Puede dejar un mensaje después de la señal.

No esperaba esa respuesta, la fría voz que me había contestado me dejó cortado, no sabía bien que mensaje dejar, finalmente el pitido sonó al otro lado de la línea.

—Hola, esto… —hablé dubitativo—. Nita, soy Víctor. Víctor de la Hera, me gustaría que nos viésemos cuanto antes, llámame cuando puedas. Chao.

Corté la comunicación con una sensación de idiotez muy grande por el mensaje que le había dejado, pero ya estaba hecho, no volvería a llamar para dejar otro mensaje que me hiciese sentir más idiota aún. Esperaría a que me llamase, tampoco tenía muchas opciones o al menos no era capaz de pensar en ninguna en ese momento.

Sin soltar el móvil para realizar la segunda llamada que tenía prevista, contemplé la pantalla un instante; era una llamada que no quería hacer, pero debía realizarla, sería lo correcto. Marqué su número con auténtica desgana, coloqué el auricular algo alejado de mi oreja, intuía que me gritaría.

—¿Qué coño quieres ahora? —contestó Ana a modo de saludo con la misma desgana que sentía yo por hablar con ella—, ¿ya te han soltado?

—Sí, «ya me han soltado», sólo llamaba para decírtelo, por si te importaba.

—Ni lo más mínimo —me espetó destilando más indiferencia que rabia en sus palabras—, por mi púdrete en el infierno, no sé por qué te ayudé. Me darás el coñazo hasta el día que te mueras.

—Yo también te aprecio, Ana —respondí con ironía.

—¡Qué no me des el coñazo, hombre! —siguió atacándome.

—Ana ¡Por favor! ¡Ya basta!

—¿Qué cojones te pasa? —gritó tan fuerte que tuve que separar aún más el móvil, con tan mala fortuna que se me resbaló de la mano cayendo al suelo, desmontándose por completo y rompiéndose aún más la pantalla. Recogí los pedazos para volver a montarlo, traté de nuevo de recomponerlo y encenderlo, esta vez ya sin éxito.

—¡Mierda! —exclamé—. ¡Por favor, enciéndete! ¡enciéndete! —repetía una y otra vez pero no conseguí hacerlo funcionar de nuevo.

Suspiré desesperado, dejé lo que quedaba del teléfono sobre la mesa al lado de la tarjeta con el número de Nita. Sentía una fuerte

presión sobre el pecho, no sabía qué hacer, si tomar alguna pastilla para calmarme, aunque no quería volver a depender de los fármacos para poder tener una vida decente, o intentar dormir por mis propios medios. Con mucho esfuerzo esa última opción fue la decisión que tomé. Respiré hondo para tranquilizarme.

A la mañana siguiente pediría ayuda al señor Antonio para sacar el coche del arenal, y poder ir a la ciudad a comprar un móvil nuevo, comida y productos de limpieza para la casa, convertirla en un hogar otra vez. Me sentía agotado, era evidente que no estaba tan recuperado como creía. Busqué en la cocina algo de cenar, en uno de los armarios sólo quedaban unas latas poco apetitosas, la verdad es que después de todo lo sucedido apenas tenía hambre, pero aun así debía comer algo si quería dormir tranquilo porque el día siguiente sería intenso y necesitaría estar descansado. El sol ya casi había desaparecido por el horizonte. Me acosté temprano, quité toda la ropa de la cama que estaba llena de restos de vómito y puse una sábana limpia, aun así no logré mitigar ese olor rancio que impregnaba la habitación.

Cerré todas las ventanas al acostarme, antes de atrancar el ventanal del salón me apoyé durante un rato en la barandilla del porche, la oscuridad reinaba en la noche, la única luz que había era la que proyectaba una luna menguante que ya asomaba por el este. Sentir el aire impregnado de mar despejaba mi mente y a buen seguro que el sonido del océano me ayudaría a dormir.

Desperté con los primeros rayos de sol, el gorjeo de los pájaros inundaba el dormitorio a través de la ventana que había dejado abierta en el dormitorio, una suave brisa acariciaba mi cuerpo.

Había tenido una pesadilla pero no conseguía recordarla con claridad; me dejó una terrible sensación de desazón en mi cuerpo, sentía una tremenda tristeza.

Me levanté a duras penas para dirigirme al baño, pude contemplar mi desnudo reflejo demacrado en el espejo. Ahora podía recordar el mal sueño mientras me apoyaba en el lavabo. Había visto morir a Diego en la mesa de operaciones desde el fondo del quirófano. Sería mejor olvidarlo, no quería guardar ese recuerdo de mi hijo, aunque eran pesadillas y fuese consciente de ello.

Me aseé rápidamente y de la misma manera me comí unas tristes galletas rancias que encontré rebuscando en uno de los armarios de la cocina. Quería resolver el tema del coche y el resto de los asuntos cuanto antes, necesitaba ir al a ciudad.

Salí de la casa apresuradamente, cerrando la puerta tras de mí con un portazo, me dirigí a buscar al señor Antonio, mi vecino más cercano, traté de correr pero a las dos zancadas tuve que parar, había perdido el aliento, tardé al menos diez minutos en recuperarlo, el oxígeno quemaba mis pulmones a cada bocanada como nunca antes lo había sentido. El aire entraba a borbotones por mi boca incapaz de respirar por la nariz, por un momento me sentí desfallecer. Me apoyé sobre las rodillas tratando de recuperar el resuello.

Al sentirme algo más aliviado comencé a caminar en dirección a la casa de mi vecino, esta vez sin apresurarme, más me valía llegar tarde que morir en el intento.

Llamé al timbre, esperaba que no fuese demasiado temprano para él y su mujer Adela; eran una adorable pareja de jubilados, no los conocía demasiado, pero siempre me habían ayudado cuando se lo había pedido. Desde el exterior se intuía actividad dentro de la vivienda, estaba de suerte. Volví a llamar al timbre, seguramente no me habrían escuchado.

Era la primera vez que lo veía desde el accidente, podría reconocerlo en la distancia, su esbelta figura negra y sus profundos ojos verdes que me recordaban a los de Diego. Me vigilaba desde el alféizar de una de las ventanas de la casa del señor Antonio mientras esperaba que me abrieran la puerta. Volví a pulsar el timbre, el gato giró la cabeza ignorando mi presencia por un momento.

Escuché como se abría la puerta y tras ella apareció el señor Antonio con aspecto de recién levantado, miré mi reloj, era más temprano de lo que creía.

—Discúlpeme Antonio ¿No le habré despertado? —dije contrariado, no quería incomodarlo ni darle motivos para que no

accediese a ayudarme.

—Tranquilo hombre —dijo—, no pasa nada, ya era hora de levantarnos ¿Qué necesitas?

—Ayuda, necesito su ayuda para sacar el todoterreno de la arena. No tengo herramientas y no puedo sacarlo yo solo. Ayer lo intenté pero no hubo manera, ¿tiene herramientas para hacerlo? ¿puede ayudarme? —no podía parar de hablar.

—Respira hijo, que te vas a ahogar con tanto parloteo —me dijo divertido con esa pícara sonrisa que tienen las personas con la experiencia de los años vividos, suficientes como para ser mi padre —. Claro que te ayudaré, pero antes he de desayunar. Y tú ¿has desayunado ya hijo? —antes de que pudiese responder me volvió a preguntar—, ¿quieres acompañarnos?

No pude negarme a su ofrecimiento, mi desayuno no había sido precisamente ni muy apetitoso ni muy energético.

—Gracias Antonio, aceptaré un café con leche —respondí—. Por cierto… —continué hablando mientras accedía a la finca.

—Dime Víctor.

—¿Es suyo ese… —señalé el alféizar donde antes había visto al animal—…gato negro?

—¿Gato…? ¿Qué gato? —preguntó extrañado.

El animal había desaparecido sin dejar rastro de su presencia.

—Un enorme gato negro que estaba en esa ventana, me resultaba familiar —respondí a la vez que entraba en la vivienda.

—No hay muchos gatos por esta zona, pero no sé a qué animal te refieres. El único animal que tenemos es el viejo Sultán, nuestro pastor belga, es negro como un chamizo pero no se le puede confundir con un gato y menos subido a una ventana —respondió jocoso.

—Sería un gato callejero —repliqué—, sólo era curiosidad. ¿Sabe

lo que le ocurrió a Diego? ¿No? —le pregunté cambiando radicalmente de tema.

El hombre cambió el semblante y su rostro se tornó sombrío.

—Sí, tanto Adela como yo lo sentimos mucho. Era un muchacho muy especial.

—Sí que lo es… era —un nudo en mi garganta atenazaba las palabras.

—Nos enteramos por la televisión, menudo circo se montó, con todos esos periodistas buscándote, tanta especulación sobre lo ocurrido. Yo le dije a mi Adela: «Víctor no ha podido hacer todo eso que dicen».

El hombre continuaba hablando, pero yo hacía rato que no podía concentrarme en sus palabras. Continuó describiéndome como los medios de comunicación habían explotado la noticia de la muerte de Diego en extrañas circunstancias y la desaparición de su padre tras el hecho, el famoso músico, batería del grupo SinRazón. La entrada de Adela, su mujer, en la cocina me sacó de mi pequeño trance, se acercó a mí, yo me levanté cortésmente para saludarla. Me cogió las mejillas con sus arrugadas pero fuertes manos y me dio dos sonoros besos.

—Lo siento mucho Víctor —me dijo mientras sus ojos se anegaban de lágrimas—, no sabes cómo lo he sentido.

Nos sentamos los tres a la mesa para continuar desayunando en silencio. Una densa melancolía se apoderó de nosotros. Antonio tratando de romperla hablaba del tiempo y otras banalidades. Yo seguía a duras penas la conversación fijándome en los llorosos ojos de Adela, de esa forma conseguimos aliviar un poco la situación. Adela, por su parte parecía estar en otra parte hasta que de repente dijo:

—Yo sé que tú no eres como te describieron en la televisión —hablaba con el poso que tienen las personas con experiencia—. Tienes tus rarezas, como todo el mundo pero… —se detuvo un instante antes de formular la pregunta— ¿Quién no las tiene? Hasta yo tengo mis cosas —dijo sonriendo con dulzura y mirando a su

marido que asentía con vehemencia—. Pero no te creo capaz de hacerle nada malo a esa criatura y mucho menos lo que afirmaba aquella histérica mujer…

Apoyé los codos sobre la mesa con la cabeza entre las manos, escuchándola con atención mientras miraba hacia la nada.

—…Ana, esa mujer sí que es una mala persona —continuó diciendo y dirigiéndose a su marido añadió—, Antonio ¿recuerdas que te lo dije la primera vez que vinieron a ver la casita de la playa?

Antonio asintió en silencio.

—Lo que ha hecho contigo no tiene nombre, bueno, si lo tiene pero mejor me lo callo.

—No se corte Adela —le dije mientras levantaba la cabeza para mirarle a los ojos.

—No es por ella, es por respeto a ti, es tu esposa.

—Por poco tiempo —respondí—, le ha faltado tiempo para pedirme el divorcio y largarse con mi abogado. No voy a luchar en ese frente, no tengo ganas ni fuerzas para hacerlo, aunque tenga que empezar de cero no me importa; a decir verdad poco me interesa ya esa perra vida.

Por un momento nos callamos los tres. Nunca había tenido una relación muy estrecha con este matrimonio, le había pedido ayuda a Antonio en un par de ocasiones para hacer algunas reparaciones en la casa después de comprarla y él me había pedido algún disco firmado por el grupo para su nieto que yo gustosamente le había conseguido además de alguna invitación para los conciertos que ofrecimos en la ciudad. En ese momento me sentía como en mi propia casa, como si fuesen mis padres y necesitaba expresar en alto mis sentimientos; con ellos era fácil hablar.

—Tú no tendrás que empezar de cero —interrumpió Adela cariñosamente sacándome de mis pensamientos—. Puedes contar con nosotros para lo que precises, ya sabes que ricos no somos…

—Lo sé, Adela —interrumpí cortando sus palabras, no quería que se comprometieran y que luego no lo pudiesen cumplir—. No necesito nada, de verdad. Puedo arreglármelas, saldré adelante, aunque me cueste la vida, no dejaré que Diego quede en el olvido.

—¡…Tú calla! —me reprendió la mujer—, deja que te ayudemos, nos tienes aquí, ¿verdad Antonio?

El hombre asintió mirándola con la complicidad que dan los años de armoniosa convivencia. Cómo los envidiaba en ese instante.

—Gracias Adela, no sabe bien lo que agradezco su ofrecimiento, sobre todo ahora que me encuentro tan solo y todo se derrumba a mi alrededor—. No quería herir sus sentimientos ni parecer grosero discutiendo con aquella generosa mujer— tenga por seguro que si algo necesito, será la primera en saberlo —le guiñé un ojo a su marido que continuaba asintiendo.

Adela ajena a mis palabras continuó hablando:

—Es más, vendrás a comer con nosotros mientras estés por aquí. Estás muy flaco y pálido, se te ve falto de vitaminas.

—Pero…

—No hay pero que valga ¿verdad Antonio? —sentenció con contundencia, como si de pronto hubiese rejuvenecido.

—Será mejor que aceptes, muchacho —dijo el hombre con ironía —, no admitirá un no por respuesta.

—Claro que no lo admitiré —corroboró ella.

Cuando terminamos de desayunar ya había pasado casi media mañana, aunque no me importó, ahora mis prioridades iban a otro ritmo. Necesitaba ponerme en contacto con Nita, pero sentía que las cosas tenían que ir más despacio, sin precipitarme, porque podría quedarme otra vez sin aliento.

Antonio cogió una pala y un par de tablones de su garaje.

—Esto debería bastar para sacar el coche de la arena.

Recorrimos en silencio los casi dos kilómetros que separaban su casa del coche, disfrutando de la pequeña caminata, el sol del otoño y la brisa marina acariciaban nuestros rostros, hacían que me sintiera bien conmigo mismo, no todos los días eran así, pero ese en concreto parecía que todo podía ir bien.

Una vez que llegamos junto al vehículo, Antonio empezó a cavar para introducir los tablones bajo las ruedas del todoterreno, mientras yo descansaba de la pequeña caminata. Estaba en muy baja forma y con pocas fuerzas.

—¿Tienes alguna toalla que ya no valga para nada? —me preguntó.

—Supongo que algo habrá en el garaje.

Me fui a buscar. Encontré las toallas de playa favoritas de Ana, las cogí y volví junto a Antonio.

—¡Pero si están nuevas! —exclamó Antonio.

—No te preocupes, es probable que su dueña las eche de menos, pero no creo que me las reclame y si lo hace ya me inventaré una excusa.

Metió las toallas entre las ruedas y los tablones.

—Venga, dale caña a este trasto —dijo disfrutando del momento, como si la situación le hubiese rejuvenecido.

Entré en el coche, lo arranqué y metí la marcha atrás.

—¡Con cuidado! ¡despacio! —me gritó—, no queremos que se entierre de nuevo.

Poco a poco fui levantando el pie del embrague y acelerando suavemente, el coche parecía no querer salir de aquel agujero.

—¡Deja que se balanceé un poco hasta que coja tracción! —me gritaba.

El todoterreno salió de la arena después del quinto intento. Antonio retiraba la tierra que volvía a caer en los huecos abiertos delante de las ruedas, lentamente se fue moviendo hasta que por fin llegó a terreno más firme.

Me baje del vehículo y no pude más que abrazar a aquel hombre, el me correspondió dándome un abrazo aún más fuerte.

—Gracias Antonio —dije emocionado—, muchísimas gracias.

—No hay de qué hombre, has hecho que me sienta útil. Y por cierto, no te olvides de lo que dijo mi Adela. No dudes en pedirnos lo que necesites.

18

Camino de la ciudad dejé a Antonio en su casa. Pasé el resto del día de compras, lo primero era pasar por la tienda de telefonía, necesitaba comprarme un móvil con urgencia aunque al no llevar la tarjeta no pude usarlo hasta que llegué a casa a última hora de la tarde.

Mientras me reparaban la ventanilla del coche en el taller, me dediqué a pasear por el barrio que me había visto crecer y madurar como persona, sí madurar, aunque había quien consideraba que no lo había hecho y que nunca lo haría.

El lugar estaba muy cambiado desde la última vez que estuve caminando por sus calles, ahora, gran parte de ellas peatonalizadas. No encontré a nadie conocido, sólo me pararon un par de veces al reconocerme para pedirme un autógrafo y hacernos alguna fotografía, situaciones que me incomodaban. Nunca me gustó esa parte del negocio musical. Todo había cambiado, en estos momentos sí que necesitaba ese contacto cercano con la gente más que nunca, aun así me sentía muy solo.

Así pasé mí primer día de auténtica libertad, el primer día de mi nueva vida. Nada me detendría, ni siquiera el hecho de tener bloqueadas las tarjetas que compartía con Ana, ¡qué hija de la gran puta! ¡qué poco había tardado en quitarme todo! Me imaginaba lo que habría logrado a costa de mi delicada situación mental. Pero lo que ella no sabía era que yo poseía un par de cuentas personales a las que no tenía acceso. Poco o nada me importaban sus estratagemas para minar mi existencia. Realmente sólo me afectaban sus acusaciones por todo lo acontecido, sus palabras sí que eran letales, envenenaban mi alma cada vez que las recordaba de manera inconsciente. Algunas veces me parecían tan reales que llegaba a creerlas, en esos momentos me sentía morir.

Después de recoger el coche y antes de regresar a casa, compré un montón de productos de limpieza. También compré para comer, aunque más para mi subsistencia que para otra cosa, y para poder tirar a la basura todo lo que había en la casa que seguro, la mayoría, estaba en mal estado o caducado; no quería envenenarme ingiriendo otra vez aquellas galletas del desayuno, tampoco quería aprovecharme de Antonio y Adela a pesar de aceptar su generoso

ofrecimiento por cortesía, no quería abusar de su hospitalidad.

También me hice con algunas herramientas y pintura para arreglar los estragos ocasionados aquella noche. Aquella noche, siempre aquella noche.

Regresé tarde a casa, el sol otoñal ya casi se había puesto en el horizonte. A pesar de lucir durante todo el día, inusual para esa época del año, la temperatura no era muy alta, y por la noche refrescaría bastante al entrar el viento del norte procedente del océano.

Aparqué el todoterreno en el interior de la finca, el garaje era pequeño para guardarlo allí, sólo cabía un utilitario, era el único inconveniente que tenía la casa pero poco importante, su situación privilegiada suplía con creces esa carencia.

Abrí el portón del garaje y descargué las bolsas con los utensilios de bricolaje sin ningún orden, tenía todo el tiempo del mundo para poner orden en mi vida, no tenía prisa ¿o sí?

Coloqué el resto de la compra en la cocina y finalmente saqué la bolsa con el nuevo móvil, la deposité sobre la mesa de la cocina. Llevaba todo el día pensando en Nita, en hablar con ella pero al mismo tiempo me daba un poco de miedo de hacerme ilusiones de descubrir que no me había devuelto la llamada.

Coloqué los alimentos en los armarios correspondientes retirando antes todos los restos de comida que no me ofrecían garantías, no era cuestión de empezar de cero con dolor de estómago. Mientras, miraba de reojo la bolsa con la caja del móvil. Estaba retrasando el momento de ponerlo en marcha, resultaba raro que estando de vuelta de tantas cosas, esa situación me estaba poniendo de los nervios.

Terminé de colocar todo en su sitio cuando de repente me giré al sentir su presencia en la cocina, estaba sobre la mesa. Me encontré de frente con esos ojos verdes otra vez, iluminándose en las sombras de la estancia, mirándome fijamente.

—¿Por dónde has entrado maldito gato? Vas a volverme loco —le grité mientras hacía aspavientos con los brazos para espantarlo.

El animal se puso en guardia desafiándome, pero al momento salió corriendo de la cocina hacia la puerta de entrada, me la había dejado abierta y supuse que era por ahí por donde se había colado en la casa el dichoso animal, me asomé al exterior y vi su sombra correr hasta el coche, de un salto se subió al capó y allí se recostó. Cerré la puerta para evitar que volviese a entrar.

Regresé a la cocina y comprobé asustado que la bolsa con el móvil había desaparecido. ¿Cómo era posible? Empezaba a creer

que el destino cruel no me dejaría hablar con Nita. Pero ni siquiera había visto al gato arrastrar la bolsa, entonces ¿dónde estaba? Busqué a aquel animal por toda la cocina como un desesperado, grité de rabia «¿Cómo era posible haber perdido la bolsa? si hacía un rato la había dejado sobre la mesa de la cocina, ¿o no?» Pensé en todos los movimientos realizados hasta ese momento recorriendo varias veces el trayecto de la cocina a la puerta de entrada sin encontrar ni rastro de la bolsa ni de su contenido.

Mi corazón empezó a palpitar sin control machacándome las sienes, todo el día demorando encender el móvil y ahora me ocurría esto. Sentía que me faltaba el aire y me asomé al exterior, era completamente de noche, tan sólo una lejana farola al principio del camino emitía una luz mortecina; la que flanqueaba la entrada a la finca continuaba estropeada. Sentí miedo, volvían a mi cabeza los fantasmas del pasado, espectros amplificados en esa negrura reinante que no querían dejarme solo. Presentí que no me abandonarían nunca.

Podía ver el brillo de sus ojos en la oscuridad y a medida que me acostumbraba a la falta de luz, distinguía su silueta sobre el capó del todoterreno. No podía salir de mi asombro, sus patas delanteras descansaban sobre una bolsa, no podía distinguirla bien con tanta oscuridad, pero me parecía que era la que estaba buscando. El corazón volvió a golpearme fuerte en el pecho y corrí a encender la luz del porche de entrada, no alumbraba demasiado, pero al final la vi, efectivamente pude cerciorarme de que se trataba de lo que estaba buscando. ¡Era la bolsa del móvil! Sudaba como un poseso ¿me estaba jugando una mala pasada mi subconsciente? Dudé si la locura se había filtrado de nuevo en mi vida.

—¿Pretendes que me vuelva loco? —le grité al animal reuniendo toda la cordura que pude mientras se ponía en pie sobre la chapa del coche, había algo en él que me resultaba muy familiar y no sólo por el hecho de que fuese el mismo gato…

Recordé cómo a Diego le gustaba gastarme bromas escondiéndome cosas que acababa de comprar, sobre todo con las baquetas nuevas, las cuerdas de guitarra y las púas para tocarla, me tenía buscándolas un buen rato para más tarde dejarlas de nuevo en el mismo lugar al grito de: «¡Papi, Pringui!» y burlarse de mí. Yo le perseguía por toda la casa con fingido enfado hasta que se dejaba pillar y acabábamos tirados en cualquier sitio haciéndonos cosquillas hasta mearnos de risa.

Me angustiaba ante esos recuerdos, pero debía mantenerlos vivos, que surgiesen en cualquier momento era otra manera de

conservar la memoria de Diego.

El gato maulló de tal forma que me sonó a buenas noches, no sabría explicar bien por qué, pero sabía que era una alucinación. De un brinco bajó del coche desapareciendo entre las sombras de la noche. Me acerqué al vehículo pensando que posiblemente habría dejado la bolsa allí y que el animal solo llamaba mi atención para que la encontrase. Quería convencerme de ello para no volverme loco, pero por otro lado estaba casi seguro de haberla llevado a la cocina.

—No le daré más vueltas —me convencía a mí mismo en voz alta y grité a la oscuridad—. ¡No trates de volverme majara! ¡estúpido gato!

Recogí la bolsa y me metí en la casa, me aseguré de cerrar bien la puerta de la entrada y el portón del garaje, no quería más sustos ni sorpresas.

Calenté una lasaña de carne precocinada en el microondas, la coloqué en una bandeja con un vaso, un refresco, una servilleta y los cubiertos, la llevé junto con la bolsa al estudio, mientras se enfriaba la comida jugueteaba con la caja demorando el momento de poner el teléfono en marcha ¿Qué temía?

Di buena cuenta de la cena, a pesar de que no era muy apetitosa al menos entraría algo caliente en el estómago, no me apetecía cocinar, era algo que siempre había odiado. Aunque dominaba algunos platos nunca me gustó demasiado cocinar, siempre lo dejaba para Ana cuando estaba en casa.

Finalmente saqué el móvil de la caja y monté todo el dispositivo, ahora solo quedaba configurarlo. Hubiese preferido hacerlo en la tienda pero la dependienta me dijo que necesitaba la tarjeta, como la había dejado en casa, me propuso que volviese al día siguiente. No me seducía la idea de volver a la ciudad, ya había tenido suficiente dosis de bullicio por una temporada; al caminar por sus calles había notado el agobio que me producían sus prisas, sus atascos, las bocinas chirriantes de los conductores impacientes, tanta gente caminando a toda prisa, eso ya no era para mí. Todavía no me sentía preparado para afrontarlo, aún no tenía plena confianza en mí y hasta un par de veces me arrepentí de haberme marchado de la clínica, me sentía tan desamparado y tan solo cómo nunca me había sentido antes, ni en mis anteriores depresiones experimenté estas sensaciones.

En un arranque de decisión encendí el móvil, preguntas y más preguntas para configurarlo que no conseguían más que exasperarme aún más de lo que ya estaba, ahora que había decidido

ponerlo en marcha, lo cual significaba que pondría en marcha mi nueva vida… o eso esperaba.

Cancelé todas las opciones de configuración que me resultaban inútiles en ese momento, necesitaba el teléfono para poder recibir llamadas, ya lo configuraría más tarde con calma si me apetecía. ¡Cómo odio esos aparatos!

Conseguí arrancarlo con apenas un par de líneas de cobertura, más que suficiente. Lo deposité sobre la mesa deseando que entrase algún mensaje, alguna llamada.

Permaneció en silencio sólo unos segundos y en seguida sonaron los mensajes entrantes de llamadas perdidas, todas pertenecían a personas conocidas, mis compañeros del grupo, sobre todo de Héctor, también alguna de Ana con fecha de ese mismo día pero ninguna de Nita. Había pasado un día desde mi llamada y no había contestado. Algo le había ocurrido o ya se había olvidado de mí, tal vez lo sucedido en el hospital no significó nada para ella como lo había sido para mí. Todo volvía a darme vueltas en la cabeza, respiré hondo intentando serenarme; no podía permitirme el lujo de volver a la clínica, ahora no.

Me quedé despierto un rato más en el porche trasero de la casa, disfrutando de mi soledad, de mi melancolía recordando a Diego, pensando en Nita, meciendo su imagen en mi mente al compás de las olas que batían contra la orilla con suavidad. El cansancio me vencía una noche más, no conseguía aguantar más allá de las once de la noche, quizás la medicación era lo que me producía ese sopor cuando no me encontraba activo. Repasaría las notas que había escrito el último día en la clínica, puede que eso me mantuviese despierto un par de horas más, así esperaría su llamada, estaba convencido de que sería esa noche.

Cogí los papeles del estudio y me fui al salón, había recogido los restos de las botellas estrelladas contra la pared y el aspecto del salón no resultaba tan desolador, al día siguiente limpiaría todo y repararía los desperfectos de la casa, pondría un poco de orden en aquel caos; a esas horas ya ni tenía ganas ni era el momento más apropiado.

Me senté, comencé por leer unos versos escritos en uno de los primero papeles, la letra no era muy legible por lo que tuve que interpretar algunas palabras, otras no sé si las cambié, las reescribí en el cuaderno en el que suelo anotar todas las ideas para letras de canciones que se me pasan por la cabeza, esta comenzaba así:

«Una lluvia que sin caer del cielo
empapa nuestros corazones

no necesito más que un minuto
para saber qué queda por hacer…»

Dejé de anotar y continué leyendo el poema que había escrito, me parecía que podría hacerse algo con él. Me levanté y fui al estudio para coger una de las guitarras que guardaba allí, trataría de sacar una melodía, así mantendría mi mente ocupada. No tenía el portátil pero no importaba, lo empleaba a la hora de componer con una aplicación para escribir partituras, también para realizar algunas grabaciones básicas de lo que componía. Tendría que hacerlo de la forma tradicional, en analógico.

Me senté en el sofá, apoyando la guitarra en mi regazo conseguí afinarla de oído, me resultaba tan extraño ponerme a tocarla, me invadía una inquietante desazón, me sentía sin el aplomo suficiente para seguir. No debía forzar la situación y menos en mi lamentable estado, rasgué las cuerdas con la púa y acariciaba suavemente el mástil de ébano. No sabía cómo empezar, continué leyendo las letras:

«Que no haya tristeza, ni locura
sólo darte la mano una vez más
sentir que caminamos
desde la colina
hasta la inmensidad del mar
Tantas cosas quedan por decir
tantos caminos por recorrer
no dejaré que caigas en el olvido
mientras me quede memoria
la magia de tu ser
nos acompañará donde quiera que vayamos
Puedo prometer que la tristeza
desde mañana no me guiará
¿pero cuándo será mañana?
En mi corazón solo tu memoria
ni rencores ni prejuicios
sólo la alegría de tu recuerdo
No hay consuelo
en el día de tu partida
demasiadas lágrimas
empañan el corazón
No penséis que las lágrimas

que afloran en nuestros ojos
cuando nadie nos ve
son sólo de tristeza
también de alegría son
por lo que has sido, eres y siempre serás
en nuestros corazones
hasta el último suspiro.
Ahora sólo queda esa lluvia en el corazón
Empapando nuestras almas para recordarte
pronto será una sonrisa
la que pinte en mis labios
el sabor de tu recuerdo.
Quisiera retroceder en el tiempo
decirte todo aquello que quedó entre los sentimientos
pero no puedo, mi voz calla una vez más
la vida discurre sin detenerse
para decir un último, te quiero
La habitación sin tu presencia
impregnada del aroma de tu perfume
vagando por la estancia
siento en mi alma
que aún estás aquí
Las lágrimas que por ti derramo en silencio
cuando nuestro mundo se derrumba
El momento en el que la vida pierde su significado
La mano mece la pluma
deslizándose en trazos sobre el papel
rasgado por el paso de los años
humedecido por las lágrimas de tu recuerdo
todo acabó, excepto las lágrimas.»

Resultaba curioso el título que le puse: «Nada queda excepto las lágrimas», incapaz de derramar una sola lágrima, quizás esas en forma de palabras serían las únicas que pudiera verter.

El teléfono seguía sin sonar, cada vez sentía más cerca la posibilidad de que se hubiese olvidado de mí, que sólo hubiese sido algo pasajero que ocurrió en un instante de desesperanza.

Dejé los papeles sobre la mesa, la guitarra sobre el sofá y me recosté en él, cerrando los ojos, pensando que todo era una autentica mierda, que nada merecía la pena, ni la segunda oportunidad que me había brindado la vida.

Me levanté como un resorte, no podía dejar que esos pensamientos negativos me invadiesen, tenía que luchar contra ellos. Salí al porche de nuevo para respirar mientras tarareaba una melodía para el poema. Allí entre las sombras sus ojos brillaban como dos pequeñas linternas en la oscuridad.

—No pienses que te voy a dejar pasar —le espeté—, ya tengo bastante como para tener que ocuparme de ti también.

Se levantó escabulléndose en la negrura sin dejar de mirarme hasta desaparecer tras un arbusto.

Cerré el ventanal, y me fui a acostar. Mañana será otro día, pensé, quizá mejor o quizá peor, pero seguro que distinto al de hoy. Recogí todos los papeles y la guitarra para dejarlos en el estudio, allí trabajaría más a gusto que en el salón cuando estuviese preparado para ello, de lo que estaba seguro es que esa noche no era la apropiada.

19

Al día siguiente, desde muy temprano me pasé limpiando los restos que aún apestaban la casa, empleando todos aquellos productos que anunciaban que se tragaban la suciedad y el olor, pero solo conseguía deshacerme de lo primero, persistía ese hedor rancio a derrota que impregnaba la atmósfera de la casa. Para mi fortuna, Adela se pasó a media mañana para traerme un tentempié a base de jamón y queso y un sabroso pan de maíz, dejé por un momento las tareas para charlar con mi inesperada visita.

—Gracias Adela, pero no tenía por qué molestarse —le dije con amabilidad mientras daba buena cuenta de las viandas, estaba realmente hambriento, no había desayunado muy bien.

—¡Por Dios Víctor, sabes que no es molestia! —me recriminó alegremente—. Estas muy pálido y demasiado delgado, perdona que sea tan sincera contigo hijo —me dijo mirándome con ternura y agarrándome una mano para reafirmar lo que decía con sus gestos —, pero no tienes muy buen aspecto, pareces muy débil y debes comer más.

—Tiene razón, debería, pero tengo tantas cosas en la cabeza que las horas se me pasan y no me entero de lo que ocurre a mí alrededor, casi no sé ni el día en que vivo.

—¡Ay, esos dichosos pensamientos tuyos! —suspiró—. Tienes que descansar y comer bien, eso es salud, y sin salud no hay nada. Luego tendrás tiempo para todo lo demás.

Me quedé pensando mientras la mujer hablaba animosamente sobre la alimentación tradicional, el tiempo tan bueno que hacía para aquella época del año… Mis pensamientos se centraban en Nita, ¿por qué no me habría llamado?

—…¿Estás aquí Víctor? —sus palabras me sacaron de mi ensimismamiento—. Te preguntaba que si necesitas ayuda para limpiar todo esto.

—Perdone Adela ¿Qué me decía?

—Te ofrecía ayuda, si necesitas ayuda con todo este desastre, te puedo mandar a Antonio si lo precisas y él seguro que estará encantado de venir.

—No, de verdad, no se molesten —insistí—. Sólo necesito una cosa…

—Dime, y por cierto ¿por qué no me tuteas?, así estaremos todos más cómodos.

—Está bien, la tute… te tutearé —bromeé.

—¿Qué necesitas?

—Un maldito remedio para eliminar esta peste a vómito que hay en toda la casa y que no soy capaz de quitar. Ya limpié pero el olor persiste… ¿Tienes alguna solución?

—Bicarbonato Sódico —respondió inmediatamente—, lo mezclas con agua, cubres la mancha con esa especie de pastiche, lo dejas actuar un par de horas y el olor desaparece.

—Bien… lo probaré, pero tendré que comprarlo, no tengo nada de eso en casa.

—¿Seguro que no tienes ni un frasquito? Mira que eso se tiene en todas las casas —dijo sonriendo.

—Nada, ni pizca.

—Lo dicho, te mando a Antonio con un paquete y así también puede ayudarte en lo que necesites —sentenció sin darme ninguna opción a renunciar.

No sabía cómo rechazar su ofrecimiento sin parecer desagradecido, pero necesitaba la soledad como el respirar.

—No te preocupes Adela, ya me las apañaré, gracias de todas maneras.

—Como quieras, pero no aceptaré un no para que vengas a comer a casa…

Traté de mantenerme firme en mi decisión sin ser grosero aceptando finalmente su invitación, así podría traerme el bicarbonato para continuar mis tareas en solitario.

El móvil continuaba en silencio, ni una sola llamada, ¿qué sucedía? ¿habría desaparecido para todos mis conocidos? Después de tantos mensajes que dejé me sentía abandonado a mi suerte.

Adela se despidió hasta la hora de comer mientras caminaba fuera de la finca.

—No lo olvides, comemos a las dos. Hasta luego.

—Hasta luego Adela —me despedí de ella mientras me metía en casa. En la cocina comprobé que había dejado medio queso y un envoltorio con una buena cantidad de jamón. Tendría que conversar seriamente con aquella mujer. No creía que estuviesen en condiciones de ayudarme de esa manera, ni yo, por el momento, necesitaba ese tipo de ayuda.

Miré el móvil para comprobar por enésima vez que estaba encendido y así era, ¿cómo no lo había oído? En la pantalla aparecían cuatro llamadas perdidas, una de Ana, a la que no

pensaba contestar, la ignoraría por completo; otras dos de Héctor y la última de Ramiro, pero ninguna de Nita.

Cogí la tarjeta con su número para marcarlo en el móvil, sin esperar a dar tono de llamada, la misma voz mecánica me contestó:

—El número marcado no se encuentra disponible en este momento. Puede dejar un mensaje después de…

No dejé que acabase la frase, corté la comunicación. ¡Qué extraño me parecía aquello! ¿le habría ocurrido algo? ¿sería tan grave como para no tener el móvil operativo durante tantos días? Mis pensamientos se sucedían vertiginosamente. De nuevo marqué el número y después de la señal dejé un mensaje:

—Hola Nita, espero que estés bien, que nada malo haya ocurrido, estoy algo preocupado por tu silencio. Si puedes o quieres, llámame —pulsé la tecla para dar por terminado el mensaje.

¡Qué mal se me da dejar mensajes! Una vez grabado recordé lo que me había contado de su hija ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Alicia. Esperaba que no le hubiese ocurrido nada malo a la niña.

Salí al porche trasero y me senté en las escaleras que conducían a la arena. Sentí un pequeño ahogo en el pecho, me ocurría siempre que me paraba a pensar en Diego y en todo lo sucedido. ¿Cómo podía actuar como si nada hubiese ocurrido? Sentí un pequeño empujón en la espalda, me volví, había sido ese gato negro otra vez, muy osado en esta ocasión en su acción, incitándome a que bajase a la playa. Me descalcé, descendí indeciso los últimos peldaños de la escalera de madera y hundí mis pies en la fina arena, me dirigí a la orilla, hoy lejana por la bajamar, hasta mojar los pies. Con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, contemplaba aquella maravillosa fotografía que me mostraba la naturaleza. El gato me observaba curioso desde la distancia, parecía indeciso pero finalmente se quedó esperando en el último escalón de la escalera.

El resto de la mañana pasó con más pena que gloria, regresé de mi pequeño retiro playero, continué afanándome en la casa hasta cerca de la una y media, después me di una buena ducha y me fui a comer con mis vecinos. Disfruté del almuerzo con ellos, traté de no parecer desagradecido y prolongamos la sobremesa hasta bien entrada la tarde, casi hasta la merienda. Las luces del día empezaban a apagarse cuando me despedí de la pareja, en mi mano una bolsa con el bicarbonato. Por fin podría eliminar ese olor que apenas me dejaba respirar dentro de la casa. Fue lo primero que hice al llegar a la casa.

Las idas y venidas a la casa de Antonio y Adela para comer eran los únicos paseos que daba y, a decir verdad, cada paso que daba

me sentía mejor físicamente, aunque también tenía que ver con el asunto las comidas de Adela. Otro tema era mi salud mental, aún muy débil. Infinitos pensamientos salpicaban mi mente como si de chorreos de pintura sobre una pared se tratasen, impregnando de extrañas ideas mi alma.

De nuevo en la casa, preparé la mezcla como me había explicado Adela, lo apliqué sobre las manchas resecas de las alfombras, si podía evitarlo no las tiraría al contenedor de basura como ya había hecho con la ropa de cama y la funda del sofá pero si el remedio no funcionaba, correrían la misma suerte. Por último apliqué la mezcla sobre las manchas de la pared antes de pintar encima, y también sobre el suelo.

Las últimas horas del día me recluí en el estudio para revisar de nuevo las notas que había reescrito. Me armé de valor para coger la guitarra y seguir con la composición de la melodía para la canción, pero al tomarla entre mis manos, comenzaban a temblar defendiéndose de un enemigo invisible escondido entre seis gigantescas cuerdas.

El sonido del móvil sobre la mesa rompió mi lucha en silencio, dejé rápidamente la guitarra sobre su soporte, no sabía por qué pero intuía que no se trataba de Nita. En efecto, era Héctor, mi amigo y compañero de grupo.

—Dichosos los oídos —oí al otro lado de la línea telefónica a modo de saludo—, ¿cómo estás amigo?

—Bien, Héctor, bien… Muy hecho polvo pero bien dentro de lo que cabe.

—A Héctor no le engañas —respondió refiriéndose a sí mismo en tercera persona como cuando quería que la conversación fuese distendida—. Héctor sabe que no estás bien.

—¿Podré engañarte alguna vez?

—Un pajarito… más bien una pájara se lo ha contado. Pero sabes que a Héctor no se le puede engañar así como así y menos con esa voz de plañidera.

—Vale tienes razón, pero no me des la chapa. No me apetece mucho hablar por teléfono, se me pone un tremendo dolor de cabeza cada vez que…

—Tranqui, sólo quería saber cómo estás y si puedes soportar nuestra visita, los chicos quieren verte y yo aún más ¡Todos te echamos de menos!

—No sé si es buena idea.

—¡Claro que lo es! ¿qué vas a hacer? ¿quedarte sin ver a nadie lo que te resta de vida? ¡no me seas tristuras! —me reprendió

cariñosamente—, ¿cuándo vamos?

—Venid cuando queráis, yo apenas me muevo de aquí, estoy en la casita de la playa…

—Lo sé —atajó—, Héctor habló con la pájara de tu mujer hace unos días y le contó algunas lindezas sobre ti y otras historias que se le antojan increíbles —volvía a hablar en tercera persona.

—Bueno, cuando decidáis venir, avisadme o mejor no, no aviséis, es igual. Si no me encontrarais en la casa lo más seguro es que esté en la playa. No hay más opciones…, bueno, sí, la casa de unos vecinos, Adela y Antonio, es la casa anterior a la mía, es fácil dar con ella.

—Está bien hombre. No te molesto más.

—No es eso Héctor, me gustaría seguir hablando contigo pero de verdad que se me está poniendo un dolor de cabeza insoportable por hablar por teléfono…

—¡Eh, era broma! Te dejo que debes estar muy cansado pero vete pensando que vas a hacer con la gira, en tres semanas empezamos en Valencia.

—Héctor, yo…

—Shhhhhh, ahora no me digas nada, ya hablaremos, sólo quería que lo supieras y lo pensaras.

—Ok, ya hablamos.

—Hasta mañana compañero —se despidió.

Corté la llamada, me quedé ensimismado recordando la conversación que acababa de mantener con Héctor a pesar de mi persistente jaqueca ¿cómo podía pensar yo ahora en la gira? ¿en la ausencia de Nita? ¿en disfrutar de la vida? Demasiadas cosas tenía yo en las que pensar. Sabía que Héctor no lo había hecho con mala intención, nos conocíamos desde la universidad, allí se convirtió en mi hermano, era mucho más que un amigo o un compañero de correrías universitarias o musicales, era mi confidente, nunca me traicionaría, siempre iba de frente, en eso éramos diferentes al menos hasta estos días en los que mi vida estaba dando un giro de ciento ochenta grados.

Di buena cuenta de unos sándwiches y un refresco para acostarme temprano, estaba muy cansado aunque mi cabeza apenas descansaba. No sé por qué pero me obligaba a pensar en Nita y en Diego antes de dormirme, pensar en ellos, en las personas con las que me encontraba tan a gusto, era una forma de sacar de mi cabeza otras ideas que eran poco afortunadas.

20

Mis paseos matutinos consistían en bajar a la playa, descalzarme para sentir la arena fría y húmeda bajo mis pies, sentarme a la orilla del océano para contemplar los primeros rayos de sol reflejarse en el agua y dejar que mis pensamientos fluyeran libremente en mi cabeza.

Algunos días me acompañaba ese dichoso gato negro, siempre desde la distancia, no volvió a acercarse a mí desde el día del empujoncito.

Esa mañana no era muy distinta a las demás aunque amaneció fría y gris, más acorde con el otoño, estación en la que estábamos. Me abrigué más de lo habitual, cada día que pasaba me sentía más fuerte físicamente, sobre todo, gracias a los guisos de Adela, que si no me apetecía pasarme por su casa, me mandaba a Antonio con una olla con la comida. Ambos comprendían que quisiera estar solo e intentaban no violentar mi soledad. Por otro lado Adela me confesó que para ella yo era como el hijo que nunca tuvo, cosa que me sorprendió mucho pues antes de estos días apenas habíamos tratado. Antonio asentía en silencio confirmando sus palabras, siempre rodeado de mujeres, Adela y sus cuatro hijas. No se quejaba de nada, pero cuando aparecí pidiendo ayuda para él fue como maná llovido del cielo; ahora que todas habían volado del nido sentía que conmigo podía recuperar todo lo que no había tenido con sus hijas. Me sentía abrumado ante tanta sinceridad por su parte pero en cierta forma me gustaba, me sentía adulado, tenía la urgencia de sentirme querido, necesitaba que me tratasen como a una persona normal, y no como a un loco canalla que era como me hacía sentir Ana.

Pero yo necesitaba mi espacio y les agradecía enormemente lo que hacían por mí, por sus cuidados, por su ayuda, pero tenía que

rehacer mi vida, mi ridículo orgullo me pedía hacerlo en soledad, o con la gente que yo quería compartir mi vida, ellos dos no entraban en mis planes más allá de ser cordiales vecinos, aunque he de reconocer que todo lo que hicieron por mí fue de gran ayuda.

Había pasado una semana desde que abandoné la clínica y seguía sin noticias de Nita, dejé dos estúpidos mensajes más en su buzón de voz, empezaba a sospechar que el número que me había dado era falso. Pero ¿cómo iba a darme un número falso en una tarjeta? Estas eran mis patéticas conversaciones con mi yo escondido.

La casa estaba prácticamente arreglada, terminé todas las tareas de limpieza a fondo, logré vencer ese olor nauseabundo que la habitaba; por lo que mis paseos matutinos se prolongaban casi hasta el mediodía, a pesar de no caminar demasiado, tanto pensamiento me agotaba física y mentalmente, aunque trataba de mantenerme activo. Algunos días, después del paseo, me recostaba un rato en el sofá, frente al ventanal y cerraba los ojos tratando de descansarlos, normalmente me despertaba Adela cuando llamaba al timbre.

—De verdad que no tienes por qué molestarte Adela —le recriminaba que cargase con la comida los dos kilómetros que separaban las casas—. Puedo pasarme a buscarla —aun sabiendo que eso implicaba quedarme a compartir la sobremesa con ellos hasta bien entrada la tarde.

—Víctor, bien sabes que no es molestia —contestó seria—, y si yo no vengo, tú no te vas a quedar sin comer.

—Me estás mal acostumbrando —reímos ambos.

Me recordaba a mi madre, supongo que llega un momento en la vida en el que nos convertimos en nuestros progenitores en mayor o menor medida y hacemos todo aquello de lo que en su día renegábamos. Por eso Adela, a pesar de ser una mujer relativamente joven pero con edad suficiente como para ser mi madre se comportaba así conmigo.

—Gracias Adela —por un momento dudé si llamarla mamá o madre, o como quiera que se diga ahora—. «Eres un sol en mi oscura vida llena de nubarrones y tormentas que asolan mi corazón» —continué en modo ciertamente divertido. A ella le

gustaba cuando le contestaba de esa forma pseudopoética.

Cogí la tartera y le di un sonoro beso en la mejilla antes de despedirme.

—No me cuides tan bien, me estas malcriando —volví a bromear mientras se marchaba.

Ella sin girarse me saludó con el brazo extendido como diciéndome: «Cállate ya de una vez».

Volví a meterme en casa, dejé la comida sobre la mesa de la cocina y entré en el cuarto de baño para ducharme antes de comer. En el plato de ducha a veces recordaba algunas estrofas de mis grupos preferidos pensando en el agua de la ducha, como en la canción de Whitesnake, «Ain´t gonna cry no more».

«Lord I Know the sunshine

But I feel the tears of rain

Falling down to wash my sins away

I'll try hard to remember

So I won´t be fooled again

Hey ain't gonna cry no more today.»

«Señor sé que el sol brilla
pero yo siento las lágrimas de lluvia
cayendo para limpiar mis pecados
trataré de recordar con todas mis fuerzas
así que no me dejaré engañar de nuevo
Hey no pienso llorar más hoy.»

En algunas ocasiones así me sentía cuando me quedaba bajo la ducha mucho tiempo, tratando que las gotas de agua al resbalar por mi piel se llevasen lejos por el desagüe todos mis pecados.

La música siempre fue mi fiel aliada, en esos momentos apenas la escuchaba, sentía como si no tuviese derecho a disfrutarla, a pesar de que siempre tuvo un efecto balsámico sobre mí, me curaba de todos los males. Salí de la ducha empapado y desnudo me dirigí al estudio dónde guardaba parte de mi colección de discos, la mayoría en Cds o copias de los originales que guardaba en la otra casa, algún vinilo, pero el grueso de la colección se encontraba en la casa de Ana, bueno aún era de ambos, pero pronto me la arrebataría, o eso pensaba. Esos discos son de las pocas cosas que me gustaría recuperar, aunque me imaginaba a Ana entrando en la sala de música destrozando uno por uno toda mi colección. Tenía claro, aun a mi pesar, que no la llamaría para pedírselos. Saqué de su caja el cd «Ready´n Willin'» de Whitesnake y lo coloqué sobre la bandeja del reproductor de discos compactos, apreté el «play» y noté una enorme liberación al hacerlo. El sonido atronador de la música inundó la casa haciendo temblar los cimientos, ese simple gesto me llenó de esperanza, de alegría por vivir, eso es lo que significa para mí la música, alegría de vivir. Noté que cambiaba mi semblante, y que incluso una pequeña sonrisa se dibujaba en mis labios mientras imitaba a pleno pulmón la voz de David Coverdale.

Tener una casa tan aislada tiene sus ventajas y una de ellas es la posibilidad de hacer el ridículo en toda la extensión de la palabra sin importarme demasiado hasta que por el ventanal abierto del salón entra alguien inesperado y te pilla in fraganti; aunque si he de ser sincero justo en aquel momento no me importó lo más mínimo.

—¡Víctor de la Hera! —me saludó Héctor efusivamente, y se puso a cantar conmigo a pleno pulmón poseído por el poder de la música.

Paramos de cantar entre carcajadas.

—¡Dichosos los ojos! —continuó hablando alegremente.

—Hola Héctor —respondí cohibido por la situación—. No te oí llegar —tras él todos los compañeros del grupo entraron en tropel, rectifiqué—. No os oí llegar…

—Pero como vas a oírnos, ya se podía acabar el mundo o caer la luna en el jardín que tú no lo oirías ¡escuchando la música a ese volumen! Aunque eso me recuerda al Víctor de siempre.

Whitesnake seguía atronando por los altavoces del equipo de música, cogí el mando a distancia para bajar el volumen.

—Quedamos que me avisarías antes de venir —refunfuñé.

—Si, lo sé, pero aquí «el Richi», tuvo la genial idea de darte una sorpresa. ¡Ven aquí hombre, dame un abrazo!

Nos fundimos en un gran abrazo rezumando toda la amistad que nos había unido, de esos abrazos que te reencuentran con el ser humano. Sin dejar de abrazarme me preguntó al oído:

—¿Cómo estás compañero?

—Ya ves, aparentemente bien, pero por dentro hecho una mierda, estoy muy roto y no hay manera de despegar.

—No te preocupes —me dijo aún entre susurros—, luego hablamos.

Uno a uno fui abrazando muy emocionado a todos mis compañeros del grupo SinRazón, Juan Galimati nuestro cantante; el guitarra Ricardo Arjones, «el Richi» y; por último a Alfonso Poloné el teclista. Bueno y de Héctor qué decir, mi amigo, mi hermano y mi mayor cómplice en la sección rítmica del grupo, también compañero de voces y un gran apoyo a la hora de componer los riffs más potentes y conocidos de nuestros éxitos.

Me abracé con todos excepto con un desconocido que, tímido, se había quedado algo rezagado en el porche esperando a ser invitado a entrar. El chaval no pasaba desapercibido con su larga y lacia melena rubia, ¿dónde habían quedado las nuestras? fuerte complexión aun no siendo muy alto. Su cara denotaba incomodidad.

—¿Y este quién es? —pregunté directamente a Héctor, no pude ocultar mi desdén porque imaginaba quien era.

—Es… ¿cómo decirlo? —Héctor titubeó al explicármelo—, un… un ayudante.

—¿Un ayudante? —pregunté cabreándome por momentos—. ¿Qué clase de ayudante? ¿el chófer?

—Te presento a Simón Valle…

Le estreché la mano con desgana, no podía creer que me hiciesen eso y menos mi amigo. ¿Tendría que empezar a desconfiar de todo el mundo? A la mínima me clavaban puñales por la espalda o sencillamente se olvidaban de mí.

—…Nos está ayudando… —trataba de explicarme Héctor.

—¿A sustituirme? —le interrumpí bastante jodido.

—¿Víctor, por una puñetera vez, puedes dejarme hablar? —me interpeló.

Levanté los brazos en claro signo de «haz lo que quieras».

—Nos está ayudando con los ensayos de la gira —continuó hablando—. No está para sustituir a nadie, bueno, a no ser que te sigas comportando como un idiota ególatra y egocéntrico, en cuyo caso nos iremos por donde hemos venido, iniciaremos la gira, tras la cual nos separaremos, y ¡que te den! —trató de cambiar su tono por otro un poco más distendido—. Así que nos sentaremos, hablaremos de este tema tranquilamente para dejarlo zanjado lo antes posible si estás en disposición de ello, que por tu actitud ya veo que sí, y tomar una decisión —sentenció.

—Bueno, Héctor —dudé antes de preguntarle—. ¿Cómo te sentirías tú?

—Calla de una vez y escucha —me cortó en seco—. Te hacemos la propuesta y luego nos dices que te parece. Volvamos a empezar. Te presento a Simón Valle, batería, y sí, nos está ayudando a preparar la gira que comenzamos en una semana, finalmente decidimos no suspenderla…

Escuchaba atentamente la exposición de Héctor sobre la situación en la que se encontraba en ese momento el grupo.

—…para no perder dinero. Ahora que pareces recuperado… es la

sensación que das a primera vista, aparentemente, pero ya sabes que la última palabra la tienes tú, si continuamos o la suspendemos. Tú verás cómo andas de fuerzas y ánimos para pasarte cinco meses en la carretera tocando seis noches a la semana. Esto es lo que hay, ahora decide ¿puedes afrontarlo? Nadie va a juzgarte por lo que decidas. Si realmente resuelves venir, Simón vendrá igualmente con nosotros como apoyo —concluyó Héctor con el rostro circunspecto.

Todos quedamos callados durante unos instantes que se me hicieron eternos. Yo pensando una respuesta, ellos expectantes esperándola. De repente me entró una sensación de vértigo mientras caía al vacío pensando en la decisión acertada. Me recosté contra el respaldo del sofá en el que permanecíamos sentados desde hacía un rato. Cerré los ojos haciendo un esfuerzo sobrehumano para que el mareo se me pasara, no me sentía en condiciones de afrontar tamaña empresa, debería posponer mi regreso al circuito musical, reponerme físicamente, pero sobre todo tener clara mi mente. No estaba a la altura de las circunstancias, todavía no, pero no quería dar signos de debilidad delante de los demás y mucho menos delante del «nuevo», en el que no confiaba, para que más tarde le fuese con algún chisme a la prensa amarilla. Bastantes problemas tenía ya.

—Héctor ¿Podemos hablar en privado?

Todos me miraron extrañados, nunca habíamos tenido secretos en lo que se refería al grupo, pero esta vez era distinto, yo no era el mismo de antes, y se añadía que había una persona ajena a mí que me incomodaba.

—Víctor, sabes que puedes hablar con total libertad delante de nosotros, incluso de Simón, puedes estar tranquilo tío que yo respondo por él.

—Lo sé, y todos hablaremos, créeme, pero ahora necesito hablar contigo a solas.

—Está bien como quieras.

—Estáis en vuestra casa, pero no revolváis mucho —dije a los demás intentando romper la engorrosa situación que mis palabras habían provocado.

Nos levantamos los dos y nos dirigimos a la planta alta de la casa, donde tenía un pequeño estudio de grabación aunque sería más propio llamarlo local de ensayo con posibilidades de grabar. Era una pequeña salita con un ventanal desde el que se podía ver el mar hasta más allá del horizonte. Allí nos acomodamos para dirimir nuestras miserias mientras fuera, un precioso día de otoño teñía de tonos dorados el entorno de la casa, inundando incluso la estancia donde nos encontrábamos.

—¿Qué ocurre Víctor? —Héctor comenzó a hablar sin dilatar más la situación—. Ya sé que no te encuentras bien, pero esa gente que está abajo —lo dijo acompañándose de un gesto con el dedo para darle más énfasis a sus palabras— son tus amigos, tus compañeros, tus colegas, son tus cómplices, para lo bueno y para lo malo —aprovechó una pequeña pausa para tomar aire y sentenciar—, somos como un matrimonio de cinco personas.

—Sí, pero los matrimonios se rompen…

—¿A qué te refieres? No te reconozco Víctor, me estas preocupando…

—Hay alguien nuevo, y no sé…

—¿Simón? —me cortó—, por él no te preocupes, tras esa pinta de vanidoso engreído que sólo parece preocuparse por su melena y su barba, hay una excelente persona, por favor confía en mí como siempre lo has hecho. ¿Acaso te he engañado yo alguna vez desde que me conoces? Además es un batería muy competente, nos está ayudando mucho en tu ausencia.

—No sé, no puedo fiarme de alguien que aspira a sustituirme y dejarme sin trabajo además de alejarme de mis compañeros.

—Víctor, ¿qué sarta de chorradas estás diciendo? esto es temporal y lo sabes bien. El grupo no es lo mismo sin ti, sobra decir que es tu criatura, que sin ti no hay SinRazón —sonrió por el juego de palabras que acababa de decir.

Reflexionaba sobre todo lo que me estaba contando Héctor escuchando cuidadosamente cada palabra que pronunciaba.

Necesitaba involucrarme de nuevo en el grupo, era consciente de que sería mi tabla de salvación, pero no tenía fuerzas ni ganas para aguantar una noche de gira, quizá la solución fuese quedarme en casa, recuperándome y finiquitando todos los temas que tenía pendientes y también terminar las nuevas canciones con sus arreglos para introducirlas a lo largo de la gira como pequeñas primicias de mi regreso. ¡Cómo me animaban esos pensamientos!

—Se me ocurre, que a medida que vaya recuperando mi salud física y mental, podría tocar en algunos conciertos, si no enteros, alguna canción, me vendría bien salir de aquí cuando las paredes se me echen encima formando parte de la terapia para mi restablecimiento.

—Claro, Víctor, me parece una idea genial. Héctor no permitirá que dejes el grupo ni que el grupo te deje a ti —continuó hablando en tercera persona, ya lo echaba de menos—. Y cuando estés preparado para volver, lo harás con más fuerza si cabe.

—«Volveré» —afirmé, imitando la voz de Arnold Schwarzenegger en Terminator.

—Claro que regresarás, Terminator de la Hera — Bromeó Héctor.

—Pero ¿qué dirá la gente? ¿los fans? —pregunté angustiado—. ¿Todo el equipo del grupo? —de nuevo esa opresión que me anudaba regresaba, la euforia de la que había hecho gala hacía unos instantes se había disipado por completo.

Estaba preocupado por mi imagen pública, muy dañada gracias a Ana y sus conspiraciones para hacerme parecer un ser despreciable a los ojos del mundo.

—¡Joder tío! Si a ti nunca te importó el qué dirán, ¿por qué ahora sí?

—Porque no he sido capaz de enterrar… a mi hijo. ¿No te parece suficiente? —se me hizo un nudo tan grande en la garganta que me costó un triunfo acabar la frase.

—Todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos en cuanto acabamos de hacerlas, pero no por ello hemos de esconder la

cabeza como un avestruz. Eso, ya no lo puedes cambiar, es agua pasada, tendrás que pasar página o amargarte el resto de tu vida, tú decides.

—No puedo olvidarme de Diego —las palabras y su nombre se entrecortaban por la emoción de su recuerdo.

—No he querido decir eso, el recuerdo de Diego seguirá siempre con nosotros, yo soy su padrino ¿lo has olvidado? Para mí también fue como el hijo que nunca tuve ni tendré. Siempre envidié ese paso que diste. Me refería a ese hecho en concreto, debes olvidarlo y dejar de torturarte. Con las mentiras de Ana ya lidiarás más adelante. Hay que ver, cómo ha cambiado esa mujer, que hija de… —no quiso terminar la frase.

—¿Qué debería hacer? ando muy perdido.

—No lo sé. Haz lo que te pida el cuerpo. Trabajar, ver gente, organiza un grupo de boy-scouts, monta un bar de moteros, graba un disco en solitario ¿por qué no? Lo que sea con tal de no quedarte sentado esperando que algo o alguien cambie tu vida.

—Tienes razón… —hacía unos días que la idea de un disco en solitario me rondaba por la cabeza, me serviría para ponerme de nuevo a tono antes de regresar al mercado musical.

—¡Claro que la tengo! —me interrumpió—. Hiciste muchas cosas mal, bueno… hicimos, pero en la mayoría de los casos para terminar haciendo las cosas bien ¡Por favor no te rindas!

—¿Hacer cosas malas? —intenté sonreír—, ¿cuándo hice cosas mal yo?

—Muchas veces —sonrió también Héctor—, demasiadas, pero nunca reparábamos en las consecuencias ni mucho menos en el que dirán. Lo hicimos porque en su momento creímos que era lo correcto, pero mira el lado bueno, ahora tenemos un montón de anécdotas para contar a las nuevas generaciones.

Ambos reímos, bueno, él más que yo, que cada vez que sonreía, un sentimiento de culpabilidad caía sobre mí como una losa, sin Diego no podría mostrar alegría nunca más sin sentirme un ser

deleznable. Apenas pude mostrar mis sentimientos delante de mi amigo del alma, pero tenía razón, no debía quedarme anclado en los recuerdos; lo pasado, pasado estaba, quedarme inmóvil no me devolvería a mi hijo. Debería empezar a organizar mi vida, dejaría aparcado lo sucedido con Ana aquel día y su consecuencia posterior, eso sí que quería olvidarlo, por otro lado la historia con Nita no podía sacármela de la cabeza, aunque empezaba a pensar que todo había formado parte de mi locura, que sólo fue fruto de mi imaginación.

—¿A qué mentiras de Ana te referías? —espeté a Héctor visiblemente sorprendido por mi repentina pregunta.

—Víctor, relájate y no te preocupes por ella ahora. El tiempo la pondrá donde se merece, y créeme, acabará más sola que la una y volverá a ti. Sólo depende de ti lo que hagas, no merece ni el aire que respira, ni mucho menos el dinero de tu trabajo, ni siquiera te merece a ti. Hazme caso, olvídate de ella cuanto antes.

—Pero…

—No hay peros que valgan. Venga, vamos a bajar con los chicos que deben estar destrozándote la casa. Por cierto, ¿aún tienes la sala de ensayo aquí arriba?

—Sí, pero sinceramente no sé en qué estado se encuentra, no he sido capaz de traspasar la puerta desde mi llegada.

Bajamos no sin pasarnos antes por la pequeña sala de ensayo que estaba justo al lado de la salita donde habíamos estado hablando. Allí tenía todo lo básico, era una pequeña habitación donde pasé algunas etapas oscuras de mi vida, mi refugio cuando necesitaba soledad. Mi primera batería, la compré de segunda mano y siempre me dio pena deshacerme de ella; un par de guitarras eléctricas y una acústica además de la que tenía en el estudio de la planta baja; unos teclados muy básicos que usaba principalmente para componer alguna melodía de piano y un bajo eléctrico. Rara vez tocábamos allí el grupo al completo, en alguna fiesta que organicé, nada importante, una pequeña reunión de amigos.

El resto del grupo junto con el nuevo fichaje, nos esperaban en el porche, parloteando alegremente. Nos acercamos a Simón y Héctor

me lo presentó de nuevo.

—Volvamos a empezar —dijo de forma ceremoniosa—. Víctor, te presento a Simón Valle, baterista, percusionista, vocalista y no sé cuántos «istas» más y tu sustituto temporal en la banda hasta que estés recuperado —me miró de soslayo por si reaccionaba a las palabras que acababa de pronunciar.

Nos dimos un apretón de manos, sentí la suya con bastante fuerza, puede que yo estuviese muy débil todavía, comenzó a hablar.

—Tío, te admiro mogollón, he sido fan tuyo desde niño, en cierta forma tú tienes la culpa de que esté aquí y no quiero que pienses que he venido a quitarte el puesto…

Sus palabras alimentaron mi ego, recuperaba mi autoestima y me pusieron de buen humor.

—Más te vale, porque en el caso de que se te pase por la cabeza quitarme mi grupo tendrás que vértelas con unos amigos míos que pueden hacer que parezca un accidente.

—¿Qué…? —preguntó sorprendido, sin entender mi sentido del humor.

—Así que… ¿un admirador? —le pregunté condescendiente.

—Sí… —acertó a decir tímidamente.

—¿Sólo sabes decir monosílabos? mal empezamos —bromeé con él—. Tranquilo es mi sentido del humor «viejuno», si quieres aguantar a esta recua, tendrás que irte acostumbrando.

—Lo sé, ya fui víctima de ese peculiar sentido del humor vuestro —dijo mientras miraba de reojo a los demás, estos reían como si de repente recordasen la misma situación cómica.

Nos unimos al grupo para ponernos al tanto, todos reímos animadamente. El efecto balsámico que me producían aquellos cuatro hombres con los que compartía casi a diario mi vida, hacían que reviviese, me sentía apreciado, querido y era eso lo que

necesitaba, los echaría mucho de menos cuando se fuesen de gira.

—Vamos arriba a marcarnos unas coplas —dijo Héctor—, Así podrás comprobar cómo se las gasta el chaval.

—Id preparando todo —dijo Richi—, Juan y yo vamos a la furgo a por las bebidas y la comida que trajimos.

Les miré con el rostro ensombrecido, entendieron el mensaje y rápidamente me atajaron.

—Nada de alcohol —dijo Juan—, Ni una gota, sólo refrescos, órdenes del señor doctor —hablaba con tono irónico mirando hacia Héctor—, y un queso, y un jamón que ya verás cómo nos rechupeteamos los dedos.

Suspiré aliviado, me costaba mucho mantenerme sin probar ni una gota de alcohol, no me consideraba alcohólico, pero dicen que el primer síntoma es negarlo. El caso es que estaba consiguiendo mantenerme sobrio y no probar ni una gota desde el día que ingresé en la clínica...

Subimos a la salita de ensayo, sí que me sorprendió como se desenvolvía el chaval en la batería; probando el sonido de todos los timbales, el bombo, los platos; me pidió una llave para poder afinarla a su gusto si no me importaba. Se la di y me quedé observando todos sus movimientos hasta que quedó afinada, era de extraordinaria destreza a pesar de su juventud. Los demás se ocupaban de sus instrumentos de forma distendida, estaba claro que el chaval quería pasar la prueba con buena nota a pesar de que mi presencia lo intimidaba. Confiaba en el criterio de Héctor, tenía un olfato especial para descubrir talentos, comprendí que había hecho la elección correcta.

Cogí la otra guitarra, aunque no tenía muchas ganas de tocar, sólo deseaba escucharles. La afiné e improvisé unos rasgueos de acompañamiento, para observar cómo se encontraba la maquinaria del grupo.

—Bueno, ¿Qué tocamos? —preguntó Héctor—. Víctor, tú eres el anfitrión, decide tú —me guiñó un ojo.

Quise poner a prueba los conocimientos musicales de mi sustituto y dirigiéndome hacia él le dije:.

—Simón, tu nombre es Simón ¿verdad? —sin dejar que contestara le volví a preguntar— ¿Conoces Witch hunt de Arena?

—Sí, por supuesto, buena elección para arrancar.

—¿Empezamos? —preguntó Ricardo.

—Venga, a la de tres —Simón tomó el mando— Un, dos. Un, dos, tres…

Tocamos el tema y lo prolongamos más de diez minutos en una jam sesssion, yo apenas posaba los dedos sobre las cuerdas, me dediqué a evaluar a Simón, realmente el muy capullo era bueno. Llegué a pensar que el día que volviese a subirme a un escenario no tendría nada que hacer; de nuevo me invadían absurdos pensamientos, hacía falta un buen revulsivo para recuperarme… Víctor de la Hera en plan humilde, verdaderamente estaba mal.

Continuamos durante media hora más con un par de canciones de los Beatles, una de Iron Maiden, otra de Queen, el Keep your hands to yourself de The Georgia Satellites que canté a dúo con Juan, seguí cantando yo el I drink alone de George Thorogood. Terminamos con uno de nuestros grandes éxitos, «Vida», también me dejaron cantar con Juan a los coros, más bien vociferar para desahogarme…

—Tristeza, melancolía

Esperanza, alegría

Desconsuelo, amargura

Felicidad, euforia

Aflicción, quebranto

Aliento, confianza

Desdicha, nostalgia

Promesa, creencia

Angustia, abatimiento

Ilusión, fortaleza

Desaliento, dolor

Ímpetu, alborozo

Añoranza, languidez

Anhelo, deseo

Vehemencia

Amor

Soledad

Vida

Acabamos el tema y continuamos con otra jam session de más de veinte minutos, de esas que te da lástima no haber puesto la grabadora a funcionar, empezamos tocando Le grange de ZZ Top, me uní al Richi para retarnos con afilados solos de guitarra y minutos más tarde Alfonso dejó los teclados para unirse a nuestro particular duelo de punteos. Todos sonreíamos, nos reíamos pasándolo en grande, aquellos sonidos quedarían en mi recuerdo para el resto de nuestras vida.

—Uffff ¡Brutal! —exclamé rompiendo el silencio cuando dimos por concluida la improvisación—, veo que estáis en forma.

—¡Es hora del fuego de campamento! —gritó Alfonso divertido.

—¿Cómo? —preguntó Simón—. No dejáis de sorprenderme. Cada minuto que pasa me dais más miedo.

—¡Calla novato! —le dijo Richi—. Es la hora de las anécdotas, ve

acostumbrándote, novato, esto es como una secta, aquí no hay secretos entre nosotros, deberás contarnos una peripecia como rito de iniciación —bromeó.

Vi sus ojos tras uno de los amplificadores, no sabía cuánto tiempo llevaba ahí, era muy extraño, no son los gatos unos animales que les guste demasiado los sonidos a un volumen considerablemente alto, pero allí estaba, impertérrito, tranquilamente sentado sobre sus patas delanteras como una efigie egipcia, observándonos con curiosidad, impasible, imperturbable, como si perteneciese al grupo.

—Mira —le dije a Héctor—, tenemos compañía.

—¿Quién tiene ese honor?

—Ahí —señale el rincón donde estaba el animal—, ¡el gato negro! —exclamé.

—¿Qué gato negro ni que leches? Déjate de coñas Víctor, no veo ningún gato negro por ninguna parte.

—¡Si está ahí! —exclamé exasperado.

—Te repito que no veo a ningún puto gato negro. ¿Alguien lo ve?

Todos se miraron encogiendo los hombros. ¿Cómo era posible? ¿Sólo yo podía verlo?

—¡Mirad, ahí está! ¿No veis su sombra? ¡La sombra del gato negro! Cuando volví a mirar al rincón donde lo había visto estaba vacío, no quedaba ni rastro del animal ¿Estaba alucinando? Si el otro día incluso había sentido su empujón.

Avergonzado por el ridículo que había hecho con mi numerito del gato invisible, cogí del brazo a Héctor y lo aparte del grupo para llevarlo a un rincón donde no nos pudiesen oír los demás.

—No estoy bien, creo que me estoy volviendo loco, llevo viendo a ese maldito gato negro desde que llegué —le dije desesperado.

—No digas eso Víctor, has estado sometido a una gran presión por todos los flancos, estás agotado con tanto estrés y ves cosas o

quieres verlas donde los demás no las vemos. Han sido días de mucho sufrimiento, te recuerdo que has estado a punto de palmarla, estás dentro de una espiral y necesitas ayuda para salir de ella, no te culpes por todo lo sucedido, tú también eres víctima.

—No sé, puede que tengas razón —dije poco convencido.

—Ha pasado muy poco tiempo, tienes que digerir poco a poco todo lo que ha pasado y darte un poco de cuartelillo, todo llegará en su debido momento, no seas impaciente.

—¿A qué te refieres?

—No soy psicólogo, pero debes tomarte tu tiempo para salir del pozo en el que te encuentras, hemos venido a echarte un cabo y lo has recogido ¡Bien por ti! No pensé encontrarte tan receptivo, esa es la verdad, pero siempre has sido fuerte y ahora también lo serás, persevera, no te sueltes. No podemos tirar de ti, debes de ser tú quien trepe fuera del pozo, nosotros aguantaremos la cuerda para que no caigas otra vez.

La emoción nos embargaba, él incluso llegó a soltar una lágrima, yo era incapaz de hacerlo aun estando tan emocionado como él.

—Venga, vamos con los demás —dijo Héctor secándose disimuladamente la mejilla.

A pesar de que hacía frío nos encaminamos todos a la playa, las últimas luces del día se habían apagado, un manto de estrellas nos cubría en una noche sin luna. Recogimos algo de leña de la leñera del garaje, que Antonio amablemente había surtido hacia un par de días como si intuyese que en breve tendría compañía. Unas piedras conformaban un círculo donde depositamos la leña ¡Un verdadero fuego de campamento!

—Víctor, cuéntale al chaval como te las gastabas en el ochenta y seis con dieciocho años.

—No, por favor —respondí haciéndome de rogar—. No me hagáis contar esa historia otra vez, ya la conocéis de sobra.

—¡Venga! —se animó Simón—. Cuéntamela, quiero saber lo que

no reflejan las biografías oficiales.

—Mira que listo —continuó Héctor—. Este, cuando acabe con nosotros escribirá un libro contando nuestras intimidades haciéndose rico a nuestra cuenta.

Era una anécdota que había contado muchas veces, incluso creo que aparecía en nuestra biografía oficial, pero cuando hacíamos este tipo de reuniones siempre me pedían que la contase. Comencé a relatarla mientras los demás avivaban el fuego que nos alumbraba en esa noche.

—Poneos en situación —me quedé en silencio para crear más expectación—. Año 1986 —de nuevo silencio—, no existen ni móviles, ni Internet, no como lo conocemos hoy en día, whatsapp era una utopía; no había nacido aún quien lo creó, ni siquiera la venta telemática de tickets para los conciertos. Necesitabas a alguien que te comprase las entradas y buscar la forma de costearte el viaje a Barna o a Madrid, a veces los grupos recalaban en Donostia. También había que contar con el permiso de tu padre, cosa que en mi caso era lo más complicado de todo. Pues bien, imaginadme con dieciocho años —sonó alguna carcajada de los más veteranos del grupo que ya me conocían por aquel entonces—. Me enteré por… por las revistas de la época, el «Popular 1» que Queen estarían de gira por Europa ese verano y que darían tres conciertos en España, Barcelona, Madrid y creo recordar que Marbella era la última. Tienes delante a un acérrimo seguidor de Queen desde la tierna y lejana edad de trece años. Mi objetivo era verlos en Barcelona o en Madrid, esta última me parecía la más factible. Aunque tenía que idear la forma para zafarme de la férrea disciplina de mi padre, que no me dejaba ni ir a mear si no era con una planificación previa. Me obstiné en conseguirlo, era posible que fuese mi última oportunidad para verlos, Héctor me conoce bien y sabe de lo que estoy hablando.

Héctor asintió, aunque a él le conocí unos meses más tarde en la universidad, podía dar fe de lo terco que podía ser para conseguir lo que quería.

—Bien —continué relatando mi hazaña juvenil reviviéndola como si me hubiese transportado a aquella época—, el primer objetivo era conseguir la entrada, iría solo pues ninguno de mis colegas de

aquella época estaba tan loco como yo para seguirme el rollo, lo que hice fue buscar en los anuncios de contactos de esas revistas gente tanto de Madrid como de Barcelona que me consiguiesen el preciado tesoro de una entrada. Finalmente lo conseguí, un chaval de Vallecas respondió a mi carta. Si, una carta, papel y letras, en aquellos días era la única vía de comunicación posible. Más adelante al proporcionarme el teléfono de su casa me dio la suficiente confianza para ponerle un giro postal con las 2400 pelas que costaba la entrada…

Simón seguía el relato entre sorprendido e incrédulo, no salía de su asombro a cada palabra que pronunciaba, no podía imaginarme que un tipo como yo fuese tan ingenuo.

—¿Pelas? ¿Eso qué es? ¿Existió en realidad alguna vez? —bromeó el chaval.

—Pero tú chaval ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés… —respondió sonriente con insultante juventud.

—Pues déjate de coñas marineras, que aunque a nuestro lado eres un pipiolo, también conociste las pesetas unos años.

—Sí, tranqui, era una broma…

—Pues ojito con esas bromas, ya te dije que puedo hacer que parezca un accidente…

—¡Vaaaale tío, ya me callo!

—Continúo, y no me interrumpas más —le advertí mientras cómplice le guiñaba el ojo. Empezaba a gustarme aquel chaval.

—No diré ni mu —añadió, haciendo con la mano el gesto de cerrarse la boca con cremallera.

—Como decía, le puse el giro postal por las 2400 pesetas, me quedé sin blanca. A partir de ese momento, todo lo que ahorrase sería para el billete de tren de ida y vuelta, y algo más para poder comer un bocata en Madrid. Todo esto a espaldas de mi padre, por supuesto, ya me las arreglaría para justificar la aventura; aunque

sabía que era un hueso duro de roer. Pasadas las semanas recibí una carta de mi «contacto» de Vallecas con una fotocopia de la entrada que ya me esperaba. Me extrañaban las excusas para no enviármela, pero no desconfié. Lo recuerdo como si fuese ayer… dos de agosto de 1986… sin decirles nada a mis padres, sólo una escueta nota sobre mi cama explicándoles mi aventura para que no se preocupasen, a las diez de la noche me monté en el expreso Rías Bajas con dirección a Madrid-Príncipe Pio, hoy en día ya no existe, esa estación de tren la han convertido en un centro comercial. A lo que iba, subí al tren sin encomendarme a nadie, con mucha ilusión y el corazón desbocado por lo que estaba haciendo; excitación por lo que me esperaba en lo que sería mi gran aventura sin ser realmente consciente de lo que me ocurría…

Paré un instante para tomar un trago de mi refresco y seguir creando ambiente.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Simón expectante por el desenlace de la historia.

—…Ocurrió que llegué a Madrid a las ocho de la mañana, apenas había dormido durante la noche, no te puedes imaginar lo incómodo que eran esos viajes. Desayuné un café con leche y unos churros en el bar de la estación; cuando termine me dirigí hacia información para preguntar cómo podía llegar a Vallecas. Recuerdo que el señor que atendía el mostrador me advirtió que no debería viajar solo si era menor de edad, le enseñé el carnet y al ver que tenía dieciocho años me dejó tranquilo. Yo sólo quería que me dijese como llegar a Vallecas, allí se suponía que me encontraría con mi «contacto».

Di un paseo por el barrio buscando la estación de metro que me había indicado aquel hombre, así me dieron las nueve y media de la mañana del tres de agosto, una hora prudencial para llamar a casa de mi contacto.

¿Cuál fue el problema? —hice la pregunta y seguí hablando sin esperar respuesta—, que cuando llamé a su casa nadie contestó el teléfono, me puse algo nervioso, sólo tenía ese número y su dirección, pero Vallecas es muy grande, ¿cómo localizaría su casa? Para mi desgracia no lo conocía físicamente, te recuerdo que en aquella época no había Facebook, ni tampoco el GPS, ni móviles.

¡Bendita tecnología!

Todos reímos al unísono, continué narrando la historia después de tomar un bocado de queso, otro de jamón y pegarle otro trago al refresco.

—Me subí al metro —continué— por primera vez en mi vida y di más vueltas que una peonza, no conseguía orientarme en aquellas galerías, todo el mundo llevaba mucha prisa. Nadie se fijaba en un chaval paleto de provincias como yo. ¡Por fin conseguí llegar a Vallecas! casi al mediodía. Desde allí volví a llamarlo desde una cabina telefónica, esta vez me contestó la voz de una mujer que dijo ser su madre, en ese punto ya sí que me cabreé del todo…

—¿Por? —preguntó Simón.

—Por la respuesta que me dio aquella señora —puse la mano a modo de auricular y comencé a imitarla de forma cómica—, «Mi hijo no está y no sé cuándo demonios volverá, si le encuentras dile que estamos muy preocupados buscándole, hace dos días que no duerme en casa». Por un momento pensé que me había equivocado de número y había llamado a mi casa aunque volví rápidamente a la realidad. Fin de la conversación y de mis expectativas de ver a Freddie Mercury y compañía.

—Pero, ¿no lo localizaste? —Simón seguía muy interesado en el relato.

—Para nada, desesperado y enfadado conmigo por lo tonto que había sido, no dejé de dar vueltas toda la tarde por las inmediaciones del estadio del Rayo Vallecano. El ambiente era excepcional como lo era la ocasión. Muchísima gente esperaba con su entrada para acceder al recinto. Traté de localizar su casa en un intento desesperado de encontrarlo y de paso recuperar mi entrada, pero nada, «desaparecido en combate», ni estaba ni se le esperaba. Me sentí como un gilipollas, pero como no solía darme por vencido pensé en un plan B y regresé al estadio con la esperanza de encontrar una entrada, volví a hacer una última llamada con la expectativa de encontrar a mi contacto en la capital pero nada, no hubo suerte, de nuevo sin fortuna. Se acercaba la hora del concierto, en mi bolsillo todos mis ahorros de los últimos meses, diez mil pesetas de las cuales cinco mil eran para el billete de

vuelta, traté de encontrar una entrada en la reventa, en taquilla ya no quedaba papel como era de esperar en tal acontecimiento. Se vendían por diez mil pesetas mínimo y obviamente la rechacé; sin encontrar nada más barato regresé al lugar donde el tipo me la ofreció, no quería perder la oportunidad, ya me las arreglaría para volver a casa, traté de encontrarle pero cuando lo hice ya se había deshecho de ella. Se me pasó por la cabeza la peregrina idea de colarme, pero… imposible, estaba copado de vigilancia policial, así que allí terminó mi oportunidad de presenciar en directo el concierto. Ya había perdido toda esperanza de presenciar el concierto cuando la vi… —hice una pausa dramática—, …estaba en el suelo, en un principio pensé que se trataba de una broma, de esas con cámara oculta. A medida que me acercaba mi pulso se aceleraba, mi cara se encendía. Me agaché para recogerla con un movimiento rápido y la agarré como si en ello me fuese la vida, no quería perderla, ¡una entrada del concierto! Increíble ¿verdad? pero es cierto. En ese instante pensé en lo que mi madre decía sobre la mala suerte que yo nunca había entendido. Lo que en un principio había empezado mal se tornaba en una experiencia inolvidable y sueño cumplido. Me dirigí hacia la puerta de entrada sin mirar atrás. Creerás que soy una mala persona…

—¿Por qué dices eso? —preguntó Simón intrigado.

—…Cuando entraba en el estadio miré atrás, no lo pude evitar, vi como una chica acompañada de unas amigas buscaba desesperadamente algo en el suelo donde yo acababa de encontrar la mía, parecía muy agobiada. Por un instante estuve a punto de dirigirme a ella pero me pudo más el fanatismo y me fui corriendo para el interior de estadio. No estoy orgulloso de aquello, puede que cumpliese mi sueño a costa de la pesadilla de otra persona. Ya ves cómo es la vida, unas veces te da y otras te quita.

Se hizo un sepulcral silencio solamente roto por el sonido del mar, yo agaché la cabeza lleno de tristeza, el nudo en mi garganta se volvió insoportable, sentí la mano de Héctor en mi hombro tratando de consolarme. Traté de recomponerme para no fastidiarles la velada.

—Fue una noche mágica en todos los sentidos, aunque no pude estar en primera fila, realmente lo fue. Años más tarde conseguí un bootleg del concierto ¿Sabes lo que es…?

—…Claro que lo sé —protestó Simón.

—…Lo guardo como verdadero tesoro —de nuevo me quedé ausente unos instantes recordándolo.

—¿Cómo acabó la historia? —preguntó Simón.

—Después del concierto me volví a la estación —proseguí—, allí dormí en un banco y pasé el día siguiente hasta que salió el tren de regreso, pero no me importó, seguía flotando como si aún no hubiese despertado de aquel mágico sueño ¿lo pillas? —le sonreí a Simón.

—Claro que sí, ¿por quién me tomas? Que haya nacido más tarde no quiere decir que no sepa de historia, era el Magic Tour, ¿no?

—Muy bien, Simón, veo que haces los deberes. —Todos reímos en ese instante, continué con el relato—, el encuentro con mi padre ya fue otra cosa, ahí sí que me desperté; daría para otra hora de anécdotas, pero esa historia prefiero guardármela. Sólo Héctor la conoce —me hice el interesante, le guiñé un ojo a mi amigo del alma y él me lo devolvió—. Seguramente irá en mis memorias o se irá con nosotros a la tumba.

—¡Vamos Víctor! ¡Tío no me dejes así! —insistió Simón—, te juro que no se lo contaré a nadie.

—Lo mismo dijo… ¿cómo se llamaba aquella hiena, Héctor? –no dejé que contestase— …Tony Martin, que en realidad se llamaba Antonio Martínez, ¿os acordáis? Sacó a la luz todo aquello que le contamos de manera confidencial sobre la gira del 2000.

Los demás sonreían cómplices, yo me hacía de rogar para que Simón me suplicase un poco más. Estaban hartos de escuchar la anécdota, me divertía la situación.

—¿Estás seguro de que quieres conocer la historia?

—Si luego no puedes dormir, no te quejes ¿eh? —bromeó Héctor.

—No será para tanto —refunfuñó el melenas sintiéndose el centro

de nuestras bromas.

—Y para más —continué bromeando—. Historias para no dormir, aunque hoy en día sería más bien un cuento de niños.

—¡Venga! Cuéntaselo ya de una vez —me conminaron todos.

—Te vendrá bien para desahogarte un poco —puntualizó Héctor al tiempo que me daba un pequeño apretón en el hombro.

—En realidad no hay mucho más que contar. Después de mi dulce aventura por Madrid, llamé a mi casa. Afortunadamente hablé con mi madre antes de coger el tren de vuelta. Estaba muy preocupada a pesar de la nota, y mi padre, bueno, mi padre era mi padre, siempre cabreado, no era una novedad y esta vez no sería una excepción. Sólo quedaba por saber cuánto duraría su enfado. Esperaba mi llegada en el andén de la estación, lo primero que sentí sin mediar una sola palabra fue la palma de su mano en mi mejilla ¡pedazo de hostia que me dio! Nadie se escandalizó por ello, es más, los que lo presenciaron pensarían que algo habría hecho para merecer el bofetón. Efectivamente algo había hecho pero ¡qué coño! ¡qué me quitasen lo bailado!

—¡Qué fuerte! ¿No? pegarte teniendo dieciocho tacos ya —exclamó Simón.

—Sí, muy fuerte, hasta ese momento nunca había recibido un bofetón tan fuerte en mi vida, pero me dolió más la marca de la vergüenza que dejó en mi alma que la que enrojeció mi rostro.

No hubo palabras, recogió mi mochila y me hizo seguirle en silencio, un silencio que duró lo que restaba de verano. Verano que encima me castigó sin salir de casa, todo me lo comunicaba a través de mi madre, pero eso sólo fue el principio —sonreí amargamente.

Simón me miraba con los ojos muy abiertos y sorprendido por la historia, por la reacción de mi padre, pensando que en su caso era impensable, él que tenía veintitrés años y trabajaba como músico desde los diecisiete. ¡Benditos nuevos tiempos!

—Rompió todas las solicitudes de ingreso en el conservatorio —continué relatando—, sabía que era lo que yo más deseaba, dejar de

ser autodidacta y centrarme en mi carrera como músico, casi lo tenía convencido pero mi «gamberrada» me costó muy cara. Me matriculó en arquitectura, a doscientos kilómetros de aquí ¿Curioso, no? Aunque no hay mal que por bien no venga, allí en la facultad conocí a Héctor, ya ves, dos aspirantes a músicos metidos a diseñar casas sin vocación alguna. Nos formamos, montamos nuestro primer grupo aficionado y nos hicimos inseparables hasta hoy.

Héctor y yo nos miramos sonriendo, como lo hacen los hermanos que son cómplices, confidentes que saben más del otro que de uno mismo. Él asentía levemente.

Era muy tarde ya, me encontraba muy a gusto entre mis compañeros compartiendo todas aquellas vivencias, no quería que se fuesen nunca, o cuando se fueran me gustaría irme con ellos, lejos de aquí, lejos de mis recuerdos, de mis pesadillas, de mis alucinaciones, pero la decisión estaba tomada, me quedaría en tierra hasta estar recuperado del todo para así poder subirme de nuevo al barco totalmente renovado y con fuerzas. Tal y como se presentaban los acontecimientos tenía la sensación de que nunca saldría de aquella espiral y volvería a ver la luz directamente.

La despedida se prolongó más de una hora. Recogimos los restos de la improvisada fiesta, apagamos la hoguera y dejamos todo bien ordenado.

Se derramó alguna que otra lágrima que quedó sepultada en la arena de la playa, aunque yo fui incapaz de verter ni una sola a pesar de la emoción que me embargaba. Los abrazos y las palabras de ánimo fue lo único que se escuchó durante la despedida.

—¡Cuídate colega, nos vemos pronto! —repitieron casi palabra por palabra mientras iban saliendo por la puerta.

El último en despedirse fue Héctor, me espetó un fuerte abrazo cargado de sentimientos que nunca olvidaré.

—Sigue adelante, Víctor —me arengó—. No puedes cambiar lo ocurrido, ni siquiera tienes que dar explicaciones, lo que hiciste, bien o mal, hecho está. El pasado no se puede cambiar.

—Ya…

—Pero sí que puedes escribir tu presente y tu futuro, no lo olvides. Sólo depende de ti. Deja de vivir lamentándote de lo que pudo ser y no ha sido y comienza a hacer lo que puede ser, sin olvidarte de lo que pasó. De todo se aprende ¿recuerdas nuestro lema?

—¿Cómo olvidarlo? En la vida unas veces se gana, y otras veces…

—…Otras veces se aprende, hermano —remató Héctor—. Recuerda, busca siempre el lado bueno de las cosas, eso es lo que nos ayudará a continuar luchando. Y sobre todo, quiero que recuperes la sonrisa, hoy pude ver un destello de ella. Llora todo lo que tengas que llorar, pero recupera tu sonrisa.

Terminó de hablar y me dio otro fuerte abrazo mientras los demás silbaban y jaleaban el gesto de manera jocosa. Mientras se dirigía a la furgoneta, Héctor se dio la vuelta para decirme:

—Estaremos en contacto todos los días ¿Ok?

Levanté el pulgar derecho en señal de aprobación. Los vi subirse al vehículo y esperé hasta que las luces rojas desaparecieron en la oscuridad, el sentimiento de soledad que había quedado aparcado por unas horas volvía a apoderarse de mí.

Podríais pensar que soy frío e insensible. Que después de lo ocurrido debería mostrar algo de dolor, llorar, mirar atrás, pero todo estaba bloqueado en mi interior, y era incapaz de sacarlo. Esperaba que llegaría el momento en que todo saldría, sólo tendría que procurar que no estallase dentro de mí para destruirme por completo. No era frialdad ni insensibilidad, no estaba preparado para afrontar esto ni creo que nadie pueda estarlo. Si pudiese ser consciente de lo que estaba por llegar podría entender la magnitud de la batalla que estaba librando en mi interior.

21

Inexorablemente transcurría el tiempo. Pasaban los minutos, las horas, los días, las semanas, el teléfono apenas sonaba y cuando lo hacía lo dejaba sonar sin cogerlo salvo cuando era Héctor, que me daba las noticias del día a día de la gira. Agradecía esas conversaciones a cualquier hora del día, era prácticamente la única conexión con el mundo exterior, además de las visitas de Adela y Antonio.

Todo parecía marchar sobre ruedas y Simón aunque le había costado adaptarse al ritmo de la carretera y al de las actuaciones tan seguidas, era su primera vez, «progresaba adecuadamente» me comentaba Héctor, «No tienes nada de qué preocuparte». Aunque sabía de la buena intención de sus palabras eso era lo que más me exasperaba del tema, que todo fuese bien sin mi presencia, no parecía que fuese necesario y eso me sacaba de quicio. No le comentaba nada de estos sentimientos, ya tenía bastante con encargarse de todo él solo.

A medida que fueron pasando los días, me desentendí totalmente del tema, tan sólo me preocupaba de cobrar mi cheque tras cada actuación, antes se encargaba Ramiro de todos los temas legales y económicos de la banda, pero tras lo sucedido y aunque aún no había hablado con él, ya no me fiaba de su trabajo, preferí tomar las riendas del tema económico, del legal ya tendría tiempo de preocuparme más adelante cuando llegase el momento oportuno.

Empezaba a creer que lo vivido en el hospital no había sido más que una historia pasajera sin demasiada importancia, otra de mis paranoias. Todos los días dejaba un mensaje en su buzón de voz, su teléfono parecía desconectado, nunca daba señal de llamada. Desesperaba en mi intento de hablar con ella, ni siquiera se la había mencionado a Héctor por miedo a que fuese otra de mis

alucinaciones, no me refería al hecho de compartir tan duros momentos, sino todo lo que creía haber experimentado aquella fatídica tarde, ya no confiaba en mis sentimientos.

Apenas salía de la casa y de sus alrededores, la única excepción eran mis paseos por la playa. A veces se prolongaban desde que despertaba hasta bien entrado el día, aunque lloviese no dejaba de hacerlo, casi agradecía cuando el agua empapaba mi rostro y mi cuerpo purgando mi alma de todos los pensamientos negativos, sustituía las lágrimas que no era capaz de derramar por las gotas de lluvia que resbalaban por mis mejillas.

Me acostumbré a las visitas de Adela, sólo con ella y con su marido eran las únicas personas con las que hablaba. Me limitaba a pedirles que me hiciesen la compra semanal y a tomarme una cerveza sin alcohol con Antonio cuando me la traía, necesitaba su sabor amargo pero no volvería a caer en la tentación de emborracharme a pesar de desearlo en más de una ocasión, así mantendría a raya mis demonios si conseguía mantenerme sobrio un día más.

El día transcurría con la tranquilidad que me proporcionaba el paisaje marino que me rodeaba. Hacía unos días que había cambiado la disposición del salón para convertirlo en el estudio donde me pasaba las tardes enteras dando forma a la idea de grabar un disco en solitario.

Buscaba las notas y acordes, las letras, la poesía adecuada para las ideas que se me veían a la imaginación hasta bien entrada la noche. Lo estaba intentando, sería mi redención ante la vida, y una manera justa de que Diego permaneciese vivo, no sólo para mí, sino para todos aquellos que le conocieron, que le quisieron, incluso para Ana, aunque ya me imaginaba su cara cuando el disco saliese a la venta, para ella todo estaría mal, como siempre.

Esa tarde me había sentado frente al ventanal, lo tenía abierto de par en par, dejando entrar la brisa casi invernal que procedía del mar con un olor a salitre más fuerte de lo habitual, con la guitarra en las manos trataba de completar una melodía para acoplarla a unas letras que me rondaban la cabeza desde hacía unos días…

«Flor de un día

Que alumbraste mi jardín
Ni rastro de los pétalos
Que ese día acariciaron mi piel
Te busco, te espero
Pero no hayo quien de ti
Sepa dónde encontrarte…»

Rasgaba las cuerdas sin encontrar las notas adecuadas, la melodía rondaba mi cabeza pero era distinto a otras ocasiones, no era capaz de materializar los acordes que escuchaba en mi interior para que tuviesen un mínimo de coherencia, a la vez que se mezclaban con la imagen que guardaba de Nita en mi mente.

¡Otra vez aquel animal estaba asomando la cabeza por el ventanal abierto! No podía ser producto de mi imaginación, si hasta le oía ronronear con fuerza, parecía en desacuerdo como si no le gustara lo que estaba haciendo.

—No te preocupes amiguito —le dije suavemente mientras le tendía mi mano con un trocito de jamón para que se acercase—. A mí tampoco me convence demasiado. Debo esperar y dejarlo madurar un poco más ¿No te parece?

El animal se puso en pie, avanzó sus patas delanteras para meterse dentro de la casa y de paso estirar todo su cuerpo dejando los cuartos traseros por un instante en el exterior. Con suavidad, como si flotase en el aire, se acercó a mi mano sin mostrar la más mínima desconfianza, como si nos conociésemos desde hace mucho tiempo. Le pasé los dedos suavemente por la cabeza mientras daba buena cuenta del pedazo de jamón, una vez acabado, comenzó a pasar entre mis piernas impregnando su olor en mí como haría cualquier gato, pero había algo especial en ese animal, algo que me resultaba tan familiar que me asustaba el hecho de estar volviéndome loco con esas ideas. Al menos ese día pude acariciarlo, sentir que era real aunque no había conseguido que nadie más lo viese.

Seguí dándole vueltas a la melodía en mi cabeza, el gato se instaló cómodamente en el sillón a mi lado. De pronto se me ocurrió la feliz idea de que escuchara las canciones que ya tenía compuestas. Las había registrado en una pequeña grabadora digital que compré unos días antes, junto con un pequeño pero potente

portátil para sustituir el que tenía en la otra casa, todo lo que significaba hablar con Ana me daba mucha pereza, pereza y hastío.

Había comprado una versión más actualizada aunque básica del ProTools, un programa para realizar arreglos sencillos. Nunca me gustó demasiado la tecnología digital aplicada a la música, me resultaba un tanto fría y desangelada además de que notaba la falta de fuerza. En esos momentos, con el grupo de gira y sin encontrar músicos de la zona que estuviesen disponibles para perder el tiempo en esas canciones, seré sincero, tampoco los busqué, no sabía si algún día verían la luz, aun así, seguiría trabajando en ellas, eran mi mejor terapia y las compartiría con Héctor, su opinión era la más importante para mí.

Busqué en el portátil la primera canción que había editado, su título «todo perdido excepto las lágrimas» era evocador de aquel día. No sabía bien el motivo, pero quería compartirla con aquel animal.

—A ver qué te parece amiguito —le dije mientras manipulaba el reproductor del portátil; encendí los altavoces, quería escucharme con buena calidad para ser mi crítico más feroz.

Sonaba por los altavoces, desde luego no estaba en mi mejor momento, sólo eran simples maquetas, pero si decidía grabarlas tendría que cuidar mi voz un poco más. La letra me emocionaba, mi felino acompañante parecía sentirla también, se puso en pie, se acercó y froto su hocico contra mi nariz como hacía Diego cuando quería darme lo que él entendía como beso, que no era otra cosa que nuestras narices frotándose de un lado a otro, repetidas veces. Parecía darme su aprobación, un nudo atenazó mi garganta por la emoción del instante.

El gato saltó de mi regazo y salió al exterior, antes de desaparecer entre los arbustos se giró hacia mí, creí ver que me guiñaba un ojo en señal de aprobación de la canción, pero ya no confiaba en mis percepciones. Hacía tiempo que no distinguía entre las alucinaciones y la realidad.

—Al final tendré que ponerte un nombre —le dije antes de que desapareciese—. ¿Qué te parece Angus?

El animal maulló afirmativamente a mi pregunta y se escabulló entre los matorrales que rodean la casa.

Otra vez solo, me perdí en mis pensamientos, esa tarde eran todos para Nita y la canción que le estaba escribiendo.

«…desespero en tu búsqueda
Entre las sombras del día
Espero esa llamada
Que me saque de mi letargo
No hay rastro de lo ocurrido
Solo la sombra de un gato negro…»

Las palabras fluían mientras pensaba en ella, quizá tendría que pulirlas aunque soy poco amigo de hacerlo, la primera idea suele ser la que capta la esencia de lo que se quiere decir, las modificaciones posteriores en la mayoría de los casos la desvirtúan.

Cuando ya me había dado por vencido ese día, otro más sin respuestas a mis preguntas vacías, el sonido del teléfono fijo rompió el silencio que se había producido en la casa mientras descansaba un poco, me extrañó, pues casi nadie conocía ese número, por un momento pensé que podía ser Ana para machacarme de nuevo o tal vez fuese... Acerqué rápidamente mi mano el aparato, descolgué el auricular con la certeza absoluta de saber quién me llamaba.

—Hola Nita —contesté lacónicamente.

Hubo un intenso silencio después de mi saludo, pensé que mi presunción había sido errónea y el interlocutor no sabía que responder.

—¿Cómo sabías que era yo? —escuché con voz titubeante al otro lado de la línea.

Estuve a punto de contestar: «estamos conectados», que fue lo primero que se me pasó por la cabeza, pero no quería asustarla.

—Llevo pensando en ti todo el día —mentí, llevaba pensando en ella desde aquel instante en el que la conocí en el hospital.

—¿Cómo estás? —preguntó suavemente con voz aterciopelada.

—No muy bien —respondí. «Me siento muy solo» quise completar mi respuesta pero las palabras se atascaban en la garganta sin llegar a pronunciar el más ligero sonido. Tantos días esperando para oír su voz y hablar con ella y justo en ese momento no sabía ni que decir. Continué preguntando de forma mecánica a pesar de conocer las respuestas.

—¿Y tú? ¿y Alicia? ¿cómo estáis? —las preguntas se atropellaban.

De nuevo un prolongado silencio roto por un sollozo.

—Recuperándose —acertó a responder—. Víctor, necesito hablar contigo.

—¿Cómo conseguiste este número? —cambié de tema, su tono me había preocupado un poco pero no quería que se diese cuenta—. Casi nadie lo tiene…

—¿Acaso importa eso? —me cortó.

—No, supongo que no—contesté contrariado, «¡qué metedura de pata!»

—Tengo mis contactos, soy Nita ¿Recuerdas? Nada se me resiste. ¿Cuándo podemos vernos? —insistió.

—No sé si es buena idea —volví a mentir, no había cosa que desease más en el mundo, aunque sólo fuese para aclarar nuestros sentimientos—. No estoy pasando por mi mejor versión.

—Sin embargo estabas deseando hablar conmigo.

—No puedo negarlo —balbuceé—, pero…

—¿Pero qué? —me atajó—, tengo, no sé el número, un montón de llamadas perdidas tuyas en mi móvil.

—Si, ya empezaba a pensar que no habías sido más que un sueño…

—Vaya, cuanto lo siento. Ya te contaré. Tengo este número «casi desconectado» —me la imaginaba haciendo el signo del entrecomillado—. Creo que nunca podré descansar.

—¿A qué te refieres?

—Disculpa pero es algo que no quiero comentar por teléfono —su tono imperativo me hizo reaccionar—. Por favor, dime dónde podemos vernos ¿Dónde podemos hablar? —insistió.

El silencio era ahora por mi parte, aunque deseaba verla con toda mi alma, pensaba que igual no era buena idea, ¡Dios! ¿Qué me estaba pasando? Penando tantos días por esa mujer y ahora… ¿Dudaba en verla? Decididamente algún cable se me había desconectado; además ¿Qué podía perder? No podía dejar pasar esta oportunidad, aunque sólo fuese por estar una tarde con alguien que me importaba lo suficiente como para no dejarla ir.

Le di la dirección de la casa y nos despedimos quedando en vernos pronto, pero sin concretar la fecha.

—Te llamaré en cuanto pueda ir a verte —fueron sus últimas palabras como despedida.

A partir de ese momento la espera se me hizo insufrible. Me atormentaba pensando en las enigmáticas palabras que me dijo… ese «nunca podré descansar»… elucubrando toda clase de hipótesis de por lo que podía estar pasando Nita en ese momento.

22

Alguien me dijo una vez que en la vida no hay decisiones buenas ni malas, sólo la valentía de tomarlas. Había decidido romper mi relación con Ana definitivamente, no había futuro que pasara por volver a verla, ni siquiera quería hablar más con ella, ya no merecía la pena, todo estaba dicho entre nosotros y sus palabras, siempre hirientes, habían hecho mella en mí. Las llamadas de Ramiro eran continuas, tampoco quería hablar con él, y menos por teléfono. Tarde o temprano tendríamos que vernos. Bien sabía dónde encontrarme, otra cosa era que tuviese el valor de dar la cara.

Como tardaba demasiado en hacerlo, me temía que estaba atando bien todos los cabos del acuerdo a favor de Ana, el tema económico poco me preocupaba, era el sentimental el que me tenía cabreado, me sentía defraudado, ¡vaya puñalada trapera que me habían asestado!, tardaría en olvidarla. No sé si podría perdonar a Ana, pero lo de Ramiro, siempre aprovechándose de las circunstancias como un ave carroñera era imperdonable.

Siempre envidioso de lo que yo había conseguido en la vida; hacer de mi pasión mi trabajo, y sobre todo bien hecho, creo yo. Aun sabiéndolo le confié todas mis propiedades, todas excepto la casa de la playa donde estaba intentando salir a flote. Por aquel entonces no desconfiaba de él, pero esta casa había sido un capricho mío, buscaba un lugar donde poder retirarme del mundo a pensar en solitario en los momentos en los que no podía soportar la presencia de nadie. Fue mi empeño hacerlo en secreto, bueno un secreto a voces, cuando la compré lo primero que hice fue mostrársela a Héctor y unos días más tarde a Ana. Su primera reacción fue reprocharme que me había gastado el dinero en una propiedad que según ella «no necesitábamos», palabras textuales y concisas, a las que tuve el valor de responder diciéndole, «es verdad, no, no la necesitamos», remarcando ese «necesitamos», «pero ¡yo si la necesito!», reafirmé de forma contundente. Lo que realmente le fastidiaba era que no hubiese contado con ella para comprarla. Esta no podría quitármela, ni ella, ni una legión de abogados que contratase; era mía, sólo mía, era mi refugio del mundo, el cobijo de mis tormentas, el lugar donde poner en calma mi espíritu atormentado.

¿Qué habría sido de mí sin este lugar para esconderme? ¿Dónde me encontraría ahora? Vagando sin destino fuera de todo control, cayendo en barrena sin posibilidad de sobrevivir, de mirar hacia delante, de huir de las palabras que más herían mi espíritu. Allí tenía todo lo que necesitaba para empezar de cero una nueva vida, aunque nunca se empieza de cero.

23

Aquel día prometía ser importante aunque, la verdad sea dicha, no empezó muy bien, me que quedé dormido casi hasta mediodía. La noche anterior tarde en conciliar el sueño, la llamada de Nita diciéndome que vendría a verme al día siguiente me excitó de tal manera que ni siquiera la tila que tomé me hizo efecto. Busqué por toda la casa algún somnífero que me ayudase a dormir, pero recordé que los había tirado todos el mismo día de mi regreso. Me deshice de toda aquella mierda, en pleno paroxismo de limpieza tiré todas las pastillas que había en la casa excepto el ibuprofeno, estaba condenado a padecer jaquecas con demasiada frecuencia. Aun así revolví todos los cajones por si hubiese quedado alguna olvidada en algún rincón.

Era tan tarde que me despertó el chirrido de la verja de la finca abriéndose, seguramente sería Adela trayéndome la comida. Con el cuerpo entumecido, traté de levantarme antes de que sonase el timbre de la puerta, pero tenía los músculos ateridos, tuve que incorporarme lentamente y tardé un buen rato en reaccionar.

—¡Ya voy Adela! —grité, no fuese a pensar que no me encontraba en casa. El timbre sonó de nuevo—. ¡Dame un par de minutos!

Me llevó algo más de un par de minutos incorporarme y colocarme una camiseta para estar presentable antes de abrir la puerta.

Con los músculos doloridos sin saber bien por qué, me desplazaba con la parsimonia que me permitían, tendría que tomarme un ibuprofeno, lo que me faltaba era que a las jaquecas se uniesen los dolores musculares. Aunque no estaba en muy buena forma tampoco había realizado ningún esfuerzo extra en los últimos días, aparte de tocar un poco la batería para ir soltando los músculos y

coger tono.

Abrí la puerta con calma, me quedé sin aliento al verla, allí estaba ella tan hermosa o más que el día que la conocí, el pelo negro como el azabache, lacio y algo más largo, sus ojos negros también, fijos en los míos transmitiéndome todo con su profunda mirada. Ligeramente maquillada, parecía haber rejuvenecido en todo este tiempo.

Con un vestido violeta ceñido al cuerpo mostraba como había bajado algo de peso, pero esa nueva constitución física le sentaba increíblemente bien. Incluso la encontraba algo más alta, con ese atuendo mostraba sus estilizadas piernas por encima del muslo hasta rematar en unos discretos zapatos de tacón no muy alto a juego con el traje. Físicamente nada tenía que ver con la mujer que conocí aquel día en el que me había… Enamorado de su belleza interior, de su bondad, de sus ganas de ayudar sin mirar a quien, de su personalidad forjada en mil batallas con la vida que casi siempre perdía; más que de su físico. Sí, por primera vez pensé en esa palabra, en ese sentimiento, sí, realmente me había enamorado de ella.

Cargaba con una olla que parecía muy pesada y yo no reaccionaba, solo era capaz de perderme en sus ojos negros y en la sonrisa que iluminaba su rostro.

—¿Vas a invitarme a pasar o nos quedamos aquí todo el día como dos pasmarotes? —dijo sonriente—, te advierto que esto pesa bastante y está a punto de caérseme…

—¿Cómo dices? —respondí saliendo de mi trance.

—Una señora muy amable que me encontré por el camino me la dio para que te la trajese —dijo levantando el recipiente.

No podía creérmelo, había esperado tanto tiempo ese momento que pensaba sería mágico, de hecho lo estaba siendo, pero no me lo había imaginado así, allí estábamos los dos, ella radiante… tan hermosa… y yo hecho polvo, con una pinta horrible en pijama todavía. No reaccionaba.

—¡Víctor! ¿Me estas oyendo? —insistió

Cogí la olla y la deposité en el suelo con suavidad; me incorporé de nuevo para estrecharla entre mis brazos, ella me estrechó entre los suyos en un intenso y emotivo abrazo que sigo guardando en mi memoria como un tesoro, jamás podré olvidar todo lo que sentí en aquel momento. Quise llorar, reír, gritar, saltar, amar, todo al mismo tiempo y en aquel instante, pero permanecimos así, en silencio mientras duró.

Mi corazón latía desbocado, galopando como un potro salvaje campo a través, su respiración entrecortada delataba que a ella le ocurría lo mismo, casi podía sentir como su corazón le golpeaba el pecho al unísono con el mío, los dos latiendo al mismo compás. Respiraba su aroma, era lo único que no había cambiado de su aspecto, tantas noches lo había evocado y traído a mi pensamiento y ahora la tenía frente a mí repasando todos los detalles, que aunque no los había olvidado, con el paso del tiempo se habían difuminado en mi memoria, pero no su aroma, dulce, de lavanda, que permanecía intacto en mi recuerdo. Ese instante fue una bocanada de aire fresco para mi alma.

Sentí su respiración en mi cuello erizándome el vello de los brazos provocándome un escalofrío de placer mientras mis manos se deslizaban por su espalda recorriéndola de arriba abajo, suavemente introdujo sus manos bajo mi camiseta acariciando mi piel sudorosa para clavar de forma delicada sus uñas en ella.

«Te quiero», pensé para mí sin pronunciar ni una silaba, percibía que el sentimiento era mutuo pero no creía merecerlo. Permanecimos así largo rato, como si se hubiese congelado aquel segundo de nuestras vidas, no sabría decir cuánto tiempo pasó, para mi toda una vida, y si esta se forja a base de recuerdos, este era uno de los que jamás podría olvidar, un abrazo sincero, sin ningún tipo de truco o trampa para el corazón. Había recibido tantos llenos de mentiras, interesados, que cuando has recibido uno así te llena de vida aunque creas no merecerlo.

Nuestros cuerpos se separaron pero no nuestras manos que permanecieron unidas, di un paso atrás y la observé de arriba debajo de nuevo.

—Estas radiante —dije pausadamente—, y muy guapa.

—No puedo decir lo mismo de ti —respondió con preocupación en la mirada.

—Siempre tan directa…

—Perdona, no era mi intención…

—…Me gusta que seas así, tal vez seas la única persona que me dice lo que realmente piensa, sin ambages ni dobles intenciones —mis palabras brotaban tímidamente, no sabía bien cómo afrontar la situación. No quería decir ni hacer nada que la incomodase. Solté su mano de repente, ella pareció no entender mi gesto, menos aún después del saludo de bienvenida.

—¿Qué te ocurre Víctor? —parecía confundida—. ¿Te ha molestado algo de lo que he dicho o he hecho? Estoy confusa.

—Tranquila, no hiciste nada malo, soy yo el que está confuso —me disculpé torpemente—, no sé cómo afrontar esto, discúlpame.

Recogí la olla del suelo para llevarla a la cocina. La deposité sobre la vitrocerámica y la abrí para ver su contenido, centrando toda mi atención en ello obviando la presencia de Nita. El aroma a fabada recién hecha inundó la cocina, tenía un aspecto muy apetitoso, Adela era una gran cocinera, esa mujer se había propuesto curarme y mimarme con sus excelentes guisos. Sólo tendría que calentarla un poco a la hora de comer como ya me había explicado otras veces.

—¿Te apetece quedarte a comer? —pregunté sin quitar los ojos de la olla—, tengo fabada, y a juzgar por la cantidad, Adela me ha mandado más de una ración, como si supiese que vendrías.

—¿Adela? —preguntó con un tono un tanto desilusionado—, ¿quién es Adela?

—Es la adorable señora que te dio la olla —respondí.

Sentía su presencia tras de mí como si estuviese a punto de abrazarme, nada deseaba tanto como que lo hiciese, pero había sido tan descortés hacía un instante que supongo que se reprimió las

ganas de hacerlo.

Me giré, allí estaba apoyada en el quicio de la puerta, muy sensual, quería abalanzarme sobre ella, devorar sus labios, recorrer toda su piel, amarla salvajemente, en ese instante y en ese lugar; pero yo no lo merecía, no merecía amar ni ser amado; no merecía ser feliz ni hacerla feliz; no la merecía. Luchando y reprimiendo esos pensamientos debía parecerle patética la imagen que daba, sin embargo ella me observaba en silencio, tratando de encontrar un resquicio por el cual acceder a mi corazón.

—Será mejor que te des una ducha fría, que estás sudando como un pollo —bromeó, mostrándome la Nita que había conocido en el hospital, la Nita que yo recordaba—. Ya preparo yo la mesa y la comida.

La miré en silencio, luego contemplé mi aspecto; sí, necesitaba una ducha fría inmediatamente y también ponerme algo de ropa, ahora que me fijaba… tenía un aspecto penoso.

—Tienes razón, debería arreglarme un poco. No tardo nada.

—No tengo prisa —respondió.

Me dirigí a la habitación y cogí la ropa limpia para cambiarme después de la ducha. Antes de introducirme en el baño me asomé de nuevo a la cocina; allí estaba preparándolo todo, tan dispuesta como si supiese donde encontrar lo necesario.

—Puedes preparar todo en la mesa del porche —dije—, hace buen día y allí estaremos más cómodos.

—Vale —respondió volviéndose hacia mí.

—Por cierto…

—Dime Víctor.

—Me alegra mucho que hayas venido…

Me quedé en el quicio de la puerta, esperando una respuesta que no se produjo, pero no era necesaria. Notaba que sentía lo mismo

mostrándome su sonrisa.

—…Te lo agradezco de todo corazón.

Bajé la mirada, me giré y me fui al baño. Durante un buen rato permanecí bajo el chorro de la ducha, tratando de limpiar mi mente de todos los pensamientos que me alejaban y que me impedían hablar abiertamente con Nita.

—Aún no me dijiste como conseguiste este número —la sorprendí mientras colocaba los cubiertos sobre la mesa del porche.

Dio un respingo y dejó caer al suelo uno de los platos que llevaba al suelo, se hizo pedazos contra la tarima del porche con gran estruendo. No creí que se asustase de esa manera.

—Lo siento —se disculpó mientras se agachaba para recoger los resto más grandes—, de veras que lo siento —repitió mientras comenzaba a llorar y continuaba recogiendo los pedazos de loza.

Me acerqué para ayudarla a recogerlos, permanecimos en silencio.

—¿Estás bien? —le pregunté al notarla tan nerviosa.

—Sí, estoy bien. Tan sólo es que…

—¿Qué?

No me respondió, la pregunta quedó en el aire mientras terminábamos de recoger todo y nos sentábamos a comer.

El menú de Adela no estaba pensado para una comida romántica frente al mar pero había que reconocer que estaba exquisito, apenas hablamos durante la comida más allá de comentar el tiempo que hacía, o lo hermoso que era el entorno de la casa, o mi relación con el pequeño visitante que me acompañaba en algunas ocasiones en mi soledad.

—¿Qué me ibas a contar antes? —pregunté otra vez mientras le servía agua hirviendo para preparar una infusión—. Que parecía que habías visto un fantasma.

—¿Sabes por qué no conseguiste contactar conmigo? —me preguntó cómo ausente, mirando el horizonte.

—Lo intenté varias veces pero tenías el móvil desconectado siempre que trataba de hablar contigo.

—Lo tenía apagado porque… —dudó si continuar hablando.

—Sabes que me puedes contar lo que quieras pero no te sientas obligada a hacerlo si no quieres.

—Lo sé, lo que pasa es que no quiero agobiarte contándome mis historias, bastante tienes tú ya…

—Sí, ya tengo suficiente a mis espaldas —respondí con melancolía—, quizá no soporte más historias de nadie, excepto las tuyas. Quisiera poder conocer cada secreto que se esconde en tu mente para ayudarte, comprenderte… —«amarte», hubiese querido seguir hablando.

Nos miramos fijamente a los ojos, su mirada lo decía todo, hablaba sin pronunciar una sola palabra. No era una cuestión mística, había «química» entre nosotros, las miradas expresaban más que las palabras; habíamos establecido un grado de conexión mayor que con cualquier otra forma de expresión sin apenas conocernos. En aquellas horas que nos unió el dolor, algo surgió entre nosotros, no sabría definir con claridad suficiente qué fue; cuando alguien te mira así o cuando alguien entiende porque le miras de esa manera, como lo hacíamos nosotros… sobran las explicaciones.

—JC ha regresado…

—¿JC? ¿Quién es JC? —pregunté descolocado, desconcertado por haberme arrancado de ese momento tan dulce que estaba disfrutando.

—No sé cómo describirle, técnicamente sigue siendo mi «marido» —de nuevo hizo ese gesto tan suyo con las manos, el de las comillas, ¡Cómo lo echaba de menos!—. Aunque será mejor que me ahorre los adjetivos en los que estoy pensando.

—¿No había desaparecido?

—Yo también lo creía así, pero me localizó. No hace más que llamarme, por eso tengo el móvil desconectado casi todo el tiempo…

—¿Qué coño quiere ese tío ahora? ¿te lo dijo? —no pude reprimir el cabreo que me había producido solo pensar que la tuviese amenazada o que le hubiese hecho daño.

—Sí… —respondió bajando la cabeza–, …dinero, quiere dinero. Por más que le he dicho que sólo tengo lo justo para vivir Alicia y yo sin ningún lujo pero dignamente, no me cree…

—¿Que no te cree?

—Se enteró de que nos conocimos en el hospital, no sé cómo, pero se enteró. Piensa que tenemos un rollo, o qué sé yo lo que pasa por su sucia cabeza, no puedes hacerte una idea de cuantas babosadas he tenido que soportar. Hasta me dijo que tú habías pagado el trasplante de Alicia.

—Pero…

—Sí —me interrumpió—, ya se lo expliqué de todas las formas posibles, pero está como loco, si antes tenía pocas luces ahora está fuera de sí. No cree nada de lo que le digo ¡No tengo nada que ocultar, por el amor de Dios! Y menos a él, que ya lo había olvidado y por fortuna Alicia ni siquiera llegó a conocerlo, ni yo le he hablado de él, no necesita conocer a ese cabrón mal nacido y mucho menos ahora.

—Ya… entiendo —me sorprendió su forma de hablar, no la había visto así antes.

—Ahora lo que mi hija necesita es recuperar poco a poco la salud que nunca disfrutó, alejarse por un tiempo de los hospitales y ponerse bien. Necesita vivir y no que ese tipejo que figura como padre le amargue la existencia como me la amargó a mí.

—¿No te pregunta por él?

—Le conté que siendo ella pequeña había muerto en un accidente de coche, que apenas había estado con ella. Debió entenderlo, leyó entre líneas, es una niña muy despierta porque no volvió a preguntarme por él. Sólo una vez me preguntó que por qué no había ninguna foto de su padre en toda la casa.

—¿Y qué le contaste? Yo nunca supe cómo responder a cuestiones tan embarazosas con Diego.

—Que no quería recordar, ya bastante daño nos había hecho en vida como para recordarle una vez muerto.

—Fuiste muy dura y valiente.

—¿Tú crees? Es posible, de esa manera quedó zanjado el tema.

—Visto así…

No continué hablando, mis palabras sonaban vacías, parecían reproches, y nada más lejos de mis intenciones, no era yo quien debiera sentenciar si sus actos eran éticos o no. Ni siquiera el tiempo debería hacerlo, ella lo sabía. También sabía que no la estaba juzgando, cada cual toma sus decisiones y nadie debería arbitrarlas más que quien las toma aunque no siempre es así, todos tenemos una opinión crítica con lo que hacen los demás, siendo más condescendientes con nosotros mismos, es más sencillo opinar sobre las decisiones que toman los demás, juzgarlas y considerar si son correctas o no, que pararnos a pensar en las nuestras y quejarnos cuando los demás hacen lo mismo con nosotros.

«No trates a los demás como no te gustaría que ellos te tratasen a ti», una de las pocas frases que recuerdo de mi padre, no siempre es fácil llevarlo a cabo, pero es una de mis máximas en la vida. Es el escaso legado que heredé de él.

—¿Realmente necesitas dinero? —continué, aunque nada más acabar la pregunta me resultó demasiado prosaica.

—Tranquilo —contestó sin pensárselo—, tengo el tema en manos de un abogado y también está en conocimiento de la policía. Quería que supieses lo que ocurría, por si algún día te sorprende una

llamada de ese mal nacido hijo de puta.

—Entiendo…

—¿Podemos cambiar de tema? —agachó la cabeza entre avergonzada y apesadumbrada.

Yo sentía que no estaba llevando bien el encuentro, que se me iba de las manos. Daba igual el tema que abordásemos, cada vez que abría la boca parecía que era para meter la pata. Quería ayudarla pero me daba la sensación de que cada vez la alejaba más de mí y aun así seguía conduciendo la conversación por derroteros equivocados.

—No ando muy sobrado de fondos. Entre mi abogado y mi mujer me están dejando sin un puto céntimo. Quería grabar un disco en solitario autofinanciado, y seguramente tendré que pedir un crédito que no creo que me concedan ni que pueda pagar…

¿Por qué me empeñaba en andar por las ramas? ¿dónde estaba el tacto del que había hecho gala otras veces? ¿por qué parecía no querer ayudarla? ¿por qué estaba tan nervioso? ¿por qué me iba a costar su amistad? ¿por qué? ¿por qué? ¿por qué? preguntas que martilleaban mi cabeza. ¿Qué me ocurría? ahora la tenía delante después de esperar ese instante durante tanto tiempo. ¿De qué tenía miedo? ¿de ella? ¿de mis sentimientos? ¿de mí mismo…? Estaba echando a perder tan esperado encuentro.

—Lo siento —me disculpé.

—¿Qué es lo que sientes?

—Mi actitud, mi desidia, como te estoy tratando.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —pregunté muy sorprendido.

—Víctor de la Hera ¿Dónde está?

—Lo tienes delante…

—Aquí sólo veo los restos de un naufragio, la sombra del hombre que conocí en el hospital.

—No sé qué me ocurre hoy, pero por favor dame una oportunidad para volver a empezar…

24

Después de separarnos un denso silencio, uno frente al otro apenas mirándonos fugazmente, la invité a pasear por la playa. El cielo estaba encapotado aunque la temperatura era agradable, más tarde habría tormenta, se aproximaba por el horizonte y el ambiente estaba muy cargado. Nita aceptó mi invitación.

—Antes del paseo siéntate un momento en la escalera —le pedí.

—¿Cómo? —me miró muy sorprendida por mi repentina petición.

Se sentó en el primer escalón sin decir ni preguntar nada más, me agaché delante de ella, cogí delicadamente su pie por el tobillo y le quité el zapato depositándolo en el escalón, aprovechando para rozar su piel de forma sutil. Noté cierta turbación en ella al contacto de mis manos, tomé el otro pie y repetí la operación, coloqué el par de zapatos juntos; de nuevo acaricié su pie, reteniéndolo en mis manos por unos instantes para sentir el calor de su piel.

—Así estarás más cómoda para caminar por la arena.

—Gracias —respondió algo ruborizada.

Le ofrecí mi mano para ayudarla a levantarse y bajar a la arena, allí nos esperaba fresca y húmeda para que hundiésemos nuestros pies en ella. La tarde languidecía entre la brisa marina que amenazaba tormenta y el murmullo del mar al chocar contra la orilla. Continuamos caminando en silencio, el mar estaba en calma, el sonido de las olas apenas era un rumor que se confundía con el graznido de las gaviotas que buscaban refugio tierra adentro.

—No estoy bien Susana —le espeté de forma áspera y cortante, dije su nombre de pila sin pensarlo, me salió espontáneo, la cara de Nita denotaba sorpresa.

—Víctor —hizo una pausa antes de continuar—, me tienes desconcertada, no sé a qué atenerme, lo mismo te siento muy cercano y al segundo siguiente estas a kilómetros de aquí, veo retazos del hombre que conocí en el hospital, pero también de un completo extraño, te juro que no te entiendo.

Otro silencio se abrió paso entre nosotros distanciándonos de nuevo, estaba peor de lo que yo creía, no me encontraba preparado para afrontar una relación seria, y dudaba mucho de que alguna vez volviese a estarlo; aun así agradecía la franqueza con la que Nita

afrontaba mi contradictorio comportamiento.

—Algunas veces actúas de tal forma que pienso que no me quieres ver a tu lado. Si no fuese porque me fío del instinto de la primera impresión, te aseguro que ya me hubiese ido…

Con Ana ya habría sido motivo de disputa, de ningún modo la estaba poniendo a prueba, no era mi intención, pero había algo claro y era que la estaba alejando de mí cuando no había nada tácito entre nosotros, al menos de momento o sí que lo había.

Seguimos paseando por la orilla dejando que el mar acariciase nuestros pies, esa sensación relajaba los músculos de mis piernas. Quería hablarle de lo que sentía por ella, pero los sentimientos, las palabras quedaban atenazadas en mi garganta junto con las lágrimas que no conseguía derramar por Diego.

—Lo siento —susurré tan bajo que pensé que no me había escuchado—, necesito tiempo para centrarme, para encontrarme, estoy tan perdido…. La música me ayuda a salir de este pozo en el que estoy inmerso, pero en cuanto dejo de componer y de tocar vuelvo a caer.

—De verdad que no te reconozco, pero sé que debajo de esa coraza esta mi Víctor, el Víctor que conocí.

Caminábamos despacio, ninguno de los dos tenía prisa por volver al refugio. Deseaba cogerle la mano, notar su calor en la mía, sintiendo que me protegía de mí mismo, pero no me encontraba seguro, era un querer y no poder o realmente un no querer sufrir más ni hacer sufrir a nadie.

—No me has preguntado por Alicia —su dulce voz rompió el silencio.

—¿Cómo está? —le pregunté lacónicamente; pensé que cuantas menos palabras pronunciase, menos metería la pata.

—Recuperándose poco a poco —respondió de forma pausada, con la mirada ausente—. Alejada de todas estas cuestiones, no merece sufrir más.

—Me alegro mucho —dejé un espacio de tiempo y continué hablando como un autómata—, no, no merece sufrir más —mis palabras sonaban vacías pero decían la verdad—. Recuerdo aquella tarde de forma muy confusa, para mí todo era oscuridad hasta que apareciste tú; no era nuestro mejor momento, cada uno tenía su infierno particular, ni tampoco el lugar era el adecuado para una cita, ni creo que lo fuese, pero conocerte aquel día mañana me reconfortó y de forma irremediable me unió a ti. ¿Conoces esa leyenda que dice que quien te salva la vida tiene que cuidar de ti?

—El mismo día que nos conocimos, apareció un donante, todo

salió bien —me sacó de mis divagaciones—, ¿sabes de quién era el corazón?

—¿Me hará bien saberlo? —pregunté tratando de esquivar la respuesta.

—No lo sé. Pero para mí sería una liberación —respondió secamente, parecía un poco harta de mis actitud tan distante.

—Perdona, creo que sería mejor que no hablase más.

Se paró en seco clavándome su mirada tan profunda en mis entrañas recriminándome una vez más mis palabras.

—No quiero que te calles, sólo quiero que seas tú y no esta burda copia que se arrastra a mi lado.

Guardé silencio no porque no quisiese hablar, sino porque no sabía que decir. A cada palabra sentía hundirme más en el fango. A lo lejos, mar adentro, empezaba a verse la tormenta descargando, en breve la tendríamos encima. Las gaviotas revoloteaban cerca de nosotros y cada vez graznaban más histéricas mientras seguían adentrándose en tierra.

—¿De quién era el corazón? —pregunté tratando de parecer más interesado pero mi tono de voz resultó poco convincente. No sé si quería saberlo, aunque mi mente no regía con claridad creo que intentaba protegerme.

—¿De verdad que nadie te ha dicho nada?

—No, tampoco pregunté, ni mostré interés por nada de lo ocurrido. Aquel día me fui del hospital sin mirar atrás. Esa misma noche a punto estuve de poner fin a todo para reunirme con Diego. Era lo único que quería en ese momento —hablaba de forma pausada, tratando de ser más amable en mis palabras—. Y casi lo consigo. Después sólo he pensado en su ausencia, nada más.

No le conté mis sueños donde incluso aparecía ella. No quería asustarla ni que pensase que estaba perdiendo la cordura.

—No sé nada —insistí—, no sé nada —repetí perdiéndome entre mis palabras, aunque por mucho que las repitiese no cambiaban lo que sospechaba desde el primer momento.

—Ven, sigamos caminando —me invitó—, mientras, te contaré la historia, la llevo amarrada a mi corazón y cada vez que estoy a tu lado me oprime de tal forma que si no lo comparto contigo me entra una sensación de asfixia, de ansiedad,… tú no eres el único que no sabe qué hacer.

—¿No tienes frío? —quería parecer más amable y alargar lo inevitable—, pronto la tormenta alcanzará tierra… deberíamos regresar.

—No importa —insistió—, estoy a gusto sintiendo la humedad

de la arena en mis pies, disfruto de estos pequeños detalles que me ofrece la vida, tu compañía… —me observó con una calidez en la mirada que sólo poseen los amantes.

Me sentí reconfortado por sus palabras. No encontré ningún adjetivo que expresara sentimientos así. Cuando a pesar de ser rudo y descortés, percibes que la persona que tienes a tu lado, entiende cómo te sientes, te comprende leyendo entre las líneas en lo más profundo de tu ser sin necesidad de decir nada. Así me sentía con ella, como si me hubiese conocido ya en otra vida. Quise evitar el tema nuevamente aunque sabía que solo podría retrasar el instante en el que me lo contaría todo.

Cambié totalmente de tema, no quería seguir hablando sobre ello; ese recuerdo clavaba más melancolía en mi corazón y no me dejaba vivir.

—¿Sabes que estoy componiendo canciones para sacar un disco en solitario? tengo algunas terminadas y otras en proyecto, los últimos días de mi estancia en la clínica las letras fluían como si formasen parte de mi terapia; si quieres puedo ponerte alguna.

—Me encantaría escucharlas todas —respondió con un brillo nuevo en sus ojos—, pero no me has contado nada de que hubieses estado en una clínica.

—Salvo por esto, prefiero olvidar ese tema —zanjé—. Necesito críticos que me digan con franqueza lo que les parece. Creo que a ti te sobra de eso.

—¿Gracias? —bromeó—, me lo tomaré como un cumplido y como veo que no te sobran, disfrutaré de él. Ver el lado bueno de las cosas ¿recuerdas?

—¡Ves como sí que lo eres! Y aunque a veces pueda hacer daño, ahora lo prefiero a una mentira o a un silencio piadoso.

—¿Realmente lo vas a hacer? Creo que sería el pasaporte para poner un poco de «normalidad» en tu vida —marcó las comillas con su gesto característico.

—Lo intento, bien sabe Dios que lo intento con todas mis fuerzas, aunque me está resultando muy difícil. No sé si el disco verá la luz, pero al menos me mantiene la mente ocupada.

Quería contarle todo, cada detalle, hasta el más ínfimo. Las dificultades que tenía de concentración; los momentos en que parecía olvidar todos los acordes o simplemente no era capaz de afinar las guitarras, o encontrar la última canción, una que definiese el trabajo que trataba de hacer. La que sirviese para no olvidar a

Diego, y que perviviese al paso del tiempo.

Continuamos hablando durante un buen rato, incluso llegamos a reírnos. A pesar de ello no pude relajarme del todo, estaba muy tenso y ella lo notaba, trataba de hacer todo lo posible para que me sintiese bien, pequeños gestos, pequeños detalles, una caricia leve en mi mano o un suave beso en la mejilla. Yo quería pero no podía distenderme por completo. El tiempo con ella se me pasó tan rápido que sin darnos cuenta teníamos la tormenta encima, ya se escuchaban los truenos casi al lado. Sabía que la despedida estaba cerca, no deseaba que se fuese pero tampoco sabía cómo retenerla. Quizás en el fondo no quería que se quedase, no al menos esta noche. Necesitaba tiempo.

Caminábamos de vuelta a la casa sin prisa en silencio cuando me preguntó:

—¿Cuánto falta?

—¿Cuánto falta para qué? —pregunté extrañado.

—Para que vuelva el Víctor que conocí en el hospital, el que me recibió cuando llegué aquí.

No sabía que contestar.

—No sabría decirte. Puede que nunca.

Me detuve mientras Nita seguía caminando lentamente. Me pasé las manos por mi alborotada melena como si eso pudiese poner orden en mis ideas; por momentos me daba cuenta de que la perdía. Sentí como sus expectativas se desvanecían. Podía notar cada pensamiento que pasaba por su cabeza. Eso me daba miedo.

—Añoro la persona que era cuando vivía Diego—manifesté lacónicamente.

—Si tú quieres me tendrás a tu lado para ayudarte a volver a serlo.

—Muchos días como hoy no me reconozco, como si fuese un extraño incluso para mí mismo. Me siento tan perdido cada día desde que ocurrió aquello…

Se detuvo y me miró fijamente, ya no era capaz de levantar la cabeza y cruzar la vista con la suya.

–…Busco respuestas entre las sombras —continué—, en los lugares que jugaba con él, en los caminos por los que paseábamos, pero nunca las encuentro, ni siquiera sé si existen. Sólo encuentro silencios que me enloquecen y me empujan hacia el abismo.

—Llora si es lo que necesitas, llora sobre mi hombro cuanto quieras.

—En todo este tiempo no he sido capaz de derramar ni una sola lágrima.

Durante la conversación no nos besamos, ni nos cogimos de la mano, los roces de nuestra piel fueron tan leves que parecieron pasar inadvertidos aunque no para mí, no conseguí mirarle directamente a los ojos más que lo que duraba una mirada furtiva.

—Necesitas tiempo Víctor y resulta que yo lo tengo —me dijo tiernamente—, déjame quedarme a tu lado para pasarlo juntos.

—No entiendo por qué quieres hacerlo… soy un desastre, un ser despreciable que ya no encuentra sentido a estar en este mundo.

—Porque eres lo mejor que me ha pasado nunca —sus ojos brillaban llenos de lágrimas mientras me lo decía, al mismo tiempo sus labios temblaban—. Y no eres así como te ves, tienes tu música, los recuerdos, me tienes a mí…

Sentía ganas de estrecharla entre mis brazos pero no lo merecía, yo no lo merecía.

—Nita, no soy una buena persona —dije.

—Yo tampoco Víctor, yo tampoco lo soy. Nadie lo es —respondió—, todos tenemos un pasado, eso no lo podemos cambiar, pero podemos escribir nuestro futuro juntos. Sólo tienes que desearlo como yo lo hago.

Enmudecí, no pude articular ni una sola palabra, ella permaneció en silencio hasta que volvió a caminar pausadamente hacia la casa. Subió los escalones y se sentó en una de las sillas del porche para colocarse los zapatos. La seguí hasta donde se encontraba, cogí la toalla que estaba tendida sobre la otra silla, me agaché y tomé uno de sus pies entre mis manos, lo acaricié suavemente y con delicadeza le quité la arena pegada a su piel. Ella secaba sus lágrimas, acarició mi pelo mientras terminaba de limpiar la arena de sus pies, le calcé los zapatos con sumo cuidado. Ella se puso en pie.

—Tengo que marcharme —dijo apenada—, ¿estarás bien?

—Supongo que sí, hasta que vuelva a pensar en él supongo que sí —respondí—, su recuerdo no me abandona y seguro que se hará más fuerte en el mismo momento en que te vayas.

Un relámpago iluminó la noche que ya había caído sobre la casa, le siguió un fuerte trueno que hizo temblar los cristales. Estaba abatido por el sufrimiento de perder también a la mujer de la que me había enamorado.

Ella se encaminó hacia la puerta, abatida también, antes de salir se giró hacia mí.

—¿Sabes? —dijo—, tengo la sensación de conocerte desde hace mucho tiempo, en otra vida.

—Yo siento lo mismo, tengo la impresión de estar conectado a ti

por un hilo invisible que une nuestras almas.

—¿Tú también crees que existen las almas gemelas?

—Puede ser porque a veces acabamos conociendo a nuestros «ángeles» buenos… —hice el mismo gesto que utilizaba ella para remarcar las comillas.

Abrió la puerta, antes de salir se acercó a mí, frente a frente nos miramos a los ojos. Sabía que con la mirada me decía «te quiero», pero fui incapaz de responder. Acercó los labios a mi mejilla, me besó delicadamente y se marchó. El portazo retumbó en mi corazón como si lo hubiese golpeado salvajemente.

A poco de partir comenzó a llover con una fuerza tremenda, como si la naturaleza se hubiese puesto de mi parte impidiendo que Nita se alejase de mí. Otro relámpago iluminó la casa de manera casi cegadora como si por unos segundos se hubiese hecho de día; acto seguido resonó estrepitosamente un trueno estremeciendo los cimientos de la vivienda.

25

Me quedé mirando la puerta cerrada, en ese instante creí que volvería a llamar, que abriría la puerta y sin mediar palabra me abalanzaría sobre ella para abrazarla y amarla sin reservas. Lo único que sonó fue otro trueno que estremeció la casa de nuevo, bajé la cabeza, absorto en mis pensamientos y me dirigí al porche, quería contemplar la tormenta que descargaba su furia sobre la casa y alrededores, como el eco de mi propia tormenta interior. Otro rayo irrumpió en la noche con tal fuerza que saltó la instalación eléctrica y la casa quedó sumida en la oscuridad, encendí una vela antes de dirigirme al exterior, cuando las tormentas descargaban cerca ocurría a menudo, por eso no me preocupé lo más mínimo por el asunto.

—¿Te escondiste mientras estaba Nita aquí? ¿eh?

El gato estaba sentado como una estatua en el quicio de la puerta de la galería del porche, podía ver su sombra y el brillo de sus ojos escrutándome, parecía entender mis palabras.

—¿No querías que te la presentase? —continué hablándole—, no me importa, creo que ya sabe que estoy como una cabra. No hace falta que le diga que hablo con un gato negro, que creo que él fue el causante de la muerte de mi hijo —continuaba impasible—, y que ahora tengo la sensación de que es su reencarnación —agaché la cabeza—. ¿Pero qué estoy diciendo? Decididamente me he vuelto loco.

Salí al porche dando un pequeño puntapié al maldito animal para no tropezar con él y me apoyé en una de las pilastras.

—¿Tú qué opinas? ¿Estoy loco? —le pregunté gritando.

—No más que otras personas que conozco, ¿quién no lo está en este mundo que gira tan deprisa? —la voz de Nita me sorprendió—. ¿Con quién hablabas?

Me giré y allí estaba ella totalmente empapada, con los zapatos en la mano, el vestido mojado marcaba cada curva de su cuerpo, hasta las más íntimas, se abrazaba aterida de frío, la humedad calaba sus huesos. El pelo enmarañado y totalmente empapado le caía sobre el rostro, tapando uno de sus ojos. A cada minuto que la contemplaba sin saber qué hacer, sorprendido por la situación, un nuevo escalofrío hacía temblar su cuerpo de la cabeza a los pies.

Un rayo iluminó la escena durante un par de segundos, el cielo seguía descargando su ira en forma de agua y electricidad, notaba como el pulso martilleaba mis sienes por lo cargado que estaba el ambiente.

—¿No tendrás una toalla? —dijo entre el castañeteo de dientes—, voy a pillar una pulmonía si me dejas así y no me ayudas —continuaba hablando mientras yo no salía de mi particular trance.

¿Acaso me estaba convirtiendo en un ser egoísta y ególatra incapaz de preocuparme por los demás? Por un momento seguí contemplando a Nita sin importarme lo más mínimo qué le ocurría.

—¡Víctor! —me gritó—, ¿estás aquí?

—Sí, aquí estoy —respondí automáticamente—, discúlpame.

Entré en casa cómo un autómata, a mi espalda una intensa lluvia repiqueteaba sobre el suelo en la oscuridad. ¿Qué me ocurría? Cinco minutos antes deseaba que Nita volviese a llamar a mi puerta y ahora que lo había hecho no reaccionaba. Abrí el armario donde guardaba las toallas y tomé la más grande que encontré, también cogí una camiseta, una sudadera grande y un pantalón corto para que pudiese secarse y cambiarse la ropa que llevaba chorreando por una seca.

Regresé al salón y allí seguía ella, temblando de frío. Sin decir una sola palabra le puse la toalla sobre los hombros para que entrase en calor. Le ofrecí la ropa. Se escuchó un chasquido seguido del destello de otro rayo y la casa de nuevo se estremeció, un

descarnado viento se coló por los ventanales del porche y apagó las velas, la habitación quedó sumida en las sombras, me quedé callado mirando como la silueta de Nita cortaba la escasa luz que entraba por el ventanal.

—Quizá sería mejor que te cambiases de ropa —murmuré.

—¿Quizás? Pero Víctor ¿qué te ocurre? Soy yo, Nita, he vuelto.

—Nada, no me ocurre nada —contesté como ausente, me sentía cohibido sin razón, incapaz de encontrar un motivo para este cambio de actitud que estaba experimentando en su presencia.

La acompañé al baño para que se pudiese cambiar, iluminaba el camino con una pequeña linterna y una vela que daban un aspecto fantasmagórico a la situación, sólo se escuchaban nuestros amortiguados pasos. Me quedé en el pasillo por si necesitaba mi ayuda. La puerta del baño quedó ligeramente entornada, en el espejo podía ver como se quitaba el vestido mojado y se secaba con la toalla, pasándola suavemente sobre su piel acariciándola. No sé si hacía lo correcto, me sentía turbado pero al mismo tiempo quería estar allí, deseaba entrar en el baño, abrazarla, sentir su piel pero estaba claro que algo había cambiado en mí, que ya no era el mismo.

Cada uno construye su propio infierno, cuando las circunstancias no ayudan sólo buscamos excusas, pretextos para no continuar. Tiramos por el camino más fácil, dejarnos quemar por las llamas de ese infierno hasta que nuestra existencia queda reducida a cenizas, unas cenizas que tan pronto como sopla el viento, desaparecen. Quedamos así reducidos a la nada más absoluta. Por un momento trataba de esquivar ese infierno. Pero ese lado oscuro, más sencillo, me atrapaba no dejándome reaccionar. Tenía claro que salir de nuevo a flote iba a ser una tarea ardua, tortuosa y larga.

Hoy en día mi vida dista mucho de ser feliz, aunque trato de encontrar la felicidad, los antidepresivos ayudan a poner límites a mi caída. No es la mejor solución; sé que alguna gente no los ve con buenos ojos, yo tampoco aunque parezca mentira pero si son el impulso que necesito para salir de esta espiral no dudaré en tomarlos. Las pastillas adormecen el raciocinio, los sentimientos, los sueños, las emociones, hasta anular al ser, lo he sufrido y aún lo

sufro en mis carnes y puedo dar fe de que así es.

El suicidio ya no entraba dentro de mis opciones, vivía con la sensación de tener que expiar todas mis culpas, trataba de hacer lo correcto en mi vida y con los que me rodean. No podía dejar marchar a Nita, por otro lado no sabía la fórmula para que se quedase a mi lado. Mi creciente egoísmo y egolatría me provocaban el suficiente miedo como para no poder afrontar una nueva relación. La salida de los infiernos sería un largo y tortuoso camino y, sobre todo, solitario.

Continué observando su reflejo en el espejo del baño como un joven adolescente haciendo una travesura inconfesable, que ve el cuerpo desnudo de una mujer por primera vez, ávido por escrutar todas sus partes; por un efímero instante nuestras miradas se cruzaron. Me sentí muy turbado y excitado cuando me descubrió espiándola por el pequeño hueco que dejaba la puerta. Di media vuelta y, a oscuras, volví al salón, trataba de buscar una excusa para justificar mi acción mientras intentaba sin éxito encender de nuevo las velas. Los relámpagos iluminaban la estancia dilatándose cada vez más en el tiempo, la tormenta se alejaba mar adentro, la lluvia seguía golpeando el suelo cada vez con menos intensidad, salí de nuevo al porche para respirar el aire fresco y el límpido ambiente después de la tormenta.

Entre los arbustos de la finca podía distinguir sus ojos verdes, observando cada uno de mis movimientos, esperando el momento apropiado para acercarse a mí, pero tenía la sensación de que mientras Nita estuviese cerca no lo haría, como si recelase de ella o, simplemente, para protegerme de mi locura ante su presencia, para que ella no pensase que estaba más desquiciado de lo que realmente estaba.

Me senté en las escaleras del porche sumido en la oscuridad, profanada tan sólo por el danzar de las llamas de las velas, la lluvia había cesado, sentí la humedad del suelo inundándome la piel, incluso a través del pantalón, pero no me resultaba desagradable, me hacía bien; lo que sí me causaba incomodidad era el hecho de no saber qué hacer en aquella situación.

Sentí los pasos de sus pies descalzos a mi espalda, me giré para verla, le sobraba ropa por todos lados paro aun así vestida, me

parecía tan hermosa… con su larga melena morena cayendo húmeda sobre sus hombros, me sentía tan vivo en ese instante, pero al mismo tiempo me encontraba muy incómodo por no vislumbrar la salida de mi particular infierno, parecía que convivía con dos personas enfrentadas dentro de mí.

Se sentó a mi lado en las escaleras, observamos en silencio la oscuridad y como en el cielo comenzaban a aparecer cientos de estrellas, señalé hacia al infinito.

—Mira, esa es Casiopea —dije mientras rodeaba con el dedo un grupo de estrellas.

—¿De verdad?

—No tengo ni la más remota idea, sólo quería romper este turbador silencio entre nosotros —sonreí.

Ambos comenzamos a reír, me sentía un poco más relajado, aun así quería pero no podía, no sabía qué hacer, era muy tarde y una conversación banal no me seducía, seguro que a Nita tampoco.

—Será mejor que descansemos —dije sin convencimiento—, tú puedes dormir en mi cama y yo dormiré en el sofá —le solté como un autómata.

Me miró de reojo bastante sorprendida, después de todo mi intuición me fallaba.

—No quiero dormir sola, podemos hacerlo juntos.

—No sé si es lo más apropiado en este momento.

—¿Por qué? ¿qué le ocurre a este momento? No entiendo tus dudas, pensé que… —no terminó la frase.

Mi cabeza no paraba de elucubrar, me sentía indefenso, en ese instante no quería ser su amante pero podía sentirme dentro de ella y eso me reconfortaba de una forma que nunca había sentido. Trataba de hablar, de explicárselo pero las palabras se atropellaban en mi boca balbuceando de forma incoherente, puso su dedo índice en mis labios tratando de callarme, acercó los suyos pegándolos a

los míos durante unos segundos.

—Víctor, no te mortifiques más, no sé qué te pasa, ni sé que se ha roto dentro de ti me da igual donde quieras llegar, para mí… para nosotras no hay futuro sin ti, estoy dispuesta a seguirte donde sea.

—No quiero que me sigas —respondí—, sólo que me acompañes, pero ahora no puede ser, sólo te haría padecer y llorar.

—No digas eso… —susurró con lágrimas en los ojos.

—Algo dentro de mí me impulsa a pensar que, a veces, cuando nadie me ve, revuelvo entre la basura de mi pasado. No sé realmente lo que busco, quizá la solución a mis problemas del presente, pero lo único que consigo es mancharme las manos.

—Víctor, sabes que estaré incondicionalmente a tu lado, pero tienes que desearlo, yo no puedo decidir por ti…

—Nita —pronuncié su nombre para reforzar mis palabras—, sabes tan bien como yo que todo puede cambiar en una fracción de segundo, todo lo que queremos ser y no hicimos. No quiero comprometerme a nada, cada minuto puede ser el último.

Nos miramos intensamente a los ojos sin decirnos nada, escrutándonos en lo más profundo de nuestro ser, tan callados que un silencio que se podría cortar invadió nuestros corazones. Después de permanecer un rato así, la tome de la mano, nos levantamos y nos dirigimos al dormitorio. Yo me tumbé de medio lado, dándole la espalda, ella boca arriba, como dos desconocidos que no les queda más remedio que acostarse juntos. Sentía su respiración en la quietud de la noche, imaginando como subía y bajaba su pecho; por momentos creí oírla sollozar, lo único que me apetecía era abrazarla, besarle el pelo… pero sentía pánico, incapaz de controlar la situación. Me encontraba cada vez peor, me ardían las mejillas a la vez que un sudor frio bañaba mi cuerpo, no era capaz de darme la vuelta aunque era lo que más deseaba. Sería mejor que me durmiese.

Noté cómo se giraba para abrazarme por detrás, apretó su mano contra mi pecho a la vez que me susurró al oído:

—El corazón de Diego late en el pecho de Alicia; tal vez el destino ha querido que siga viviendo en ella.

De alguna manera yo ya lo sabía, no me sorprendió, pero incapaz de asimilarlo me zafé de sus brazos y me incorporé sentándome al borde de la cama.

—¿Estás bien? —su tono de voz denotaba preocupación, arrepentida por habérmelo dicho—, pensé que querrías saberlo.

Un zumbido ensordecedor repiqueteaba en mis sienes, apenas podía tragar saliva y cada vez que lo hacía era como engullir un alambre de espino, me faltaba la respiración, como si de fotogramas se tratase se repetían las escenas del accidente, tenía la sensación de que todo ocurría a cámara lenta, sentí que moría en vida.

Nunca fui adicto a las drogas duras, a pesar de desenvolverme en ambientes en los que su consumo era habitual, no pasé más allá de fumarme algún porro, pero en ese momento de dolor infinito necesitaba tomarme algo fuerte que me dejase KO y despertar de aquella pesadilla al día siguiente como si nada hubiese ocurrido.

Los recuerdos de Diego se agolpaban en mi cabeza, me di cuenta de que lo único que quería era que volviese, no había ni un solo instante de mi patética existencia que no soñase con que seguía vivo, que aquel accidente sólo había sido una pesadilla.

—Quisiera llorar, pero soy incapaz —comencé a hablar con emoción contenida y la voz entrecortada—, quisiera gritar pero los gritos enmudecen ahogándose en mi garganta. Su recuerdo sólo trae desolación a mi corazón, recordándome que soy un tipo deleznable. No sé qué hacer ni sé si quiero hacer algo.

Silenciosamente se incorporó para abrazarme de nuevo por detrás, enlazó sus manos sobre mi pecho desnudo acariciándolo, sentía su cálida piel en mi espalda. Al incorporarse un poco más noté el roce de sus turgentes pechos mientras me besaba tiernamente el hombro.

—Déjame ayudarte —me susurró al oído.

Rodeó mi cuerpo hasta sentarse frente a mí sobre mis rodillas, su

cuerpo semidesnudo me intimidaba con sus sensuales curvas.

—No creo que deba —susurré desviando la mirada al infinito de aquel cuarto—, no creo que pueda…

—Claro que puedes, y debes —respondió ella—. Date tiempo, no te preocupes, yo te ayudaré a superarlo.

Rodeó mi cuello con sus brazos y sentí sus labios sobre los míos, antes incluso de que entrasen en contacto. Quería estar con ella, besarla, acariciarla, amarla, pero mi mente no dejaba aflorar lo que mi corazón deseaba; me sentía tan miserable que pensaba que no merecía una nueva oportunidad para amar.

Lentamente sus labios fueron recorriendo mi rostro llenándolo de suaves caricias con sus aterciopelados labios, yo me dejaba llevar, me dejaba amar por ella.

Poco a poco con la mayor delicadeza me tumbó sobre la cama, se despojó de la única prenda que llevaba puesta; yo podía sentir toda su piel sobre la mía, aun con los ojos cerrados percibía como recorría mi cuerpo con sus manos, cada rincón de mi ser. Le dejaba hacer sin poner resistencia alguna, me tenía a su merced, navegando a favor de la corriente.

—Déjate amar, Víctor —me susurró al oído mientras me mordisqueaba el lóbulo de la oreja de una manera tan natural pero sensual a la vez que no podía reprimir excitarme aunque quisiese hacerlo.

Me hizo el amor durante lo que me pareció una eternidad de placer, perdí la noción del tiempo. Sentí de nuevo lo que era ser amado sin condiciones; de una forma en la que no hacían falta las palabras ni las preguntas. Todo estaba implícito en nuestros sudorosos cuerpos. Nita continuaba recostada sobre mi cuerpo, con el oído izquierdo en mi pecho, contando cada uno de los potentes latidos que bombeaban la sangre de mi destrozado corazón ligeramente recompuesto por sus cuidados. Poco a poco Nita se fue deslizando a un lado de la cama hasta acoplarnos en un abrazo perfecto, un tranquilo silencio nos envolvía permitiendo que los sentimientos flotasen en el ambiente de aquella habitación. Sentí como se quedó dormida profundamente; a mí me costó un poco

más, mi mente no me daba tregua ni siquiera en ese momento de paz. Pensaba en todo y todos los sentimientos del mundo se arremolinaban en mi cabeza, tendría que deshacer aquel momento y tomar algún fármaco, pero finalmente las endorfinas realizaron su efecto analgésico y una sensación de bienestar me fue invadiendo hasta que al fin pude quedarme dormido.

Podría haber dormido hasta medio día, o incluso más, no había conectado la alarma del despertador, hoy no hacía falta, una pequeña y extraña sensación de felicidad colmaba mi corazón. Lo sucedido la noche anterior me ayudaba a albergar alguna esperanza.

La luz tenue entraba por la ventana con los primeros rayos del sol, el perfume de Nita inundaba suavemente la estancia, por unos minutos me quedé inmóvil tratando de sentir también su presencia, hasta que aquel gato saltó sobre mi pecho olisqueándome la cara, dándome los buenos días a su manera, frotando su hocico contra mi nariz. Enseguida se desvaneció la ilusión de encontrar a Nita acostada a mi lado.

—¡Quita de encima, maldito gato! —grité al animal mientras me incorporaba de un salto.

Efectivamente, Nita ya no estaba en la habitación. Me levanté de la cama pensando que la encontraría abajo en la cocina.

—¡Nita! —grité sin obtener respuesta alguna.

La presencia del gato dentro de la casa me alertó de que mi llamada era en vano, aun así recorrí una a una todas las habitaciones buscándola. El gato me seguía a cada paso que daba, deslizándose entre mis piernas como si de un trapecista se tratase, o más bien como un niño pequeño que no quiere quedarse solo. Busqué incluso por los alrededores de la finca, bajé hasta la playa creyendo que la encontraría allí, siempre con el animal tras de mí.

—No la encontraré ¿verdad? —le pregunté, a lo que el animal respondió con un maullido más parecido a un quejido que a una afirmación, pero me valió por respuesta, no sé por qué intuía que me entendía.

Decepcionado regresé a casa y me dirigí a la cocina, necesitaba tomar algo que me calmase la ansiedad, a falta de sustancias legales o de dudosa procedencia trataría de conformarme con un café.

En la mesa de la cocina, apoyado sobre un salero había un sobre con una nota garabateada con prisa:

«Para Víctor»

Lo abrí para comprobar que se trataba de una nota, y en un arranque de ira rompí aquel papel y el sobre en mil pedazos sin leer su contenido, arrepintiéndome de ello acto seguido. Traté de recomponerlos como si fuese un puzle barato de esos de mil piezas que apenas encajaban entre sí.

Un terrible dolor de cabeza apelmazaba mis sentidos y de nuevo aquel zumbido me ensordecía, regresaron las palpitaciones que me hacían temer lo peor, tenía que controlarme si no quería caer otra vez en el abismo, en ese profundo pozo del que estaba saliendo con tanta dificultad. Apenas podía tragar saliva, volvía a ser como tragar un alambre de espino. Quería morirme en aquel preciso instante.

Con las manos temblorosas por ese miedo irrefrenable a la soledad que me invadía, traté de recomponer la nota de nuevo, separando escrupulosamente los pedazos del sobre para facilitar mi tarea.

Con ayuda de cinta adhesiva, poco a poco aquellos pedazos me devolvieron el mensaje que una hora antes había destruido con la intención de… ¿Quién sabe? Sí, con la intención de olvidar todo lo ocurrido como si hubiese sido una pesadilla; pero realmente yo no quería olvidar. ¿A qué tenía miedo entonces? ¿a volver a encontrarme solo? ¿a que de algún modo me hubiesen utilizado? ¿a no volver a vivir en paz conmigo mismo? ¿de qué tenía miedo? Me sentía totalmente confuso, busqué las respuestas en el papel que tenía entre las manos, lo que me quedaba de su visita.

Querido Víctor:

Siento haberte dejado de esta manera tan furtiva, pero a veces es mejor una despedida así que tratar de reprimir un montón de lágrimas cara a cara. No quiero que pienses que es cobardía por mi parte, sé que necesitas tiempo para asimilar todo esto y no podía añadir más dolor a mi partida.

Decidas lo que decidas sabes que siempre me tendrás a tu lado. Yo seguiré con el recuerdo de haberte amado con todo mí ser, aunque sólo fuese una noche.

No quiero ahondar más en tu pena, que es la mía también, así lo siento. Al igual que esperé hasta el último momento por un corazón para Alicia, así esperaré tu llamada el día que así lo decidas.

Siempre tuya, Nita

Llámame 566151943

La nota temblaba entre mis manos, si hubiese sido capaz de hacerlo, habría llorado, pero las lágrimas seguían agolpándose en mis ojos, incapaz de derramarlas. Como un interruptor que se accionó en mi mente mis pensamientos dejaron de atormentarme por primera vez desde hacía meses. Tenía que aprender a confiar en mi instinto de nuevo, no me había fallado en condiciones normales, pero sí manteniendo mi actitud negativa hacia todo mi entorno. Tendría que seguir adelante sin olvidar lo sucedido, ni de dónde venía. Diferenciar a las personas tóxicas que habían invadido mi vida de las que realmente merecían la pena.

—¿No crees? —pregunté al gato mientras me observaba impertérrito subido en la mesa donde yacía la nota. Con suavidad puso su pezuña delantera sobre el trozo de papel como si estuviese asintiendo.

26

El viaje sería duro, pero había llegado el momento de salir de la cueva en la que estaba anclado, al menos tenía que intentarlo. No podía seguir ignorando al mundo. Había compuesto las suficientes canciones para poder grabar el disco que siempre deseé; con un sonido distinto, lejos de los ritmos más duros que tocaba con el grupo, por eso quería hacerlo al margen de él. Ahora tenía la oportunidad y sobre todo el tiempo para hacerlo. El dinero era otro tema, ya me las apañaría; pero tenía que luchar por ello, se lo debía a Diego, y me lo debía a mí mismo.

Me pasé los siguientes días planeando el viaje, haciendo las llamadas necesarias para tenerlo todo atado, evité llamar a Nita, pese a los efectos de su nota, aún no me sentía preparado para hablar con ella; empezaba a tener claros mis pensamientos, los sentimientos eran fuertes y resistirían, estaba convencido de ello. Todo cambia en un minuto y no podía dejar pasar ni uno más sin hacer aquello que hacía tiempo deseaba. A pesar de que también sabía que me faltaba una canción, que rondaba mi mente pero que no acababa de fluir, aun así no debía demorar mi partida y tratar de salir del pozo.

El cielo apenas estaba nublado aquella mañana, era extraño el tiempo tan desapacible de los días anteriores para esa época del año; los grillos cantaban alegremente, dispersos entre la hierba alta que rodeaba el camino de acceso a la casa.

Cargaba el todoterreno para iniciar el viaje, incluso a lo lejos se oía el mugir de alguna de las vacas que poseía Antonio; echaría de menos aquel lugar, pero ya habría tiempo de volver cuando acabase. Terminé de cargar el coche fatigosamente, todavía estaba en muy baja forma, también debería solucionar eso.

Cerré la casa, le dejaría las llaves a Adela, ella había insistido, para pasarse de cuando en cuando a echar un vistazo por si había algún problema; sabía que ese «de cuando en cuando» sería todos los días, pero no podía poner coto a eso, la amistad con mis vecinos había florecido como un campo en primavera. La anciana pareja había sido un gran apoyo para mí en aquellos meses y no me apetecía discutir su amable ofrecimiento, así que antes de partir pararía por su casa para despedirme.

Cuando coloqué el equipaje en el coche, busqué al gato negro por todos lados pero no hallé ni el menor rastro del animal. Quería llevarlo conmigo, había algo en él que me seguía desconcertando, algo que me resultaba tremendamente familiar. Al final desistí de mi empeño, me apoyé sobre el capó del todoterreno para echar un último vistazo al entorno y despedirme antes de marcharme. Sentía que dejaba allí parte de mí.

Ya estaba acomodado al volante cuando por el retrovisor pude ver un deportivo como el de Ana pero de color azul, no era ella quien conducía si no Ramiro, en otro tiempo amigo y gestor de mi dinero, ahora amante de Ana y abogado de la «parte contraria».

—¿Qué coño querrá este ahora? —mascullé entre dientes mientras seguía viendo sus movimientos por los espejos de mi coche.

Por un momento pensé en arrancar, ignorarle y dejarle con la palabra en la boca, marcharme sin mirar atrás; pero cambié de opinión, apagué el motor y descendí para encararme con él. Me saludó amistosamente con una falsa sonrisa en la cara.

—¿Qué cojones quieres tú ahora? ¿No me has robado bastante ya? —le interpelé.

—Yo también me alegro de verte —bromeó, tratando de ser conciliador, con esa estúpida sonrisa en su boca, manteniendo una forzada y excesiva alegría.

—Yo ni lo más mínimo —le atajé con aspereza.

Como poseído, ataqué indiscriminadamente cualquier pequeño vestigio que pudiese quedar de nuestra amistad, sin ningún remordimiento.

—Creo que ya sabes a qué vengo —continuó hablando pero ya en otro tono más ceremonioso y frío—. También soy el abogado de Ana, tenemos que solucionar esto de una forma amistosa…

—¿También? Estás de coña ¿no? —continué bombardeándole—, si crees que sigues siendo mi abogado estás muy equivocado. Ni mi abogado, ni mi amigo, aun conociéndote bien, creo que ni siquiera sé quién eres…

—Esto son negocios, Víctor, nada tiene que ver con la amistad.

—¿Qué coño estas diciendo? ¿pero tú te estás escuchando? —repliqué—. ¿Crees que después de todo esto podemos seguir siendo amigos? ¿Ni siquiera conocidos? ¿Te dicen algo las palabras cabrón e hijo de puta? —Las solté casi silabeando, regocijándome en cada una de ellas.

—No puedes estar hablando en serio —contestó a mis airadas palabras.

—Esto es surrealista. El que no puede creer que esta conversación esté sucediendo soy yo —dije con calma, conteniendo mi ira—. Siempre has tenido un sentido del humor muy peculiar, que a pesar de los años que hace que nos conocemos, casi nunca entendí y hoy todavía menos.

—¡Víctor! Por los viejos tiempos…

—Ni Víctor ni hostias, por lo viejos tiempos debería darte una buena paliza, so cabronazo. Si hoy eres alguien es gracias a mí, gracias a que te di tu primera oportunidad cuando nadie confiaba en ti, cuando eras un auténtico novato que no tenía ni puta idea del oficio, ¿o ya lo has olvidado?

Ramiro continuó plantado de pie junto al deportivo azul con esa mueca en los labios que le hacía merecedor de un puñetazo, sin articular ninguna palabra de defensa, ni a su favor ni en favor de Ana.

—Pero sí, parece que lo has olvidado. Como siempre, olvidas lo que te conviene.

—Sólo quería ayudar —contestó, siempre con esa sonrisa sardónica.

—¿Ayudar a qué? Maldito cabrón —vociferé de nuevo, tratando de desahogarme sólo con las palabras, y apretando el puño clavándome las uñas en la palma de la mano—. ¿A calentarle la cama a Ana? ¿a rematarme? ¿a hundirme más en la miseria?

—Eres injusto, aún no me has escuchado lo que vine a decirte…

Solté una risotada fingida, me resultaba increíble su cinismo y frialdad, y como se creía su papel en esta representación de lo absurdo.

—¿Injusto? No sé si quiero escucharte, ni si quiero seguir hablando contigo o darte una somanta de hostias. Muere mi hijo, mi mujer me echa la culpa y me abandona…

—Pero Víctor, si vosotros ya no…

—…Y esa es tu disculpa para metérsela, Sé qué harías cualquier cosa por un porcentaje, pero follártela antes de que nos separásemos y con la muerte de Diego tan reciente… has ido demasiado lejos… Ahora dime tú quiénes son los monstruos de esta historia.

—Ella necesitaba consuelo, se sentía sola, necesitaba alguien en quien confiar y tú estabas desaparecido.

—Y allí estabas tú, con la polla desenvainada, por si acaso ¿no? —continué con todo el sarcasmo que pude—, dispuesto a metérsela a la pobre damisela desvalida y en apuros ¿pero tú te estás escuchando? ¿Crees que soy gilipollas?

No supo que contestar, ni creo que mis ataques estuviesen en su guión, yo no era el mismo de antes. Sacó del coche una carpetilla llena de documentos, se acercó a mí temeroso, pensando que le iba a agredir. Ganas no me faltaban, pero en ese aspecto podía estar tranquilo, después de todo no quería meterme en más jaleos. Me tendió la carpetilla.

—¿Qué mierda es esto? —pregunté.

—La solicitud de divorcio, el acuerdo y condiciones para el reparto de bienes comunes…

Lo recogí para ojearlo por encima, no podía creer sus pretensiones, que pasaban por dejarme sin nada, excepto la casa de la playa que no aparecía en ninguna relación de bienes comunes; no quise seguir leyendo más y se lo tiré a la cara.

—Esto no es un acuerdo —dije –, es una puñalada trapera. No necesito leerlo, ya sé lo que queréis hacerme —volví al ataque—. ¿Ya habéis pagado los coches? ¿o esperabas llevarte hoy la pasta?

—Víctor, sé razonable…

—Lo que no es razonable es que me vaciles así porque como sigas haciéndolo dejaré de hacer caso a esa vocecita interior que me dice que te mate a hostias.

Parecía que era precisamente eso lo que esperaba de mí, que le diese argumentos para luego poder atacarme en un hipotético pleito. Debía controlarme; aunque dudaba cuanto tiempo sería capaz de contenerme, tal y como me estaba provocando.

—Fírmalo, te conviene hacerlo…

—O si no ¿qué? —le corté desafiante—, ¿qué parte del «no» no has entendido? O necesitas que te haga el esquema en la cara.

Tras amenazarle volví a ver en sus ojos el deseo de que yo le agrediese, y la verdad es que estuve a punto de hacerlo pero me quedaría en eso, con las ganas. No me convenía verme envuelto en un caso de agresión.

Empezaba a cansarme aquella conversación, asomaba ya una nueva jaqueca así que decidí zanjarla con un portazo y arrancando el coche, pero él saco un nuevo tema, el tema del dinero, las ganancias de la nueva gira del grupo.

—¿Qué dinero? —pregunté haciéndome el loco.

—Sabes muy bien de qué te hablo. Ana tiene derecho a la mitad de ese dinero.

—Estás muy equivocado —repliqué aun sabiendo que tenía razón—, moralmente Ana no tiene derecho a nada.

—Te recuerdo que aún estáis casados.

—Haz el favor de no recordármelo —bromeé con suficiente

ironía—. No hay tal dinero —mentí—, renuncié a él antes de comenzar la gira.

—A mí no me engañas.

—No, eres tú el que me estás engañando a mí. Es Ana la que me engaña con un tipejo como tú aunque esto ya hace unos minutos que ha dejado de importarme. Si sabe que lo he recibido, que venga ella en persona a reclamármelo —continué desafiante—, y que no se escude en un gilipollas picapleitos de tres al cuarto como tú ¿Queda claro o te hago un dibujo?

—No te preocupes, nos veremos en el juzgado.

—Y tú tampoco te apures, ya averiguaré si todos estos años has estado robándome algo más que la confianza que tenía en ti… —después de un silencio, sentencié—, …mírate en un espejo para ver en qué te has convertido.

Con la ira contenida me introduje en el todo terreno y arranqué haciendo sonar los neumáticos sobre el cuarteado asfalto de la pista, dejando a Ramiro plantado al lado de su deportivo envuelto en una nube de polvo, quién sabe si pensando en todo lo que había dicho; quién sabe si recapacitando sobre su actitud; quién sabe si saliendo de su estupor por no haberme intimidado lo más mínimo con sus trucos de abogado de pacotilla.

27

Paré delante de la vivienda de Antonio y Adela para despedirme y agradecerles toda la ayuda que me brindaron y de paso para dejarles las llaves de mi casa, Antonio así me lo había dicho: «por si tengo que pasarme por allí y veo alguna cosa rara», me recalcó.

Fue una despedida muy emotiva, Adela incluso tuvo que enjugarse las lágrimas un par de veces con la disculpa de una mota de polvo en los ojos antes de que partiese.

—Cuídate mucho, Víctor —me aconsejó cómo si fuese mi madre —, y ve con cuidado.

—Lo haré, Adela —respondí antes de darle un sonoro beso en la mejilla y fundirnos en un cálido abrazo.

Antonio nos contemplaba en silencio, guardando su emoción por dentro.

—Espero que encuentres lo que estás buscando, chaval —me dijo mientras nos estrechábamos la mano antes de darme también un gran abrazo; un abrazo sincero—. ¡Suerte! —remarcó mientras me introducía en el coche.

Por un momento creí ver a aquel gato, tumbado en el alféizar de la ventana, pero cuando me giré para comprobarlo, sólo conseguí ver una sombra desapareciendo entre los arbustos.

—Antonio, una cosa más, hay un gato muy grande y de color negro por esta zona que me gustaría que cuidases, tiene algo que no sé qué es…

—Descuida, sé de qué gato me hablas, aunque no se deja ver mucho, es muy peculiar. Cuidaré de él cuando se deje.

—¡Ah! Y si ves pasar en un rato un deportivo azul en dirección a la carretera le tiras una piedra de mi parte —le dije con ironía.

Arranqué el coche e inicié la marcha. A medida que me alejaba la imagen de la pareja se iba haciendo más pequeña en el espejo retrovisor hasta que finalmente desaparecieron. Era envidiable la relación que mantenían después de tantos años.

El viaje en dirección sur, hacía Madrid, fue lento, no porque hubiese mucho tráfico, si no porque levanté el pie del acelerador tan pronto como alcancé la autovía, a una velocidad que me

permitía contemplar todos los detalles del trayecto, algunos especiales para mí, otros nuevos que trataba de asimilar. Los recuerdos que me traían de otros tiempos, ni más ni menos felices, sencillamente otros tiempos que habían impregnado mi vida de experiencia, como si mi juventud, llena de locuras, siguiese allí, apenas visible por una fina capa de polvo que cubría todos mis recuerdos. Siete horas me llevó el trayecto que antaño realizaba escasamente en cinco, decidí que no tenía prisa. Así pensaría en lo ocurrido con Ramiro; aunque intentaría que no me afectase más de lo necesario.

Antes de pasar por mi hotel para descansar, quería pasar por casa de Héctor, una visita rápida para decirle que ya me encontraba en la capital. Apenas reconocía el lugar, estaba muy cambiado, también hacía mucho tiempo que no me detenía allí, las últimas veces siempre quedábamos en el centro de Madrid para vernos.

Detuve el todoterreno frente al portal de su casa, una modesta pero funcional construcción de hacía unos quince años. La diseñé yo para él y su reciente conquista, Julia, que acabaría siendo su mujer y una de mis mejores amigas. Una vivienda nada ostentosa por la que parecía que los años no pasaban, ¡cuántos recuerdos! Dentro guardaba un auténtico museo de la música moderna del siglo XX. Héctor era un coleccionista compulsivo de todo lo relacionado con la música rock.

Me asomé por los barrotes de la cancela, pude distinguir la figura de una mujer atareada en las labores del jardín; la empujé y como siempre estaba abierta, invitando a entrar a cualquiera que pasase por allí; así son Héctor y Julia. Me asomé al interior de la finca, era ella quien se afanaba podando algunos setos que parecían haber crecido más de la cuenta.

Se giró al oír el chirriar de la puerta metálica al cerrarse tras de mí. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Víctor! cariño —dijo de viva voz, soltó con rapidez los utensilios de jardín en el suelo y con un breve y grácil trote se acercó hacia mí para darme un enorme y reconfortante abrazo que jamás olvidaré. Pequeños detalles que ahora guardo en mi recuerdo.

—Hola Julia —no pude decir nada más en ese momento.

—¡Cuánto lo siento, cariño! —me susurró al oído al tiempo que me estrechaba aún más, nuestras mejillas estaban en contacto, sentí como una lágrima cálida se deslizaba por mi rostro aunque no era mía; yo seguía sin derramar ni una sola, ya tenía gente a mi lado que las derramaba por mí. Nos quedamos así durante un largo

instante. Nos sentamos en silencio en un banco situado en el jardín, a la sombra de una encina mientras ella enjugaba sus lágrimas.

—¿Te quedarás aquí?

—No, solo estoy de visita. Reservé habitación en un hotel del centro, no quiero ser una molestia para vosotros.

—Sabes que nunca lo eres —respondió—, pero lo entenderé si lo que quieres es estar solo. Aquí tenemos sitio de sobra.

—Lo necesito —contesté.

—Al menos te quedarás a cenar…

—Aún no he pasado por el hotel…

—¿Es el de siempre?

—Sí, soy animal de costumbres, allí siempre me tratan muy bien.

—No te preocupes, ahora mismo llamo y les digo que llegarás tarde, así te quedas a cenar.

—No discutiremos por ello.

Me pasó el brazo por la cintura, estrechándome de nuevo contra ella en un amistoso abrazo.

—¿Y Héctor? ¿Por dónde anda? —pregunté.

—Está ultimando los detalles del concierto en el pabellón de los deportes de la comunidad —me contó—. Tienen más problemas de lo esperado, ya sabes que quieren grabarlo para luego sacarlo en DVD y esas cosas… —dejó de hablar como si se hubiese dado cuenta de que acababa de meter la pata— …no creo que tarde.

—No pasa nada, tranquila, ya me lo explicará Héctor más tarde.

Obviamente no me sentó nada bien la pequeña metedura de pata, pero sé que Julia es una persona sin malicia ninguna y no podía tenérselo en cuenta, ni siquiera a Héctor. La razón para ocultarme todo sería válida y seguro que no tendría la menor importancia el que no me lo hubiese dicho. Desde el primer día que nos conocimos, Héctor y yo fuimos como aquellos hermanos que nunca tuvimos y que se encuentran por casualidad en un determinado punto de sus vidas.

No puedo negar que el resto de la velada hasta que Héctor llegó, me estuve comiendo el coco con el asunto.

Entramos en la casa, el sol ya ofrecía sus últimos rayos y empezaba a refrescar. Hablamos largo y tendido, le puse al día de todo que me había sucedido en los últimos meses, ya conocía «la otra versión», pero quería saber la mía, Ana no les contó toda la verdad; sólo una sarta de mentiras. Le conté mi descenso a los infiernos y como trataba de resurgir. Siempre confié plenamente en ella desde que Héctor me la presentó, era todo lo que un hombre

puede querer en una mujer, en su día, antes de comprometerse con Héctor, le tiré los tejos, pero fue tarde; su corazón ya estaba ligado al de mi amigo para siempre. Perdí mi oportunidad, más bien nunca tuve posibilidad alguna con ella en ese sentido. Ahora eran de los pocos amigos que me quedaban.

Salí al patio buscando un poco de aire fresco. Después de hablar con Julia, el recuerdo de Diego me asfixiaba, recordé de nuevo sus profundos ojos verdes. Caminé por aquel jardín en el que alguna vez jugó Diego, se me vino a la mente, aquella vez que tomaba pequeños bocados del helado que me había dado Julia con una cucharilla de plástico; allí seguía el frondoso sauce bajo el que besé a Ana por primera vez después de que Julia me la presentase. ¡Cómo caí en las redes de sus labios! Recordé su rostro, casi perfecto, enfundada en mi cazadora de cuero negra, la misma que llevaba puesta hoy. Recordé sus labios pintados de rojo carmín con sabor a fresa, y como le pregunté después de besarnos: «¿te ha gustado?» como si fuese un joven sin experiencia, y como ella contestó: «Repítelo y te lo diré». ¿Cómo había cambiado tanto en los últimos años? ¿O realmente me engañó desde el principio? Todos cambiamos con el paso de los años, pero siempre pensé que lo hacíamos a mejor, no fue nuestro caso; nos convertimos en perfectos desconocidos con el paso del tiempo. El accidente de Diego sólo fue el detonante de la gran explosión.

—¡Ey, viejóven! —justo detrás de mí sobresaltándome escuché —, ¿vienes dispuesto a tocar este fin de semana?

Era Héctor, la pregunta me puso muy nervioso sobre todo conociendo que tenían un evento programado para la noche del siguiente sábado.

Apenas había ensayado y el viaje me había agotado más de lo que pensaba, aunque últimamente ya casi no era necesario ensayar, ya que las canciones fluían de forma natural después de tantos años juntos en la carretera. Para los temas nuevos estaba el tal Simón que me sustituía sin ningún problema, me fui adaptando a su presencia en el equipo. Me di la vuelta y me fundí en un gran abrazo con mi amigo del alma.

—Tenemos mucho de qué hablar antes de eso —le dije al oído.

28

—Ya hablaste con Julia, intuyo.

—Intuyes bien, largo y tendido, nos hemos puesto al día y alguna cosa más —contesté guiñándole un ojo.

—Esta mujer, no puede tener secretos contigo —bromeó—, a mí me quiere, pero a ti te adora, eres su debilidad —me devolvió el guiño.

Callamos, contemplamos en silencio como aparecían las primeras estrellas cubriendo la noche con su manto, empezaba a refrescar, pero poco nos importaba.

—Supongo que no sabía que era un secreto, por eso me lo contó —hice una pausa—. Parece que tenéis montado algo espectacular para el sábado.

—Viernes, sábado y domingo —me corrigió—, después de todo parece que no te ha contado mucho.

—¿No iba a ser únicamente el sábado? Yo no contaba con eso —argumenté poniéndome más nervioso por momentos, las piernas me flaqueaban sólo de pensarlo, no me encontraba con las fuerzas para afrontar tantos eventos seguidos.

—Tranquilo, tú haz lo que puedas —me tranquilizó—, las otras dos fechas las ha montado la discográfica después de proponernos la grabación. No quieren dejar nada al azar y grabando sólo una noche no hay margen de error. ¡Ya sabes cómo son!

—Pero no me habías contado nada de nada —contesté en una especie de gimoteo reprochándoselo.

Podía parecer que me había recuperado con rapidez de todo lo sufrido. Ahora sólo tenía fachada para defenderme de cuanto me rodeaba y me hacía daño, cualquier gesto lo interpretaba en mi contra, por pequeño que fuese.

—No te quise contar nada para que no trascendiese, ni tampoco te afectase.

—Lo supuse —respondí convencido de que así era.

—Además podía existir el peligro de que Ana y el rastrero de Ramiro —nadie le soportaba más que yo— se enterasen y quisieran reclamar una parte del pastel que no les corresponde.

El silencio volvió a instalarse en la conversación. Pensé en Ana, posiblemente alguna vez fuimos felices juntos. Por un instante

apareció el Víctor que creyó haberse enamorado de ella en aquel mismo jardín hacía ya… ¿Cuántos años? No lo recordaba, sufría amnesia selectiva.

—¿Recuerdas que fue aquí donde me presentasteis a Ana? —dije melancólico.

—A mí no me incluyas en eso —respondió Héctor divertido—, fue cosa de Julia —me aclaró entre sonrisas.

—Y fue aquí donde nos besamos por primera vez —continué recordando.

—¿De verdad que estás bien? —preguntó ahora con tono preocupado—. Víctor, ¿a qué viene todo esto? Es Ana, la bruja que te ha estado amargando el último año.

—No lo sé, Héctor —contesté de forma inconsciente—, puede que aún no esté recuperado, que necesite más tiempo.

—Tendrás el tiempo que necesites, pero no puedes quedarte anclado en ese pozo en el que estás sumido, tienes que salir y sabes que aquí estamos todos para ayudarte. Pero desde luego, lo que no te ayuda para nada es esto que estás haciendo. Olvídate de Ana, es una mala zorra, siento ser así de directo. Has vivido muchos años anestesiado por esa mujer, ahora ha aflorado su verdadera personalidad, la que fue forjando en estos últimos años y tú no quisiste ver. Da un puñetazo en la mesa y continúa con tu vida, te lo digo como amigo, como hermano si quieres y sabes que ello implica más que una simple palabra. ¡Hasta Julia está de acuerdo en esto! Deja ya de torturarte por ella y sigue tu camino… —respiró profundamente—. Todo lo que necesites de mí, lo tendrás, no dudes en pedírmelo.

El discurso de Héctor no logró sacarme de mis pensamientos, no podía tenérselo en cuenta, apenas sabía más que lo que yo le había contado de cómo me sentía por dentro. Continuamos la conversación de forma banal, apenas podía concentrarme en su explicación de lo que nos esperaba el fin de semana, para mi verdadera prueba de fuego, comprobaría realmente como estaba, sería mi reaparición con el grupo, aunque Simón Valle me seguiría haciendo la cobertura, ¡por si acaso!

—Ya ves, un arquitecto y un ingeniero de caminos, viviendo lo que empezó como una afición universitaria —sentenció Héctor.

Sonreí, levanté el puño y Héctor chocó el suyo contra el mío, en un saludo de complicidad que hacíamos desde hacía… ¡Qué viejo me sentía! Sí, viejo.

—¿Y quién diría que llegaríamos tan lejos con él? —confirmé yo.

Seguimos conversando al abrigo de las estrellas, el tiempo parecía no discurrir, era una extraña sensación de paz. Julia se unió a nosotros con unas cervezas con las que brindar.

—La mía sin alcohol por favor, o mejor un botellín de agua —le pedí.

—Decididamente nuestro Víctor ha madurado —bromeó Víctor dirigiéndose a su mujer—. Nos lo han cambiado.

Continuamos conversando.

—¿Y sigues hablando con gatos negros? —casi de inmediato pareció arrepentirse de la pregunta.

—Bueno, quise traérmelo, pero el mismo día que me venía, desapareció.

—¿Hablas en serio?

—Completamente.

—Deberías componerle una canción —me animó—, «La balada del gato negro» —remarcó el titulo describiendo un arco con el brazo—. Seguro que sería un exitazo.

—Mmmmm, necesito una última canción para mi disco —respondí de inmediato; me gustaba la idea y tenía que darle vueltas aprovechando su ofrecimiento—. Tenemos que hablar de ello, cuento con tu ayuda.

—Por supuesto —respondió—, cuenta con ello, ya discutiremos sobre el tema después del fin de semana.

Hablar con Héctor me reconfortaba, aquel tópico de que quien tiene un amigo tiene un tesoro, con él cobraba fuerza, y aunque podría parecer pueril, puedo asegurar que en momentos como los que atravesaba, llenos de inseguridades, de miedos, de no querer vivir, no lo era.

—Luego está Nita —continué hablando.

—¿Quién? —me interrogó sorprendido.

—Te hablé de ella, la mujer que conocí el día que Diego… —Las siguientes palabras se ahogaron en una súbita tristeza con su recuerdo.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Héctor tratando de sacarme de esa melancolía.

—¿En pocas palabras? —respondí con una pregunta como buen gallego.

—O en muchas, como prefieras.

—Me gusta, me siento tan bien cuando estoy con ella.

—En este aspecto creo que no soy quien para aconsejarte —contesto con seriedad—; pero deberás dejarte guiar por el corazón aunque ahora esté destrozado.

—Supongo que tienes razón.

—¿Supones? ¿Suponiendo hemos llegado hasta aquí? Creo que no, chavalote —me reprendió—. Llámala, sal con ella, hazla reír, ríe con ella, tu corazón te dirá si es lo que necesitas. Sólo suponiendo no saldrás de ese agujero en el que estás metido, así que ya puedes ponerte las pilas y comenzar a vivir de nuevo; con problemas o sin ellos, como el resto de los mortales, pero sal de la cueva a vivir que es lo que te hace falta en este momento, ¡quítate esa venda que llevas en los ojos!

—Supongo que sí —respondí con una leve sonrisa en los labios.

—En vez de ingeniería tendría que haber estudiado psiquiatría —bromeó mientras entrábamos en la vivienda.

Sólo faltaban dos días para el viernes, mi nerviosismo iba en aumento a medida que avanzaba todo el montaje del espectáculo. Echaba de menos estar entre la vociferante multitud, tocando con mis hermanos aquellas canciones que nos habían catapultado a la fama, pero notaba que me faltaba la confianza de entonces. Mientras Héctor hablaba con el ingeniero de sonido, me subí a la tarima donde estaba montada mi batería, y a un lado, a la misma altura que la mía, la de Simón. Sería un gran alivio para mis nervios tenerle cerca haciéndome la cobertura, ¡por si acaso!

Demasiados «porsiacasos» rondaban mi desconfiada cabeza, aun así tenía que intentarlo, por Diego, por Nita… pero sobre todo por mí.

29

Ni por un momento contemplé la posibilidad de participar activamente en el concierto del viernes, mi colaboración se redujo a mi presencia por el backstage. No tenía ni fuerzas ni ánimo para hacerlo. Pude ver la decepción en la cara de Héctor pero también su comprensión, quizás veía en mí un gran cambio, que no era el mismo, pero lo aceptó con elegancia, como todo lo que hace en su vida, siempre con elegancia.

Contemplé el espectáculo desde un lateral del escenario y sentí que aquello me venía grande; al día siguiente tendría que sacar fuerzas de flaqueza para hacer frente a aquella oportunidad que me brindaba el destino, intentaría sacar todo lo que tenía dentro.

Regresé al hotel antes de que acabase el espectáculo, no podría aguantar comentarlo con mis compañeros, sería nadar contracorriente, mi energía, en otro tiempo vigorosa, ahora sólo era miedo al fracaso y la frustración.

«Somos guerreros valientes, ¿verdad papá?», seguía escuchado aquellas palabras de Diego y por un segundo todo parecía como siempre. Pero se desvanecía tan pronto como se apagaba su voz en mi memoria.

El sábado fue diferente, me levanté con mucha energía, consciente de que sería mi día; el día de mi regreso triunfal. Me encontraba animado y los pensamientos de la noche anterior se convirtieron en un mal sueño que se desvaneció con las primeras luces del amanecer.

Todo parecía como siempre, como si nada hubiese ocurrido, ni

siquiera el día anterior. Tampoco estaba nervioso, a diferencia de la primera vez que me subí a un escenario. Habíamos probado el sonido a media tarde, antes de abrir las puertas del recinto. Sólo faltaban unas horas para la actuación y los preparativos iban a la perfección.

Comenté con Simón, mi «sustituto», todos los pormenores del espectáculo, no dejaríamos nada al azar. Con las baquetas en la mano, me sentía eufórico, el rey del mundo, eran las varitas mágicas que me transformaban en el escenario; como si fuese un sueño de principiante especialmente vívido.

Ya quedaba menos, me paseaba de un lado a otro como una fiera enjaulada, comprobando todo por enésima vez. Comentaba con Héctor algunos aspectos técnicos, cuando sonó mi móvil, lo saqué del bolsillo ante la mirada de desaprobación de mi amigo; vi la pantalla, era Ana, «¡vaya momento!» pensé, Héctor me hizo una seña para que no contestase pero no le hice caso; luego me arrepentiría.

—¿Diga? —contesté fríamente.

—Hola Víctor —su voz entrecortada al otro lado de la línea me hizo ponerme a la defensiva.

—¿Qué coño quieres ahora? Estoy ocupado, el concierto está a punto de empezar —respondí con acritud.

—Tengo que hablar contigo, Víctor yo...

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar, y en este momento no tengo tiempo para perderlo contigo.

—Víctor, por favor, es importante —me suplicó que la escuchase al menos.

—Ya nada es importante entre nosotros, ni merece la pena comentarlo, así que, espero que te vaya bien con Ramiro y ya nos veremos para firmar todo lo que haya que firmar para que cada uno pueda seguir con su vida —hablé con la mayor brusquedad y aspereza que pude—. Además este no es un buen momento…

—Víctor, por favor —volvió a implorar al otro lado de la línea entre sollozos—, estoy muy enferma…

No podía reaccionar ante sus palabras, al otro lado ya sólo podía oír sus sollozos.

—Lo siento Ana, no sé que rollo te traes entre manos —contesté muy seco—, ahora no puedo hablar, ya te llamaré.

Sin darle tiempo a contestar, corté la comunicación y arrojé el móvil contra la pared con todas mis fuerzas. Otra vez Ana, después de lo ocurrido por su culpa. Cerré los ojos y pude imaginarla como en otra época, cuando éramos felices, deseándome mucha mierda antes de salir al escenario. Pero aquel día no estaba allí, estaba yo solo y nadie más. Me cambió el semblante, hasta hacía unos minutos lucía feliz y radiante, se tornó sombrío y circunspecto reverberando en mi pensamiento sus últimas palabras. Me palpitaban las sienes por primera vez desde lo sucedido, deseé estar colocado, ciego de alcohol, así afrontaría mejor todo lo que se me venía encima, sería más fácil encajar su maldita llamada.

Cogí una cerveza de la nevera del camerino, pero Héctor me la sacó de las manos.

—¿Qué estás haciendo? Te necesitamos sobrio, hermano —me reprendió —no voy a dejar que vuelvas a caer.

Pero lejos de tranquilizarme, sus palabras me pusieron más nervioso, estaba al borde del colapso y la hora de salir a escena había llegado, las fuerzas, tanto físicas como anímicas, comenzaban a flaquear.

Había llegado el momento de empezar, me sentía fuera de mí, la multitud rugía esperando que empezase el espectáculo, un ruido ensordecedor que se clavaba en mi cerebro; tenía los ojos inyectados en sangre, mis sienes palpitaban, no podía pensar.

Los inicios de nuestros conciertos nunca habían sido especialmente espectaculares, ofrecíamos vatios, sudor y luz; eso no había cambiado nada.

Se apagaron las luces del pabellón, me dirigí a mi puesto detrás

de los tambores de mi batería, uno de los ayudantes me iluminaba el camino con una pequeña linterna. Juan Galimati, el cantante, ajustó la altura de su micrófono con una mano; a la vez que se encendían unos potentes focos que se centraban en él, saludaba al público con el puño cerrado y este enfervorecido en las primeras filas fue contagiando al resto del recinto convirtiéndose de nuevo en un gran estruendo; el público estaba impaciente por qué comenzásemos a dar caña cuanto antes.

—¡Hola Madriiiiiiiid! —jaleó aún más al público, el cual respondió con gritos ensordecedores como respuesta.

—¡HOOOOOOLA! —respondió el público que llenaba el recinto al unísono.

—¡Tras la batería, hoy tenemos a alguien muy especial! —gritó a un público cada vez más ruidoso y excitado.

Me levanté de mi banqueta tras la batería y asomé entre los timbales con las baquetas en alto a modo de saludo, traté de sonreír pero me sentía cada vez peor.

—¡Ya sabéis como va esto! —grité en mi micrófono— ¡Uno! ¡Dos! Un, dos, tres, ¡VENGA!

Comencé a tocar sin pensar en lo que estaba haciendo, dando caña a los parches cada vez más fuera de mí, contemplando todo lo que estaba sucediendo desde otro punto de vista. Continuaba tocando pero pensando en la llamada de Ana, a la vez, veía la cara de Diego en todas partes. Un sudor frío recorría mi cuerpo, no por el esfuerzo físico realizado; estaba temblando cuando terminé la primera canción y la única que fui capaz de tocar aquella noche, me quedé paralizado con la respiración entrecortada, no sabía ni donde me encontraba.

El público rugía satisfecho tras el primer tema, comenzaron los primeros acordes de la segunda canción del repertorio de esa noche después de la presentación del cantante, el ruido del público se me tornó en un sonido metálico en mis oídos, como si lo estuviese escuchando por una radio antigua, mi cuerpo parecía desdoblado del lugar donde me encontraba. Tocaba entrar en la canción pero no fui capaz de dar ni un golpe en la batería, nada, de repente me

había olvidado de lo único que sabía hacer desde hacía veinte años.

Mis compañeros se miraban unos a otros desconcertados, tratando de alargar los primeros compases improvisando. Mientras yo trataba de ubicarme, de recordar. Comencé a tocar pero fuera de compás y el ritmo no era el de esa canción; pero ¡si era mi canción! era una creación mía y no podía ni sabía tocarla. Sonaron algunos silbidos y abucheos de desaprobación desde el público, dejé de tocar y bajé la cabeza negando la situación, solté las baquetas y acto seguido me desmayé sobre la batería, cayendo al suelo y golpeándome en la oreja que enseguida comenzó a sangrar como si me estuviesen desollando. Lo último que recuerdo es un tremendo sonido de asombro envolviendo el recinto antes de perder el conocimiento por un instante.

Juan trató de tranquilizar al público mientras los ayudantes de escena me ayudaban a incorporarme.

—Tranquilos, sólo es una indisposición —habló con calma por el micrófono.

El público respondió con un aplauso cerrado mientras me retiraban a los camerinos. Comenzó de nuevo a sonar la música y escuché a Juan dirigiéndose al público.

—En un momento se volverá a unir a nosotros —explicó—. ¡Let`s rock'n'roll! —gritó para jalear de nuevo al público que parecía haberse enfriado con el incidente.

En el camerino me tumbaron sobre una camilla, dos enfermeros y un médico trataron de atenderme.

—¡Estoy bien! —grité—, ¡pueden irse! —no había más herida que la de mi propio orgullo.

Me quedé tumbado en la camilla con la mirada perdida en el techo, pensando en lo sucedido, la llamada de Ana, las visiones de Diego, el pensamiento en Nita. Grité lleno de rabia contenida, pero no pude derramar ni una sola lágrima, quería llorar, desahogar ese nudo de mi garganta, pero era incapaz de hacerlo. Oía la música tamizada al encontrarme en las entrañas del pabellón, incluso creí oír en algunos instantes de la noche corear mi nombre al público,

reclamando mí presencia en el escenario. Me sentía paralizado, ya había hecho bastante el ridículo como para salir de nuevo a hacerlo otra vez más.

Tras tres interminables horas el concierto llego a su fin, y yo seguía tumbado de costado en la camilla, hecho un ovillo. Entraron todos en el camerino, felicitándose y jaleándose los unos a los otros, después de todo parecía que habíamos triunfado una noche más a pesar de mí. Parecía que no se habían percatado de mi presencia cuando Héctor les dijo a todos que lo dejasen a solas conmigo. Se acercó a la camilla y puso su mano en mi hombro.

—¿Cómo estás, Víctor?

—Acabado —respondí con la mirada perdida en el techo—, estoy acabado, ¿no lo has visto?

—No digas eso —respondió Héctor—, no seas tan duro contigo.

—Entonces ¿Qué ocurrió sobre el escenario?

—Que no estás en forma, Víctor —respondió con calma—, sólo ha sido eso. Quizá nos precipitamos, nada más

—¿Sólo? ¿Te parece poco? Quedar así en ridículo ante tanta gente.

—No te mortifiques más —respondió enérgico—, lo has intentado y no ha salido, ya está. Nosotros no te juzgamos más que por haberlo intentado, lo que ha sido muy valiente por tu parte, ahora te lo digo. Pero cuanto más te atormentes, más tardarás en salir de ese atolladero dónde estás atrapado. Hoy has dado un paso y mañana o cuando puedas darás el siguiente.

—¿Mañana?... verás mañana en los periódicos…

—¡A la mierda los periódicos! Mienten más que escriben. Tú quédate con lo que nosotros te digamos y durante una canción has estado soberbio, con mayúsculas —recalcó—, ¿me oyes?, SOBERBIO.

Nos fundimos en un abrazo, mientras el resto del grupo entraba

de nuevo en el camerino dándome un aplauso, momentos que dejan huella en mí últimamente, y este más. Tenía razón en sus palabras, mientras no ordenase mi cabeza, no habría manera de salir a flote de nuevo.

30

Si dijese que las críticas del día siguiente no me afectaron mentiría. Traté de encajarlas como lo que había sido, la cagada más grande de rock nacional, digna de aparecer en los anecdotarios de las revistas especializadas, ya veía en la portada de «This is Rock» del siguiente mes la reseña de lo sucedido aquella noche en Madrid, con fotos incluidas, y a la prensa amarilla machacándome otra vez y sacando el tema de la muerte de Diego.

Así es como decidí poner tierra de por medio y me marché a Alemania decidido a olvidar mi gran reaparición y sobre todo a grabar la mayoría de las canciones de mi álbum en solitario. A pesar de la ayuda de Héctor y los demás compañeros del grupo, fue una etapa muy dura, días de gran soledad y melancolía. Ellos sólo pasaban a grabar algunas pistas cuando les llamaba, resultaba más caro de lo previsto desplazarse a los estudios de Colonia y mi retiro voluntario me llevó a contar con músicos locales en la mayoría de las sesiones de grabación.

Llevé mi soledad lo mejor que pude, varias veces tuve la intención de llamar a Nita pero no llegué a hacerlo. Daba largos paseos por las orillas del Rin buscando inspiración, también ordenar mis pensamientos, mis sentimientos. Pasaba las horas viendo pasar el agua plantado en la mitad de uno de los numerosos puentes que cruzan el gran río alemán.

Lo que debería ser una experiencia inolvidable se convirtió en algo monocromo, traduciéndose en una serie de canciones sin alma, aunque con algunos retoques tendrían posibilidades y serían dignas para un público exigente, y dignas de ser publicadas, aunque tendría mucho trabajo por delante.

Aún faltaba una canción que no hallaba en ninguna parte; ni en mi corazón, ni en mi mente, ni en mi pluma. Sólo tenía el título, como ya lo había hablado con Héctor, pero era incapaz de fundir letra y melodía en la misma canción, era frustrante, por eso se retrasaría la publicación del álbum.

Tras ese tiempo de trabajo llegó el momento de regresar, volvería a mi casa para iniciar los trámites de su venta, sería muy duro hacer todo aquello, pero me vendría bien para salir de mi aislamiento poco a poco y volver a vivir, así lo creía mi terapeuta.

Había pensado mucho en Nita, en aquella última noche con ella, en por qué no la había llamado aún; ¿seguiría esperándome como me había dicho que haría?, y después de tanto tiempo entendería que no lo hiciese. Tendría que llamarla lo antes posible y disculparme por mi comportamiento, si esperaba a salir del pozo yo solo, quizá nunca lo conseguiría, su apoyo era fundamental.

31

Las reuniones, las comidas con mis compañeros y amigos, los de verdad, disfrutando de su compañía, sintiéndome arropado en todo momento; las veladas con nuestros instrumentos rompiendo el silencio de las frías noches alemanas sirvieron para recobrar la confianza en mí mismo. Pensaba en Nita constantemente, de hecho todas las letras de las canciones estaban impregnadas de su presencia en cada palabra, en cada nota sin embargo, aún no había hablado con ella.

Pero todo llega a su fin en algún momento, es irremediable. Ellos también tenían sus propias vidas y habían renunciado a ellas por ayudarme a conseguir mi propósito; debían tomar sus propios caminos, y yo el mío por muy errático que fuese. Más adelante volveríamos a juntarnos, había llegado la hora de un bien merecido descanso.

La soledad me acompañaba de nuevo, el tiempo perdía su perspectiva y discurría apático, sin prisa pero inexorable. Tomamos todos el mismo vuelo de vuelta a Madrid, en el aeropuerto la despedida fue muy emotiva, uno por uno y al final un gran abrazo conjunto haciendo piña. Esos días nos dejaron marcados a todos.

Yo debía coger el tren hacia el norte, decidí no llevar el coche, no me sentía con fuerzas ni ganas de conducir. Aprovecharía el viaje para poner mis pensamientos en orden y concienciarme de lo que tenía por delante, de pensar en la última conversación con la hermana de Ana.

Silvia trató de hablar conmigo sobre Ana y lo que le sucedía; pero ya era demasiado tarde, no quería saber nada más de aquella mujer que me estaba jodiendo la vida En mi egoísmo le dije que no me importunara más con ese tema, bastante lo había hecho la propia Ana el día del concierto.

—¿Qué coño quieres? —la corté amenazante, no tenía ganas de dar explicaciones—, Ana me importa una mierda en este momento.

—Me pidió que te dijese que te hicieses cargo de la venta de la casa, realmente lo necesita —insistió.

—¡Está bien! sólo por no oírla, lo haré —sin esperar su respuesta corté la comunicación.

Allí estaba yo en el tren dirección al norte, donde amargura y

tristeza me esperaban a partes iguales y volverían a invadir mi mente, atormentando mi existencia, tendría que encargarme de la venta de la casa, también de recoger todas nuestras pertenencias pues parecía que ya había un posible comprador dispuesto a adquirirla por el precio que Ana había puesto. Pensé que sería sencillo pero el tiempo me llevaría la contraria.

Fue un largo viaje en el que también intenté con el móvil en la mano, y el nombre de Nita en la pantalla, marcar su número. Hacer ese pequeño gesto se me hacía imposible; en la otra mano su nota, la que me dejó el día que se despidió silenciosamente, sin palabras, sin gestos, con tan sólo aquella nota. Se lo recriminaba cada día, como si mi comportamiento aquella noche me diese derecho a hacerlo.

Prefería reconcomerme por dentro antes que llamarla, y en aquellas horas de soledad, esa actitud me estaba minando. El paisaje discurría ante mi distraída mirada haciendo que el tiempo transcurriese sin ni siquiera darme cuenta.

El vagón estaba prácticamente vacío, sobre la mesita tenía mi libreta de notas, la carta de Nita asomaba plegada entre sus hojas y el móvil con su número dispuesto para ser marcado, de cuando en cuando encendía la pantalla para comprobar que seguía allí, esperando ser marcado.

Después de tres horas de viaje y de torturarme con mis pensamientos me decidí a llamarla, con la mano temblorosa me acerqué el móvil a la oreja, realmente no sabía que decirle a pesar de ensayar todas las posibles conversaciones.

—«Te quiero», estúpido, dile que la quieres —me recriminé entre dientes—. Sólo tengo que decirle lo que siento, lo que necesito.

—¡Hola! Soy Nita, en este momento estoy apagada o fuera de cobertura, pero si quieres déjame un mensaje después de oír lo que ya sabes…

Escuchar su voz me transportó de nuevo a aquella fatídica tarde de hospital, el nudo en la garganta volvió a atenazar mis palabras. Después de oír la señal no acerté más que a decir:

—Hola, soy Víctor… —no fui capaz de pronunciar ni una palabra más antes de cortar la comunicación.

Me quedé callado, absorto en el paisaje, me sentía como un animal enjaulado en aquel tren al que todo el mundo observaba a través de aquella gran ventana. ¿Qué me ocurría? Contemplaba como aún no había conseguido salir de aquel pozo lleno de barro y volvía a caer en él, ¡me encontraba muy solo!

—Hola, soy yo de nuevo —dije con la voz entrecortada y pensando que iba a comenzar a hiperventilar—, sólo quería decirte que… —respiré hondo— …que siempre pienso en ti. Ya hablaremos, un beso.

Me decidí a marcar su número sin saber realmente que mensaje quería dejarle. Corté rápidamente, dejé el móvil sobre la mesita, cerré los ojos y me dejé llevar por el sonido monocorde del tren; me sumí en un profundo sueño que me llevó hasta mi destino.

Desperté justo cuando el tren llegaba a la estación, el revisor me avisó de que ya habíamos llegado. Nada más descender sentí como me invadía la tristeza en aquel solitario andén, apenas unos pocos pasajeros descendieron del convoy, hacía frío, me acomodé la cazadora y la pequeña maleta que llevaba y me dirigí a la salida, previamente pasé por una pequeña tienda situada en el hall de entrada de la estación, antes de entrar en el establecimiento me detuve unos instantes para contemplar el gran reloj que marcaba el paso de las horas, de los minutos, de los segundos…, siempre lo conocí en ese mismo lugar, era lo único que quedaba allí como reflejo de otra época. Compré unas latas de cerveza, después de meses de sobriedad, mi interior me tentaba con la necesidad de alcohol. Abrí una antes de salir del edificio y la bebí de un solo trago, sin respirar, acababa de tirar por la borda todo el tiempo que había mantenido a raya la bebida, pero me urgía; eso creía, eso quería creer.

Cogí el primer taxi disponible en la parada del exterior de la estación.

—¿Dónde vamos jefe? —preguntó el taxista.

Le di la dirección.

—Esto lleva un suplemento —me advirtió—, está fuera de los límites urbanos.

—Y si me das unas cuantas vueltas, le pagaré un suplemento más —respondí mientras abría la segunda lata.

—Lo siento señor, pero no puede beber dentro del vehículo.

—Le pagaré bien la carrera, no se preocupe por lo que pasa aquí atrás —respondí con acritud—. Usted sólo conduzca.

El hombre no dijo nada más y arrancó el coche, cambió su semblante amable por uno más serio, vigilándome constantemente por el espejo retrovisor. Me bebí la segunda cerveza, esta vez de dos largos tragos, notaba cierta euforia ¡con sólo dos cervezas! La cosa prometía; sentía el calor en mi sangre calmando mi ira interior. Después de la segunda vino la tercera y la cuarta, fueron tantas las cervezas que bebí que más tarde comencé a discutir con la razón.

En uno de los pocos momentos de lucidez que me acompañaron, cuando los efluvios del alcohol se habían disipado, me di cuenta de que no había encontrado lo que buscaba en Alemania. Estaba de vuelta con un puñado de canciones grabadas, sí, pero inacabadas, con poca chispa, impregnadas de pesimismo y corazones rotos. Si quería aprovecharlas debería recomponerlas. Incluso me faltaba una canción que ahora comprendía que nunca encontraría de esa manera. Por más que lo intentase no aparecía por ningún sitio, no encajaban letras con melodía, ni la melodía con el sentimiento. De nuevo estaba solo, debía volver y enfrentarme a un lugar que lo único que me traía eran malas vibraciones.

32

El taxi recorrió el último tramo del camino que conducía hasta la casa, pasando por encima de cada bache vengándose de mi estómago, si seguíamos así, explotaría como un volcán devolviendo al exterior todo el alcohol que había ingerido.

—Parece que aquí sólo puede llegarse en todoterreno —trató de bromear el taxista.

Pero yo no estaba para bromas. Pagué lo acordado por la carrera y me bajé del taxi sin mediar ni una palabra, ebrio como estaba sólo hubiese sido una excusa para discutir con aquel individuo, y no tenía ganas.

Entré en la finca con la esperanza de que Ana no hubiese cambiado las cerraduras, no tenía más que mi llavero de siempre. Abrí la puerta y un fuerte olor a cerrado sacudió mi cuerpo al punto de vomitar todo el alcohol que había dentro de él.

Me dirigí a la cocina con la intención de encontrar alguna bebida que saciara de nuevo mi boca reseca, me detuve frente a un viejo calendario que llamó mi atención, parecía que el tiempo se había detenido en aquel mes del pasado año. «¡Ya hace casi un año!» pensé. El tiempo parece haberse desvanecido en aquellos días, difuminándose también mi memoria; apenas lo recordaba, a pesar de la intensidad de lo ocurrido.

Tenía por delante unos días para organizar los recuerdos que quería llevarme a mi nueva vida, que por momentos me parecía un bucle que se repetía y se asemejaba a la misma que llevaba hacía casi un año. Ni diez minutos allí y las paredes cargadas de recuerdos se me venían encima.

Con otra lata de cerveza en la mano me dirigí al salón, estaba tal cual lo recordaba, todo ordenado de forma artificial; como si nadie habitase en aquel lugar, no resultaba nada acogedor, de ello se había encargado Ana sin consultármelo. «Es funcional» afirmaba, «es impersonal» respondí.

Me percaté de que una de las ventana estaba abierta y la persiana unos centímetros subida, «espero que nadie haya entrado a robar, tendré que comprobarlo», pensé, aunque es una zona bastante tranquila y nos conocemos casi todos los vecinos; pero siempre hay una primera vez para que entren en tu casa a robar,

supongo, y más si dejas una ventana abierta invitando a hacerlo. Entre las sombras pude ver de nuevo aquellos ojos verdes destacando en la oscuridad de la estancia.

—¡Sal de aquí, maldito gato! —grité.

El animal se encaramó en el alféizar, se giró para mirarme desafiante, como si me recriminase haber pasado tanto tiempo fuera.

—¿Cómo sabías que llegaba hoy? —pregunté a aquellos desafiantes ojos verdes—. ¿Pero qué demonios hago hablando con un gato? Debo estar peor de lo que creo.

Volví a sentir la sensación de que tenía algo que me resultaba familiar.

Me pasé lo que restaba de día tratando de deshacerme de aquel bicho hasta que cansado y sobre todo ebrio me dirigí al dormitorio de la planta superior. Dando cuenta de una botella de whisky y alguna pastilla para dormir que había encontrado en la cocina.

Me acosté con la esperanza de sumirme en un profundo sueño que me transportase de inmediato al día siguiente, pero ni siquiera ebrio como estaba era posible. Hacía mucho que no conseguía dormir una noche entera. La habitación daba vueltas sin cesar, no era la primera vez que me ocurría algo así, aunque habitualmente perdía el conocimiento en poco tiempo.

Me incorporé y me dirigí al baño con la intención de poner fin a esta desagradable sensación. La ventana del cuarto de baño se encontraba entreabierta y producía una suave corriente que recorría la estancia.

Me metí los dedos en la boca hasta la garganta para provocar el vómito, no hizo falta mucho, en seguida pude liberarme de toda la cerveza retenida en mi estómago, pero no de la horrible sensación de que todas las paredes se moviesen a mi alrededor.

Un tremendo maullido, que podría confundirse con el aullido de un lobo, me sacó del trance que me tenía secuestrado. Me incorporé lo más rápido que fui capaz y me asomé a la ventana. Allí estaba otra vez. Podía ver su sombra proyectada en el suelo por la luz de luna y el brillo de sus ojos, mirándome. Emitió un nuevo maullido, esta vez aún más intenso traspasando mis tímpanos. Parecía un lamento, como si supiese el infierno por el que estaba pasando. Reaccioné de forma infantil, cogí uno de mis zapatos y se lo arrojé. En mi estado, no conseguí atinar al primer intento y el zapato cayó a más de un metro de donde se encontraba el animal.

Ni se inmutó y durante unos minutos permaneció impasible, clavándome su mirada, implorándome que le dejase entrar.

—¡Lárgate estúpido gato! —le vociferé como poseído al tiempo que le lanzaba el segundo zapato—, ¡déjame en paz, te digo! ¡déjame en paz con mis miserias! —le gritaba al tiempo que me desplomaba sentándome en el suelo abrazado a mis rodillas, quería llorar pero era incapaz de derramar ni una sola lágrima.

Me desperté en mitad de la noche empapado en sudor, con una enorme sensación de vacío en mi alma. Comprobé a tientas la hora que era, ¡Las tres y diez de la madrugada! Son muchas las noches que me despierto después de revivir en sueños aquellas horas de intenso dolor y siempre me invade un sentimiento de culpabilidad además de un sinfín de preguntas sin respuesta.

Me senté al borde de la cama, un instante más tarde, cuando conseguí despejarme un poco, me levanté y me dirigí al baño para darme una ducha. A duras penas me tenía en pie y con gran dificultad me quité la ropa. El reflejo que me devolvía el espejo no me gustaba nada, había perdido mucho peso. Mi cuerpo mostraba las cicatrices del último año. Mi rostro había envejecido y una media melena poblada de canas coronaba mi cabeza.

—¡No es posible! —exclamé.

Podía oír de nuevo a la fiera, lamentándose en la oscuridad de la noche.

Entré en la ducha y abrí el grifo. Las gotas de agua, frías como el hielo, se clavaban en mi piel como alfileres. No sé el tiempo que permanecí bajo el chorro de agua, pero me pareció una eternidad. A menudo perdía la noción del tiempo absorto en mis pensamientos; en mis sentimientos; en mis miedos; en mis dudas; en mi melancolía; en todo lo que sucedió después del accidente.

Después de un largo rato cerré el grifo, me quedé apoyado contra la pared con los brazos cruzados por encima de la frente. Quería llorar, derramar aunque sólo fuese una lágrima, pero lo único que conseguía es que ese nudo que atenazaba mi garganta me ahogase cada vez más.

—¡No es posible que ese gato siga maullando toda la noche contestando a cada uno de mis lamentos! Mañana llamaré a la protectora de animales, no sé cómo deshacerme de su molesta presencia —me lamenté en voz alta.

De repente los maullidos cesaron, parecía que el animal había leído mis pensamientos y se disponía a darme una tregua.

Me cubrí la cintura con una toalla y bajé a la cocina. Revolviendo entre los armarios casi vacíos encontré lo que buscaba, una botella de Jack Daniels que solía guardar para las «emergencias» y una caja de somníferos. Poco me importó que

estuviesen caducados, estaba dispuesto a ahogar mis pesadillas con ellos. Necesitaba dormir y no pensar en nada más.

Me serví medio vaso de whisky y una pastilla. Pronto harían su efecto, me encaminé de nuevo al dormitorio para acostarme. Cuando llegué al pie de la cama me percaté de que había perdido la toalla por el camino y me encontraba completamente desnudo. Antes de que pudiese ponerme algo encima ya me encontraba tumbado boca arriba sobre la cama. La habitación comenzó a dar vueltas como un tiovivo. Cerré los ojos abandonándome en un sueño inducido por el cóctel que acababa de ingerir.

33

Cuando se combinan melancolía, whisky y somníferos qué mala es la resaca.

Apenas unos rayos de sol se colaban entre las rendijas de la persiana. Me preguntaba qué hora sería esperando la respuesta de algún convidado invisible. No era capaz de moverme, tenía los músculos entumecidos y la boca tan seca que la lengua se me pegaba al paladar cada vez que trataba de tragar saliva.

—Joder, las nueve y media —alcancé a ver en el despertador. Me costaba abrir los ojos, la misma sensación de todas las mañanas llenaba mi mente de pensamientos oscuros.

Por más que buscaba en mi interior y también a mí alrededor, no hallaba ninguna razón para vivir, de nuevo me encontraba sumergido en el fango de aquel pozo profundo. Durante los meses anteriores lo había intentado casi todo; mis compañeros de banda trataron de rescatarme, aunque el concierto había sido un fiasco para mí.

La estancia en Alemania durante la grabación de las canciones de mi álbum en solitario fue lo único que me mantuvo ocupado. Allí pude apreciar el verdadero significado de la amistad. Tenía que sobreponerme y no dejarme vencer por la soledad y la tristeza, por Diego, pero también por mí… por Nita

Intentaría hablar con ella más a menudo, su recuerdo anidaba en mi pensamiento cuando conseguía no tener nublada la razón por el alcohol y las pastillas. Tenía que encontrar esa última canción que necesitaba para reforzar la confianza en mí mismo y concentrar mis exánimes fuerzas en ello.

Poco a poco estiré los músculos tratando de desentumecerlos. No tenía ganas de levantarme. ¿Para qué? Pero debía terminar lo que había venido a hacer.

Como un autómata me vestí con un pantalón corto y una camiseta. No era cuestión de que los vecinos me viesen deambulando en cueros por la casa. Ya tenía bastante como para aguantar una visita de la policía.

Al entrar en la cocina subí la persiana de una de las ventanas.

—¡Carajo! ¿Otra vez tú por aquí? —exclamé.

Subida al alféizar de la ventana estaba la fiera que no me dejaba

tranquilo desde hacía unos días. «¡Qué susto me ha dado!», pensé

—¡Llamaré a la protectora! —le amenacé sin convicción.

Allí seguía, sin moverse, y mi corazón a punto de saltárseme del pecho. Hice aspavientos para espantarlo y pude ver que gesticulaba una especie de mueca con la boca.

—¿Te estás quedando conmigo? —le grité cada vez más histérico.

Aquel día, el gato parecía aún más negro. Sabía que no era posible pero me seguía pareciendo que había algo familiar en él.

Con la mirada perdida más allá de un punto en la pared, sentado en la soledad de la cocina, bebí el café a pequeños sorbos abstraído en mis pensamientos. No tenía cabida para nuevos sentimientos. Me costaba ingerir el líquido caliente, tenía el estómago cerrado. No quería mirar hacia la ventana, sabía que seguía allí, observándome en silencio, respetando mi intimidad y mi melancolía. Recogí los restos del desayuno bajo su atenta mirada que controlaba todos mis movimientos desde el alféizar de la ventana. Mientras no me diese otra serenata como la de la noche anterior, lo ignoraría.

Me dirigí al salón, tenía que ventilar la casa un poco, seguía oliendo a cerrado y no lo soportaba. Subí una de las persianas del salón y antes de que estuviese arriba del todo, ahí estaba de nuevo, como si por arte de magia apareciera y desapareciera de una ventana a otra. Esta vez no me asusté, estaba acostumbrándome a su presencia, aunque en un par de días ya no estuviese aquí, y me olvidase de todo esto. Al abrir un poco la ventana oí como el animal soltaba un pequeño maullido que más se asemejaba a un lamento.

—¿Qué pasa amiguito?

El gato volvió a maullar, parecía contestarme. Pero realmente no me interesaba lo más mínimo ese animal, su presencia empezaba a hartarme.

Abrí el ventanal dejando sólo una rendija para que entrase la brisa de la mañana y renovase el aire de la estancia. Y por si acaso tuviese intención de colarse, coloqué uno de los sillones de tal manera que no se pudiese abrir más. Era increíble lo rápido que se movía el animal, sólo aparté la vista un segundo y ya estaba otra vez delante de mí, al otro lado de la ventana paseándose de un lugar a otro, buscando la manera de entrar.

—No, no, no amiguito —bromeé señalándole con el dedo—, tú te quedas fuera.

Soltó unos maullidos tan lastimeros que parecía entender todo lo que le decía. Comprobé una vez más que era imposible que pudiese entrar en casa.

En realidad no quería llevarme nada que me recordase mi vida anterior; pero mi psicólogo insistía en ello, creía que sería bueno que, al menos, me llevase una fotografía de Diego. No necesitaba ninguna, su imagen permanece intacta en mi cabeza.

Bajé al sótano a buscar unas cajas y algunos plásticos para envolver los marcos que había en la pared de las escaleras. Sería mejor empezar por ahí. Dos cajas serían suficientes.

Observaba las fotografías a medida que las iba empaquetando. Intentaba recordar vagamente el momento o el lugar donde habían sido tomadas o quien las había hecho, como si eso importase ya. Todas tenían un denominador común, la gran sonrisa de Diego y esos enormes ojos verdes que no te dejaban indiferentes. Me senté en un escalón agotado por tantos sentimientos encontrados. Me resultaba más difícil de lo que pensaba. Envolver todos estos recuerdos resultaba muy duro, parecía que estaba enterrando todo cuanto había formado parte de mi vida.

Insistía en recordar esos instantes capturados; pero mi mente parecía haber hecho un paréntesis en mi vida eliminando la mayoría de mis vivencias junto a Diego. Cada vez que cerraba los ojos su imagen surgía de la oscuridad más profunda de mi mente, su rostro marcado por una lágrima sanguinolenta. Abrí los ojos al sentir su presencia y allí estaba, caminando con parsimonia directo a la cocina.

—Pero ¿cómo demonios es posible? —exclamé—, ¿por dónde has entrado?

El gato, sin detenerse, giró la cabeza hacia mí y soltó otro de sus lastimeros maullidos para perderse en la cocina. No podía creerlo, se había colado de nuevo. Fui a comprobar una por una todas las ventanas.

—Por aquí no ha podido entrar —me dije—, a no ser que sea un gato «Houdini» —quise quitarle un poco de tensión a la situación; aunque ya me estaba sobrepasando.

Me dirigí a la cocina decidido a echarlo. Estaba junto a la puerta que comunica con el garaje, golpeándola suavemente con su patita y emitiendo unos maullidos tan imperceptibles que parecían susurros. Al percatarse de mi presencia se me acercó, pasando entre mis piernas de tal forma que casi me hace perder el equilibrio.

—Ven aquí, amiguito —le dije cogiéndolo por la barriga—, ¿cómo has entrado?

Su respuesta fue un maullido.

—Lo siento gatito, pero no te puedes quedar aquí.

Abrí la puerta principal y lo deposité en el suelo del porche.

—Venga, ¡a cazar ratones…!

—¿Papá?

Sentí como me daba un vuelco el corazón agitado en mi pecho al borde del colapso cuando esa palabra pareció salir de su boca.

—¡Lárgate maldito gato! —grité—, ¡vas a volverme loco!

Cerré la puerta de un golpe y me apoyé sobre ella respirando profundamente. Otra vez ese nudo en la garganta que no me dejaba respirar.

Me pasé toda la mañana guardando marcos, envolviéndolos cuidadosamente y depositándolos en el interior de una de las cajas. No sé qué haré con ellos, ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto. Una sensación de vacío en el estómago me sacó de mis pensamientos.

«Debería comer algo», pensé, «deben ser cerca de las dos», aunque últimamente comer no es una palabra que esté en mi vocabulario, esta sensación me sorprende y más después de la noche pasada. Ni en la cocina ni en la despensa hay nada para prepararme algo. Será mejor acercarme al centro del pueblo y buscar un lugar para comer.

Cerré todas las ventanas no fuese que ese gato intentase colarse mientras no estaba en casa. Cogí las llaves y las gafas de sol. Hacía un día espléndido aunque algo fresco, pero no lo suficiente para cargar con la cazadora.

Es extraño, pero mientras caminaba, sentía la presencia de Diego, acompañándome. Me volví y allí estaba de nuevo, acompasando sus pasos a los míos, subido al muro de cierre de una finca. Se paró en seco al volverme, me observaba y yo hice lo propio. Después de quedarnos un rato así, me seguía pareciendo que había algo familiar en él.

—«¿Acaso me estoy volviendo loco?» —pensé en alto—. Veo que no vas dejarme tranquilo —le dije al gato que tenía los ojos fijos en mí.

Me respondió con un nuevo maullido. Seguía creyendo que entendía lo que decía.

Continué camino del centro del pueblo. Esperaba que no hubiese cambiado demasiado desde la última vez que estuve allí, me vendría bien encontrarme con alguien conocido. El gato seguía mis pasos tras mí sombra, siempre a la misma distancia. De cuando en cuando me detenía para comprobar su presencia y como si presintiera lo que iba a hacer, lo encontraba sentado, observándome.

El centro del pueblo no había cambiado mucho, estaba tal cual

lo vi cuando caminé por sus calles la última vez que estuve aquí, quizás un poco más descuidado. Algún comercio nuevo y otros que habían cerrado. A pesar de ser la hora de comer, algunos niños jugaban y gritaban en la plaza del ayuntamiento sin preocupaciones Ahí seguía la tasca de Julián, inalterable al paso del tiempo. Siempre ha servido muy buena comida y tiene un ambiente rural muy agradable, aún recuerdo las sobremesas con el sonido de las fichas de dominó y de las cartas presidiendo el local.

Antes de entrar me giré. Allí estaba, bajo la sombra de un banco.

—Tendrás que esperar fuera —le dije—, no creo que Julián te deje entrar.

Maulló y se recostó en el suelo como si estuviese dispuesto a esperarme.

—Buenas tardes don Julián —dije al entrar en la tasca.

—Dichosos los ojos, trovador —respondió el dueño del establecimiento con su eterna sonrisa saliendo a mi encuentro para darme un abrazo.

—¡Cuánto tiempo! —me saludó—, siento mucho lo de tu hijo…

Noté de nuevo el nudo en mi garganta.

34

No puedo considerar a Julián como un amigo, pero sí alguien en quien confiar. Se sentó a comer conmigo y nos pusimos al día mientras dábamos buena cuenta de su plato estrella, la paella. Yo necesitaba hablar con alguien y él siempre estaba dispuesto a escuchar. La sobremesa se prolongó más de lo que hubiese querido pues aún me quedaba mucho trabajo en la casa; pero la verdad es que no tenía ganas de terminarlo en ese momento.

Julián me contó lo sucedido en los días que siguieron a la muerte de Diego. El multitudinario funeral posterior a la cremación. Cómo yo, había sido la comidilla de todos los chismorreos del pueblo por no aparecer en ninguno de los dos actos. Cómo Marcos, otro amigo que vivía en el pueblo y él trataron de justificar mi ausencia, que por otra parte comprendían. Y el incidente con un gato negro durante el velatorio en el tanatorio.

—¿Un gato negro? –pregunté fingiendo extrañeza.

—Sí, un gran gato negro con enormes ojos verdes, casi humanos.

—Pero, ¿qué sucedió? —insistí mostrando mucho interés en el suceso.

Me relató como aquel enorme animal había entrado en la sala del velatorio de Diego y se había acostado a los pies del ataúd hasta que uno de los trabajadores del tanatorio lo cogió y sacó del edificio, pero al rato volvió al mismo sitio, sin saber nadie por donde se colaba. Hasta en cinco ocasiones aquel hombre echó al gato y por sexta vez apareció en el mismo lugar. Antes de que el trabajador lo volviese a coger, Ana lo miró con cara desabrida y le dijo que lo dejase.

Asombrado por lo que Julián me relataba, por un instante dudé si contarle lo sucedido en los días anteriores, finalmente me callé. Ya tenía suficientes dudas sobre mi cordura como para que alguien me las corroborase. A media tarde, cuando las partidas de mus y dominó llegaban a su fin me despedí de Julián.

Hice ademán de pagar la cuenta y marcharme, pero casi enfadado me dijo:

—Por favor, ni se te ocurra ¡invita la casa! —a lo que añadió—, no dejes que pase otro año antes de volver.

Nos dimos un abrazo de sincera amistad. Hay personas que no

los consideramos amigos hasta que un día, sin más, surge un pequeño detalle y pasamos a considerarlos como tales.

—Antes de irme, me pasaré de nuevo —le dije—, pero lo más seguro es que tarde mucho en volver.

—Cuanto siento oír eso, amigo mío.

—Yo también lo siento, pero la vida me lleva por otros derroteros.

—¡El eterno trovador! —se despidió guiñándome un ojo—. A veces te envidio…

—Te aseguro que no hay nada que envidiar, Julián…

Salí del establecimiento e instintivamente lo primero que hice fue buscarle donde lo había dejado unas horas antes, y allí estaba, bajo el mismo banco.

—Vamos amiguito —le dije—, nos vamos a casa.

Se levantó y me siguió para regresar, esta vez casi pegado a mis pies. El paseo a casa fue más largo de lo que tenía previsto. No me apetecía regresar en ese momento, ahora gozaba de compañía. La tarde se desvanecía entre el sonido de los pájaros, el de los primeros grillos y de los últimos rayos de sol. El gato seguía mis pasos, silencioso, sólo me acompañaba.

—¿Eres el mismo gato que provocó el accidente de Diego? —le pregunté sin dejar de andar y sin esperar una respuesta.

El animal continuó caminando a mi lado, me miró a los ojos por un instante y maulló.

—¿Eso es un sí?

El animal volvió a maullar.

—Realmente me estoy volviendo loco.

Continuamos el resto del camino en silencio. El sol ya se había puesto y comenzaba a refrescar.

—¿Te parece que nos vayamos para casa? —pregunté a mi nuevo compañero. Me dio un nuevo maullido por respuesta.

A pesar de no haber hecho gran cosa durante el día, me encontraba agotado física y anímicamente. Al llegar al portal de la finca me quedé un rato mirando la casa, pensando en algunos de los momentos vividos en ella. El interminable año de su construcción, que casi acaba con nosotros, aunque ya fue el principio del declive de nuestra relación. Todas aquellas discusiones con el constructor por cualquier detalle, Ana quería que todo fuese perfecto, yo solo quería un lugar donde vivir. La ilusión de la primera noche que pasamos en ella, en especial la de Diego. Su quinto cumpleaños celebrado en el jardín con toda aquella jauría de «pequeños seres», de los que me encargué de entretener durante toda la tarde de aquel

sábado. Me acerqué a la pared lateral del garaje donde Diego y yo, ayudados ocasionalmente por su madre, habíamos decorado con dibujos de todo tipo sin ninguna conexión entre ellos.

—¿Dónde está? —pregunté en voz alta—, mírala, esa es la primera mariposa que dibujaste, Diego.

El gato maulló de nuevo, como si lo recordase. Las marcas que en sus cumpleaños dibujábamos en la pared, allí seguían, mostrando como crecía año a año. Puse la mano sobre la que marcaba «11 años —146cm», podía oír su risa, sentir su presencia…

Me apoyé sobre los infantiles números que Diego había escrito con la cabeza sobre el antebrazo, quería llorar pero sólo un grito ahogado salía de mi garganta, otra vez ese nudo la atenazaba. Creí oírle.

—¿Papá?

Pero allí no había nadie excepto ese enorme gato negro de ojos verdes, sentado en la mitad de la explanada delante del garaje, clavando su mirada en mí.

—No me hagas esto —dije mirando al cielo salpicado de estrellas, buscando esa que tanto le gustaba a Diego—. No lo puedo soportar.

—Somos valientes ¿verdad papá? —me pareció que la voz provenía de donde se encontraba el animal.

—No, Diego, ya no soy valiente —contesté—, desde que te fuiste soy un cobarde, te llevaste mis fuerzas y mis ganas de luchar. Lo he intentado todo, pero ha sido en vano. Nada me sale bien.

Bajé la cabeza, de nuevo me invadió la tristeza y se apoderó de mí. Busqué al gato con la mirada pero había desaparecido. Me sentí estúpido por estar hablando solo y que mi interlocutor fuese un gato no hizo que me sintiese mejor. Entré en casa y antes de cerrar la puerta me pareció ver una sombra colándose en el interior. Al encender la luz no encontré ni rastro del animal, pensé que habría sido producto de mi imaginación.

—Sólo espero que no me moleste esta noche, necesito dormir un poco.

Recordé que no había comprado nada para cenar, aunque apenas tenía hambre. No quería acabar emborrachándome como la noche anterior. Mi cuerpo, y también mi ánimo no lo soportarían mucho más.

Repasé mentalmente todo lo que me había contado Julián. Resultó muy esclarecedor, aunque ya poco importaba, no había vuelta atrás, ¿o sí? La duda quedó flotando en el aire mientras me quedaba dormido en el sofá del salón.

35

Me despertaron los lametones en la mejilla, sentí un papel de lija gruesa y áspera recorriendo todo mi rostro. Me había quedado dormido en el sofá y tenía la espalda hecha polvo. El gato lamía mi cara como si quisiese despertarme. Poco a poco fui abriendo los ojos y pude distinguirle en la penumbra de la estancia. Quería incorporarme pero el animal se me había colocado sobre el pecho; para lo grande que era, que poco pesaba.

—Buenas noches amiguito —le dije mientras le acariciaba el lomo—, ¿tienes idea de qué hora es? Supongo que no —respondí sin esperar.

Me respondió con un suave maullido mientras acercaba su hocico a mi nariz; por un instante pude ver la cara de Diego tan claramente como todas las veces que en esa misma posición habíamos chocado nuestras narices. Ese era nuestro saludo secreto y siempre acababa con un fuerte abrazo. En un acto reflejo cogí al animal por el pellejo del cuello y me lo quite de encima soltándolo en el suelo. Protestó con un gemido que sonaba a: «¿Ya no te gusta que te haga eso?». Me incorporé de sopetón quedándome sentado un rato con la cara entre las manos repitiéndome una y otra vez:

—¡Esto no me puede estar pasando! ¡Me estoy volviendo loco! —mi corazón latía descontrolado y de nuevo con ese nudo en la garganta. Comprobé la hora.

—¡Dios! Sólo son las dos y veinte de la madrugada —exclamé en voz alta.

Me levanté y busqué a tientas el interruptor de la luz en la penumbra. El gato se cruzaba entre mis piernas y estuve a punto de perder el equilibrio en un par de ocasiones. Encendí la luz pero no encontré ni rastro del animal. ¿Acaso lo había soñado? ¿Estaba perdiendo la razón? Camino de la cocina iba encendiendo todas las luces a mi paso, pensaba en ponerle una pequeña e inocente trampa al animal.

—Seguro que tienes tanta hambre como yo —le dije en alto, resonando mis palabras en la estancia vacía.

Saqué un envase de leche del frigorífico, eché un poco en un cuenco y lo deposité en el suelo a la entrada de la cocina. Después me dispuse a buscar algo que llevarme al estómago vacío, había

poca cosa, y encima me había olvidado de hacer la compra para los días que iba a permanecer en la casa. Cogí un paquete de galletas de la despensa, ni me molesté en mirar si estaban caducadas.

—No tienen mala pinta —me dije—, mejor las mojaré en un poco de leche.

Realmente no estaban muy apetitosas, pero era lo único que había, aparte de la leche, y empapadas en ella engañaban a mi estómago. Me sorprendí haciendo lo mismo que hacia Diego en las noches en las que los terrores nocturnos, que sufren la mayoría de los niños hacían acto de presencia y se colaba en nuestra cama. Me levantaba con intención de llevarlo de nuevo a su cama, pero no sin antes hacer una excursión a la cocina. Unas galletas con una taza de leche templada calmaban su inquietud mientras Ana, ajena a nuestras andanzas dormía a pierna suelta. Al día me reprocharía de nuevo el poco tiempo que pasaba con el niño por mi «trabajo de mierda» como ella decía. Siempre había una excusa para el reproche e iniciar una bronca en la que Diego era su mejor moneda de cambio; siempre salía a relucir el hecho de haber dejado mi trabajo de arquitecto para dedicarme a mi verdadera vocación, la música, a pesar de que era el trabajo como músico, el que nos permitía llevar esa vida tan desahogada. Ella que a la mínima ocasión, aprovechaba y lo dejaba al cuidado de los abuelos para irse de compras, ¡Nunca tenía suficiente! No éramos los mejores padres del mundo pero a pesar de ello, Diego disfrutaba de todos y cada uno de los minutos que podía dedicarle; sobre todo cuando después de una noche agitada por las pesadillas despertaba a su lado. La relación con Ana hacía tiempo que estaba tocada en su línea de flotación y lo único que la lograba mantener era Diego.

Terminé mi escaso e improvisado banquete y me disponía a recoger la loza cuando comprobé que en el cuenco no quedaba ni rastro de leche.

—Además de imaginario, eres tremendamente silencioso —dije sin saber si me escuchaba.

Recogí el recipiente y lo metí en el lavavajillas junto con los que yo había utilizado.

Me trague una pastilla para dormir, aun sabiendo que estaban caducadas, la noche anterior había comprobado que funcionaban perfectamente. Me dirigí al dormitorio con premura, el efecto era inmediato al meterla bajo la lengua. Me despreocupé totalmente del gato, ya lo buscaría por la mañana.

Antes de alcanzar la cama conseguí quitarme los zapatos y los pantalones, no así de la camiseta. Mientras me vencía el sueño sentí

como se subía a la cama y acurrucaba su cuerpo contra el mío mientras ronroneaba como si fuese el niño… quiero decir, el gato más feliz del mundo.

36

Cada cual se construye sus propios infiernos; cuando las circunstancias no ayudan sólo buscamos excusas, pretextos para no continuar, tiramos así por el camino más fácil; quemarnos en ese abismo abierto por las llamas de la indiferencia hasta que nuestra existencia queda reducida a cenizas que tan pronto como sopla el viento desaparecen. Quedamos así reducidos a la nada más absoluta, a la muerte en vida. Por momentos trataba de esquivar el infierno, pero cuando estás al borde del lado oscuro es fácil de perecer en él, me tenía atrapado impidiéndome reaccionar. Estaba claro que si dependiese de mi cabeza no podría escapar de ese maldito lugar, y salir sería una tarea tortuosa y larga, porque como en un bucle una y otra vez me encontraba en la casilla de salida.

Desperté con el corazón desbocado y con las manos aún asiéndose al pasamanos de una barandilla inexistente a la que trataba de agarrarme para no caer por unas interminables escaleras, el sueño había sido tan real que sentía como la cama aún subía y bajaba como si fuese una montaña rusa.

Mi estómago se había desatado de los músculos que debían mantenerlo en su lugar. Aparté la manta y traté de llegar lo más rápido que mis piernas me permitían hasta el baño, golpeándome con esa odiosa silla naranja al cruzar el pasillo a la carrera. Más tarde sentiría el dolor en el pie por la patada que le había propinado, en ese instante no me percaté de ello, a pesar del dolor agudo que recorría mi pierna de abajo a arriba. A duras penas conseguí mantener la boca cerrada hasta que caí de rodillas frente a la taza del váter y expulsé todo lo que llevaba en el cuerpo desde la noche anterior.

Me quedé en esa posición un buen rato hasta que creí que ya no quedaba nada más en mi estómago, me dolía todo el cuerpo como si

hubiese recibido una paliza. No podía continuar así, ese camino no era la solución. Cada vez me sentía más débil físicamente, arrastrando a mi mente hacia lo más profundo del pozo.

Traté de incorporarme, pero mis piernas aún temblorosas no me respondían, me sentía acabado, intenté levantarme del suelo de nuevo, estiré mi cuerpo encogido, crujiendo todas y cada una de mis vertebras.

Me metí bajo la ducha, poco me importó que no saliese agua caliente, la fina lluvia se clavaba en mi piel, me quité la ropa empapada mientras me apoyaba contra la pared y dejaba que el agua resbalase por mi espalda. En la puerta del baño estaba aquella sombra con los ojos verdes fijos en mí, pendiente de todos mis movimientos, comprobando que no me sucedía nada malo.

Una idea comenzaba a rondarme por la cabeza, sabía de su complicación y más aún después del infructuoso viaje a Alemania, tampoco confiaba en que a Ana le interesase, ¿qué importaba ya eso? Ahora sólo pensaba en Nita, debía llamarla.

Me vestí con lo primero que encontré y salí al jardín, me alejé de la finca y caminé sin rumbo, necesitaba respirar aire fresco, el ambiente estaba limpio después llover toda la noche, el camino estaba cubierto de charcos, espejos que mostraban mi fantasmal reflejo, realmente así me sentía. Me resultó extraño que mi pequeño amigo no me acompañase esta vez, o quizá sí lo hizo pero no a la vista.

Caminé durante un buen rato sin rumbo; pero de pronto fui consciente de que me resultaba familiar aquel sitio… entendí que no me acompañase el animal como en otras ocasiones, entre unos arbustos encontré la bicicleta de Diego en la misma posición que la había lanzado aquel día, víctima de la ira y la frustración. No podía creer que nadie se la hubiese llevado, unos metros más allá se encontraba la mía, intacta, como si se tratase de un objeto maldito que nadie se atreviese a coger. Notaba una densa y opresiva atmósfera en aquel lugar.

La vida te cambia en un instante, y al volver a ver allí las bicicletas, algo se removió dentro de mí empujándome a sobrevivir a aquella situación que me ahogaba; quizás era el revulsivo que

necesitaba, no podía aplazar nada de lo que tenía que hacer, debía salir de la constante pesadilla en la que estaba envuelto para volver a vivir, como aquel día, como si cada minuto que vivieses fuera el último, como tal debía afrontarlo aunque no resultase fácil. En realidad no sabía qué o quién me empujaba a tirar hacia adelante ni qué o quién me retenía en este infierno, si era mi mente, mis pensamientos, mi alma… o todo junto.

Saqué la bicicleta de Diego de entre los arbustos, pesaba mucho, más de lo que recordaba o quizá mis brazos habían perdido fuerza. Apenas tenía unos rasguños producidos por la impotencia que sentí en aquel momento después de lo ocurrido. ¡Qué ironía! Casi no tenía huellas del accidente, todo el daño se lo había llevado Diego, qué cruel es el destino. La mía también estaba en perfecto estado por eso se me hacía extraño que aún siguiesen allí abandonadas. Las coloqué una al lado de la otra, a la vez que se intensificaba el nudo que tenía en la garganta atenazando los gritos que quería dar.

Sigo sin entender por qué aquel día bajamos hasta allí en coche, y lo peor es que no logro comprender cómo le permití ir sin el casco, me lo he recriminado una y mil veces; puede que nada hubiese cambiado el destino, pero eso ya nunca lo sabré.

Llamé a Marcos por el móvil, confiando en que su número fuese el mismo, aquel día también perdí todos los contactos, los fui recuperando poco a poco de entre mis agendas.

Marcos es otro de mis amigos del pueblo, como Julián, siempre ha estado ahí a pesar de la distancia y su farmacia siempre a disposición, dentro de la legalidad, claro.

—Necesito que vengas a buscarme al polígono con tu cacharra ¿aún la tienes?

—Podría si me dijese quién es —respondió un tanto seco.

—Soy Víctor ¿tanto me ha cambiado la voz?

—¿Víctor de la Hera?

—El mismo.

—¡Cooooño Víctor! ¡cuánto tiempo! perdona que no te haya reconocido. Enseguida voy a recogerte, pero… ¿dónde estás exactamente?

—A la entrada del polígono industrial abandonado, ¿sabes dónde te digo?

—Sí claro, dame diez minutos.

—Aquí te espero.

Me senté en una gran piedra al borde de la carretera dispuesto a esperarle el tiempo que hiciese falta. El sol se ocultaba por momentos tras las nubes que discurrían por un intenso cielo azul como trozos de algodón que limpian las heridas de los corazones desgarrados como el mío. Es posible que nadie se fije en esas pequeñas cosas que nos muestra la vida para enseñarnos que merece la pena vivirla, que es posible disfrutarla en cada segundo de nuestra existencia.

Marcos no se demoró demasiado, en la distancia pude reconocer su pickup, tremendo vehículo más grande que mi todoterreno, recordaba que a menudo lo empleaba para cargar los medicamentos en la batea y suministrarlos en las aldeas donde los vehículos normales no llegaban.

Sólo cuando paró el vehículo a mi altura me di cuenta de que no era Marcos el que conducía si no su hijo David que con una enorme sonrisa me miró y se quitó las gafas de sol para saludarme.

—Mejor doy la vuelta —me gritó desde el coche.

Arrancó el vehículo girando bruscamente para cambiar el sentido metiéndose en un charco de barro que había a mi lado. Me ensució toda la ropa pero no me podía enfadar con él, tenía que perdonarle su inexperiencia, además David es de ese tipo de jóvenes que han crecido pareciéndose en todo a su padre, no era mal tipo. Se bajó del coche y me desarmó con esa enorme sonrisa heredada de su padre también, es como un sobrino para mí.

—Lo siento tío Víctor, ¿qué tal estás? Además de lleno de barro, tienes que andar con más cuidado.

—Ya ves, aquí, esperando que alguien me ayude. Anda, acércate para que te de un abrazo.

«¡Cómo ha crecido el jodido! Parece que fue ayer cuando… ¡Cómo pasa el tiempo!»

Lo aparté un poco para observarlo con más detenimiento.

—Cada vez te pareces más a tu padre.

—Si me vas a insultar, mejor me voy —bromeó—. Eso me dice todo el mundo.

Me ayudó a cargar las bicicletas en la parte trasera de la camioneta.

—¿Te llevo a casa?

—Mejor déjame en a la farmacia de tu padre, ¿luego podrías llevar las bicicletas a casa?

—Claro tío Víctor.

—Déjalo ya, llámame Víctor, campeón —dije—, sólo Víctor.

Durante el trayecto charlamos animadamente, me puso al día de lo que había estado haciendo en los últimos años. Me dejó cerca de la farmacia de su padre, necesitaba algo para dormir que no estuviese caducado pero sobre todo quería ver a Marcos y hablar con él.

Al entrar en la farmacia sonó una campanilla sobre mi cabeza anunciando que alguien entraba en el establecimiento, tras el mostrador, trabajaba Marcos afanosamente ajeno a mi presencia. Me acerqué a él, levantó la mirada, no pareció reconocerme.

—Está usted muy pálido, ¿se encuentra bien amigo? No tiene buen aspecto.

—No, no me encuentro muy bien —Contesté sorprendido de que no me hubiese reconocido… ¿Tanto había cambiado?

—¿Qué desea?

—Stilnox, ¿tiene?

—¿Víctor? —respondió el farmacéutico—, ¿eres tú?

—Sí soy yo, aunque parece que los viejos amigos ya no me reconocen cuando me ven, ¿de verdad que tengo tan mal aspecto?.

Salió de detrás del mostrador, se quedó plantado frente a mí unos segundos con los brazos en jarras, mirándome de arriba abajo.

—¡Ven aquí que te abrace compañero! ¡Cuánto tiempo! —me dijo al tiempo que me abrazaba de forma tan fuerte y cálida que mientras permanecimos así unos instantes un halo de emoción invadió el lugar.

—Ya ves cuantas cosas han pasado —disipé así la emoción con mi melancolía.

—Así es, no sabes cuánto he sentido lo ocurrido, fue un shock muy fuerte para todos.

—Sí que lo fue —un nudo en la garganta me hacía parco en palabras, las atenazaba en cuanto el tema de conversación era lo que sucedió aquel día, no era capaz de controlarlo.

—Diego siempre fue muy especial para nosotros y lo ocurrido… en fin, no hay manera de describirlo.

—Gracias Marcos, lo sé, yo tampoco soy capaz de entenderlo, ni de explicarlo… por más que lo intento me es imposible. No hay consuelo para este dolor tan grande que siento. No hay manera de estar preparado para el calvario que he pasado; desde el mismo momento en que todo ocurrió nada ha sido igual en mi vida, todo se ha derrumbado a mi alrededor como fichas de dominó. Se ha abierto un abismo bajo mis pies y cada día trato de no caer en él, pero nada me ayuda, no puedo dejar de sentirme un miserable; quisiera que nada de esto hubiese sucedido… —mi voz se quebró como un cristal golpeado con un martillo.

—Nunca se está preparado para algo así —remarcó apretando mi hombro.

«Nunca se está preparado para algo así», la frase se inscribía quemando mi pensamiento. Creo que nunca se llega a superarlo, a no ser que seas tan insensible que olvides. Hay algo que me lleva a pensar que, de alguna manera, sigue vivo.

—No Marcos, nunca se puede estar preparado para algo así —rompí el silencio.

—¿Y Ana? Hace tiempo que no la veo —me preguntó intentando cambiar de tema.

—No sé cómo está, yo también hace tiempo que no la veo…

Me quedé pensando en ello mientras Marcos entraba en la trastienda. Quería irme, no sólo de aquella farmacia. No quería mirar atrás, olvidar mi pasado, incluso a… ¡no! a Diego no podía, ni por un momento se me pasó por la cabeza, aunque quisiera no podría hacerlo.

—No sé si debo enseñarte esto —dijo Marcos mientras volvía otra vez junto a mí. En la mano traía lo que parecían unos recortes de prensa y de alguna revista—. Sí, creo que debes verlo, es más, pienso que lo necesitas —rectificó—. Somos amigos desde hace mucho tiempo, más del que consigo recordar…

—Nos hacemos mayores… —traté de bromear.

—Y que lo digas, mi querido amigo el tiempo pasa irremediablemente para todo el mundo. Ten, ojea esto.

Me tendió los recortes de los periódicos donde podía leer todo lo que se escribió en aquellas fechas. Marcos tenía una afición muy curiosa, guardaba absolutamente todo lo que se publicaba sobre mí, si algún día tuviese la idea de escribir mis memorias sin duda tendría que contar con él. Una afición que había surgido en la universidad cuando aún éramos unos aficionados y su confianza en que llegaríamos lejos con nuestra música era mayor que nuestra convicción en ello.

—No tenía ni idea de que mi desgracia había tenido tanta repercusión —expliqué entre murmullos.

—¿Repercusión? Vinieron periodistas de todas partes como sabuesos tras su codiciada presa, incluso de los locales no faltó ninguno. Fue todo muy morboso y asqueroso, Julián y yo tratamos de… —dudó por un momento si continuar hablando.

—¿Tratasteis de qué?

—De que nadie enfangara tu nombre, ni el de Diego. Ya sabes que en este pueblo hay gente que tiene mucha envidia malsana.

—¿Cómo? ¿el de Diego? ¿pero cómo se puede mancillar el nombre de un niño… ¿Y soy yo el que está loco? —estallé.

—Creo que es hora de que conozcas la verdad, no sabemos si realmente fueron sus propias palabras o si la prensa sacó de contexto lo que dijo, el hecho fue que una revista publicó que tú provocaste el accidente.

—Pero, ¿las palabras de quién?

—Las palabras de Ana —contestó Marcos iracundo—. No nos lo podíamos creer, Ana nunca nos cayó muy bien pero no nos creíamos que tu mujer lo hubiese comentado tal como salió en la prensa, pero dicho o no, quedó publicado.

Me quedé perplejo, no podía creer que Ana hubiese llegado tan lejos en sus propósitos. Nada me cuadraba, primero me echaba a los perros para que me devorasen, después me ayudaba, ¿quién sabe si arrepentida? O quizá porque muerto no le servía de mucho, para luego mandarme a la hiena de Ramiro a pisotearme por si lograba asomar la cabeza. Se había convertido en un ser despreciable pero me resultaba inverosímil lo que Marcos me estaba contando.

—Desde luego que no le dimos el menor crédito a lo publicado —continuó hablando—, pero publicado está, y te hizo mucho daño, y más aún cuando ni siquiera había noticias tuyas.

—¿Puedo quedármelo?

—Sí, espera que te hago una copia.

Volvió a desaparecer en la trastienda. Yo tampoco creía que Ana hubiese sido capaz de tal humillación pública, pero quería averiguar de qué frase podían haber quitado aquellos carroñeros el titular para la noticia. No era la primera vez que sufría su ira, pero sólo por motivos de trabajo, esto rayaba la maldad y la falta de escrúpulos. No me la imaginaba haciendo esas declaraciones a pesar de que mi distanciamiento con ella era cada vez mayor. Faltaban dos días para la reunión en la notaría y deseaba con todas mis fuerzas no encontrarme con ella ni con el gilipollas de Ramiro.

—Aquí tienes, Víctor —me tendió la copia del artículo metida en un sobre—. Y a propósito de… a por lo que habías venido…

—¿Sí? ¿puedes ayudarme?

—¿Stilnox? Sabes que necesitas una receta médica, Víctor —respondió.

—Y yo necesito dormir, hazlo por los viejos tiempos.

—No abras el sobre hasta llegar a casa.

—Gracias Marcos. No sé cómo puedo agradecértelo.

—¿Gracias? ¿por ser amigos? Cuídate Víctor, hazme ese favor, cuídate mucho.

—Lo haré. Lo intentaré al menos, pero no te lo puedo prometer.

Nos despedimos después de otro intenso abrazo. La mañana se había esfumado, el tiempo perdía toda perspectiva y se escapaba irremediablemente. Apenas tenía hambre, pero antes de volver a casa me pasé por el bar de Julián para comer, y de paso charlar un rato con él. Comimos juntos, le hablé de los recortes que me había proporcionado Marcos.

—¿Esa mierda?, prefiero no volver a verla —dijo con acritud—. En su día me costó creerlo, y más trabajoso nos resultó desmentirlo a Marcos y a mí. ¡Malditas hienas! ¿Puedes creer que aún hay gente en el pueblo que se cree toda esa mierda?

—La gente cree en lo que quiere creer —dije y sonreí con melancolía ante mi juego de palabras, antes era muy dado a esos chascarrillos… antes era muy dado a muchas cosas, antes de…

Hablamos largo y tendido hasta media tarde, dejamos atrás el tema de Ana y tratamos de arreglar el mundo. Las luces del día se atenuaron, como si alguien hubiese bajado la intensidad del sol, a pesar de que apenas había nubes en el cielo, empezaba a refrescar también. Me sentía bien en su compañía y cuando tocaba volver otra vez a la casa, la soledad me cubría de una melancolía enfermiza, esa era mi única realidad actual y poco hacía por cambiarla.

Cuando llegué a casa el sol ya había desaparecido tras las montañas y la oscuridad cubría cada rincón de la finca.

No tenía hambre, quizá había comido demasiado para lo que era habitual en mí últimamente, por el camino pensé que debía tomar una decisión con el tema de la casa, si finalmente decidía quedármela tendría que buscar el dinero debajo de las piedras.

Abrí el sobre que me entregó Marcos, dentro estaba la copia de los artículos que dejé sobre la mesa, y una breve nota suya.

Sólo en caso de emergencia, compañero.
Tu amigo, Marcos.

También saqué un blíster de doce pastillas de las que le había pedido, hoy la iba a necesitar. Me tomé un par de yogures, me senté en la mesa de la cocina y coloqué una botella de vodka y un par de vasos sobre ella, serví la bebida en ambos, saqué una pastilla, brindé contra el otro vaso y me la tomé con un trago de aquel alcohol. No me podía demorar mucho, el brebaje pronto me haría efecto, enjuagué el vaso en el fregadero y subí al dormitorio dejando un reguero de ropa a mi paso, algo por lo que Ana me habría montado una buena bronca, ¿qué me importaba Ana ahora? Sentía mi cuerpo pesado, la pastilla ya estaba haciendo su trabajo. Me desplomé como un cuerpo muerto sobre la cama, donde pasaría de nuevo otra noche solo. Traté de apagar la luz de la lámpara de la mesilla pero no podía mover los brazos, los sentía pesados como el plomo. Cerré los ojos vencido por un sueño profundo producido una noche más por el habitual cóctel de alcohol y somníferos.

37

Si hay algo bueno en dormir a base de somníferos y alcohol es que los sueños, más bien las pesadillas, desaparecen por completo. A cambio, al día siguiente las resacas son de nivel ocho en la escala de Richter, un verdadero terremoto se desataba en mi cabeza cuando los primeros rayos de sol taladraban mis párpados. Debería acordarme de bajar las persianas por la noche antes de tomarme las pastillas.

Fue una mañana muy dura, me arrastré por la casa abriendo las ventanas para que los recuerdos estancados entre aquellas cuatro paredes se disipasen. Deambulaba por las estancias sin apenas fijarme en los detalles. Después de renovar el aire, sentía mi cerebro oxigenado, y empezaba a regir con más claridad, parecía pensar con normalidad, mi normalidad, porque los recuerdos regresaban para colarse por la puerta trasera del subconsciente y torturarme un día más.

Parece que hoy la jaqueca me ha dado una tregua y me dejará pensar sin parecer un zombi malhumorado, tengo que mantenerla a raya. Debería cuidarme un poco más, dejar toda esta mierda atrás. Después de tomar algo de comer, resurge mi ánimo y mi fuerza, la aprovecharé para realizar alguna tarea que necesite músculo.

Todavía no sé si me voy a quedar con la casa ¿qué trabajos me quedan por hacer? Aún no lo sé. Sólo deshacerme de todo lo que me recuerda a Ana, definitivamente si de algo estoy seguro es de que quiero olvidarla, tampoco será fácil.

Tropecé con unas cajas de cartón que parecían abandonadas a su suerte en una esquina del salón mientras intentaba subir la última persiana. Abrí una de ellas, eran parte de mis vinilos, estaban empaquetados, para mi pesar no estaban todos. Al menos no los tiró a la basura, no esta parte de la colección, unas diez cajas repletas de discos, mis discos, la banda sonora de mi vida.

Abrí otra de las cajas, no estaban ordenados, parecían encajados de cualquier manera. Ana nunca apreció mi colección de música, tan importante para mí y de escasa importancia para ella, «Qué pérdida de tiempo y dinero» parecía que me estaba diciendo en ese preciso momento y cada vez que aparecía con alguno nuevo. Aquellos discos eran parte de mi historia, todos y cada uno de ellos

escondían alguna anécdota, la muy cabrona sabía bien como hacerme daño. Más adelante tendría que hacer un inventario para saber cuáles faltaban.

Rebusqué en la caja y saqué algunos, pensé que me animaría poner un poco de música para hacer las tareas que tenía programadas, pero al escuchar los primeros acordes decidí que sería mejor descansar y evadirme de todo por un día.

Encontré con facilidad uno muy especial para mí, el «Blood on the tracks» de Bob Dylan, era una edición original de 1975 que compré en nuestro viaje a Nueva York allá por el 97, lo recuerdo perfectamente, aún tiene la pegatina de la tienda de discos, llevaba tiempo buscándolo en vinilo, y aquel viaje fue una gran oportunidad para dar con todos aquellos discos que buscaba con desesperación y que en España era complicado encontrar, sobre todo ediciones originales. Aún recuerdo la dirección, el 35 de Carmine Street en el Greenwich Village, una tienda llamada The House of Oldies, y los tres días que me pase allí encerrado con el dueño. Ana no lo pasó tan bien como yo, pero se buscó pronto otra alternativa, mientras yo buceaba entre sus estanterías llenas de álbumes históricos, recorriendo la historia de la música con mis dedos, ella paseaba por la quinta avenida tratando de disipar su cabreo dilapidando nuestro incipiente capital en compras. La verdad es que yo estaba haciendo lo mismo, pero todo lo que quería, lo tenía en aquella tienda; aún recuerdo los problemas para cerrar la maleta cuando llego el momento de regresar, compré otra que llené con más discos, incluso tuve que dejar alguna ropa para meterlos y se produjo el enésimo cabreo de Ana por ello.

También recuerdo como soborné al policía del aeropuerto que me mandó abrir las maletas, el muy cabrón se quedó con todos los discos de Rainbow que había conseguido.

Coloqué el disco sobre el plato giradiscos, mientras «Tangle up in blue» sonaba por los altavoces a un volumen razonable, repasaba las letras que tenía impresas en unos folios dentro de la funda del disco, las había transcrito nada más llegar a casa. Recordaba cómo me influyeron a la hora de escribir las letras de mis canciones. Remover tantos recuerdos me hizo pensar en que quizás algún día publicase un libro de poemas con todas las letras que nunca había empleado en mis canciones, no porque fuesen malas si no porque no había sido capaz de adecuarlas a las melodías. «Sí, no sería mala idea» pensé sonriendo.

Me senté en el sofá y cerré los ojos mientras sonaba «Simple Twist of Fate», ahora comprendo mejor sus letras; se comentó en su

día que este disco reflejaba la ruptura con su mujer, la madre de sus hijos. Sonaba «Idiot Wind», Dylan cantaba… eres una estúpida nena/es admirable que aún sepas respirar, parecía saber todo lo que yo sentía en ese momento, quería ser el protagonista de «Tangle up in Blue» y marcharme, dejar todo atrás, irme a trabajar de pescador en las afueras de Delacroix, conociendo a muchas mujeres, pero sin que ella se borrara de mi pensamiento, ella era Nita.

¡Joder! El condenado Dylan sabía de lo que hablaba. Cada canción, cada verso eran una sentencia. Harás que me sienta solo cuando te vayas, una afirmación tan evidente que cobraba en su voz todo el sentido para alguien como yo que buscaba el amparo contra la tormenta que me caía encima, aunque también es cierto que en su versión original, «Shelter From the Storm» sonaba mejor y más contundente.

Pensaba en Nita, en la necesidad de llamarla de nuevo, no resultaba fácil contactar con ella y ya no sabía qué mensaje dejarle en el contestador, ni siquiera los escuchaba. Sólo esperaba que no siguiese teniendo problemas con su ex y que Alicia estuviese bien.

Las canciones se sucedían una tras otra transportándome a otro lugar, a otro tiempo, en el que sentado frente a los altavoces, con un bolígrafo en mano y el suelo lleno de papeles copiaba las letras de los poemas que Dylan cantaba. ¡Cuántos recuerdos pueblan mi cabeza! En ese instante me sentía en paz, será cierto que la música amansa las fieras.

Se acabó el disco y el chasquido que indicaba que la aguja había llegado al final también me resultaba relajante, me levanté para quitar el disco y colocar otro sobre el plato, ahora sonaba «Nebraska» de Springsteen, más tranquilo si cabe. Cuando volví al sofá para seguir disfrutando de la música, me fijé que en la mesa de la esquina entre los dos sofás estaba mi cámara de fotos, abandonada a su suerte después de lo sucedido. La tomé entre mis temblorosas manos y la encendí con dificultad, aún tenía algo de batería, la suficiente como para revisar las fotografías que guardaba su tarjeta. Al principio no reconocí ninguna de ellas, las primeras parecían pruebas; instantáneas de objetos diversos, unos lápices de colores colocados de manera desordenada sobre un fondo blanco; algunas flores del jardín retratadas sin demasiada composición, ideas desordenadas.

Cuando casi había perdido el interés, la siguiente fotografía golpeó de pleno mi pecho, podía verse un retrato de Diego, su rostro ocupaba toda la pantalla, su sonrisa, pero sobre todo sus enormes ojos verdes destacaban por encima de lo demás, de nuevo

el nudo en la garganta me ahogaba, sentía las lágrimas a punto de fluir pero había algo en mí que no les dejaba hacerlo oprimiéndome aún más. Contemplé la fotografía durante largo rato, parecía que por un momento comenzaría a hablar. Pasé mis dedos por la pequeña pantalla a modo de caricias, trataba de tragar saliva, pero me ahogaba aún más, mi respiración se agitaba por momentos, no recordaba haber hecho esas fotografías. Pasé a la siguiente y lo que vi me hizo soltar la cámara de repente sobre el sofá, a punto estuvo de caer al suelo. No podía creerlo, en la pequeña pantalla aparecía Diego igual de sonriente, abrazando un enorme gato negro, la cara del animal miraba directamente al objetivo como queriendo decirme algo, al igual que la de Diego, dos pares de grandes ojos verdes copaban la pantalla.

La música de Springsteen había cesado hacía unos minutos, otra vez el sonido de aguja sobre el surco llegando al final de la cara, me levanté para cambiar el disco, necesitaba algo más fuerte. Encontré mi vieja copia del «Made in Japan» de Deep Purple, sonaba muy trasteado, pero en cuanto arrancó «Highway Star» los chasquidos se mezclaron con el sonido de la banda atronando por los altavoces.

Cogí de nuevo la cámara, el resto del día se me haría interminable, continué ojeando fotografías, no había muchas más pero me impactaron mucho, una serie de diez fotografías todas muy similares en las que aparecían los dos en distintas posiciones siempre abrazados mostrando felicidad. Caí en la cuenta de que hoy no había hecho acto de presencia mi pequeño amigo felino.

Seguí pasando y el último fichero era de vídeo. Se me aceleró el pulso, sudaba copiosamente, me daba, miedo no, pánico, darle al botón de reproducción. Al principio no se veía nada claro, pero el sonido sí que era nítido, hablaba Ana.

—¿Le dirás a papá cuánto le odias?

—Pero mamá —oír la voz de Diego un año después, atenazó mis músculos—, nunca podré odiar a papá, le quiero mucho.

—Ayer no decías lo mismo. —La voz de Ana era tranquila, tratando de convencer a Diego de lo que debía decir—. Ahora puedes decírselo.

—Ayer estaba muy enfadado con él porque no estaría el día de mi cumpleaños…

Un grito de rabia se ahogó en mi garganta, los compromisos de promoción no me habían permitido llegar a tiempo para su fiesta de cumpleaños, lo que me lo había recriminado durante días. «Lo siento cariño», me había disculpado con él, «pero tengo mucho trabajo aquí en Madrid, ¿lo entiendes?». «Sí», respondió

lacónicamente.

–… pero nunca lo he odiado, nunca lo odiaré —continuó hablando Diego, la imagen todavía era confusa—, le quiero mucho mamá, aunque no estuvo el día de mi cumple, me dijo que me lo compensaría.

—Tu padre siempre se olvida de ti —la voz de Ana trataba de convencer al niño para que me odiase, no podía creer lo que estaba oyendo—, ahora puedes decírselo —insistía Ana; la cámara se enderezó y apareció la imagen nítida de Diego sonriendo—. Quejarte para que vuelva —había cierto odio y mucha ironía en sus palabras.

—Papá te echo de menos, quiero que vuelvas pronto —fueron las palabras de Diego ante la cámara con su eterna sonrisa.

—Nada, no hay manera —se oye decir a Ana tras las palabras de Diego y antes de que se corte la grabación parece que habla con alguien más a parte del niño.

Un motivo más para odiar a Ana con todo mí ser, ¿cómo había llegado al extremo de querer poner a Diego en mi contra? ¿Realmente habían sacado sus declaraciones a la prensa fuera de contexto? ¿Cuáles eran sus intenciones? Aunque ahora me parecían más obvias, no acababa de entenderlo ni de creerlo. ¿Qué ganaba con todo aquello? Se había convertido en un ser tan avaricioso que no le llegaba con lo que podía obtener de mí con un acuerdo amistoso. Por más que pensaba en ello y le daba vueltas al asunto, no conseguía llegar a ninguna conclusión razonable, a no ser que…

…a no ser que Ramiro influyese tanto en ella que se hubiese dejado llevar hasta aquellos extremos, pero ¿cómo conseguiría que Diego no cantase sus encuentros? Era evidente después de la grabación que el niño no le iba a seguir el juego y era cuestión de tiempo que me contase todo.

Me estaba volviendo paranoico, mi mente trastornada, elucubraba enrevesadas conspiraciones en la que al final había salido perdiendo Diego. Ahora pensaba que Ana tenía algo que ver con ello de alguna manera, pero era imposible, yo había presenciado el accidente en primera persona y fue eso, un accidente, aunque Ana opinase lo contrario con tal de destruir mi reputación.

Hacía rato que la música había cesado, pero el giradiscos continuaba girando, ahora los chasquidos de la aguja sobre el final del vinilo se me antojaban insufribles. Mi mente atormentaba mi existencia, revivía una y otra vez las imágenes del accidente, no sé si sería capaz de soportar esta montaña rusa de sentimientos

encontrados.

El resto del día fue un querer y no poder, o quizá, poder y no querer ni tener la menor intención de hacer algo, tal vez ambas cosas. Dejé la cámara encendida con una de las fotos de Diego presidiendo el salón, en más de una ocasión estuve a punto de borrar el fichero de vídeo, pasar página y olvidarlo, olvidarme definitivamente de Ana. No merecía la pena alimentar mi ira, pero luego pensaba en Ramiro, a ese mal nacido sí que tenía ganas de machacarlo sin piedad.

Debatiéndome en esa batalla interna, se me pasó la tarde sin apenas darme cuenta, ajeno a la realidad que me rodeaba. Se acercaba la hora de descansar, me sentía tranquilo a pesar de todo, pero necesitaría tomar algo para poder conciliar el sueño y dormir sin pesadillas. Después de cenar algo rápido, me sentaba mal ingerir algún alimento justo antes de acostarme, pero lo hice. Por primera vez desde mí vuelta a aquella casa me acostaría sobrio, sin haber probado ni gota de alcohol, me sentía extrañamente bien con la cabeza despejada, totalmente lúcido.

Me senté al borde de la cama, respiré hondo y cogí el móvil con intención de llamar a Nita, me temblaban las manos mientras marcaba su número. ¡Qué difícil era contactar con esta mujer! Otra vez el contestador, me despaché con un escueto:

—Soy Víctor…, otra vez, si escuchas estos mensajes, por favor, llámame… te echo de menos.

Puse el móvil apagado sobre la mesilla de noche, me tomé una de las pastillas del sobre que me dio Marcos con un poco de agua. Me recosté sobre la cama, en seguida me sumí en un profundo y placido sueño. Parecía que enterarme de todo aquello había tranquilizado mi alma, otra cosa era mi pensamiento que no paraba de darle vueltas a todo.

Está decidido, finalmente me quedaré con la…

38

…Me quedaré con la casa. Luché demasiado para construirla como para renunciar a ella así como así.

Desperté empapado en un sudor frío que me calaba hasta las entrañas, sólo una idea me rondaba por la cabeza, la certeza de me quedaría con ella. Sentía la presencia del gato a mi lado, me miraba fijamente con esos enormes ojos verdes. Traté de desperezarme pero mis músculos entumecidos por la humedad de mi propio sudor no respondían, eso ya era habitual.

—¿Eres el de las fotos? —pregunté al animal esperando una contestación como si realmente hablase con Diego.

Un suave maullido fue su única respuesta mientras se acurrucaba junto a mi cuerpo, a pesar de lo sudoroso que estaba no parecía importarle. Así nos quedamos un buen rato, yo acariciando su cabeza con el pulgar mientras él ronroneaba lleno de satisfacción.

El sonido del móvil rompió el silencio de aquella soleada mañana de otoño, zumbaba lejano, no recordaba dónde lo había dejado la noche anterior. Traté de incorporarme como un resorte, pero me costaba un mundo ponerme en marcha; al tercer intento lo conseguí, a la vez que el gato saltó de la cama, desapareció por la puerta de la habitación y en un suspiro bajó las escaleras. Mientras, yo trataba de mantenerme en pie y caminar siguiéndole, el sonido del móvil era cada vez más insistente o eso me parecía. Estuve a punto de caer por las escaleras, no conseguía encontrarlo por ningún lado y si aquel aparato seguía sonando me volvería loco.

Por fin lo localicé sobre la mesa del salón gracias al gato, el animal arañaba la pantalla como si con ese gesto pudiese contestar; cuando conseguí alcanzarlo había dejado de sonar. Miré la pantalla, era Nita, marqué el numero lo más rápido que pude para devolverle la llamada, ¡al fin podría hablar con ella!

La ilusión dio paso a la decepción en tan sólo diez segundos que fueron los que tardé en llamarla. ¡Cómo odiaba ese contestador!, saltó enseguida, no dejé que el mensaje martillease mi ánimo y corté rápidamente; volví a marcar y de nuevo… la voz del contestador. La situación me preocupaba y pensé que Nita tenía algún problema grave. Trataría de contactar con ella más tarde.

Bajo la ducha mi cabeza comenzaba a darle vueltas a todo, no era posible que los elementos estuviesen siempre en mi contra durante tanto tiempo, pero esa era la realidad, todo parecía fluir contracorriente. Disfrutaría de la ducha en silencio, sin pensar en nada, sólo en lo que haría durante el día.

Recorría las estancias de la casa; una a una iban mostrándome sus recuerdos impregnados en el ambiente y las fotografías colgadas de sus paredes. Respiraba la atmósfera cargada de nostalgia. Sólo me faltaba entrar en la sala de música, ¿escondería algún otro secreto?

Siempre tuvo un encanto especial, allí conseguía aislarme del mundo cuando trabajaba. Mis mejores composiciones habían visto la luz entre sus paredes. Diseñada con la mayor calidad en los materiales de aislamiento térmico y acústico, tanto es así que incluso con el sonido de los amplificadores al máximo, no se escuchaba nada en el exterior. Hasta ese día no había sido capaz de traspasar su umbral, ni siquiera me lo había planteado, temía que los fantasmas del pasado volviesen y no encontrar allí lo que dejé, como si esos fantasmas atrapados entre los muros vigilasen todos mis movimientos. Esos fantasmas del ayer que impregnaban aquellas cuatro paredes, observándome, atormentándome a pesar de encontrarme mejor anímicamente, aunque después de lo que había descubierto el día anterior ya nada podría sorprenderme. Todo aquello me estaba ayudando a superar poco a poco mis angustias, mis temores y encontrar mi paz interior

Entré en la sala, parecía que se había detenido el tiempo, no era una sensación nueva, siempre que trabajaba allí las horas perdían su medida y se prologaban hasta el infinito. La estancia era bastante más amplia que la de la casa de la playa, dividida en dos partes bien diferenciadas, una de ellas donde guardo mi colección de música, vinilos, casetes y CDs llenando las estanterías hechas a medida desde el suelo hasta el techo.

Comprobé que todo seguía intacto, excepto lo encontrado el día anterior embalado en cajas. Ya los volvería a colocar en su lugar. En ese momento no era importante hacerlo, ya habría tiempo.

La otra, es la zona de trabajo, un piano de cola preside la sala, también hay una batería muy básica, algunas guitarras de distintos tipos perfectamente colocadas en sus soportes excepto una Stratocaster acabada en madera color roble que yacía en el suelo al lado de los soportes donde reposan dos bajos Fender iguales; un montón de cables esparcidos por el suelo dificultaban el caminar

por la sala; el escenario indicaba que allí se produjo una huida precipitada, una salida inesperada de aquel lugar. El caso es que no recuerdo bien si así fue como lo dejé, ni siquiera logro acordarme en que trabajaba en aquel momento.

El gato se coló en la sala pasando entre mis piernas, mientras yo, en el quicio de la puerta, echaba un vistazo a toda la sala, olía a cerrado y una fina capa de polvo cubría los instrumentos. Sobre el piano unos papeles llamaron mi atención, parecían anotaciones y partituras, no tenía ni idea de que podían ser. Mientras, el gato deambulaba entre los instrumentos con gran familiaridad, incluso de vez en cuando se paraba frente a uno de los bajos, extendió una de sus patas y lo hizo sonar; parecía que le hace gracia. Recordaba que Diego tenía la misma costumbre, le encantaba el sonido grave y profundo de las cuatro cuerdas. Siempre me pedía que se lo enchufase y yo accedía porque disfrutaba viendo la cara cuando lo aporreaba, a pesar de que después tenía que afinarlo. Me encantaba tenerlo a mi lado cuando Ana le dejaba, o se marchaba y el niño se quedaba conmigo. Prefería aquellos «juguetes» a los suyos aunque su madre no lo aprobase, siempre reprochándome la mala influencia que yo era. ¡Qué sabría ella de influencias! Yo tan sólo dejaba que fluyese su pasión por la música, que se contagiase de esa magia que emanaba de los instrumentos, además de por el ciclismo, ¿cómo podría negarme a sus aficiones?

Esas señales me indicaban que ese animal tenía algo especial, no sabía exactamente qué era, pero tantos indicios no podían ser fruto de la casualidad; aunque me están afectando demasiado, creo que como no los racionalice, llegaré a un punto en el que no hay vuelta atrás; y no quiero volver a pasar por eso.

En un empuje de valentía osé avanzar hasta el piano para ojear los papeles que descubrí sobre él, me preguntaba qué trabajo había dejado a medio terminar. Un montón de notas con ideas dispersas, empiezo a recordar… Repasé todos y cada uno de los papeles, estaban desordenados pero era así como los había dejado, no parecía que faltase nada, pero tampoco podía saberlo a ciencia cierta. Demasiado tiempo, demasiadas cosas que había dejado de controlar o que no supe cómo hacerlo y se echaron a perder, o simplemente que no quise. Mi mente me impulsaba a ser negativo con todo lo que me rodeaba.

Me senté al piano, nunca fui un virtuoso pero me defendía lo suficiente como para componer alguna canción ayudándome con él. Me resulta más fácil que con la guitarra pero todo dependía de lo que quisiera obtener. De entre los papeles saqué una partitura toda

emborronada que parecía la más completa. Estiré los dedos para comenzar a tocar, y sentí un ligero cosquilleo por todo mi cuerpo, hacía tanto tiempo que no tocaba, ni siquiera durante las sesiones de grabación ni en los ensayos; lo que daba cuenta del estado lamentable en el que se encontraba mi ánimo.

Comencé a tocar, despacio, tratando de acariciar cada tecla con cuidado hasta encontrar el tempo adecuado. No la recordaba muy bien, quizá me estaba equivocando en su ejecución pero mi memoria no daba para más. Poco a poco empezaba a resurgir la melodía, tocar el piano en la soledad de aquella sala me ayudaba a poner en paz mis pensamientos, ordenar mis ideas, mis sentimientos. Paré un instante para buscar la letra de la canción y encontré un borrador que parecía ser la última versión. La repasé, me parecía increíble que hubiese escrito aquello poco antes de lo sucedido, como si fuese una premonición…

Siempre tres corazones...
...el tuyo, el mío, el nuestro
Roces furtivos de pasión
Locos corazones de locos amantes
Corazones desbocados
Latiendo al mismo compás
Enredados en un sentimiento
Rincones oscuros llenos de luz
Susurros apagados gritando en la noche
Sonrisas furtivas cómplices del amor
Miradas profundas espejos de tu alma
Queriéndose en la distancia
Amándose en la cercanía
Siempre tres corazones...
...el tuyo, el mío, el nuestro

Parecía escrita de un tirón, sólo encontré un borrador con la letra completa. Comencé a tocarla de nuevo, esta vez me atreví a tararearla, más bien a susurrarla, de nuevo se me hizo un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar; tampoco necesitaba cantarla, se trataba de recuperarla, y por fin tuve la sensación de que había encontrado la canción que necesitaba para completar el disco. Continué tocando el piano un buen rato, improvisando melodías, siempre me relajaba mucho tocar viejas canciones. Mi favorita era la introducción de Bohemian Rhapsody. Tenía que volver a trabajar, a hacer lo único que sabía hacer, música.

Perdí la noción del tiempo disfrutando en el refugio que eran para mí las cuatro paredes de aquella sala. Descansé un rato porque estaba muy cansado, me parecía mentira que dos días antes estuviese estancado en el fango, y hoy veía la luz al final del túnel a pesar de todo.

A primera hora de la tarde volví a meterme en la sala, en mis

manos una guitarra, la que estaba tirada, ni siquiera la enchufé. La afiné y le limpié el polvo con una gamuza. La mecía sobre mi regazo suavemente como si fuese un niño mientras acariciaba el mástil, no se trataba de tocarla sino de recuperar sensaciones. Como ya dije, no soy un gran guitarrista, me defiendo dignamente, lo suficiente como para transmitir buenas vibraciones cuando me pongo a ello.

Rasgueo las cuerdas sin púa tratando de retomar la melodía de la canción, me gusta como suena. El gato me contempla con sus enormes ojos verdes, una luz tenue matiza su sombra bajo el piano.

—¿Te gusta? —necesitaba hablar con alguien, y sólo podía hacerlo con aquel animal—, no está mal ¿verdad?

Clavaba su mirada en mí, por momentos vi el rostro de Diego, acompañándome en las largas tardes de trabajo, siempre con sus preguntas que yo contestaba como buenamente podía, vi la razón de vivir, de luchar para salir a flote.

Cerré los ojos mientras escuchaba las melodías que salían del amplificador que acababa de enchufar para tocar con un poco más de fuerza, después de un buen rato, tenía doloridas las muñecas y las manos, «la falta de costumbre» pensé en alto, «será mejor descansar, mañana tengo la cita con el notario para la venta de la casa, debo pensar realmente qué es lo que quiero, si venderla o quedármela».

Recogí todo, traté de dejarlo un poco más ordenado de lo que estaba, liberar el espacio de malas vibraciones, o eso creí hasta…

—¿Qué es esto?

El gato maulló mientras ponía una de sus patas sobre lo que parecía un paquete bajo el piano ¿cómo no lo había visto antes?

—¿No lo habrás traído tú? —le pregunté al animal—. ¡Como si me fueses a contestar!

El gato maulló de nuevo, asintiendo. Aquellas conversaciones con el minino no me beneficiaban en nada, acabarían volviéndome loco de verdad, si es que no lo estaba ya. Cogí el paquete y la bolsa sobre la que estaba. Dentro de las bolsas encontré dos cascos de bicicleta, el de Diego y el mío, no podía creerlo, ¿qué hacían allí? Con razón aquel día no los encontramos, si algo tenía claro Diego es que en aquella sala no se guardaba nada que no tuviese algo que ver con la música. No solía ponerle muchas normas, afortunadamente no hacía falta, era un niño muy responsable, pero allí no quería ver nada que distrajese mi trabajo, él lo sabía muy bien y Ana también.

Me senté en la banqueta de la batería para abrir el paquete, una

pegatina que felicitaba a Diego por su cumpleaños sujetaba un sobre. «Para Diego» aparecía escrito con un rotulador rojo intenso, casi parecía escrito con sangre. Contenía una tarjeta. La abrí, ahora ya no significaba invadir la privacidad de su contenido.

Para el mejor niño sobre la faz de la tierra que una madre pueda desear.

Mamá

Tan vacías sonaban esas palabras, tan frío y distante era el mensaje, ni siquiera parecía la letra de Ana, como si alguien tratase de imitarla. ¿Qué oscuro trasfondo encerraba aquella frase? ¿Por qué estaba todo escondido bajo el piano? Y qué objetivo tenía no habérselo entregado el día de su cumpleaños, y sobre todo, ¿por qué aquel fatídico día no habíamos encontrado los cascos?, recuerdo que le pregunté a Ana si sabía dónde podían estar, ¿acaso no lo sabía en realidad? ¿o sí? No dejaba de hacerme todas esas preguntas y no obtenía ninguna respuesta coherente.

Empezaba a sospechar que otra persona, aparte de Ana, quería apartar a Diego de mi lado, pero ¿quién? ¿por qué? Tenía más que una ligera sospecha, pero ¿realmente importaba ya? Era todo tan surrealista, tan de serie B, que parecía increíble que Ana y ese alguien quisieran hacerme tanto daño.

Como se había complicado mi vida, o más bien, como me la habían complicado sin necesidad. Siempre pensé que las cosas se arreglan hablando, a no ser que realmente su objetivo tuviera que ser alcanzado con cautela. Me estaba volviendo paranoico y veía fantasmas en todos lados.

La codicia puede al ser humano, más aún cuando este no es noble. Todo se les había ido de las manos y ahora se volvía en su contra, es el karma dicen y yo digo que el tiempo pone a cada uno en su preciso lugar.

Ahora lo veía claro, querían dejarme sin nada y lo habían conseguido, dejarme sin lo que más quería en este mundo, todo lo demás era accesorio e irrelevante, pero al parecer no para ellos.

De repente me sentía extrañamente aliviado, tantos meses creyendo que realmente era yo el culpable para ahora darme cuenta de que todo había sido un extraño montaje, todo menos la muerte de Diego.

Las notas del piano inundaban la casa, había dejado la puerta de la sala abierta, así podría purificar el aire, rancio de nostalgia, de toda la vivienda. Los acordes tristes llenos de decepción que flotaban en el ambiente de aquella sala, desahogaban mi corazón, trataba de llenar el gran vacío que sentía en mi interior con esas

notas de esperanza, que era mi forma de llorar la pérdida de Diego, esperanza por iniciar una nueva vida. Me vino a la cabeza la letra de aquella canción perdida y retomé la melodía…

…Siempre tres corazones…

Mientras el gato subido a la tapa del piano me observaba en silencio, siguiendo cada nota como si pudiese verlas flotar en el aire.

Más tarde traté de hablar con Nita, por enésima vez saltó el contestador amargando mis intentos de contactar con ella. Si no conseguía hablarle, terminaría enloqueciendo.

Aquella noche nos acostamos temprano, el animal acurrucado contra mi pecho, escuchando los latidos de mi corazón, mientras por mi mejilla resbalaba una lágrima por primera vez desde hacía muchos meses. Por fin pude llorar la ausencia de Diego a pesar de sentir su presencia en aquella habitación junto a mí. A pesar de que el cuerpo me pedía una sobredosis de alcohol que borrase todo lo que me rompía en pedazos, conseguí mantenerme sobrio aquella noche.

39

El nuevo día se presentaba interesante, debía estar presentable, hoy era la gran cita en el despacho del notario. Bajo la atenta mirada del gato me preparé a conciencia; ni siquiera el día de mi boda lo había hecho así, era un día de celebraciones. Me di una larga ducha para limpiar todos mis pecados, afeité mi incipiente barba que me daba aspecto de viejo pirata, decidí dejarme perilla, hacía tiempo que quería cambiar un poco mi imagen; me daba cierto aire bohemio con estas nuevas gafas que ahora se me hacían imprescindibles para casi todo. Al mirarme al espejo me devolvió el reflejo de mi rostro cubierto de madurez, quién me lo iba a decir, que siempre me decían que «era un inmaduro, que nunca sería un adulto, como Peter Pan», pensé esbozando una pequeña sonrisa.

El gato no hacía más que ronronear a mí alrededor contagiado de mi recién estrenada felicidad. ¡Qué extraño era todo! Me acompañaba sin dejarme solo un momento, incluso estuvo a punto de hacerme caer en más de una ocasión.

Con bastante fatiga eché a andar hacia el centro del pueblo, mi estado de ánimo era bueno pero el físico dejaba mucho que desear, tendría que ponerle remedio. El paseo era corto, afortunadamente, llegué al portal del edificio donde se encontraba la notaría. El gato me seguía, el animal imitaba hasta mis cansados pasos, aunque sería conveniente que se quedase fuera y no traspasase el umbral.

—Deberías esperarme aquí —le dije antes de apretar el botón del telefonillo, la calle estaba desierta, no había peligro de que me tomasen por un lunático, no obstante, tuve la precaución de mirar a ambos lados; no era el mejor momento para que me vieran hablando con él. Antes de entrar respiré profundo. Al soltar el aire poco a poco me percaté de que el día era tan luminoso y cálido para esa época del año que parecía increíble que estuviésemos a mediados de octubre.

—¿Sí? ¿Quién es? —me preguntó una voz femenina a través del telefonillo.

—Víctor de la Hera —contesté—, tengo una cita con el Sr notario.

La puerta se abrió con un chasquido metálico, me giré para despedirme de mi pequeño amiguito.

—No tardaré —le tranquilicé—, puedes ir a cazar unos ratones —bromeé.

Sonreí ante la broma y se me resintió la mandíbula con aquella mueca, hacía tanto tiempo que no lo hacía de aquella manera, tan… natural.

Entré en la notaría, a mi paso observé una oficina muy funcional y decorada con un gusto muy refinado, «claro que con lo que cobran, ya pueden tener una buena decoración». Me acerqué a la mujer que estaba sentada tras el mostrador de la entrada.

—Buenos días, soy Víctor de la Hera, tengo cita por la venta de una casa.

—Buenos días —me respondió de forma cortés—. Es usted el primero en llegar, lo ha hecho muy temprano.

—Desearía hablar con el Sr notario antes de la venta.

—El Sr notario no ha llegado aún; pero no creo que tarde —respondió la mujer—, de todos modos lo verá en el acto de lectura del contrato de compraventa.

—Sí, ya lo sé —contesté—, pero necesito hablar con él antes.

—Muy bien, se lo comunicaré en cuanto llegue.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—Mientras llega, puede esperar en esa salita o, si lo desea, bajar a tomar un café, no se preocupe, en cuanto llegue le avisaré.

El ofrecimiento era tentador, pero preferí esperar allí, no quería perderme la llegada de Ana, tampoco del comprador y mucho menos la del notario.

Entré en la salita, una estancia amplia, muy luminosa y acogedora. El sol entraba a raudales por el gran ventanal que daba a la calle ahora con más actividad que a mi llegada. En la acera de enfrente podía ver al gato sentado al lado de una farola, impasible, esperándome.

Pasó más o menos media hora, cuando sonó el timbre de la calle. Oí contestar a la mujer del mostrador de entrada, pero no lo que decía. Quizás me había precipitado al llegar tan pronto, pero no sé por qué contaba que el notario estuviese ya en su oficina.

Me senté en un sillón bastante cómodo mientras ojeaba una revista a la vez que por el rabillo del ojo vigilaba quien entraba o salía en la notaría, no había demasiado movimiento, aunque la mujer no levantaba la vista de sus papeles. Entró un hombre vestido de manera informal, oí como hablaba con la secretaria, pero no escuchaba lo que decían. No tenía pinta de ser el notario, «seguro que es el comprador», pensé.

—Buenos días —dijo al entrar en la salita, mirándome de reojo.

—Buenos días —contesté al tiempo que levantaba la vista de la revista para radiografiarle.

Pensé en hablar con él, pero sería mejor esperar al notario, no quería meter la pata.

Sonó de nuevo el timbre, aquello se animaba, Ana debía estar también al caer, no había hablado con ella para quedar y llegar juntos a la notaría, quizá debería haberlo hecho pero no me apetecía nada.

Oí el repicar de sus altos tacones sobre el suelo cuando entraba en la oficina, la vi de espaldas mientras hablaba con la secretaria casi entre susurros. No me pareció que estuviese enferma, ¿qué aspecto tienen las personas enfermas cuando las ves de espaldas? Yo sólo veía a una mujer aparentemente atlética y vestida con un ceñido vestido azul que marcaba todas sus curvas sin muestra de deterioro alguno, incluso parecía más atractiva que la última vez que nos vimos; pero esa ocasión no contaba, por aquel entonces mi estado era penoso y mi juicio naufragaba en un mar de alcohol y pastillas atravesando una espesa niebla de desesperanza.

Observé como se giraba de forma tan grácil que parecía flotar en el aire como una modelo al llegar al final de la pasarela por la que desfila.

Estaba tranquilo ante el encuentro. Cuando hizo ademán de entrar se quedó mirándome desde la puerta sin saber qué hacer, noté gran melancolía en su cara, que aunque maquillada de forma muy suave sin exageraciones, mostraba unas facciones enfermizas; su pelo parecía peinado de manera artificial, por lo demás parecía la Ana de siempre, una rompecorazones.

Me levanté cuando se decidió a entrar en la salita. Se acercó a mí fijándose en el desconocido pero obviándolo de manera evidente. Yo no sabía realmente cómo saludarla, finalmente me rendí y lo hicimos con dos besos en las mejillas; volvía a ser el Víctor de siempre, amable y cortés con todo el mundo, incluso con aquellos que trataban de acabar conmigo.

—Te veo bien —me dijo.

—Estoy bien —recalqué, hablábamos entre susurros temerosos de que aquel extraño nos escuchase—. ¿Y tú cómo estás? —pregunté con fingida amabilidad ¿realmente me importaba? El viejo Víctor respondería que sí.

—Tratando de curarme, intento cuidarme, así es como puedo vivir.

—Sí, se nota que te cuidas —¿trataba de coquetear con ella? quería sonar amable con el diablo.

Con la tristeza instalada en su mirada buscaba algún resquicio de compasión en mí al que agarrarse, yo me mantenía frío y distante, pero no me resultaba tan sencillo.

—Si hay algo peor que estar contigo, es estar sin ti —dijo de repente—, ahora lo siento.

—¿De qué coño me estás hablando? —su confesión minaba mi indiferencia haciendo que perdiese la compostura.

—Te echo de menos.

—Pues yo a ti no, para nada —respondí sereno y cortante intentando controlar la rabia que me había provocado con su revelación—, no me vengas con esas, ahora que estoy tratando de rehacer mi vida después de que tu amigo y tú me la destrozasteis. ¡Vamos Ana, no me jodas, deja de hacerte la víctima! Eso se te dio siempre muy bien.

—Nunca quise hacerte daño.

Aparentemente me estaba haciendo el fuerte, pero no estaba preparado para semejante ataque, mis defensas se tambaleaban, no esperaba que actuase así y mantenerme firme me costaba mucho.

—No me mientas ¿qué pretendes con este numerito? —respondí con ira contenida—, ¿acaso ya no recuerdas que hasta mi presencia te repugnaba? —le pregunté exhalando toda la hiel que llevaba en mi interior; guardé silencio un momento para recuperar el resuello y continué desahogándome—. Apenas disimulabas para que Diego no se diese cuenta. Hasta llegué a pensar que todo era por culpa de las ideas que te metía en la cabeza la amargada de tu hermana, que creía que todos los hombres éramos como su exmarido…

—Víctor, por favor, escúchame —suplicó.

—No, ahora escúchame tú a mí, llevo demasiado tiempo escuchándote sin tener derecho a réplica. En estos días me he dado cuenta en lo que te convertiste, ¿o debería decir en lo qué te convirtió Ramiro?

Agachó la cabeza, vi como una lágrima resbala por su mejilla dejando un rastro tras de sí emborronando el maquillaje.

—Yo también enfermé por tu culpa —continué, tratando de no elevar el tono de mi voz—, ambos salimos perdiendo en la lucha que tú iniciaste y ¿ahora pretendes que te perdone? Todo este teatro ¿lo ideó Ramiro o es cosa tuya? ¿Todo lo que ocurrió antes de que Diego…? —no pude terminar la pregunta.

—¿Cómo lo sabes? —parecía sorprendida al sentirse descubierta.

—¡Qué iba a saber yo, si vivía en mi mundo! Pero estos días en la casa escudriñando cada recuerdo, han sido muy clarificadores. Me lo jugué todo a una carta diciéndotelo y acerté ¿no es así?

Fuisteis muy torpes dejando todas las pruebas en casa, al alcance de cualquiera, o ¿las dejasteis allí para que yo las encontrase?

Se derrumbaba por momentos incapaz de mantenerme la mirada ante mi ataque frontal. Debería sentirme aliviado por todo lo que le estaba diciendo, por el influjo que mis palabras, llenas de odio, ejercían sobre ella, pero lo único que sentía era una gran rabia y desolación.

—Todos hacemos cosas malas, eso no significa que seamos malos —replicó entre sollozos.

—Lo sé, no eres tan mala como quieres aparentar, sólo has estado mal aconsejada.

—Entonces ¿por qué no me das otra oportunidad? Lo siento mucho, Víctor —parecía sincera en sus palabras pero ya no quería arriesgarme—. ¡Tú no eras así!

—Tienes razón, no era así, pero la vida me ha golpeado de tal forma que he cambiado, para bien o para mal, no lo sé, pero en esta nueva etapa no te quiero a mi lado, no quiero a nadie que me recuerde tanto sufrimiento; ahora estoy apartando a todos aquellos que no son buenos para mí y tú formas parte de ese pasado. Me alejaste de tu lado, aún no sé por qué razón, yo te quería, estaba enamorado de ti, ahora ya no te quiero y no pienso deshacer el camino que con tanto esfuerzo he recorrido en los últimos meses —me sorprendía la calma con que le estaba hablando, pero mucho más la paz que me invadía al arrojar esa lava de palabras por mi boca.

Las lágrimas descendían por su rostro desdibujando todo el maquillaje, parecían sinceras, había desaparecido esa Ana arrolladora y prepotente dejando paso a una mujer patética. Sentía su soledad, y me entraron ganas de abrazarla pero sería darle falsas esperanzas y eso no quería ni debía hacerlo. Soy incorregible, no cambiaré en la vida.

—De verdad que no creí que pudiese haberte hecho tanto daño, lo siento —dijo entre lágrimas y sollozos.

El desconocido parecía incómodo ante la situación, nos contemplaba con estupor, sin saber si debería intervenir y entrometerse en nuestra conversación.

—Puedo ayudarte —le dije a Ana—, no sé qué resorte se ha activado dentro de mí, ni qué me empuja a hacerlo, me sentiría peor si no lo hiciese. Aunque no te confíes, quiero ayudarte, pero no permaneceré a tu lado.

—Víctor, por favor.

—No insistas Ana, sólo recordar todo lo que me hiciste me dan

ganas de echarme atrás, y te aseguro que esto es lo mejor que vas a obtener de mí, yo no sería buena compañía para ti. Insisto —continué hablando de forma serena—, te ayudaré a pesar que hay algo dentro de mí que me dice que no debería hacerlo, que debería ser otro quien debería estar a tu lado en estos momentos. Por cierto… ¿dónde está? ¿acaso me tiene tanto miedo que manda a ese individuo?

—Ya no está conmigo —respondió entre un mar de lágrimas.

—Siempre fue un cobarde, él se lo pierde, menudo cabronazo, como me pudiste engañar con semejante imbécil —respondí.

Nuevamente sentí el impulso de abrazarla, cuánto desamparo en su mirada, ahora era yo el que sentía pena por ella, totalmente desolada sin nadie que la consolase y sin saber a dónde ir.

—Dile a tu hermana que se ponga en contacto conmigo, ya veré cómo puedo ayudarte, pero siempre en la sombra, desde una distancia prudencial.

—Víctor, yo…

—Tenemos dos opciones —dije con tranquilidad—, podemos seguir aquí destripándonos, odiándonos hasta la muerte sin llegar a ninguna parte o bien seguir cada uno por su camino como si nada hubiese ocurrido, aunque esto último será muy complicado. Decidí no discutir con nadie ni por nada que no merezca la pena, razones tengo para hacerlo, no te creas, pero no compensa en absoluto. Entre tener la razón y ser feliz, escojo lo segundo. Los niños perdonan con facilidad y donde quiera que esté Diego, creo que ya nos ha perdonado.

Ana lloraba desconsoladamente y yo no podía reconfortarla, aunque en cierto modo creo que lo hice; su llanto era también de alivio, llevaba demasiado tiempo reprimiendo los sentimientos.

Ya me iba cuando recordé a lo que habíamos venido a aquella oficina, ahora parecía el lugar más gélido e impersonal del mundo.

—¿Ha llegado el Sr notario? —pregunté a la secretaria.

—No, no creo que tarde —respondió la mujer.

—No se preocupe, dígale de parte de Víctor de la Hera que ya no hay venta.

—¿Cómo? No puede ser, ya está todo dispuesto para hacerla.

—Pues que rompa todo, no se preocupe por los gastos, yo los asumiré.

Sentí acercarse por mi espalda al hombre que esperaba en la salita, antes de que empezase a hablar me giré y le interpelé.

—Siento no haber podido avisarle antes de mis intenciones, pero ha sido una decisión de última hora —me sentía eufórico, pero no

en el mal sentido.

—Pero… —el hombre trató de replicarme.

—Esta guerra no va con usted, que por cierto, no sé ni quien es, ni con su representado. Dígale a Ramiro que se quedará con la casa cuando el infierno se congele.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó sorprendido el hombre.

—No lo sabía, sólo lo intuía desde que lo vi aquel día en la casa de la playa. Ese día llegué a conocer al verdadero Ramiro Saldaña.

Me asomé de nuevo a la salita de espera, Ana estaba sentada con la cabeza agachada, con las manos limpiaba sus lágrimas, que no hacían más que extender el maquillaje desdibujando su rostro.

Me acerqué, me agaché frente a ella y le puse la mano sobre el muslo, estaba muy frío. Mirándole a los ojos le dije:

—Adiós Ana, no nos volveremos a ver, estaremos en contacto, no te faltará nada que realmente necesites.

—Gracias Víctor —contestó mientras me sostenía la mirada—, gracias por abrirme los ojos, aunque fuese tarde para intentarlo de nuevo —poniéndome la mano en la mejilla, remató—. Cuídate.

—Tú también —respondí.

Me levanté, sin mirar hacia atrás me fui de aquel lugar para iniciar, sin duda, una nueva vida. El desconocido seguía discutiendo por teléfono y con la secretaria sobre no sé qué de vernos en los tribunales. Si así era, yo estaría esperándoles con mucho gusto a la puerta de los juzgados.

40

Cuando salí a la calle, brillaba un sol espléndido que calentaba mi piel a pesar de que la temperatura no era muy elevada, me sentía distinto, me sentía vivo como si me hubiese desprendido de todo el lastre que me había acompañado el último año; una persona nueva habitaba en mí dispuesta para comenzar de nuevo. No había mucho bullicio en la calle, pero eso ahora me importaba poco, quería disfrutar de la vida y había llegado el momento de poder hacerlo.

Me sentía aliviado, satisfecho por lo que acababa de hacer, y quizá no se entienda mi actitud, pero cada uno debe aguantar primero su vela y después tratar de ayudar a los demás y eso es lo que había hecho.

Respiré hondo, cerré los ojos y alcé la cabeza en dirección al sol para sentir su calidez entre tanta frialdad.

—Nunca te olvidaré Diego, nunca —susurré a la brisa de la mañana.

Allí estaba en la acera de enfrente, seguía inmóvil, con sus enormes ojos verdes fijos en mí, haciéndome recordar. No podía evitar ver a Diego cuando lo miraba. Y no sé por qué tengo la sensación de que él también será parte de esta nueva vida.

Volví a respirar hondo y caminé por la acera, sin dirección fija, quería disfrutar en soledad de ese momento. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos al principio tímidamente de una en una, después a borbotones mientras caminaba. Trataba de controlarme, pero al final afloraban sin control, cálidas casi abrasadoras dejando marcas en mi piel y sobre todo en mi alma. Aquella mañana lloré la muerte de Diego como no pude o no supe hacerlo antes, lloré su recuerdo, su ausencia en una mezcla de melancolía y tristeza, pero con la esperanza de que viviría eternamente en mi corazón. Ahora aprendería a convivir con él.

El felino me acompañaba en la distancia, dudando si venirse conmigo o quedarse frente a la notaría, quién sabe si esperando a Ana. Ella lo necesitaría más, si era realmente quien yo creía. Finalmente optó por seguir mis pasos, la estampa era un poco ridícula, pero me gustaba. Un hombre acompañado por su gato sin ataduras de ningún tipo.

En el camino encontré una juguetería, sin saber muy bien por qué entré en ella, deambulé por los pasillos de la tienda. Una amable dependienta me ofreció su ayuda.

—Sólo estoy mirando —contesté.

—Si necesita ayuda, no dude en llamarme —me dijo la chica agachándose para colocar unas cajas que estaban fuera de la estantería.

Apenas llegué al final del pasillo cuando apareció delante de mí lo que de forma subconsciente estaba buscando.

—¿Me puede bajar ese gato negro de peluche? —pregunté a la dependienta.

—Sí, claro, como no ¿el más grande? —preguntó.

—Sí, por favor, el más grande —repetí—. ¿Me lo puede poner para regalo?

—Por supuesto.

La mujer cogió el gran peluche negro de lo más alto de la estantería, le colocó un gran lazo violeta alrededor del cuello.

—¿Está bien así? Me preguntó amablemente.

—Perfecto —dije asintiendo.

Cogí el gran peluche bajo el brazo después de pagarlo, ahora, si cabe, la estampa era más cómica aún. Caminaba por las calles de mi pueblo con dos enormes gatos, uno de peluche y otro de verdad siguiendo mis pasos a mi lado; sentía como la gente se quedaba mirándome, pero ¿qué me importaba? ¿Acaso no conocían ya mis excentricidades?

Llegué al bar de Julián, él no estaba en ese momento, sólo quería parar un rato, tomar un refresco y despedirme de él. Ya tendría ocasión de hacerlo.

Mientras contemplaba el ir y venir de la gente por la plaza del pueblo, jugueteaba con el móvil en el bolsillo, la idea de marcar su número me aceleraba el corazón, deshojaba la margarita para decidirme, aunque sabía que hoy podría hablar con ella, tenía esa corazonada. Me sentía como un adolescente en su primera vez, pero era un hombre maduro al que la vida le brindaba otra oportunidad. Saqué el móvil del bolsillo y marqué su número.

—Víctor ¿eres tú?, cómo he esperado este momento. —Me emocionó escuchar de nuevo su cálida voz al otro lado.

—Hola mi… —respondí sin ser capaz de seguir. Pasados unos segundos logré preguntarle—: ¿Cómo está Alicia?

—Deseando conocerte, no deja de preguntarme por ti todo el tiempo.

—¡Y yo deseando conocerla a ella! —contesté en tono

emocionado—. ¿Y tú? ¿Cómo estás tú?

—Desando volver a verte, no he dejado de pensar en ti, te he echado tanto de menos…

—Tanto como yo a ti, tengo muchas cosas que contarte y muchas más que decirte.

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó pícaramente.

—Que te quiero.

Un emocionado silencio saturó la línea, no necesitamos más palabras, todo un mundo de emociones se resumían en esas dos palabras, con ellas nos dijimos todo. Escuché un sollozo emocionado al otro lado de la línea, yo tampoco podía contenerme y lloré de nuevo, no hubo necesidad de un «Adiós», ni un «nos veremos». No hizo falta, sabíamos bien dónde encontrarnos.

41

No sé por qué la letra de aquella canción de Whitesnake volvió a mi mente…

Lord, I know the sun shine, (Señor, sé que el sol brilla)

But I feel the tears of rain (pero siento las lágrimas de lluvia)

Falling down to wash my sins away (Cayendo para limpiar mis pecados)

I'll try hard to remember (trataré de recordar con todas mis fuerzas)

So I won't be fooled again, (así que no me dejaré engañar de nuevo)

Hey, ain't gonna cry no more today, no more (Hey, no voy a llorar más hoy, no más)

Recobraron un significado diferente, como si las hubieran escrito pensando en mí, abanderaba cada palabra haciéndolas mías, para encarar mi nueva existencia. La agradable tarde se fue cubriendo de nubes que anunciaban lluvia, al final descargó suavemente limpiando mis pecados mientras llegaba a casa.

Me quité la ropa mojada y me di una reconfortante ducha durante un largo rato. Me vestí cómodamente bajo la atenta mirada del gato que parecía relamerse de felicidad, de cuando en cuando jugueteaba con el enorme lazo violeta del peluche.

Nos metimos en la sala de música y preparé las guitarras, grabaría una maqueta con la canción y se la enviaría a Héctor para que me diese su opinión. Estaba nervioso, debía calmarme un poco si quería que quedase bien, así que me fui a la cocina seguido por el gato para prepararme una infusión, me vendría bien para templar el cuerpo además de los nervios.

Saqué los micrófonos de sus cajas y los coloqué en sus soportes, conecté los cables a la pequeña mesa de mezclas y esta al portátil. Me acomodé sobre una banqueta y empecé a tocar, primero dubitativo para poco a poco ir cogiendo más confianza.

Después de la cuarta toma conseguí grabar la que le mandaría a Héctor. Las escuché todas un par de veces, apenas reconocía mi voz, pero no sonaba mal. El gato maulló asintiendo.

Preparé el correo electrónico para Héctor:

Compañero:

Aquí te mando lo que creo que debe completar mi disco, es una canción muy especial

y quiero saber tu opinión. Espero que seas objetivo y me digas que te parece, ya sabes, sin compasión.

Un abrazo muy fuerte:

Víctor.

Durante un segundo contemplé la pantalla sin pulsar a «enviar», finalmente lo hice, ya no había vuelta atrás, ese tenía que ser mi gran éxito.

Preparé todo lo que llevaría conmigo al día siguiente para mi esperado encuentro con Nita, y nos fuimos a dormir. El gato se acurrucó contra mi cuerpo, se incorporó un par de veces para rozar su hocico contra mi nariz, poco a poco me fui quedando dormido.

Aquel fue el día que vi a Diego, digo, a aquel gato por última vez. Desapareció de mi vida, pero nunca lo haría de mi pensamiento. Aquel día tuve el convencimiento de que Diego, de alguna manera, se había quedado a vivir a mi lado. Ese gato que dormía plácidamente en mi regazo era su esencia y había transformado mi tristeza en ganas de vivir.

42

El claxon del taxi sonó dos veces, me esperaba impaciente en el exterior de la finca. Caminé hacia él con paso lento y tranquilo, cargado con el enorme peluche y con la esperanza de ver a aquel gato tan especial una vez más. Me pasé casi toda la mañana buscándolo pero había desaparecido como por arte de magia, no quedaba ni el menor rastro de él, como si hubiese sido un sueño.

Al llegar a la cancela me di media vuelta con la última esperanza de verlo. Contemplé la casa una vez más con la extraña sensación de que no volvería a verla, al menos por un tiempo. Una lágrima resbalaba lentamente por mi mejilla, después de todo conseguí volver a llorar. Era el momento de comenzar una nueva vida sin olvidar mi pasado.

Me introduje en el taxi, el conductor parecía inquieto.

—No se preocupe –dije—, también pagaré por el tiempo de espera, le daré una buena propina.

— ¿Dónde le llevo? —me preguntó mientras accionaba el taxímetro.

—A la estación de tren, he de coger el último tren del día —respondí relajado, respirando profundamente.

—No se preocupe, vamos bien de tiempo.

—Perfecto, no se pase, pero puede ir con calma, quisiera echar un último vistazo a este paisaje antes de marcharme.

—Como usted mande jefe, usted es el que paga.

Arrancó el coche y lentamente dejamos atrás la casa, el pueblo, circulábamos en dirección a la estación de ferrocarril de la ciudad. Durante el trayecto el hombre intentaba darme conversación, pero mis respuestas no iban más allá de un monosílabo.

Mientras yo contemplaba el paisaje y la vorágine del tráfico, el taxista parloteaba sobre el tiempo, el fútbol, la política, la economía, tenía argumentos para todos los temas, finalmente se dio por vencido y sentenció:

—Parece que lloverá.

—Sí, eso parece —fue la frase más larga que consiguió arrancarme, perdí la mirada en el paisaje. No volví a prestarle atención.

Comenzó a llover con fuerza, el taxista no tuvo tiempo de

accionar el limpiaparabrisas cuando sentimos el impacto de otro vehículo contra el taxi. El coche comenzó a girar fuera de control ante la poca pericia del conductor por mantenerlo derecho, finalmente colisionó contra la mediana de la autovía, la sobrepasó dando dos vueltas de campana sobre el carril contrario y ser arrollados por un enorme camión que no pudo esquivarnos.

Se hizo el silencio, sentía dolor en todo mi cuerpo y un profundo miedo lentamente se iba apoderando de mí. Un miedo irracional que se tornaba tristeza, ahora que amaba la vida de nuevo; tristeza por haber tardado tanto en decidir ser feliz; por apostar por no discutir en vano; por aplazar tantas cosas; por todo aquello que quise ser y no fui; por todo aquello que no hice. Todo ocurrió en aquel segundo que parecía ser el último.

Mientras mi vida se fundía en negro tras el accidente, lo único que podía ver con claridad era el rostro de aquel gato negro de profundos ojos verdes, como los de Diego.

Epílogo

El sonido del televisor reverberaba en el pequeño y cómodo apartamento en el que vivía con su madre desde hacía unos meses. Se mudaron allí después de lo ocurrido y su existencia se limitaba casi en exclusivo a aquellas cuatro paredes. Cuidarla no le dejaba mucho tiempo para hacer vida social, pero no le importaba, o al menos no lo demostraba delante de ella. La quería con locura y le estaba eternamente agradecida por todo lo que había hecho por ella. Javi no opinaba lo mismo, siempre le echaba en cara que dedicaba demasiado tiempo a aquella mujer acabada; en los últimos cinco meses como había cambiado su actitud después del ictus cerebral que sufrió su madre.

Quería darle otra oportunidad y hoy cenarían los tres juntos, una velada de sábado en casa, pese a las reticencias de Javi, por él, habrían salido de juerga a divertirse sin tener que quedarse en casa a complacer a aquella mujer que según él no sentía ni padecía.

Alicia se maquillaba frente al espejo mientras hablaba con su madre, sentada en su silla de ruedas frente al televisor, esperando que empezase su programa de entrevistas favorito.

—Mamá, ¿estás bien? ¿necesitas algo?

Pero no obtenía ninguna respuesta, seguía con la mirada perdida en las imágenes del televisor sin saber siquiera si entendía lo que estaba viendo.

Los médicos le habían dicho que su madre tardaría en recuperarse, que aún era muy pronto para valorar todos los daños producidos y saber si llegaría a hacerlo en algún momento.

Se puso un vestido rojo que sabía que le gustaba a su madre, había heredado su buen gusto a la hora de vestir, era de una sola pieza y le marcaba todas las curvas de su cuerpo, ya era toda una mujer y le gustaba lucirlo, aunque solamente lo había hecho en contadas ocasiones; hoy sería una de ellas, bien lo merecía.

Ya habían vivido una temporada juntos cuando Nita lo acogió en su casa después de que sus padres lo echasen a la calle, en esa época convivieron como amigos, más bien como hermanos, poco a poco Alicia se enamoró de él a pesar de que la trataba como a una cría y no le correspondía como ella deseaba. Estaba decidida a pedirle que viniese a vivir con ellas.

Se calzó sus zapatos de tacón, de nuevo se miró en el espejo para colocarse un mechón de pelo de su flequillo, se sentía una mujer guapa y atractiva, sus delicadas facciones asiáticas lo corroboraban. Se dirigió al salón, allí seguía su madre imperturbable frente al televisor mientras la publicidad inundaba su vista y su oído.

—¿Estás bien mamá? —le preguntó mientras le besaba la frente sin que ella se inmutase—. Te taparé con la manta, no sea que te vayas a enfriar.

Trataba en todo momento de buscar una reacción por pequeña que fuese.

—Caramba, cómo ha cambiado el tiempo ¿verdad mamá?

Alicia seguía hablándole como si la entendiese, en el fondo sabía que así era aunque su madre no lo demostrase. Qué pena le daba verla así, había envejecido de golpe y su eterna sonrisa había desaparecido sin dejar huella, su cabello había encanecido casi por completo, sólo un mechón conservaba ese color negro que siempre había lucido. Ya no quedaba rastro de aquella energía que hasta hacía poco derrochaba a raudales y que había sido la que la había salvado. Ahora parecía un espectro, sentada todo el día en aquella silla con la mirada perdida, quién sabe dónde.

Alicia le cepillaba el pelo con mucha ternura, tratando de recuperar algún vestigio de la mujer que había sido, se lo debía.

—Hoy viene a cenar Javi, y se lo voy a pedir —le dijo a su madre que por un instante pareció emitir un gruñido de desaprobación confundido con los sonidos de la publicidad.

El sonido del móvil rompió por un momento la letanía de propuestas comerciales, Alicia dejó el cepillo sobre la mesa y corrió hacia la mesita donde estaba para cogerlo.

—Hola, Javi, ¿qué tal? —respondió Alicia con el semblante alegre, que a medida que hablaba se tornaba serio—. ¿Te esperamos para cenar?... ¿Cómo? no sé a qué te refieres… ¿Es esto un ultimátum?... No puedes estar hablando en serio, y menos por teléfono… ¿Qué elija entre mi madre y tú?... No puedo creer que me digas esto… ¿De qué situación estás harto?... Eres un capullo desagradecido… No, no me digas que me tranquilice… No, tampoco hablaremos mañana, si hoy no vienes, no te molestes en llamarme… Sí, que pronto te has olvidado… Ella te acogió cuando no tenías ni donde caerte muerto… —se fue a su habitación para continuar la conversación, no estaba segura de que su madre no pudiese entender nada, pero prefirió hacerlo en su cuarto—. No, no necesito tiempo para pensarlo… me quedo con mi madre, sí, me quedo con ella, estúpido ingrato… al menos ella se dedicó en cuerpo y alma a

librarme de la muerte y tirar de mi hacia adelante, igual que voy a hacer yo con ella, con o sin tu ayuda… Ella que veló mis noches y días de hospital hasta que lo consiguió… Ahora me pides que la abandone en una residencia a su suerte para irme contigo ¿a dónde?... Pero ¿tú te estás escuchando? Perdona pero te has equivocado de persona, y creo que yo también contigo.

Cortó la comunicación sin esperar la última réplica de Javi, ya no le interesaba, un tipo así no merecía la pena. Apagó el móvil y lo depositó sobre la cómoda de su habitación, se quitó los zapatos, así estaría más cómoda, ya no necesitaba aparentar. También estuvo a punto de quitarse el vestido pero finalmente no lo hizo por respeto a su madre; se secó las lágrimas con la manga manchándola de maquillaje, su cara parecía descompuesta por la rabia que sentía por dentro.

Trató de acicalarse en el baño rápidamente para no hacer esperar más a su madre, nunca más la haría esperar.

—Después de todo, parece que Javi no vendrá esta noche —y en voz baja se lamentó—, ni ninguna otra noche.

Le vino al pensamiento aquella historia que contaba siempre su madre cada vez que tenía una recaída y la ingresaban en la clínica, sobre aquel ángel generoso que robó su corazón en una fría sala de hospital y que sólo pudo amar una noche en una casa junto al mar; un ángel que le hizo un regalo muy singular… y en ese punto se quedaba callada esperando que ella le preguntase por ese obsequio tan especial. Cuando lo hacía, Nita respondía: «nos regaló un corazón, el que late hoy en tu pecho; y es muy especial porque era de una persona a la que él quería mucho». Con los años Alicia llegó a comprender aquello, y por qué su madre siempre acababa con los ojos brillantes, como si estuviese a punto de romper a llorar, aunque le constaba que muchas noches lo hacía en la soledad de su oscura habitación.

Ahora era a ella a quien se le ponían los ojos brillantes, pensar en ello había calmado y aplacado su ira, regresó de nuevo al salón para ver como seguía su madre.

—¿Me has escuchado antes? hoy estamos de suerte —le dijo—, Javi no puede venir, no tendremos que tragarnos el partido de baloncesto, así podremos ver el programa de entrevistas que tanto nos gusta ¿qué te parece?

Nita seguía inexpresiva frente al televisor y su mirada perdida en el infinito, pero Alicia no se rendiría con facilidad, ella le había enseñado a no desfallecer frente a las adversidades, algún día despertaría de su letargo y la vida volvería a sonreírles.

—¿Quién será hoy el invitado especial? —le preguntó animada.

Después se sentó a su lado para darle de cenar, ella también tomó algo. Recogió la mesa y se tumbó en el sofá haciendo compañía a su madre mientras veían el programa.

Se estaba quedando dormida antes de que la sintonía del programa comenzase a inundar el salón de su pequeño apartamento, Alicia dio un pequeño respingo al comprobar que no era la melodía habitual, sino otra canción que le resultaba muy familiar.

El presentador dio las buenas noches y comenzó a hablar haciendo una pequeña introducción del invitado que tenía esa noche en el plató.

Le resultaba familiar el rostro de aquel hombre, pero no acababa de ubicarlo. Caminaba con dificultad, apoyándose en un bastón tratando de disimular una ostensible cojera. Era el batería de una famosa banda de rock que debido a un grave accidente de coche había estado fuera de la actualidad musical durante unos años y ahora reaparecía con un álbum en solitario. El presentador daba buena cuenta de su truculento pasado cuando había perdido a su hijo, su mujer le había abandonado y al poco tiempo había muerto. El hombre parecía muy incómodo con la situación.

—¿Estamos aquí para hablar de música o de otras cosas? —le espetó al presentador.

—Tranquilo, hablaremos de todo un poco…

—Como sigas por ahí, me levanto y me largo —le amenazó, retando al presentador—. No tengo por qué aguantar esto…

El presentador, sorprendido, trató de calmar los ánimos relatando los logros musicales de aquel personaje, todo el mundo debía conocer su nombre, había sido muy famoso, pero Alicia no lograba recordarlo hasta que el presentador le introdujo:

—Después de más de siete años dando bandazos, tratando de recuperarse de las secuelas de su accidente, y arropado por los miembros de su grupo, Sinrazón, finalmente ha visto la luz su álbum en solitario que le ha valido para hacerse con el Grammy a la mejor interpretación de rock en habla no inglesa por la canción «siempre tres corazones». En exclusiva para todos ustedes… Víctor de la Hera…

Se produjo un aplauso cerrado en el plató de televisión, premio a sus años de lucha contra el destino.

—Gracias Iñaki —agradeció el hombre al presentador—, También he de recordarte que acaba de salir publicado mi primer libro, memorias y pensamientos aderezados con fotografías.

—Como no Víctor, de todo ello hablaremos largo y tendido durante el programa, pero si nos quieres adelantar algo…

Víctor se removió en su asiento, aunque quería hablar se le notaba que no estaba cómodo, los dolores en su pierna parecían no permitírselo.

—Ha sido un largo camino de lucha contra la pérdida de memoria desde que se produjo el accidente que voy recuperando poco a poco y también de los shocks producidos por las demás pérdidas que se han producido en mi vida durante estos años, todo ello está reflejado tanto en el disco como en el libro…

De nuevo se escuchó un cálido aplauso por parte del público asistente al programa de televisión mientras aquel hombre, guitarra en mano comenzaba a tocar.

—¿No te parece que ese tipo está un poco desquiciado? —preguntó Alicia a su madre sin obtener respuesta—, primero se encara con el presentador y ahora le hace la pelota…

Alicia miró a su madre. Tenía un presentimiento. Se percató de que sus ojos brillaban como en aquellas ocasiones, además tenía humedecida la mejilla, algunas lágrimas recorrían su rostro y su delgado cuerpo se balanceaba al ritmo de aquella canción.

—Mamá, ese es nuestro ángel ¿verdad? —le preguntó sin la esperanza de obtener una respuesta.

Nita movió la cabeza lentamente de arriba a abajo.

—Sí —susurró la palabra que salió de sus labios de forma casi imperceptible mientras acariciaba la cabeza del gato negro que reposaba sobre su regazo.